TERROR EN CERRO MORENO

INSPIRADA EN HECHOS REALES

HUGO RIQUELME

SUMA de letras

Índice

Cubierta
Pirámides en la pampa
Sustineo
El grupo de Los Cinco
Un viernes cualquiera
Lo que vimos en el cielo
Traje paté
Souvenir
Correctivo
En mi casa penan
Luces en el cielo
Victoria y la guerra
Clasificado
Los largos tentáculos
Chupacabras
Sin retorno
Charli papa
Juegos de inteligencia
Desaparecido
Los dos caminos
Horror oculto
Los valientes soldados
Las bestias
Una inmensa cortina de humo
Epílogo
Nota del autor
Agradecimientos
Notas
Créditos

Toda institución reposa sobre una montaña de secretos.

Julian Assange

Pirámides en la pampa

Febrero de 2000

Giovanni yacía tirado en la pampa de Cerro Moreno enfrentando el cielo, con la boca llena de tierra y los pies enredados en una suerte de saco de cinta de polipropileno naranja que asomaba desde un montículo semidestruido por su ímpetu. Isaac lo miraba sin saber si burlarse o socorrerlo. Estaba paralizado, sintiendo el sol picando en su mollera y la brisa quemando su cara. El costalazo de su amigo había sido contundente, de esos que te roban el aliento. El polvo en el aire apenas terminaba de disiparse cuando el muchacho sacó de nuevo la respiración y a ambos les regresaron los colores al rostro.

No era la primera vez que el par de amigos se adentraba en la pampa para explorar. Giovanni llevaba viviendo en Cerro Moreno trece años y medio, mientras que Isaac apenas había completado el segundo año ahí, luego de haberse radicado en la década del noventa en la ciudad de Antofagasta. Tenía un pasado en el pueblo, pero poco recordaba de su primera estadía en la base, pues la había abandonado con apenas cinco años. Al regresar le costó conectar con los que fueron sus compañeros de kínder, todos poseedores de personalidades más sociables y empoderadas que la que él forjó en la ciudad, algo más desconfiada y apática. Giovanni fue su primer amigo, era uno de los hermanos menores de Jorge y a pesar de que se llevaba bastante bien con este último, congenió más con el primero. De vez en cuando, caminaban alejándose del pueblo para explorar los límites de la población. Nunca habían incursionado hacia el sector de los hangares y las instalaciones militares —no al menos con el afán de explorar, porque el ambiente más relajado permitía que, de vez en cuando, algún hijo visitase a su padre en el grupo donde servía—, pero sí recorrido por completo la población de oficiales ubicada a la entrada de la base. Eran poco más de cincuenta casas, todas más grandes que las suyas, y estaban lo suficientemente alejadas de su propia población

como para considerar esa excursión una aventura. Ahí descubrieron depósitos de basura, escombros y los vestigios de lo que ellos llamaron «un fuerte excavado en la arena», a unos cincuenta metros de la casa más cercana. El excavado estaba cubierto por una malla de camuflaje y en su interior resguardaba pequeños tesoros de otros tiempos: juguetes viejos, revistas para adultos con sendas fotos de mujeres desnudas y, por sobre todo, cartas *Magic*; decenas, cientos de cartas que nadie reclamó y de las que ambos mocosos tomaron posesión.

Aquella tarde fue la primera vez que decidieron caminar hacia el noroeste. La familia de Giovanni vivía en las casas bajas de Cerro Moreno, exactamente en la cincuenta y uno, muy cerca de la pista de aviones. Te acostumbras al ruido, llegó a decir en algún momento el flaco de pelo rizado cuando Isaac le preguntó cómo hacía para no volverse loco con las aeronaves. Al final de su pasaje, hacia el norte, estaba la casa de los San Martín, otro par de buenos amigos, y al frente iniciaba el último lote de viviendas de población antes de abrirse a la pampa. Quedaba mucho terreno fiscal hacia el norte y hacia el oeste, demasiado para escrutar en una sola vida, decía Giovanni, así que se las arregló para convencer a su amigo de que debían comenzar a hacerlo antes de que se hicieran viejos o cumplieran la mayoría de edad y dejasen el nido.

Isaac propuso caminar hacia unas ruinas que se veían en el horizonte, a unos quinientos metros, se apuró en decir, aunque nunca fue bueno calculando distancias. Caminaron por veinte minutos antes de poder poner un pie en la losa que sostenía las cuatro paredes del edificio. Era una casa, o al menos eso parecía, aunque ya no poseía techo ni paredes interiores y la erosión del viento había comenzado a hacer estragos en lo que quedaba en pie. Más que eso no encontraron. Ambos amigos se miraron y voltearon a ver el pueblo, cuyas viviendas de paredes blancas comenzaban a parecer un espejismo bailando sobre el horizonte.

—Deberíamos volver —dijo Isaac, estirando la mano hacia Giovanni.

Este se tomó la cabeza y se sacudió la tierra del cabello. Apoyando ambas manos en el suelo, se impulsó hasta que logró sentarse. Vio su pie atrapado por las cintas desgarradas de lo que parecía ser un saco viejo y volteó.

—¿Qué pasó?

Isaac esperó hasta estar seguro de que su amigo no le estaba jugando una broma.

Después de una discusión más graciosa que acalorada, los adolescentes decidieron seguir avanzando rumbo al noroeste. No tenían una brújula y tampoco mayores nociones de ubicación. Siempre habían usado de referencia las casas a sus espaldas para regresar, pero muchas veces escucharon acerca de una reja que delimitaba el perímetro de la base y querían verla. En sus cabezas no lograban dimensionar la extensión del desierto. A paso firme dejaron atrás las ruinas. No anduvieron mucho antes de encontrar agujeros en el suelo que le daban un aspecto muy parecido a los campos de entrenamiento militares que estaban al norte del Grupo 21. Isaac conocía bien esos campos; cada Pascua del Aviador* le tocaba ir al lugar de trabajo de su padre y podía deambular libre por las instalaciones. Siempre imaginó cómo sería tener que pasar por estos agujeros arrastrando el cuerpo y comiendo tierra, pero no era una imagen que le gustara mucho. Al pie de una trinchera encontraron una pequeña caverna. Supusieron que ahí podría vivir algún animal, aunque les costaba imaginar a algún ser habitando el desierto además de los perros que la gente había abandonado en la carretera. Con una vara, Giovanni comenzó a escarbar la entrada de la que ambos concluyeron era una madriguera. Desde el agujero, por el que bien pudieron haber entrado gateando, vieron cómo se alzó un arácnido de color rojizo sobre sus patas traseras y extendió las delanteras amenazando el avance de los amigos. Isaac calculó que el bicho tenía el tamaño de su puño y Giovanni, envalentonado por el alcance que le daba su trozo de madera, comenzó a picar al animal logrando que este agarrara el palo y le enterrara los quelíceros.

Ambos dieron un paso atrás; Isaac por una simple repulsión a los bichos con demasiadas patas heredado de los temores atávicos de su madre, y Giovanni porque juró haber sentido cómo el arácnido era capaz de mover la varita y disputarle en fuerza. Ninguno notó la punta del madero humedecida por la descarga de veneno que, de haberlos

alcanzado, de seguro les habría causado serios problemas de salud. Sin ganas de seguir la pelea, ambos guerreros se retiraron de las trincheras y decidieron reanudar su exploración.



—Intentaste demostrar el poder de tu cosmos pateando ese morro de tierra —contestó Isaac.

Giovanni sacudió la cabeza y se sobó la espalda. Intentó liberar sus pies, pero parecía enredarlos cada vez más en las tiras anaranjadas que por la torsión comenzaron a rajarse produciendo un ruido parejo, similar al chillido de un gato en alerta, que solo se silenció cuando se abrió por completo. Una parte quedó enganchada en los remaches metálicos de sus botas y el resto asomado en la arena. El muchacho comenzó a excavar para ver con qué se había topado e Isaac se unió en la faena. No tuvieron que remover mucho material antes de ver aparecer el resto del saco.

Deambularon por el desierto cuarenta minutos más.

Isaac volteaba cada cierto tiempo intentando divisar las casas, o al menos las ruinas que antes habían explorado. Nada. Ambas construcciones parecían haber sido tragadas por la pampa. Tampoco veían rastros de la famosa reja perimetral y mucho menos se podía distinguir el puesto de guardia al norte, cerca de la carretera. Incluso la cordillera de la Costa y el Morro Moreno, coloso que daba nombre a la base, parecían haberse reacomodado para desorientarlos. Por distraído, Isaac se estrelló con su amigo Giovanni y ambos rodaron por un desnivel en la tierra no más de dos metros hasta tocar la planicie del suelo otra vez. Al ponerse de pie, ante sus ojos el color de la arena había cambiado. Ya no era rojiza; un color blanquecino se había apoderado del paisaje, como si hubiesen llegado a la Luna y, para asombro de ambos, una serie de montículos de tierra se extendía hasta donde pudieron abarcar sus miradas. Contaron treinta y dos antes de perder el entusiasmo. Todos tenían forma de pirámides de no más de un metro de altura y estaban regados por la explanada sin seguir un patrón que, al menos ellos, pudieran reconocer. Isaac se fijó en que el piso estaba liso, como si hubiese sido barrido o regado por la lluvia,

aunque el último tiempo no habían tenido precipitaciones en la zona. Luego sintió una extraña presión sobre su nuca. No se trataba de una presión física, sino una más etérea, que lo hacía voltear constantemente para asegurarse de que nadie les estuviese siguiendo el paso. El suelo se veía sólido, seco, plano, y el viento había cesado. De pronto, el mayor de los adolescentes sintió la angustia extenderse en su pecho hasta estremecerlo. Ya no quería estar ahí, pero su amigo insistió en que se quedaran y descubrieran qué había bajo las pirámides de la pampa. Para relajar a su compinche, tomó impulso y dio una patada al montón de tierra, que provocó que cayera de espaldas al suelo.



—Es ropa —dijo Isaac mientras continuaba removiendo arena.

Giovanni guardó silencio. Era poco más que un niño asustado por la carga de estar durante años bajo el influjo de secretos provenientes de épocas más oscuras, de conversaciones más incómodas, de misterios que sus padres ni siquiera querían pronunciar.

—¿Crees que...?

—No tengo idea.

Lograron sacar el saco desde el interior del montículo, depositaron su hallazgo en el suelo y lo miraron por varios segundos. Isaac continuaba volteando, mirando al horizonte en todas partes. Giovanni juró haber escuchado hablar al viento y pronunciar su nombre. Ambos entendieron lo que era sentir frío a pleno sol.

—Es ropa —insistió Isaac Rivadavia.

—¿De quién?

Ninguno conocía a alguien que vistiese parecido. Había chalecos de lana, blusas, pantalones. Algunas prendas estaban tan dañadas por la pampa que se deshacían entre sus dedos y olían horrible. La fetidez de la descomposición, de la orina, de la tierra, del sol, de la sal, de los miles de días que quizás llevaba ahí. Decidieron volver a enterrarlo. Sus cabezas estaban llenas de preguntas: ¿habría más sacos como ese en el resto de los montículos? ¿Por qué eran tantos? ¿De dónde había salido toda esa ropa? ¿A cuántas personas habían vestido esas

prendas? ¿Desde cuándo?

—¿Serán desaparecidos? —preguntó Isaac con la voz temblorosa.

—La gente no desaparece —concluyó Giovanni con poca convicción.

Isaac volvió a sentir la presión sobre su nuca y Giovanni se puso de pie cateando el terreno en todas direcciones. Su nombre estaba en el viento, o al menos eso imaginaba.

—Una vez escuché que la base se levantó sobre un cementerio —agregó Giovanni mientras se sacudía la tierra de la ropa, de las manos, del pelo y de la mochila.

—Yo he escuchado cosas peores. —Isaac se puso de pie en estado de alerta. El horizonte lo seguía llamando—. Mejor vámonos antes de que alguien nos vea.

Sustineo

El suboficial Rivadavia hacía el mismo camino todos los días, incluso aquellos en los que no tenía la obligación de acudir a su oficina ubicada a la entrada de la pérgola del Grupo 21. Tomaba su maletín y lo aferraba firme entre sus dedos para transportarlo desde su casa al trabajo o desde el trabajo a su casa al menos cuatro veces al día. Sus colegas no lo entendían del todo, pero sabían que a las doce y media el hombre, que ya acumulaba veintiséis años de carrera militar, ponía el accesorio sobre su escritorio, guardaba sus documentos y lo cerraba desordenando los anillos numerados con los que ingresaba su contraseña. No era desconfiado con sus pares, pero su entrenamiento había vuelto casi un instinto el tapar sus pasos, como si viviese en la clandestinidad. Luego tomaba su quepis, se acomodaba sus lentes de sol y sin mediar palabra se apresuraba hacia la salida para tomar el camino hacia la casa seis del pabellón veinticinco en la población de la base. De no ser por el actuar del viento pampino, hubiese andado sobre sus propios pasos.

El Grupo 21 de Cerro Moreno era el encargado de la defensa antiaérea de la base, alojando entre sus barracas a misileros, artilleros e instructores militares. Rivadavia había pasado por todas estas ramas desde su incorporación a sus orgullosas filas recién iniciada la década del ochenta. Mucho había visto cambiar en aquellos años, desde las instalaciones hasta las formas en la que los oficiales, cada vez más jóvenes y altaneros, se referían a las funciones que debían cumplir ahí. Ese mismo desdén lo había vuelto un hipócrita. El antiguo suboficial solía pasar por afuera del monolito con el escudo distintivo de la unidad y sonreír al leer el lema «Listos para el combate». Le resultaba tierno, una frase inspiradora, pero carente de fondo al ver lo apolillado del mobiliario en las oficinas, lo paupérrimo de las barracas de los conscriptos, lo viejo del material con el que entrenaban los misileros y lo oxidadas que estaban las baterías antiaéreas. Él mismo alguna vez disparó un par de misiles Mistral en entrenamiento, más por justificar

gastos que por verdadera motivación bélica. Ambos intentos habían errado el blanco, no por falta de pericia, sino por la obsolescencia del equipamiento que, con una antigüedad de diez años, ya era viejo y venía con orden de baja. Nunca volvió a disparar; dedicó sus esfuerzos a formar soldados y descubrió que tenía gran talento para ello, uno que hubiese deseado ser capaz de trasladar a casa para la crianza de sus propios hijos.

El suboficial Pizarro, su segundo al mando, solía interceptarlo en la mitad de la pérgola, antes de abandonar el grupo, y cada día intentaba persuadirlo para que se quedara a almorzar con sus colegas y subordinados en el casino, con los conscriptos que recibían tres raciones diarias de una, sin ser lujosa, decente comida, quizás lo mejor de la brigada. La respuesta siempre era la misma: prefiero almorzar en casa. De vez en cuando le tocaba oír algún chiste soez referido a la vida sexual con su esposa, pero desde hacía cuatro meses la persuasión de Pizarro venía resultando inútil. No obstante, este insistía en ello. Lo que el moreno instructor desconocía era que Rivadavia estaba luchando por salvar un matrimonio que se iba a pique y encontró que pasar más tiempo en casa podría reavivar la chispa que él mismo se había encargado de apagar. No se dio cuenta de que aquel mediodía su subordinado abandonó la costumbre. Tampoco notó que nadie se despidió de él a la hora de almuerzo. Se había acostumbrado a ignorarlos.

A su derecha dejaba atrás el estadio Sustineo, nombre pretencioso para una modesta cancha de arcilla roja, mal delineada y con unas graderías compuestas por neumáticos enterrados pintados con colores chillones. Rivadavia guardaba gratos recuerdos de aquel lugar, cuando, con la autorización del suboficial de turno, ocupaba la cancha para demostrar sus habilidades de mediocampista creador para deslumbrar a sus camaradas. Alguna vez estuvo a punto de ser futbolista profesional, contaba a sus amigos. El año en que Aviación logró el ascenso a la categoría de honor en el balompié criollo, él vestía esos colores y jugaba de defensa, pero ser profesional era otra cosa y el oficial a cargo de la rama deportiva le indicó que debía decidir entre el fútbol y la milicia. Con una familia a cuestas, no lo pensó demasiado. No obstante, de vez en cuando la gente se reunía a

presenciar los partidos en aquella cancha donde, en encuentros más formales, ganó campeonatos institucionales reventando las redes en sus arcos. Ninguno de esos recuerdos le removía la nostalgia en la panza, mientras se alejaba del lugar; al contrario, el ceño fruncido delataba la preocupación por ver a sus conscriptos limpiando el espacio, emparejando la cancha y dando capas de pintura extra a los neumáticos más gastados. La duda le comió la cabeza todo el camino hasta asomar a la pérgola del Grupo 21, donde estaba la oficina de instrucción. No saludó. Se dirigió a paso firme a su escritorio sobre el cual lanzó el maletín provocando un golpe seco que retumbó hasta el final del pasillo. Pizarro lo miró de reojo, evitando cruzar la mirada con su jefe, quien tenía los globos inyectados en sangre.

—Hoy fui a comprar una bebida para el almuerzo. En mi casa mis hijos son fanáticos de la Coca-Cola, se vuelven locos cuando ven una, y si no le dan un sorbo se convierten en un dolor de cabeza. —Rivadavia abrió el maletín sin levantar la mirada—. Al llegar al mesón, donde el Rolo, me pasó una Fanta. Quedé tieso, miré al mostrador y en el refrigerador, al fondo, vi una fila de cocacolas bien heladas.

Pizarro frunció el ceño y se acomodó para escuchar a su superior. La silla en la que su cuerpo descansaba rechinó con escándalo.

—Entonces, le dije que se equivocó, que yo le pedí una Coca. —Rivadavia se sentó en su silla, que chillaba menos que la de Pizarro, pero olía más a polvo que la del subalterno—. ¿Sabes qué me dijo el viejo de mierda ese?

Pizarro meneó la cabeza e intentó balbucear una respuesta, pero ni eso pudo. Gesticuló. Ninguno de los ademanes constituyó una réplica coherente.

—Nada. Me insistió en que yo le había pedido una Fanta. Le porfié por cinco minutos hasta que me rendí y regresé a casa con la bebida equivocada. Solo hubo silencio en mi almuerzo familiar y estoy seguro de que a la tarde me van a romper las pelotas.

Pizarro hizo una mueca y miró al piso.

—¿Habré estado hablando en chino? ¿Me entiendes ahora cuando te hablo?

—Sí...

—¿Y por qué mierda los pelados están haciendo apoyo en el

Sustineo?

El silencio se hizo en la oficina de instrucción. La mueca de Pizarro se borró, como si hubiese recibido una bofetada que le tumbara los dientes.

—El capitán...

—¿Qué orden te di?

—Es que el capitán Dituro...

Rivadavia golpeó la mesa con la palma abierta. Pizarro guardó silencio.

—Instrucción militar y aporreo en la mañana. Reglamento y código militar en la tarde. ¿Hablé en chino en la formación de hoy?

—No, mi suboficial, pero el capitán Dituro vino pasadas las doce e instruyó que los conscriptos debían ir a hacer apoyo al casino de suboficiales y a bienestar.

—¿Quién es tu jefe?

—Pero el capitán...

—¡Mierda, Pizarro! ¿Quién es tu jefe?

—Usted, mi suboficial. Pero Dituro es capitán del grupo...

Rivadavia se puso de pie y avanzó hacia la pérgola.

—Cuando regrese quiero a los conscriptos formados en el patio, Pizarro. Yo mismo voy a buscar a los que están en el Sustineo, pero si al regresar te falta uno...

El suboficial salió a paso firme de las instalaciones del grupo. Una luz roja parecía haberse apoderado de su visión y el color de la arcilla en el terreno de entrenamiento no le ayudaba a bajar las pulsaciones. A lo lejos, como un obelisco en el desierto, se dibujó la figura del capitán Dituro, quien regresaba a pie después del almuerzo. Rivadavia desvió su camino y fue a su encuentro.

—Mi capitán, vi a los conscriptos haciendo apoyo en el Sustineo y alrededores.

—Sí, suboficial Rivadia, yo les ordené que fueran a mejorar esas instalaciones. El recinto va a alojar el campeonato de fútbol del colegio de mi hijo y debemos dar una buena imagen.

—Yo no estaba al tanto de esa orden, capitán.

—Acompáñeme a mi oficina y podemos discutir más acerca de la forma en que se ejerce el liderazgo en mi unidad.

Dituro dio dos pasos antes de darse cuenta de que Rivadavia seguía con ambos pies bien plantados en la tierra. Suspiró y empuñó la mano queriendo seguir su camino.

—¿Sabe usted por qué los conscriptos no salen a hacer apoyo antes de completar el ciclo de instrucción básica?

El capitán no encontró palabras para contestar.

—Claro que no lo sabe, porque es un pendejo arrogante que apenas entiende dónde está parado. Si llegó hace cuánto a la unidad, ¿ocho meses?

Dituro dio media vuelta y con la mano apuntó a su subalterno.

—Alto ahí, suboficial, que yo...

—¡Se acuartelaron hace dos semanas! ¡Por la cresta! Los conscriptos no hacen apoyo antes de terminar la instrucción básica, precisamente porque no entienden todavía los rangos, las jerarquías y la importancia de lo que hacemos en esta base.

—¿Está cuestionando mi criterio a la hora de dar una orden?

—¿Cuál criterio? Me tienes chato con lo poco que cachas del trabajo que hacemos acá, como para más encima tener que aguantar las mierdas de decisiones que tomas.

Rivadavia, sin esperar una réplica, comenzó a andar rumbo al Sustineo. Dituro, desencajado y echando espuma por la boca, lo siguió.

—A mí no me hablas de esa manera, ¿o tengo que recordarte la cadena de mando?

—¿Qué me vas a recordar tú acerca de cadenas de mando, si vez que puedes te la pasas por la raja? Yo soy el suboficial a cargo de la formación de esos conscriptos, yo soy el que lleva haciendo instrucción militar desde antes de que tú egresaras de la escuela, pendejo de mierda. Yo soy el responsable de la formación de estos cabros para devolverlos a la sociedad como miembros obedientes y funcionales. ¿Qué te has imaginado para venir a cambiar mis órdenes?

—El capitán de este grupo, Rivadavia, y no necesito imaginarlo. No como usted, que en su rol de suboficial no le queda más que seguir órdenes...

—Suboficial con veintiséis años de servicio, por eso sé bien cómo hay que hacer las cosas, no como usted, niño mimado. ¿O acaso cree que está en el rango por bueno? Tuviste más plata y más pituto, pero

los que mueven la raja para sacar adelante esta institución son los viejos como yo.

—Lo que hice no lo considero más grave que lo que está haciendo usted ahora.

—No vuelva a contradecir una orden mía frente a mi gente.

Rivadavia volvió a dar la espalda a su capitán y apuró el paso hacia el estadio.

—Suboficial, no me deje hablando solo. Sígame a mi oficina y discutamos esto como buenos militares.

—Métase su oficina en la raja. Voy a buscar a los conscriptos antes de que su inexperiencia los meta en algún forro y, de paso, caguen al grupo.

Dituro permaneció unos segundos contemplando la polvareda que el paso firme de Rivadavia levantaba mientras se alejaba. Usó ese tiempo para volver a sus colores, para respirar profundo y morderse la lengua. Al voltear, se encontró solo en medio de la pampa que separaba la pérgola del Grupo 21 y las trincheras de entrenamiento. Miró el polvo cubriendo la punta de sus zapatos y se dio ánimo para completar el resto del camino que le quedaba hasta la oficina.

El grupo de los cinco

En sus manos apretaba seis cartas. Tres eran de criaturas, un hechizo instantáneo que en cualquier otro momento de la partida lo hubiese sacado de apuros, un conjuro que apenas el día anterior había aprendido a usar y un pantano. Las miraba como esperando que aquellos trozos de cartón con ilustraciones oscuras le soplasen una estrategia que le permitiera salir del fuego cruzado que sus rivales habían iniciado con sendos mazos de cartas rojas y daño directo y que, entrado el sexto turno, lo tenían por las cuerdas. Quedaba poca esperanza. Era evidente que las cartas no hablaban y que apenas se estaba quedando con espacio para acumular una más en su mano. Su estrategia era bajar el pantano y así contar con dos puntos de maná. Solo le quedaba cruzar los dedos para que la carta que iba a robar en el turno siguiente fuese el añorado *Ritual Siniestro*; no veía otra forma en que podría bajar al menos una de sus criaturas y empezar a devolver un poco el daño que por todas partes le estaban infligiendo.

Giovanni lo miraba con los mismos ojos pavorosos con que Isaac le devolvía la vista; y su mano no iba mejor, a pesar de que él sí había podido bajar dos criaturas a la mesa y hacía dos turnos que había empezado a dañar al Gárgola, quien solo se reía cuando las sombras entraban en acción. Parecía un reaccionar tardío para dar vuelta la partida, a menos, claro estaba, de que en el mazo barajado que descansaba boca abajo en la mesa se estuviese gestando un milagro. Un mazo de sombras era una buena idea cuando la estrategia adecuada lo acompañaba, pero en Giovanni la estrategia no era lo que hacía más gala. *Relámpago Arco*, por parte del Jara. Era el segundo del juego que gastaba, y lo apuntó directo al compañero de Isaac. No le interesaban las criaturas; las de Giovanni apenas podían concretar dos puntos de daño si lograba hacerlas atacar, y el Gárgola tenía la mesa bastante controlada con sus *Perros Relampagueantes*. Luego fue el turno de Isaac, quien estiró la mano para posarla sobre el mazo y robar, rogándoles a todos los magos que la carta fuera una fuente de maná,

de lo contrario, sería su tercer turno descartando algo por exceso. Miró la carta y arrugó el ceño, el *Bruto Caterano* no le servía sin pantanos para jugarlo. Bajó una tierra básica y guardó la recién incorporada criatura. Era evidente que había barajado mal el mazo y que la partida iba a ser más corta que lo habitual. Suspiró. La mesa dio la vuelta y el nuevo turno encontró a Isaac colgando del tablero con apenas siete puntos de vida y a su compañero Giovanni en un no mejor estado, con cinco. Al Jara se le habían acabado los daños directos, pero tenía la mesa tan llena de montañas que poco importaba que las criaturas que había bajado recién lo hicieran mareadas. El contrincante tomó una carta del mazo y al fin se le iluminó el rostro. El añorado *Ritual Siniestro* pagó el costo de un pantano y lanzó su instantáneo generando con él tres fuentes de maná. Acto seguido invocó a su querido *Monitor Pirexiano*, una de las primeras cartas que compró en el *Rincón de Mario* cuando descubrió el juego, hacía un año, y decidió que le venía perfecto para enfrentar a las criaturas en la mesa e incluso sortear el daño directo gracias a su habilidad de regeneración. Contuvo las ganas de atacar, prefirió guardar su pantano adicional para regenerar a su criatura si es que esta llegaba a ser víctima del daño del Jara. Isaac odiaba con el alma a los jugadores de mazo rojo que basaban su estrategia en el daño directo, casi como un campeón que odia a los arqueros que lo atacan sin acercársele. Sonrió, reposó la espalda en la silla del comedor del Gárgola y pasó el turno al dueño de casa. El veterano jugador hizo una pausa, robó una carta sin mirarla y luego echó un vistazo a la mesa. Giovanni ya contaba con tres criaturas que comenzaban a verse amenazantes y al menos cuatro tierras básicas. Isaac, por su parte, había logrado bajar su primera criatura con alto riesgo de volverse un dolor de cabeza, y sus escasas fuentes de maná presagiaban que pronto llegarían todas las demás juntas. Cuestión de estadística, pensó el mago rojo. Un mazo mal barajado suele escupir las tierras al mismo tiempo, su rival pronto podría poblar el campo de batalla. El Jara, por otro lado, se había visto obligado a abandonar la estrategia de daño directo sobre los jugadores para comenzar a armar una defensa que contrarrestase a las criaturas oscuras. Leyó los ojos tranquilos de sus amigos y, gastando toda su fuente de maná, jugó el *Jokulhaups*, barriendo con toda criatura, artefacto y tierras de la mesa.

Los gritos y maldiciones rebotaron en todas las paredes de la casa. Giovanni le dio tirones a su pelo rizado intentando entender la mala partida que estaba teniendo, pero solo ensució la mesa con el resto de tierra que todavía se escondía entre sus rizos. Isaac no hizo más que comerse la frustración. Tenía ganas de llorar, pero no les iba a dar a sus amigos el gusto de verlo. La partida estaba perdida. Acto seguido, el veterano bajó una tierra y con ella hizo otros tres puntos de daño sobre Rivadavia con su *Relámpago*. Giovanni estiró sus brazos sobre la mesa y como un rastrillo recogió sus cartas. Se puso de pie.

—¿A dónde vas? —preguntó el Gárgola.

—A casa —respondió Giovanni sin mirar, evitando que las cartas de su propiedad terminaran desparramadas sobre la mesa por su prisa.

—Pero si la partida no ha terminado —insistió el Gárgola.

—Ya lo hizo, nos cagaste.

El adolescente guardó las cartas en una caja que puso dentro de su mochila. Con un gesto de la cabeza dio la señal a Isaac para que abandonaran el lugar. El amigo respondió replicando el gesto y tomó sus cosas para acompañarlo.

La sonrisa en la cara del Gárgola era el equilibrio perfecto entre burla y satisfacción. Jara, por su parte, apoyó los codos sobre la mesa y descansó su cabeza sobre sus manos, disfrutando cada movimiento torpe de los derrotados.

—No sean picados —agregó Jara.

—No es de picados, ganaron bien —sentenció Isaac.

Los amigos de negro caminaron hasta la puerta y salieron sin despedirse. Al cerrar tras de ellos escucharon las carcajadas de sus rivales del equipo rojo. Giovanni acomodó su mochila y se aferró con ambas manos a los tirantes antes de mirar al cielo. Isaac, a su vez, escondió las suyas en sus bolsillos. La brisa era tibia, pero persistente, un poco seca para el verano que habían estado viviendo, aunque nada lejos de lo que suele ser el viento por la tarde en el Cerro. El menor dio el primer paso y llenó la punta de sus botas con polvo. No se apuró con el segundo y esperó a que su amigo se le uniese en el andar.

—No entiendo por qué seguimos jugando con ellos. —Isaac sacó el habla.

—La otra alternativa es jugar con el Gallegos.

—Al menos él no hace trampa. —Isaac miró a Giovanni, quien se estaba mordiendo el labio—. No se puede jugar una tierra después de un conjuro, ¿sabes?

—Sí. Bueno, al menos ya no nos podrá volver a cagar así.

Sacó de su bolsillo la carta del *Jokulhaups*. Ambos se pusieron a reír.

—Qué rata, Giovanni.

—Bueno, nunca debimos habérsela regalado, la verdad. Ese gil es un chanta.

—¿Vamos a la banca?

—Depende, ¿qué hora es? —preguntó Giovanni sin voltear.

Algo había en las tardes del pueblo que parecía detener el tiempo. Era cierto que el ritmo de vida en aquel lugar era más pausado, sobre todo en verano, cuando a media tarde el sol abrasador de la pampa obligaba a las personas a buscar refugio bajo techo, pero los niños jugando en la plaza o una que otra vecina copuchando en la esquina del pabellón eran panoramas habituales un viernes.

—Todavía no son las tres de la tarde —contestó Isaac luego de mirar el reloj de pulsera digital que su padre le había regalado un año antes, apenas arribaron a Cerro Moreno. En su momento, cuando se lo entregó, le dijo que lo usara siempre, puesto que era un amuleto de buena fortuna, ya que se lo había encontrado en medio de la cancha del estadio Sustineo. Isaac no cuestionó la ofrenda de su padre, aunque para sus adentros deseaba con fuerzas que, más que producto del azar, el regalo hubiese sido algo escogido por quien era su héroe. Cosas de la adolescencia, le dijo su madre cuando lo hizo notar.

—Sí, te acompaño. El Jorge ya debe haber vuelto a casa, y si me ve con la mochila va a empezar a hacer preguntas. No puede saber que vinimos donde el Gárgola.

Isaac asintió. Siempre había encontrado que Giovanni era demasiado bueno para el caldo de cabeza. Das demasiadas explicaciones, le dijo una vez el Gato Arias, y agregó que cuando un abogado te pregunta si sabes la hora, solo debes decirle sí o no, en vez de decirle qué hora es. Giovanni daba la hora, la fecha y el contexto. Que al Jorge le cayera mal el Gárgola era problema del Jorge, se dijo. No esperó respuesta y echó a andar con la gracia de una garza. Giovanni era un adolescente delgado y de piernas largas, apenas más alto que Isaac, aunque casi un

año y medio menor que este. Su caminar rítmico contrastaba con la torpeza de su hablar. Algo había en la forma en que el muchacho articulaba las palabras que hacía imposible entenderle a la primera. Problemas de modulación, le había dicho el Jorge.

Isaac siguió a Giovanni a paso un poco más lento, le seguía dando vueltas la fijación que tenía su amigo respecto a lo que su hermano mayor aprobase o no en su vida. Luego pensó que en parte tenía razón; si Jorge averiguaba que se habían juntado con el Gárgola, poco le iba a costar conectar un hecho con otro para deducir que estaban jugando a esas cosas de ñoño, como le gustaba decir al mayor, y eso iba a pesar a la hora de aceptar al mocoso de pelo rizado en el grupo de Los Cinco. Giovanni deseaba ser parte de ese grupo, a pesar de que disfrazaba su ansiedad con indiferencia cada vez que podía. En sus entrañas, en el fondo de su núcleo atómico, juntarse con ellos era el máximo premio al que podía aspirar para el año que recién iniciaba. Los Cinco no era un club oficial, más bien resultó algo circunstancial que se creó por hábitos y gustos en común. Era bastante normal en Cerro Moreno que los amigos que compartían curso en el colegio E-88 crecieran juntos, afirmando su amistad afuera de clases; y la generación de adolescentes del cambio de milenio no era la excepción. Poco menos de veinte chiquillos eran los que habían construido los fundamentos de esa amistad practicando deportes, yendo a fiestas y citándose cada noche en la plaza. Dentro de ese lote se distinguía a Los Cinco, todos metaleros, todos con su indistinguible vestimenta oscura y botas. Estas últimas no les resultaban difíciles de conseguir, puesto que en una base militar botas era lo que abundaba, pero sí resultaba una rareza el gusto por el metal pesado, lo que los volvía una verdadera hermandad. Jorge era el mayor entre ellos, y a pesar de que no distinguían un liderazgo, había un cierto respeto por la antigüedad. El miembro más nuevo del grupo era precisamente Isaac, quien se había ganado su incorporación al demostrar que conocía bandas más allá de Metallica y Pantera. Mario y Alejandro eran los otros integrantes. Ambos hermanos habían mediado ante Jorge para que aceptaran al anterior, básicamente por una simpatía y afinidad humorística. El quinto cupo estaba vacante desde hacía tiempo, cuando uno de los mejores amigos que Jorge había tenido —y

fundador de Los Cinco— se mudó a Santiago. Así pasaron a estar formados solo por tres, luego por cuatro, y el quinto cupo estaba destinado a Giovanni, que ya había hecho méritos suficientes para ser parte. Lamentablemente, el menor de los Muñoz no contaba con el visto bueno de su hermano, y enterarse de que se estaba juntando con el Gárgola —un remanente de la generación anterior, la que ya había crecido y abandonado las calles, la que había rivalizado con la generación de Jorge, que luego de la partida de su amigo quedó en un limbo generacional que lo llevó a ser absorbido por los más chicos, regalándole algunas frustraciones que desquitaba con su hermano pequeño— le daría los motivos suficientes para negárselo. Giovanni no se podía permitir eso, no el año en que iba a empezar a estudiar en Antofagasta, una ciudad cien veces más grande que la burbuja que resultaba ser Cerro Moreno, en donde su afiliación a Los Cinco le garantizaría, al menos, compañía si es que no lograba adaptarse a los que serían sus nuevos compañeros de curso. Pasar de octavo básico a primero medio resultaba un ritual estresante para los adolescentes del Cerro.

La banca era un punto de encuentro, un pequeño espacio dentro de la población de la que ellos se habían apropiado. Estaba ubicada contra la pared de la esquina exterior de la multicancha, mirando hacia la plaza de suboficiales. Precisamente ahí la habían conseguido. Durante los trabajos de remodelación del lugar, unos obreros pasaron a llevar uno de los tablones volando un remache y aflojando el fierro central del asiento, viéndose obligados a reemplazarla por una nueva. Fueron el Pato Alcalde con su hermano quienes la encontraron antes de que pasara el camión de escombros a recogerla y se la llevaron a la esquina desde donde nunca más nadie se atrevió a moverla. Era el punto neurálgico de las juntas de los amigos, el punto de encuentro, el sitio en donde siempre todo el mundo sabía que iba a encontrar a, al menos, uno de estos muchachos.

Ahí los encontró el Chano Toledo, otro del lote de amigos. Era un esporádico muy querido, quien a pesar de haber crecido con ellos en el Cerro, había decidido años antes comenzar su propia generación. Isaac y el Chano habían sido compañeros de curso en octavo básico, donde a pesar de la diferencia en edad hicieron buenas migas. El Chano había

repetido un par de veces, pero era bueno para la talla y siempre tenía una historia que contar, aunque resultara siendo una mentira. Se sentaron al lado de su amigo después de saludarlo con el apretón de manos, choque de puño y golpe en el hombro característico y quedaron los tres en silencio, mirando la plaza vacía, el pabellón cinco en donde la puerta del almacén se sacudía al ritmo del viento y, a lo lejos, los remolinos de polvo que recorrían las calles sin pavimentar.

—En mi casa penan. —El Chano rompió el silencio—. Ya no quiero estar ahí. Todo el día me mueven los muebles, me apagan las luces o me llaman desde el patio.

El mayor del trío suspiró.

—En mi casa penan...

Giovanni miró a Isaac y ambos se encogieron de hombros. El miembro oficial del grupo miró su reloj otra vez y pensó que sí, que tenía tiempo para escuchar una historia antes de volver a casa.

Un viernes cualquiera

En Cerro Moreno nadie le temía a la delincuencia, era un concepto que estaba más allá de la imaginación de cualquiera de los residentes. En el pueblo vivían unas ochocientas personas, la mayoría adultos que trabajaban en alguno de los grupos que componían la Quinta Brigada Aérea. Otra cantidad considerable eran las madres, gran parte de ellas dueñas de casa, como si no tuvieran otro destino. Era común en la base que estas madres pospusieran sus sueños y aspiraciones de realización profesional. La de Isaac pertenecía a estas últimas. Dedicada a la crianza y el cuidado del hogar, olvidando sus habilidades de tejedora y maestra textil, le había costado poco habituarse a esa quietud en la que la población parecía eternamente suspendida. No solo eran puertas sin llave las que te hacían entender el ambiente de seguridad, también las bicicletas repartidas en los pórticos o a mitad de calle, sin cadenas ni candados. Era frecuente que cuando alguien necesitaba una tomara cualquiera y después la dejara en el mismo lugar en que la encontró. A Isaac no le gustaba eso. Pensaba que entregarse tanto a la confianza terminaría mermando la necesaria sensación de alerta. Por eso a sus amigos les costaba adaptarse a sus colegios en Antofagasta, se decía, porque daban todo por sentado.

Había otro motivo por el cual Isaac no parecía sentirse seguro en Cerro Moreno, uno que no sabía precisar, una sensación en la base de su nuca que se disparaba cada vez que se encontraba solo y expuesto al inmenso firmamento. La sensación de estar siendo observado lo perseguía desde el primer momento en que su familia había regresado a vivir al lugar.

La alarma de su reloj sonó a las siete de la tarde exactas. Solía dejar que sonara dos veces antes de detenerla, y no era la única alarma que tenía programada en el pintoresco reloj digital de pulsera. La de esa hora indicaba que debía regresar a casa y poner la mesa para tomar once. Daba lo mismo si estaba o no hambriento, era la tradición de la

familia.

Isaac pasó la plaza y sintió alivio de sortear una de sus mayores complicaciones. Algo ocurría en su cabeza cuando dejaba atrás la plaza para tomar la calle que lo llevaba a su hogar; sentía que todo el ruido se apagaba y la soledad lo llenaba. Las fachadas de los pabellones parecían falsas, escenarios de obras animadas de otros tiempos; desde las ventanas nadie lo miraba, pero le parecía que el cielo entero escrutaba cada uno de sus pasos. Veía los juguetes de los niños meciéndose al viento, vestigios de vidas pasadas, y se le apretaba el estómago, al punto de impulsarlo a querer completar el camino corriendo. Llevaba un año en el pueblo y todavía no lograba explicar qué era lo que lo oprimía.

Al llegar a su casa abrió la puerta, entró y cerró tras de él. Suspiró.

Esquivó la escalera y rodeó el sillón *bergère* de su padre para entrar al comedor. Se rascó la cabeza y echó una mirada hacia la cocina. La mesa estaba puesta, mucho mejor de lo que solía hacerlo él, y en la pérgola de acceso al patio su madre lo esperaba sentada con el rostro compungido y la mitad de un cigarro tambaleándose entre sus dedos.

—Hoy es viernes, ¿no?

Margarita asintió después de dar una bocanada larga al pucho. Bajó la vista apenas vio aparecer la mueca en la cara de su hijo.

A Isaac le había costado llegar a entender qué tenían los veranos que le desagradaban tanto. En un principio pensó en el calor, pero el clima en la costa de la región de Antofagasta era parejo, con cambios que apenas marcaban las estaciones, y los inviernos no pasaban de frescos. Aquel día comprendió que lo que odiaba de los veranos era la pérdida de la percepción del espacio-tiempo. Todos los días se sentían iguales cuando estaba de vacaciones, cuando los viernes nunca habían sido iguales.

El joven caminó hacia el lavaplatos y limpió sus manos. Por un segundo quiso delegar la responsabilidad a su hermana Gema, que siempre eludía la mala misión de los viernes. Le costaba entender que solo por ser mujer estuviese exenta de esa tarea. Secó los dedos contra su *jeans* negro provocando que su madre arrugase la frente en señal de reprobación. También recordó que su hermana mayor había estado

toda la semana preparando un asado en la pérgola de la base área para celebrar su cumpleaños con sus amigos. Con las manos aún húmedas se acomodó el pelo largo detrás de las orejas y miró por la ventana del comedor, un pequeño rectángulo ubicado hacia el sur, desde donde podía ver a lo lejos el camino por el que aparecía el bus 15, las casas de la población de oficiales y, muy al fondo, el baile de las luces de la ciudad de Antofagasta.

—¿Está en la cantina? —preguntó Isaac.

Margarita se encogió de hombros y volvió a desviar la mirada antes de fumar.

Él suspiró profundo y regresó a la puerta de la casa.

Apenas había caminado diez metros cuando sintió ganas de abofetearse a sí mismo. Era en esas instancias cuando se arrepentía de no haber aprendido a andar en bicicleta. Ir a la cantina pedaleando le hubiese tomado pocos minutos, en cambio, ahora le tocaba hacer el camino a pie, a campo traviesa o siguiendo las vías demarcadas. En cualquier caso tendría que adentrarse en un sitio que, al oscurecer, no podía resultarle más incómodo. Pudo cruzar la calle y bordear el colegio E-88 para atravesar frente al gimnasio y la cancha de fútbol; con eso llegaba directo por detrás del casino de suboficiales en apenas unos diez minutos, calculaba en su mente.

Isaac no era bueno midiendo la distancia en minutos, pero las luces de la base comenzaban a encenderse en sus tradicionales tonos anaranjados. Era cierto, todavía era verano, pero al estar la base ubicada junto al morro Moreno, la luz del atardecer se iba al menos cuarenta minutos antes que en el resto de la ciudad. Pronto sería de noche, e Isaac conocía muy bien todo lo que se decía de las noches en su pueblo. El cielo abría sus ojos para vigilar sus pasos más que nunca. Decidió entonces seguir el camino asfaltado, que corría en paralelo a la línea del tren. Era la ruta que seguían el bus y la mayoría de los automóviles en la base. Bordeó el pabellón treinta y dos y treinta y tres, y bajó el ritmo para mirar hacia el pabellón treinta y cuatro. Le gustaba pasar por ahí cuando caía la noche, pues a veces estaba de suerte y veía a través de la ventana encenderse la luz de la pieza de Victoria, su amor platónico, hecho que le brindaba todas las mariposas en el estómago que necesitaba para mantener la ilusión viva.

Pero esta no fue la ocasión. Como si hubiesen confabulado en su contra, las ventanas del pabellón se mantuvieron a oscuras. Había llegado hasta el límite de la población civil. Cinco metros más adelante estaba la línea del tren, que delimitaba su territorio; y a su derecha la pérgola del Grupo Base Aérea, único lugar que parecía estar vivo hasta ese entonces. Sonaba música grunge de la previa a la fiesta a la que había ido su hermana con sus secuaces. Por un momento lamentó no ser mayor para estar ahí rodeado de amigos en vez de solo en medio de la base. A su izquierda se ubicaba la cancha de tierra y al frente, siguiendo su ruta, los pabellones donde vivían los funcionarios solteros.

Isaac sintió un sudor frío deslizándose por su espalda y dio un paso adelante.

La jornada estaba en ese momento de equilibrio entre el ocaso y la penumbra. Al avanzar unos metros, el muchacho sintió apagarse la música de la fiesta y en el aire persistir el zumbido de la planta eléctrica. Era un ruido insistente que parecía aumentar el volumen al mismo ritmo en que se aceleraba su corazón. Seis eran los pabellones de solteros, que se volvían cada vez más grandes. Cada paso que daba hacía que Isaac más se arrepintiera de haber desarrollado la afición de trasnochar escuchando a los adultos contarse historias cuando iba a vacacionar a Mejillones. No fueron pocas las veces en las que escuchó hablar del Zanjón de la Aguada. Isaac era consciente de que ese era el nombre de un sector vulnerable de la ciudad de Santiago, pero en la base también existía un lugar llamado así, y era uno de los pabellones de solteros. Nunca estuvo seguro de cuál de todos se trataba, aunque apostaba al primero, pues era el lugar con mayor vegetación de los seis edificios. El sitio estaba asociado a una historia macabra. La base de Cerro Moreno tenía un pasado oscuro, salpicado con la sangre de militares y civiles, pero la historia del Zanjón de la Aguada se remontaba a mucho antes de aquellos años de tiranía, pues hablaba de manera recurrente entre los amigos de su padre acerca del viaje de los conscriptos. No había consenso en el motivo de ese viaje, tampoco en si iban o regresaban a la base; pero haya sido para instrucción, para relajo o por simple rutina, un bus repleto de soldados sufrió un terrible accidente al salir de la carretera, cerca de una cuesta al norte de la

base. La máquina dio varias vueltas de campana antes de reducirse a un montón de fierros, chatarra, huesos y carne humeante a un costado del camino. Al menos cuarenta conscriptos iban a bordo, más de la mitad falleció y los que sobrevivieron arrastraron por años horrendas secuelas en sus cuerpos. Cuando la ayuda llegó, los cadáveres fueron trasladados al interior de la base y en la pieza veinte del Zanjón de la Aguada comenzaron a amontonar a los fiambres. El piso del pasillo del edificio resultó intransitable debido a la sangre, y en la pieza yacían los cuerpos de los soldados fallecidos —o lo que quedaba de ellos— a la espera de ser reconocidos. Fue una noche larga en la enfermería de la unidad y la pieza veinte del pabellón fue clausurada para siempre. Aunque habían pasado muchos años desde aquel horrible accidente, Isaac era consciente de que todos los funcionarios de la Quinta Brigada Aérea coincidían en que aún se podía oler la sangre en los pasillos. Y si acaso cometías la imprudencia de entrar a la pieza en cuestión, al poco rato verías manchas de sangre emerger desde las paredes y un charco de fluidos comenzaría a devorarte los pies. Al muchacho no le gustaba recorrer aquel camino paralelo a los pabellones, pero era la única vía para llegar adonde estaba su padre.

Con la respiración agitada, comenzó a dejar atrás los pabellones de solteros. La incertidumbre de no saber a cuál correspondía el llamado Zanjón lo mantuvo alerta todo el camino. Con cada paso luchó contra el instinto de salir corriendo, los músculos de sus brazos agarrotados por la tensión, pues Isaac juraba haber visto de reojo a más de una persona asomarse entre las cortinas de las habitaciones. No era un muchacho creyente, pero ante la duda, se encomendó a todos los dioses conocidos para rogar por la paz de aquellos muertos que se empeñaban en acecharlo.

Divisó el casino de suboficiales al mismo tiempo que la noche se dejó caer con prisa. El muchacho no estaba autorizado a entrar por las bodegas, por lo que debía rodearlo atravesando la explanada donde los militares realizaban la formación general. El edificio era extenso, y ese peladero siempre lo hizo sentir intranquilo. Al otro extremo del llano estaba el casino de oficiales, un lugar siniestro que escondía un secreto más macabro que el propio Zanjón de la Aguada. Entre las familias de Cerro Moreno no se hablaba mucho acerca del rol que jugó la Quinta

Brigada Aérea en los crímenes de lesa humanidad cometidos durante la dictadura. La mayoría guardaba un incómodo silencio al respecto; otras, que no eran pocas, comentaban que ahí, en ese mismo lugar donde desde suboficiales mayores hasta generales almorzaban y se llenaban la panza con el rancho del día, había funcionado el primer centro de detención de la zona. Los primeros detenidos del régimen represivo llegaron hasta el sitio cuando parecía que sus futuros, a pesar de la privación de libertad, no iban a ser tan trágicos, panorama que cambió a contar del 13 de septiembre, cuando arribaron los oficiales encargados de torturar a los acusados, tanto civiles como militares constitucionalistas. Isaac lamentaba que todavía existieran familias que negaban estos hechos.

El muchacho bajó la vista y sintió el miedo de tener que caminar cerca de tan infame sitio para llegar hasta la fuente del vicio de su viejo. A su izquierda estaba el pilar, que sostenía un Hawker Hunter emplazado casi al medio de la explanada. Era el número 748, y sus amigos solían decir que era uno de los aviones que había bombardeado La Moneda el día del golpe de Estado. El muchacho nunca creyó esa historia, básicamente porque su padre le había contado que aquel funesto día los aviones que bombardearon tanto el palacio presidencial como la residencia de Tomás Moro no operaban en el Grupo 8, la casa de los Hunter de Cerro Moreno.

Llegó al fin a la entrada del casino con su escalera y la mampara color zapallo. Le costaba aceptar que solo en su cabeza la escalera era más grande. La recordaba de cuando chico y su padre lo llevaba a tomar helado a la cantina y él jugaba en el borde, que era una línea lisa que servía de tobogán. Le parecía una caída larga, pero la escalera solo tenía cinco escalones, que ahora subía de dos en dos. Cruzó la mampara y antes de entrar al casino giró a la izquierda para acceder al tugurio.

La barra era ocupada por los funcionarios más jóvenes, todos residentes de los pabellones de solteros, y en las mesas uno que otro suboficial y sargento piscoleaban con sus camaradas. A Isaac le llamó la atención el contraste del barullo en el interior con el absoluto silencio que había afuera.

—¡Hey! Rivadavia chico.

Una voz ronca llamó su atención desde una de las mesas centrales. Ahí vio una cara conocida levantando la mano y agitándola. Era el Charro Álvarez, compadre de su viejo, quien ya tenía los cachetes colorados y el bigote mojado de tanto vino.

—¿Andai buscando a tu viejo?

Isaac sintió el tufo vinagre del hombre y lo vio tambalearse cuando intentó ponerse de pie. El loco Vargas, con quien compartía mesa, evitó una caída graciosa. Asintió con poco ánimo y no se acercó más.

—Salió hace como veinte minutos con el compadre Rosado. ¿No te lo cruzaste?

Apretó los labios. De haberlo visto no se hubiese molestado en entrar a la cantina. Levantó la mano y dio las gracias antes de abandonar el lugar. Se paró en la cima de la escalera del casino y sintió el frío de la base abrazando su cuerpo. La oscuridad se abría hacia Cerro Moreno.

Lo que vimos en el cielo

Ajena a las preocupaciones mundanas estaba Gema, sentada a una mesa junto al quincho de la pérgola con una piscola en la mano. Bebía desde hacía un par de años, cuando comenzó a asistir sin remordimientos a las fiestas en su liceo de Antofagasta. Le había costado hacerlo dentro de la base, porque si una cosa odiaba Margarita, su madre, era el hálito alcohólico y solía esperarla en la entrada de la casa para recibirla con un beso y así determinar si había sido una buena niña.

Gema había crecido con la presión de la perfección. Desde pequeña mostró disciplina para ser la mejor alumna de la sala de clases y fue sometida a intensas jornadas de estudio que le crearon un hábito que la acompañó hasta terminar la enseñanza media. Lo mismo ocurría con su imagen, pulcra desde la frente con el pelo siempre tirante y ordenado, que terminaba en una larga cola de caballo rubia. Gema entendió desde chica lo difícil que era ser rubio en el norte, donde cualquier color distinto del castaño oscuro era objeto de burlas y sobresalía como el sol al alba. Sus ojos verdes no ayudaban. Por otra parte, la compostura impuesta por su padre —responsable de los genes claros por su lado de la familia— la había forzado desde chica a ser perfecta. Pero a ella no le agradaba ser perfecta, solo quería ser una niña que pudiera ensuciarse con tierra cuando jugaba en el patio, o chapotear en los charcos de lodo que se formaban las pocas veces que llovía en el invierno, o patear una pelota, o simplemente dedicarle tiempo al ocio en vez de siempre a los estudios. Miraba hacia el lado y veía a su hermano menor, de piel curtida por el sol, el cabello varios tonos más oscuro que el suyo y unos ojos marrones que le provocaban una ligera envidia. Varias veces se preguntó si el mundo se veía diferente con esos ojos, pero nunca se atrevió a hacer la pregunta. Las niñas buenas no se permitían envidiar y ella, con sus ojazos color laguna, debía estar agradecida de calzar en los cánones de belleza adoptados por un país que carecía de identidad.

La chiquilla había cumplido dieciocho años pocos días antes, motivo por el cual sus amigos, todos mayores que ella, habían conseguido el espacio reservado para unos pocos donde podrían desbandarse en una celebración llena de comida, alcohol y baile. A Gema le gustaba bailar, y ahora que había terminado cuarto medio y se alistaba a realizar su práctica profesional, lejos de los libros, sintió que era el momento de soltarse al viento.

Dejó de pensar en su casa, en la once familiar o en lo que fuera que le estuviera pasando a su hermano Isaac.

Rodrigo se acercó con un trago en la mano y chocó el vaso con el de su amiga, le revolvió el pelo y la felicitó por quinta vez por haber alcanzado la mayoría de edad. Bromearon y se pusieron al día con sus vacaciones, porque Rodrigo viajaba todos los veranos fuera de Cerro Moreno y solía regresar con grandes historias. Gema, en cambio, aspiraba a pasar una semana en Mejillones —dos cuando las cosas andaban bien en casa— y por lo mismo le gustaba vivir a través de los recuerdos prestados de su amigo creyendo en que algún día podría hacerlos propios. No conocía a Rodrigo desde hacía mucho tiempo. A pesar de que había vivido antes en la base, tenía pocos recuerdos de la gente que la rodeaba entonces, y Rodrigo fue el primero al que se atrevió a hablarle en el bus de estudiantes cuando le tocaba bajar a la ciudad. Él era mayor que ella por cuatro años, ya no estaba en el colegio, iba a la universidad y se vestía como un señor entrado en los treinta. Le cayó bien desde el principio. Eres un viejo chico, le decía ella; un alma antigua, corregía el joven moreno dándose ínfulas.

No pasó mucho tiempo hasta que Rodrigo fijó su vista en la entrada de la pérgola, desde donde aparecía, como un hada en medio de la oscuridad del pueblo, Pamela, una colorina de ojos celestes y piel pálida salpicada de pecas de la misma forma en que las estrellas salpicaban el cielo. Bebió de su vaso y Gema notó el brillo en los ojos de su amigo. Le resultó imposible ignorar cómo la seguía con la mirada cuando Pamela levantó su brazo y saludó al grupo. Menos pudo obviar el hecho de que el muchacho dejó caer parte de su trago sobre la camisa que vestía al notar que la colorina se acercaba a ellos con una sonrisa amplia atravesándole la cara.

—¡Amiga, feliz cumpleaños! —espetó Pamela con los brazos abiertos

antes de fundirse en un abrazo con Gema.

Rodrigo fue ignorado y Gema encontró algo en que entretenerse.



—Mucha gente habla de lo mal baterista que es Lars Ulrich, pero pocos se detienen a pensar en lo complejo que es el tema «Bleeding Me» —dijo Isaac mientras acomodaba su humanidad sobre los juegos de rueda que se hallaban al exterior del supermercado.

El Economato, además de ser el abastecedor oficial de abarrotes del pueblo de Cerro Moreno, era el punto de encuentro de Los Cinco. Estaba ubicado al costado de la reja perimetral este de la base, separada por unos cuantos metros de la Ruta Uno, que conectaba Antofagasta con Mejillones. Era un lugar apartado de las miradas de la gente, mucho más reservado que la banca frente a la plaza y, por ende, más adecuado para Los Cinco cuando querían pasar una noche tranquila sin tener que estar bajo el escrutinio de los funcionarios, que no veían con buenos ojos su presencia.

Estaban ahí Alejandro, el Gárgola y Mario, el mayor de los San Martín, a quien sus amigos le decían el Hammer, un tipo reservado, que prefería analizar las cosas antes de hablar; muy diferente de Isaac, que hablaba hasta por los codos. A pesar de eso, en aquella reflexión acerca de Ulrich estaba de acuerdo con su amigo y asintió serio mientras aspiraba su cigarro.

—O sea, si te fijas, los cuatro brazos llevan un ritmo distinto en la intro —agregó el muchacho.

Mario miró a Alejandro, a quien se le escapó una carcajada.

—¿Cuatro brazos? —preguntó el Gárgola.

Isaac guardó silencio y repasó en su mente todas las palabras que había escupido mientras en el estómago se le revolvía el pan con huevo que había comido en la once.

—El público grita, las luces se apagan y un foco alumbra la batería. Ahí está Goro, listo para tocar con Metallica...

Isaac bajó la vista y no le quedó más que acompañar a sus amigos en las risas. No le gustaba equivocarse, no le gustaba ser el objeto de las burlas, pero las carcajadas eran tan fuertes que cualquier reacción

distinta a la resignación solo las iba a empeorar. Se mordió los labios mientras el Gárgola se pavoneaba con los brazos en alto imitando al luchador de Mortal Kombat.

—¡Bah! ¿Cómo es la hueá? ¿Tenemos visitas?

La voz de Jorge interrumpió las risas. No lo vieron cruzar la calle, menos acercarse. Junto a él, con el pecho inflado, venía Giovanni.

El Gárgola borró la sonrisa de la cara. Jorge se acercó y saludó. Acto seguido se sentó junto a Alejandro y apoyó su espalda contra el latón de la fachada del lugar. Los hermanos San Martín permanecieron en silencio, alternando las miradas entre Jorge y su hermano menor, Giovanni, que no podía disimular la sonrisa en su rostro.

—¿Y qué haces acá? —le preguntó Isaac.

—Acostúmbrate a verme —respondió Giovanni, modulando.

Mario se acomodó el jockey del *Garage Inc.* y miró al mocoso. Jorge le hizo un gesto aprobador antes de desviar la mirada hacia los cerros.

—Bienvenido —dijo Alejandro, que saltó de su sitio y tomó por el pelo a Giovanni para empezar a revolvérselo, como si fuese posible dejar más enmarañado un cabello crespo. Isaac fue el segundo en ir a abrazar y felicitar a su amigo. El Gárgola, por su parte, hizo una mueca, indicó que tenía otras cosas que hacer y se perdió caminando hacia el pueblo con las manos bien metidas en los bolsillos.

Giovanni era el último miembro de Los Cinco.



Habían terminado de cantar el cumpleaños feliz en la pérgola y los brindis a la salud de Gema se habían sucedido, algunos más sobrios que otros, pero cada uno cargado de buenas palabras. Rodrigo había llamado a acercarse a la parrilla, pues era momento de comenzar a picotear el asado. Pamela no hizo caso, se mantuvo en medio de la pérgola rellenando su vaso de pisco y bailando con el viento.

—¿Y tú no vas a comer? —preguntó Gema, mientras ponía un par de hielos más en su brebaje.

—Estoy guardando espacio para más rato —contestó la pelirroja sin abrir los ojos mientras simulaba que alguien la tomaba de la cintura al ritmo de «Don’t Cry» de Guns N’ Roses.

Gema y Pamela se tomaron de las manos y comenzaron a bailar. No era la canción favorita de la cumpleañera, a ella le gustaba otro tipo de música. Ya había entrado en la etapa en la que amaba ir a las discotecas de Antofagasta a bailar Axé, junto con sus amigos del colegio y repetir ahí, tantas veces como pudieran, las más disparatadas coreografías. De todas formas, se dejó llevar por su amiga, que parecía en trance.

—No puedo creer que hayas planificado otra fiesta a la que ir el día de mi cumpleaños. Te pasas, Pamela.

—Si quieres me acompañas.

—No puedo bajar a la ciudad, no tengo permiso.

—Es acá, en la base.

Gema buscó en su cabeza información sobre otra fiesta en Cerro Moreno y no encontró nada. Era muy difícil que en un pueblo tan muerto hubiese más de una celebración a la vez.

—El Pablo me invitó a su pieza, va a preparar pizza —agregó la pecosa.

—¿Sigues viendo a ese idiota? Y yo que te iba a hacer gancho con Rodrigo.

—¿Con ese gil? No, gracias, no le gana a nadie. En cambio, al que llamas idiota lo acaban de ascender a cabo primero, amiga. Es un idiota con futuro.

—Pero si te ha puesto el gorro como quince veces, Pamela. Ya habíamos hablado de esto.

—Al Pablo lo van a mandar pronto a hacer varios cursos y capaz que termine sirviendo en la Antártica. ¿Sabes la cantidad de plata que les pagan a los que se van un año a la Antártica? Me dijo que a lo mejor nos casábamos antes de irse... el sueño.

Gema frunció el ceño y ladeó la cabeza.

—¿Casarte?

—Sí, amiga, es que si se casa antes de que se vaya le van a dar casa fiscal en Santiago y yo me quedaré cuidándola por todo el tiempo que él ande de comisión. Santiago... Al fin podré irme de este pueblo de mierda.

La cumpleañera no contestó. Siguió girando lento con su amiga aferrada a su cintura mientras intentaba discernir si la persona que

bailaba con ella era la misma que había entrado a la universidad a estudiar Educación Física, la misma que pensaba convertirse en una entrenadora personal y tener su propio gimnasio, la que anhelaba marcar algunos récords en disciplinas aeróbicas. Gema había cumplido recién los dieciocho años y la idea de casarse no se le pasaba por la cabeza. Tenía pololo, uno con el que había estado desde tercero medio, pero no proyectaba su vida junto a él por mucho tiempo. Ella quería estudiar, trabajar y desarrollarse; viajar, ver el mundo con sus ojos y nunca más a través de las anécdotas de sus amigos. De pronto, Pamela dejaba de verse a sus ojos como la mujer que la había inspirado.

—Pablo dice que va a estar con un amigo, ¿lo quieres conocer?

—Tengo pololo.

—Y ese sí que es un idiota. Vamos, que nadie se va a enterar.

La rubia bajó la vista, aflojó la mano que sostenía la de su amiga y titubeó. Se preguntó si Pamela al fin se revelaba como una de esas amistades que su madre le decía que debía evitar. Le daba rabia tener que estar pensando en lo que diría su mamá cada vez que debía tomar una decisión. Había cumplido dieciocho años, obtenido el primer lugar de su curso, había conseguido práctica profesional antes que todos sus compañeros, tenía derecho a desobedecer una vez.

—¿Choripán? —Rodrigo las interrumpió sosteniendo uno en cada mano. El pan lucía crujiente, bien dorado, y el chorizo brillaba en sus propias grasas humeando, desprendiendo su jugo, esperando ser acompañado con un poco del buen pebre que había preparado Margarita, la mamá de Gema e Isaac.

La cumpleañera aceptó el sándwich con la boca hecha agua. Iba a darle una mordida cuando vio los luceros de Pamela sobre ella, fríos, cuestionadores, y entonces reculó. Le devolvió el pan a Rodrigo y forzó una sonrisa.

—Estoy guardando hambre para más rato —le dijo a su amigo antes de despacharlo de la pista de baile, con el desprecio de Pamela y la frialdad reciente de una niña que quería ser mujer.



Giovanni estaba teniendo una gran noche. Por fin, después de un día de mierda, hablaba de música con Alejandro. Estaba dentro del círculo que solían formar Los Cinco cuando conversaban de la vida, del último casete que compraron, de la próxima vez que su banda favorita visitaría Chile, de la siguiente excursión al Black Shop. Ese era el paso que el mocoso estaba intentando apurar: ir al Black Shop con Mario para así no ser discriminado por el pelucón que atendía, acompañar a Isaac a la feria persa para comprarse una polera de alguna banda de música sin tener que memorizar al menos cinco de sus canciones para probar que no era un posero, ir con Jorge a la disquería Jenny a escuchar las cintas demos de las bandas de rock locales. Sabía que su hermano era amigo del baterista de Agressive y alucinaba con el momento en el que se lo presentaran. Conocer a un baterista, a un músico de verdad... nunca más conformarse con el Gato Arias, que era lo más cercano que había a un músico entre los amigos de Los Cinco. El cabro tocaba la guitarra y era bastante bueno, pero no tenía banda, tampoco mucha onda con el metal más pesado que ellos admiraban; el hombre era más melódico. A Giovanni no le caía muy bien el Gato Arias, aunque Isaac se llevaba excelente con él y Jorge le tenía cierto aprecio, sobre todo por la parte musical, pero igual estaba agradecido de su presencia aquella noche en el Economato.

Poco a poco el resto de los amigos fueron congregándose en el sitio para pasar la noche del viernes. El Gato había subido junto con Victoria y su amiga Alejandra. Ellas no solían juntarse con los jóvenes de la base, menos con Los Cinco, que siempre se mantenían alejados, con sus aires de misterio. Pero era el último viernes del mes, quedaba una semana para volver a clases y a muchos de ellos los iba a empezar a ver en el bus de estudiantes, por lo que todos consideraron prudente conocerse un poco más. Isaac estaba fascinado, había hablado a solas con Victoria una sola vez, el mismo día en que el Rorro se la había presentado en los juegos junto a la plaza. Era septiembre y celebraban las fiestas patrias, ellos andaban juntos a los besos y aun así Isaac se enamoró hasta las patas de la joven. El rostro de porcelana, la sonrisa fría, esos ojos aceituna que se grabaron en su mente y el cabello castaño oscuro que solía usar al viento le enseñaron temprano lo que eran las hormonas desatadas. Alejandra era la mejor amiga de

Victoria, una joven delgada, de piel canela y cabello marrón, con ojos almendra y piernas de jirafa. El Gato la presentó como su polola, pero nadie le creyó hasta que se besaron en público. Ambas fueron aceptadas en el lote y ahí estaban, compartiendo el círculo con Giovanni, quien no paraba de hablar a pesar de que Jorge lo había reprendido un par de veces.

—Giovanni, ¿puedo decirte algo? —susurró Victoria, con las mejillas ruborizadas.

El cabro chico estaba teniendo una gran jornada, y había notado que Victoria lo miraba seguido. Isaac no lo pensaba, le decía que se estaba pasando rollos y, sin embargo, ahí estaba la mujercita, dirigiéndole la palabra con los ojos brillantes.

—Lo que quieras —respondió el menudo con la voz más ronca que pudo sacar.

—Prefiero que sea a solas.

Isaac sintió el peso de su alma bajando por su garganta y cayendo en su estómago. Intentó disimular con una sonrisa.

—Puedes decirme acá lo que sea, sin secretismos —insistió Giovanni, inflando el pecho y pavoneándose con sus amigos.

—Es que me da vergüenza decirlo frente a todos.

—No hay nada que temer, Victoria. —Le estiró la mano, invitándola al centro del círculo, con la sonrisa más amplia que cualquiera le hubiese conocido.

—Tienes el cierre abajo.

El círculo se desarmó alborotado, Giovanni quedó solo, parado con la mano estirada y la sonrisa borrada del rostro. Isaac respiró aliviado y no pudo evitar mirar la entrepierna de su amigo para percatarse de que sí, que el calzoncillo blanco asomaba por la cremallera abierta de su *jeans*. El Gato explotó en risas y se lanzó a los juegos del lugar para intentar aplacar las carcajadas. Jorge, que solía ser el más serio, figuraba en el suelo, golpeando con la palma abierta la losa del sitio, intentando no orinarse. Alejandro, por su parte, corrió a tomar en brazos a su pequeño amigo y lo paseó por el lugar como si se tratase de un trofeo. En el rostro de Giovanni no podía distinguirse la vergüenza de la risa. Mario, desde un extremo, celebró la gracia

encendiendo un cigarrillo.

El círculo no volvió a formarse, pero los grupos se marcaron pronto por afinidad, mientras que los amigos no paraban de llegar a pasar la noche.

Cuatro de Los Cinco comenzaron a discutir acerca del apodo que le darían al nuevo integrante para bautizarlo, pues todos tenían uno. Jorge se hacía llamar Slash, como el guitarrista de Guns N' Roses. Alejandro era conocido como el Zana; su apodo venía de la zanahoria, porque según su hermano Mario, cuando chico tenía la cara con esa forma, y nadie cuestionaba al Hammer.

—Huiro, ven —le dijo el Gato a Isaac.

Isaac caminó hasta su amigo, que se había puesto de pie y se acercaba tomado de la mano con Alejandra desde la escalera de acceso al supermercado, donde esperaba Victoria.

—Yo voy a ir a comprar cigarros, ¿te quedas con Victoria para que no se aburra mientras no estamos?

Isaac miró por sobre el hombro de su amigo y la niña evitó hacer contacto visual con él. Se preguntó por un momento si era necesario hacer de bufón para entretener a alguien con quien apenas había cruzado palabras en una ocasión, pero no iba a perder la oportunidad. Se acercó a ella y le preguntó si podía sentarse. Ella sonrió y le hizo un espacio a su lado, donde él dejó caer su humanidad y apoyó la espalda contra la pared. El pueblo entero se sumió en la oscuridad. Era ya la una de la madrugada y las luces de la vía pública fueron apagadas. De no ser por la exaltación de la vía láctea sobre sus cabezas, hubiesen quedado por completo a oscuras. De vez en cuando veían pasar un camión por la carretera, pero sus focos no eran suficientes para quebrar la noche. Ahí estaban ambos, mirando hacia el norte, completamente expuestos al cielo estrellado.

—¿Has sentido que las estrellas te observan? —preguntó Victoria después de estar un par de minutos en silencio.

Isaac sonrió.



Apenas cortaron la luz de la calle Pamela y Gema se escabulleron de la

pérgola para tomar el camino hacia los pabellones de solteros. Era el mismo camino que el hermano menor de la cumpleañera había recorrido más temprano, y a oscuras no lucía mucho más aterrador que en penumbras. Iban a un paso prudente, veían poco el suelo y cualquier piedra sobresaliente podría convertirse en una aguafiestas que las mandase a la enfermería o, en el mejor de los casos, de regreso a casa. Pamela iba en silencio, caminando como si flotase sobre bandejas de huevos. Gema, por su parte, arrastraba los pies buscando patear cualquier obstáculo que se cruzara en su camino. Agradeció tener que concentrarse en esa tarea y así evitar pensar en lo que estaba a punto de hacer. Muchas veces su madre le había contado historias acerca de chiquillas fáciles que iban a divertirse en el sitio al cual se dirigían. Estaba a punto de convertirse en una de ellas. Reconoció que la adrenalina le hizo sentir vértigo en la panza, no obstante, ni ella ni Pamela se atrevían a sacar el habla.

Caminaron así por más de cinco minutos hasta que reconocieron en la oscuridad las paredes de los pabellones de solteros. Pamela no estaba segura de cuál era el de Pablo, pero asumió que como estaría esperándola distinguiría una luz prendida que las guiaría. Escrutaron con paciencia al menos dos veces. Nada. Todas estaban apagadas. El calor de la aventura comenzó a disiparse cuando Gema miró de reojo hacia la población. Las paredes de los pabellones a lo lejos sobresalían de la penumbra a la luz de las estrellas. Creyó reconocer la ventana de su casa, con la luz aún encendida. Imaginó a su madre recibiéndola con los brazos abiertos, esperando el beso que la iba a delatar por haber bebido.

—Tal vez si golpeamos puerta por puerta lo encontremos. —Pamela sacó el habla.

—¿Estás loca?

No pudo decir más. Sobre sus cabezas el cielo se iluminó con dos destellos que convirtieron por un par de segundos la noche en día.

Ambas quedaron esperando el ruido. Nunca llegó.

—¿Qué mierda hiciste? —preguntó Gema una vez que volvió a reinar la oscuridad.

—Nada, si estoy acá parada igual que tú.

—¿Tú también lo viste?

Pamela asintió. Ambas voltearon a ver hacia la pampa, intentando entender qué era lo que había ocurrido. El cielo estrellado lucía insufriblemente calmo. Cuando clavaron la vista en el sur, pudieron ver cómo desde la Guardia un grupo de soldados corría hacia un vehículo. Los escucharon encender el motor y vieron el foco de luz en su techo escrutando los alrededores. Entraron en pánico cuando, sumado a lo anterior, vieron cómo una a una las luces de las piezas de solteros comenzaron a encenderse. Sonidos de radio, llamadas de alerta. No hicieron falta palabras para que las amigas echaran a correr de regreso al pueblo.



—¿Ansioso por volver a clases? —Victoria rompió el silencio.

Isaac había estado buscando en su cabeza las mejores palabras para captar la atención de la adolescente y agradeció en lo profundo escuchar su voz.

—No sé si ansioso es la palabra. Pero sí, creo que en el fondo tengo ganas de volver a clases.

El joven le regaló una sonrisa apenas visible. Se dio cuenta de que independientemente de la luz que hubiera, Victoria siempre lograba brillar con la suya propia. Las estrellas le daban un tinte azulado a su piel blanca e Isaac sintió el corazón desbocado.

—¿Eres un mateo, entonces?

Ambos rieron; él nervioso, ella intentando obtener más respuestas.

—No, odio el liceo. Pero hay cosas que sí me gustan de ir a clases.

Ella lo miró intentando ver el reflejo de las estrellas en sus ojos.

—El bus de estudiantes, por ejemplo —agregó.

—¿Qué tiene de bueno?

Quiso decirle que lo bueno era que ahí la veía a diario e intentó confesarle que muchas veces se quedaba vagando en la ciudad para tomar el mismo transporte de regreso que ella. En cambio, prefirió mentir.

—Mhh... me gusta la dinámica arriba. Siento que uno afianza la amistad en ese viaje.

—Nunca hemos viajado juntos.

—Usamos el mismo bus todos los días, Victoria.

Ella bajó la vista, luego la fijó en el horizonte. Isaac la miró y se preguntó si la piel del rostro de la muchacha se sentiría tan fría como parecía estar.

—Tendremos que hablar más seguido, entonces —dijo ella soltando un suspiro. Luego volvió a mirar a su nuevo amigo—. ¿Por qué te dicen Huiro?

Isaac empezó a reír, puso las manos contra el suelo y sintió vergüenza de la respuesta. El apodo venía de su nobleza, porque Jorge decía que estaba en todas partes y que se llevaba bien con todos. Además, Isaac no fumaba ni bebía; junto con Giovanni eran los únicos en el grupo de Los Cinco que no tenían vicios, y por ser tan sano lo bautizaron así.

—Es una historia larga.

—Tenemos tiempo —dijo Victoria sonriendo mientras abrazaba sus rodillas sin quitarle los ojos de encima.

El muchacho miró hacia el cielo intentando encontrar inspiración para inventar una historia más interesante que la real. Se le daba bien inventar cosas. Consecuencia de jugar *Magic*, decía Giovanni.

Cuando estuvo a punto de darse por vencido y echar afuera la verdad, vio cómo desde el oeste, a la mitad del cielo, apareció una luz que cruzó por sobre sus cabezas. El grupo de amigos también la vio. Tuvieron tiempo de apuntarla y observarla en detalle, y la siguieron con sus dedos entre epítetos de sorpresa. Era una luz amarillenta rodeada de un fulgor verdoso que avanzó, sin debilitarse, hacia el este. La perdieron de vista detrás del cerro Batea.

Desde allá quedaron congelados por un destello que iluminó el cielo por completo.

Traje paté

Gema abrió los ojos e intentó clavarlos en el cielo raso de su pieza. No lo miraba seguido, le incomodaba lo intrincado del patrón, que más se asemejaba a una plancha de paja comprimida y algún aglutinante. Solía imaginar que eran nidos de araña, nidos lo suficientemente altos como para mantenerse fuera del alcance del plumero de su madre, pero no tanto como para que fuera imposible que las arañas bajaran agarradas de sus telas y se posaran en sus labios mientras dormía.

Se limpió la boca, lo hacía cada mañana y suspiraba al no encontrar rastros de alguna pata arácnida en el puño de su pijama. El patrón de paja no era lo único que le molestaba, también que su vista insistiera en moverse y dar vueltas, como si la Tierra le hubiese traspasado su movimiento al pie, que había mantenido gran parte de la noche anclado al suelo. Tenía la boca seca, amarga y con un retrogusto avinagrado. Podía sentir el olor de su sudor mezclado con el del polvo del aire, una suerte de almizcle contaminado con el fermento de las uvas. Logró fijar la mirada, pero la cabeza se le partía de dolor.

Puso ambos pies en el suelo, apretó las sábanas y escuchó a su madre llamar al desayuno. Su pieza empezó a acomodarse poco a poco frente a sus ojos. El crujido de los escalones de madera la puso alerta; su hermano Isaac se había levantado a atender el llamado de Margarita, porque los dos sabían que no le gustaba gritar dos veces. Gema se incorporó con poca agilidad y caminó tambaleando hacia la ventana. Su habitación era generosa, con espacio para una cama cómoda, un escritorio, un mueble donde apoyaba su televisor y un clóset que lograba contener su ropa, zapatos y demás cachureos. Abrió la ventana sin sonreír y sintió el frescor de la brisa en el rostro. Se mantuvo ahí esperando que la renovación del aire también se llevara algo del aroma a alcohol que, estaba segura, emanaba de su piel. Entonces sintió un dolor diferente en la mollera, uno diferente al de la resaca, uno que conocía, pero que creía haber olvidado con el tiempo. Habían transcurrido cinco años desde la última vez que Margarita le

levantó la mano, cuando vivía en Antofagasta y el correspondiente abrazo de recibimiento post fiesta del colegio acusó un leve aroma a cerveza. Todavía cursaba octavo básico. Aunque solo le había dado un sorbo al vaso de su pololo, no logró esquivar la oleada de golpes en la cabeza que le dio su madre. En aquel entonces la matriarca no se medía, lanzaba manotazos al aire a una velocidad envidiable. Tenía mala puntería, pero la mano pesada ayudaba a que el correctivo no fuese olvidado. Margarita no había dejado de hacerlo, al contrario, pero a Gema sí había dejado de dolerle, lo que provocaba más furia e impotencia en su progenitora. Desde aquel día el juego de poder entre ambas recrudeció. Margarita había perdido su mayor arma. ¿Por qué le dolía, entonces?, se preguntó. En su cabeza quedaban algunos vacíos, como si a la cinta de su noche anterior se le hubiesen extraviado algunos cuadros. Se sobó la cabeza y para disimular se hizo una cola en el pelo, recompuso su equilibrio y caminó lento hasta la escalera para bajar al primer piso y escabullirse al baño. Una cepillada de dientes escondería su aliento y, si no hacía muecas de dolor, su madre no le iba a tocar el tema. En su mente era un plan perfecto.

El olor a poto de la pieza de su hermano le ayudó a esconder el hedor de la fermentación en el cuarto propio. Gema sonrió. Al asomarse al comedor, vio a su hermano tragando un pote lleno de cereal y leche; lo cuchareaba con entusiasmo chorreando por la comisura de los labios. A la flamante mayor de edad le llamó la atención que Margarita no corrigiera a su hijo cuando este se limpió la boca con el puño del pijama. También le llamó la atención ver el puesto de su padre vacío y el aroma a cigarro todavía fresco adentro de la casa. Margarita no solía fumar al interior del hogar, pero a veces, cuando lo hacía en exceso, el humo traspasaba la mampara de la pérgola e invadía el espacio. Miró de reojo hacia la escalera que conducía al desnivel del patio y ahí vio el cenicero lleno de colillas todavía humeando. A su lado, una taza de café a medias.

Gema chocó con la mirada de su madre, que tenía las ojeras más profundas que de costumbre. Bajó la vista, sintió un escalofrío recorriéndole la espalda, se sentó a la mesa. Margarita encendió el quemador de la cocina, puso en el fuego un tostador viejo y sobre él un par de hallullas partidas por la mitad. Gema no era fan del pan

tostado, pero había vivido suficiente tiempo en aquella casa como para entender que no podía esperar pan fresco. No se fijó al pasar frente a la habitación principal si su padre aún dormía. No le oyó roncar tampoco, pero al menos ya era claro que la taza de café en la pérgola no era de él, pues de haber estado en casa habría ido a comprar el pan para desayunar. Se le apretó el estómago.

Cuando volvió a la realidad del comedor, notó que Isaac la miraba fijo. Su hermano frunció el ceño y se echó a la boca una cucharada de leche, sorbeteó, se limpió, olió el aire en torno a Gema. La hermana mayor le dio un correctivo en la nuca y antes de que Margarita se girara a ver por qué tanto escándalo, tomó el termo con agua caliente y se preparó un té. Le puso cuatro cucharadas de azúcar; no solía hacerlo, pero tenía antojo de algo dulce. Isaac se sobó en silencio y no volvió a mirar a su hermana mientras terminaba de desayunar.

Margarita volvió a poner la atención en la cocina, volteó uno de los panes y lo presionó con un tenedor contra el artefacto. Gema siguió el movimiento de su madre con atención. La imagen de su madre la acompañaba más de lo que le gustaba reconocer. Cuando vivieron en Antofagasta, Isaac todavía estaba muy chico, en la etapa en la que el padre todavía era el superhéroe, el superdivertido, y poca atención le puso a los viernes, días en que Margarita esperaba el bus de las seis y media de la tarde para no ver aparecer a su marido. Entonces bajaba al primer piso a fumar con sus amigas Nancy y Brenda, cuyos esposos tampoco habían llegado. Isaac jugaba confiado, bajo la mirada materna, hasta que oscurecía. Pensaba que su madre también había salido a jugar, pero el pesar en los ojos de la mujer no se le escapaba a Gema, quien ya tenía la edad suficiente para entender que su viejo llegaba borracho, parlanchín, chistorete y necesitando la ayuda de su esposa para poder subir las escaleras. Al día siguiente, en el desayuno, el hombrón estaba siempre en pie, bañado, afeitado, perfumado y con la mesa lista. Nunca más, le decía a Margarita, y esta solo sonreía. Los nunca más de su marido duraban una semana.

—No te escuché llegar —dijo Isaac.

Gema sudó frío. Dejó sobre el platillo la taza de té luego de quemarse por culpa del temblor en su mano. Se secó con el paño de la panera y miró a su madre, quien no volteó.

—Llegué antes que tú —replicó Gema.

Margarita suspiró en la cocina mientras retiraba el pan del tostador.

—¿Por qué? ¿Estuvo fome tu fiesta en la pérgola?

Margarita giró y caminó hacia la mesa del comedor para retirar la panera. Regresó a la cocina. La muchacha no contestó. No por negarse, sino solo porque no tenía bien registrado el evento en su cabeza. Hasta donde recordaba lo había pasado bien, pero luego venían borrones, como si lo único que conservara fueran fotos mentales a las que recurrir para completar el cuadro. La pérgola, Rodrigo en la parrilla, Pamela, el camino hacia el interior de la base, el Zanjón de la Aguada, luces.

—Me gustaría ir a una fiesta en la pérgola. Estoy seguro de que es imposible aburrirse ahí —concluyó Isaac.

—¿No conoces la pérgola? —preguntó Gema, más por real interés que por intentar cambiar el tema.

Margarita se sentó a la mesa y dejó el pan humeante al centro. Se preparó un té en silencio, sin mirar a sus hijos.

—He pasado por afuera, pero nunca he podido entrar. Parece que tiene áreas verdes adentro.

—Por eso es una pérgola —dijo Gema, casi riendo.

—Ya, pero a esta que tenemos en la casa igual le decimos pérgola y apenas tiene los maceteros de mi mamá.

Ambos hermanos sonrieron. Gema tomó un pan y le untó mantequilla. Isaac hizo lo mismo, pero le agregó un poco de mermelada de mora.

Margarita sorbeteó su té.

—Ojalá mi viejo se juntara con sus amigos en la pérgola. Así me quedaría más cerca cuando voy a buscarlo. Y conocería un lugar nuevo —murmuró el muchacho antes de dar una mascada al pan.

Margarita tamborileó los dedos sobre la mesa. Su rostro no dibujó ninguna mueca. Gema disimuló una mirada.

Los primeros años viviendo en Cerro Moreno, Rivadavia se había portado bien. Cuando convenció a la familia de regresar a aquel sitio, parte del trato era pasar más viernes con la familia. En un principio lo cumplió, pero a los pocos meses se perdía un viernes al mes; luego fueron dos. Margarita dejó de contar al mismo tiempo en que perdió el

respeto por las promesas de su esposo.

Luces. Gema recordó las luces. Eran focos, como los de los escenarios en los conciertos de música. El Carrancho, se respondió a sí misma. Carrancho era el apodo que el grupo de amigos de Isaac le habían dado al auto de la Guardia de la base. Nunca supieron qué modelo era, parecía una cruza entre una Chevrolet LUV y un carro lanzagases. Una vez le había escuchado a su padre decir que el vehículo estaba adaptado, ya que originalmente llevaba montada una ametralladora punto cincuenta, pero para efectos de la Guardia le habían instalado un foco de vigilancia.

—¿Y ustedes qué hicieron anoche, que llegaste tan tarde? —preguntó Gema a su hermano evitando la mirada de Margarita.

Isaac titubeó, abrió la boca para contestar, pero se mordió los labios. La hermana mayor vio cómo le temblaron las manos al chiquillo y luego cómo el color de sus mejillas se volvió cada vez más rojo.

—Nada —contestó, cortante.

Gema estaba segura de que también había visto las luces en algún momento de la noche, pero no las del Carrancho, sino más grandes y potentes.

—¿No anduvieron molestando al Carrancho? —insistió la muchacha.

—No, estuvimos en el Economato hasta que cortaron las luces. Después...

Un destello, quizás dos, pero en cualquier caso era más grande que una luz. Eso le completaba el cuadro antes de llegar corriendo a casa a recibir la capotera por parte de su madre.

—Después me entré —concluyó Isaac.

El silencio se apoderó del comedor. Gema miró a Margarita, esta a Isaac, quien desvió la mirada hacia la panera. Todos quedaron congelados.

Un golpe en la puerta los sacó de la incomodidad. Sintieron arrastrar un objeto metálico por la madera hasta chocar con la cerradura. Tres golpes idénticos le siguieron, luego vino el tintineo antes de que el pomo de la cerradura girase. Rivadavia entró a la casa y caminó hasta el sillón, donde dejó caer la chaqueta de su uniforme y al lado el maletín. Se quitó el quepis y miró a su familia, que en silencio lo escrutaba.

—Papá, se acabó el pan —dijo Isaac.

Gema miró a su madre, Margarita bajó la vista.

—Pero traje paté —contestó el patriarca con la lengua traposa y una sonrisa pícara en el rostro.

A Isaac se le escapó una carcajada. Gema solidarizó con el pesar de su vieja. Margarita la miró y con un gesto le ordenó que subiera al segundo piso. La joven agarró de un brazo a Isaac y lo arrastró hasta la escalera. Rivadavia se quedó con el saludo en la boca al verlos pasar de largo. La sonrisa desapareció del rostro al ver al fondo de la habitación a su esposa con la seriedad de una estatua.

Gema e Isaac subieron la escalera rumbo a sus respectivos dormitorios. Antes de separarse, la mayor lanzó contra la pared del pasillo a su hermano y lo agarró de los hombros.

—¿Qué cagada se mandaron anoche?

—Ya te dije que ninguna, estuvimos en el Economato y luego me entré. —Isaac no pudo mirar a su hermana.

—Pendejo de mierda, no me mientas. Algo pasó anoche que el Carrancho salió a vigilar apurado. Las luces, dime qué mierda hicieron con esas luces.

Isaac miró al fin a Gema, escrutó sus ojos y no encontró la trampa. La hermana mayor soltó a su hermano y le acomodó el pijama. Ambos se miraron en silencio.

—Eso en el cielo.

—Te juro que nosotros no fuimos.

Souvenir

—En mi casa penan.

Isaac sabía que evitar la piscina era un error, pero no pudo dejar de cometerlo. Desde chico tenía problemas con su cuerpo. A pesar de que no era gordo, sí sentía que le faltaba mucho ejercicio y que no tenía suficiente musculatura y tonicidad. A diferencia de sus amigos, que desde pequeños habían participado en las academias deportivas, a él nunca le motivó la actividad física. Durante el año no le resultaba un problema; la polera escondía su panza fofa y los brazos flacos le importaban poco, pero el verano en Cerro Moreno resultaba complicado, ya que la mayor parte de la actividad social se desenvolvía en torno a la piscina pública detrás del pabellón quince. Sabía que sus amigos cercanos estarían ahí, no les tenía vergüenza a ellos —porque aparte del Núñez, el Leiva y el Zana, los demás no destacaban por físicos atléticos—, el problema eran las amigas de estos, sus antiguas compañeras de curso, a las que Isaac apenas había logrado acercarse, y todo el séquito de chiquillas más jóvenes que por razones que solo tenían sentido en la adolescencia veían al grupo con admiración. Isaac no solo era fofo, también estaba muy blanco. Evitar la playa por vergüenza le había imprimido en la piel una quemada de camionero, y cuando se quitaba la polera parecía que seguía vestido. Era reacio a quitarse la ropa frente a las mujeres y, a pesar de que nadie lo obligaba, pensaba que estar en la piscina sin tocar el agua era, al menos, raro.

Victoria, ella también estaría allí. Isaac bajó la vista y se tocó la panza.

—En mi casa penan —insistió el Chano, suspirando al viento y mirando de reojo a sus amigos.

Isaac miró a Giovanni, quien no disimuló la indiferencia por las palabras del Chano. Ninguno quería tener esa conversación otra vez, aunque pasar por ella parecía un precio justo para mantenerse lejos de la piscina, de las mujeres y de sus otros amigos, que encontrarían el

motivo para obligarlos a entrar al agua. A Giovanni tampoco le gustaba, aunque a diferencia de su amigo no tenía problemas con su cuerpo delgado; lo suyo pasaba más bien por la pereza y por no hallarle interés a la actividad. Ambos coincidieron en que pasar la tarde en la banca era mejor que exponerse, aunque eso los obligase a soportar las historias del Chano, quien ya frotaba sus rodillas con las manos, se inclinaba y con cara de suplicio se preparaba para reintentar una conversación.

—En mi casa...

—Hace unos días con el Huiro fuimos a explorar la pampa y encontramos unas cosas extrañas —interrumpió Giovanni.

El Chano se atragantó con sus palabras y las reprimió para hacerlas descender lento por su guargüero. Sus ojos rasgados se abrieron como ninguno de los amigos había visto antes y ambos esperaron a que el otro rompiera el silencio, pero las palabras no llegaron.

Los tres se quedaron mirando. El silencio de la tarde alargó los minutos y el Chano no dejó de inquirir ni se esforzó por retomar su tema de conversación.

—¿En serio no prefieres escuchar cómo lo penaron ahora? —murmuró Isaac a Giovanni.

—¿Para qué? Siempre es que las luces del pasillo de su casa se encienden y se apagan solas, o que alguien cierra las puertas de golpe, o que mueven las cosas de su pieza. Nunca es una niña blanca de pelo negro saliendo desde la tele o una garra asomando desde la pared de su living —concluyó Giovanni—. Puras cosas que se explican por lo viejas que son las casas en este pueblo —suspiró.

Isaac le dio un vistazo al Chano, que seguía inclinado con los ojos clavados en Giovanni, quien figuraba tieso, evitando el contacto.

—Me gustan las cosas extrañas. —El Chano sacó el habla.

Isaac se mordió los labios. Pocas cosas le motivaban menos que el Chano interesándose en los pasatiempos que compartía con Giovanni.

—Ni eran tan raras.

—Cállate, Huiro.

Los ojos alargados siguieron sin parpadear.

—Tiene razón, no eran tan raras. —Giovanni intentó desdecirse, pero la voz le salió apenas en un hilo.

—Quiero ver.

—¿Entonces qué fue, Chano? ¿Te tiraron las patas esta vez?

—No. Quiero ver.

Giovanni le hizo un gesto a su amigo y este replicó con una negativa.

—Solo eran unos morros de tierra —dijo Giovanni cerrando la frase con una sonrisa.

—¿Ves? Morros de tierra en la pampa es de lo más común, ¿qué más vas a encontrar en el desierto?

El Chano no cambió el gesto, sus ojos se estaban secando, pero insistía en mantenerlos sobre Giovanni, quien sintió todo el peso de la mirada aplastándolo contra la pared de la multicancha.

—Sí, el desierto está lleno de tierra, además solo encontramos algo de ropa adentro.

Giovanni se llevó una mano a la cabeza intentando hacer un gesto de alivio al final de su frase, mientras que Isaac perdió la expresión del rostro.

El Chano por fin pestañeó. Se puso de pie y se sacudió el trasero. Solía usar *jeans* anchos que apenas ajustaba con un cinturón a sus piernas, dejando expuesta la ropa interior en su trasero. A todos les parecía un *look* incómodo, pero ya lo habían aceptado.

—¿Ya te vas?

A Isaac le pareció exagerada la pausa dramática, pero el Chano la estaba disfrutando. Giovanni no borraba todavía la sonrisa falsa de su rostro.

—Y ustedes van conmigo. Me van a mostrar esos morritos.



El sonido del teléfono en la casa seis del pabellón veinticinco era intenso, agudo y con un final que quedaba retumbando en el aire. Margarita lo dejó repicar cinco veces antes de decidirse a contestar, en parte por flojera, en parte por castigo a Rivadavia, quien aún dormía la borrachera. Cuando el suboficial sintió el golpe en su hombro, permanecía el repique desvaneciéndose en el aire. Se había dormido atravesado en la cama matrimonial. La ventana de la pieza estaba

abierta, y a pesar de que el visillo se sacudía al ritmo del viento, el aroma a alcohol fermentando no había abandonado la habitación. Margarita lo miraba con el rostro duro.

Rivadavia se sentó en el borde de la cama e intentó enfocar la hora que proyectaba la radio reloj sobre su velador. Se le confundían los números rojos y solo luego de unos segundos pudo entender que apenas habían pasado las tres de la tarde. Agradeció a su esposa y sintió la boca seca, amarga, y el tufo alcohólico le golpeó la nariz. En silencio pensó que no haberle dado la cara a su esposa había resultado una buena idea.

No se percató de que ella ya no estaba en la habitación. Al salir enfrentó la escalera y se afirmó de los muros hasta que los escalones dejaron de moverse bajo sus pies. Uno a uno los contó hasta tocar piso, giró y luego de ver rotar con él toda la casa llegó hasta el teléfono. La voz le salió más grave que de costumbre, no tanto como hacía unos segundos, pero sí mucho más que la angustia que le transmitían las palabras al otro lado de la línea. Rivadavia cubrió su rostro con una mano y terminó de escuchar el mensaje. Afirmativo, voy para allá, fue lo único que se atrevió a pronunciar antes de sentir el reflujo intentando escapar por su boca, avinagrando su laringe y provocándole una mueca de asco que le permitió esconder la preocupación. Dejó pasar unos segundos antes de ponerse de pie y caminó hacia la cocina. Margarita había echado café en un par de tazas y esperaba que la tetera con agua hirviera. El suboficial miró por sobre el hombro de su esposa y encontró el calendario; había olvidado que aquel sábado le tocaba estar de servicio.



Giovanni miraba hacia donde debió haber estado el techo de la casa ruinosa. Tenía las manos en jarra ancladas en su cintura y a pesar de la tensión en su cuello, no podía bajar la mirada. El Chano se veía fascinado afuera de las ruinas, reuniendo cualquier cosa que le parecía sospechosa o, al menos, llamativa. Ya había recogido restos de cerámica, unos artefactos parecidos a las bujías y un par de cartuchos de metal que insistía en que eran restos de municiones del fusil Galil.

Isaac conocía el fusil IWI Galil Ace de cerca. Desde que tenía once años su padre lo llevaba una semana de sus vacaciones a pasar el rato en el entrenamiento aeromilitar que lideraba en la isla Santa María, al otro lado del morro Moreno, y en ese campamento había tenido la oportunidad de disparar todos los armamentos que usaba la Fuerza Aérea, entre ellos el Galil. Odiaba aquel fusil, pues el tronido de su disparo era tan intenso que parecía partirle el cráneo, por lo que estaba seguro de que lo que el Chano sostenía entre sus dedos no era más que la cáscara vacía de alguna pila de dedo o algún tubo de metal genérico, muy alejado de los 5.56 mm de calibre que solían tener los cartuchos de aquella munición. Pronto entendió que a su amigo no le interesaba estar equivocado y decidió dejarlo, para unirse a Giovanni.

—Alguien estuvo acá —dijo voz al viento Giovanni. Isaac asintió. Era evidente, ellos mismos habían pisado esa losa días atrás—. ¿Viste las pisadas afuera? —insistió.

Isaac volvió a asentir. Las había visto, pero no les prestó mayor atención, pues la casa en ruinas no estaba tan lejos, y si ellos habían llegado hasta ahí cualquiera podría haberlo hecho.

—Son pisadas recientes, las nuestras ya debieron borrarse con el viento de la pampa —agregó con seguridad su amigo. Isaac estaba seguro de que las cosas no funcionaban así, pero no quiso contradecirlo—. ¿Sientes ese olor?

Isaac no lo había sentido hasta ese momento; era repulsivo, una mezcla entre vinagre y almizcle, que le recordó la hediondez de los perros mojados.

—¿Se habrá venido a morir un perro acá? —balbuceó.

—Imposible, ha pasado muy poco tiempo desde que estuvimos como para que se hubiese descompuesto tan rápido. Además, sin techo el hedor se hubiese diluido.

Los amigos se acompañaron mirando al cielo. Isaac mantuvo los brazos al costado de su cuerpo, Giovanni adoptó una postura más segura cruzando los suyos sobre su pecho.

—Mi teoría es que alguien está ocupando este lugar como refugio —sostuvo este último.

—¿Un vagabundo en Cerro Moreno?

—Eso explicaría el olor y las huellas.

—No veo rastros de caca.

—¿Por qué piensas en caca?

—Porque la gente hace caca, Giovanni.

—No si no tienen qué comer.

Isaac frunció el ceño intentando entender cómo funcionaba la lógica del menor, luego se preguntó si este había visto alguna vez a alguien en situación de calle en su vida.

—Y este gil que no caga, ¿adónde cresta andaría ahora?

—Vagando por ahí.

—Un extraño deambulando al interior de una base militar. ¿En serio es lo mejor que se te ocurrió?

—Es mejor idea que un perro muerto, genio. Como si los perros supieran a dónde tienen que ir para morirse.

—Yo sí creo que era un perro —interrumpió el Chano desde adentro de las ruinas.

Los dos voltearon y se encontraron a su amigo bajo el umbral de la puerta, sosteniendo en la mano derecha una maraña de pelos anaranjados, largos, apelmazados, casi hechos mota, como un puñado de rastas repugnantes que apestaban a almizcle. El Chano no tardó en explicar que había encontrado el pelaje a pocos metros de la casona. Ninguno de ellos estaba muy convencido de que realmente se tratara de un perro, los pelos eran demasiado largos para pertenecer a un quiltro, casi del porte de una cola en un ejemplar adulto y todavía lucía aceitoso, demasiado brillante para haber estado expuesto a los elementos por mucho tiempo. Los tres concordaron, al menos, que el olor sí provenía de esa bola peluda.

—No deberías tener eso en las manos, no sabemos de dónde salió. —Isaac habló después de soltar una arcada.

—Sin cadáver no hay crimen —respondió el Chano.

—Tiene que estar por acá, en alguna parte. Adentro olía mal antes de que trajeras esa cosa.

El Chano sacudió la cabeza, lanzó el pelaje a los pies de Isaac y se limpió las manos en la chaqueta. Pensó que era razonable eliminar la peste frotando entre sus manos un puñado de tierra que levantó del suelo. No pasó mucho tiempo antes de entender que había sido un error.

✦

Rivadavia salió del baño de su casa. Tenía el pelo bien peinado, la cara afeitada y el uniforme impecable. Olía a Agua Brava, su colonia favorita después de que a Margarita le resultó imposible volver a encontrar la Old Spice. Su esposa estaba de pie junto a la puerta. Sostenía el quepis y en silencio se lo acercó.

—Creí que podíamos conversar —dijo ella.

—No es el momento.

El suboficial recibió la gorra y la calzó en su cabeza. Su pelo olía a bálsamo de manzanilla y las canas en sus sienes lucían relucientes. Acto seguido miró sus pies y notó la punta de sus botas emblanquecidas. Le dio la espalda a su esposa y caminó hacia la pérgola antes del patio.

—¿Vas a regresar hoy?

Rivadavia no contestó, siguió su camino y en la pérgola echó mano a su lustrín para escobillar sus botas. Las dejó relucientes y luego esperó unos minutos a que secara el betún. Le gustaba ese aroma.

—Te estoy hablando.

—No sabría decirte si voy a regresar temprano.

—Los niños querían...

—¡No metas a los niños en esto!

—Ellos querían ver una película en familia y comer pollo asado con papas fritas.

El militar tragó pesado y respiró profundo. Sintió un tsunami en su estómago y mantuvo el rostro impertérrito. Se agachó y sacó brillo a sus botas con una escobilla nueva. Guardó el lustrín en su lugar y limpió el exceso de betún que pudo haber quedado en las suelas sobre un paño estirado en el piso.

—Trataré de pasar a comprar el pollo al Coffee antes de venirme de la Guardia.

—A mí me puedes dejar plantada las veces que se te antoje, o mentirme prometiendo cosas que después ni te acuerdas de cumplir, pero a ellos no les falles, es la última semana de vacaciones que tienen antes de regresar a clases. Lo están esperando.

Rivadavia intentó evitar la mirada de Margarita, pero a último

momento decidió no hacerlo. No logró reconocer los ojos que lo interpelaban.

—Lo siento, olvidé que hoy me tocaba servicio.

—¿Cuándo fue la última vez que estando de servicio te fuiste a la Guardia?

Ella tenía razón. Desde que lo ascendieron a suboficial se habían acabado las comisiones de una semana en Gaviota, o en Cerro Batea, o las destinaciones a otros puntos fuera de la base; incluso se había acabado la permanencia larga en la Guardia; su presencia ya no era necesaria más que una vez al día por unos minutos para recibir el cambio de turno, y este ya había pasado hacía mucho.

—Esta vez es diferente —respondió Rivadavia con la voz temblorosa. Escondió la mirada, más por vergüenza que por arrogancia—. Pasó algo grave.



Isaac estaba seguro de que habían llegado al lugar correcto. Era cierto, no tenían mapa, no usaban; de hecho no sabía leerlos, pero reconocía el horizonte y, por sobre todo, reconocía la pendiente por la que habían caído días atrás él y Giovanni. El color de la tierra era el que recordaba, porque un nortino sabe que el desierto tiene diferentes tonos de café. El que se abría bajo sus pies ahora, en cambio, era más cercano al blanco, como si se tratase de un salar. Por sobre todas las cosas, sabía que estaban en el mismo sitio porque volvió a sentir aquella presión incómoda sobre su nuca, como si ojos ajenos estuviesen clavándole agujas en la espalda.

Giovanni y el Chano seguían dudando. Daban vueltas como los jotes en el cielo y no lograban entender qué pudo pasar con tantos montículos o quién los había removido tan rápido.

—¿Y esto era? —preguntó el Chano con una sonrisa reprimida en la cara.

Giovanni no quería convencerse, estaba seguro de que en ese mismo lugar las pirámides de la pampa estaban erguidas hacía unos días. Miraba de vez en cuando a Isaac, que dominaba la pequeña colina como un rey intentando escrutar su reino y no recibía de este una

respuesta específica. Las pirámides del desierto se habían esfumado.

Isaac se rindió y bajó para reencontrarse con sus amigos. Pateó un par de piedras que todavía quedaban desparramadas en el paraje, que parecía haber sido limpiado por maquinaria pesada que peinó todo el sector. Detuvo el paso y volvió a fijarse en el suelo. Deambuló unos segundos hasta que bajo sus propias pisadas las vio: huellas de vehículo que apenas sobresalían en el terreno.

—Al menos sabemos que el perro raro ese que estuvo en las ruinas anduvo por acá también —dijo el Chano oliendo el entorno.

Era cierto. Giovanni levantó su nariz al viento y olfateó el olor apestoso de los pelos apelmazados. Concluyó que el cadáver del animal pudo haber llegado a encontrar eterno descanso por ahí, porque a pesar de que no lo había reconocido, ya no podía seguir descartando su muerte. Quizás el hedor no provenía solo de esa bestia imaginaria, sino que se trataba de un cementerio de mascotas perdido en la pampa.

—¿Vieron las huellas? —interrumpió Isaac.

El Chano cayó en cuenta de los dibujos en el piso, siguió un par de rastros y notó que muchos daban vuelta en círculo, como si hubiesen entrado y salido muchas veces del lugar. Eran huellas gruesas para ser de *motocross*, más grandes que las de un auto, más parecidas a las de un todoterreno.

Giovanni vio a sus amigos debatiendo, miró hacia el suelo y volvió a echar una mirada a la explanada.

—Las mascotas no usan ropa —dejó escapar el menor de los amigos.

En su cabeza todavía estaba fresco el recuerdo del saco naranja, de las telas desgarradas y manchadas, de la lana azumagada.

—Son del Carrancho —dijo finalmente el Chano. Él conocía bien al Carrancho; de todo el grupo era el que más veces había tenido que escapar de él. El grosor de las llantas, la separación de las ruedas, los giros cerrados que parecían cruzarse en el camino. Los amigos asintieron.

—El Chano tiene razón —dijo Giovanni—. ¿No sienten que alguien los está mirando?

Isaac sintió frío en su espalda, el Chano bajó la vista. Ambos conocían la sensación. El primero la había experimentado desde que

llegaron al lugar, el segundo solía sentirla incluso durmiendo en su pieza.

—Acá había algo extraño, algo prohibido. Seguro nos vieron llegar hace unos días y descubrirlo.

—¿Qué te hace pensar que las huellas no estaban antes?

—Pues que antes esto estaba lleno de pirámides.

—Vas a seguir con eso...

—Tiene sentido: el Carrancho nos vigila, nos ve, se lleva las cosas, aplana el terreno y de vez en cuando regresa a ver si todo sigue en orden —agregó Isaac, sumándose a la conversación.

—No me gusta sentir que me están vigilando.

—Vivimos en una base militar, Chano.

—Me da lo mismo, yo creo que ustedes se confundieron, o están mintiendo. Siempre cambian de tema cuando quiero contarles lo que pasa en mi casa.

—Eso es porque siempre inventas huevadas —concluyó Giovanni.

—Deberías ir un día y comprobarlo.

Guardaron silencio. Sintieron el peso de una mirada ajena aplastándolos. Ninguno quiso reconocerlo, pero los tres tenían las piernas petrificadas, la espalda sudada y las manos frías.

El viento silbó sobre la pampa.

—Deberíamos regresar al pueblo. —Isaac volvió a hablar.

—Puro que me hicieron perder el tiempo.

Giovanni fue el primero en ponerse a caminar, Isaac le siguió el paso colina arriba. Ambos avanzaron sin voltear y el Chano echó una mirada a la explanada; le dio risa todo lo que se demoraron en ver las huellas impresas en el suelo. Agachó la cabeza para darse fuerzas antes de unirse a sus amigos, entonces, enterrada en medio de uno de los rastros del Carrancho, vio un cacho de lana asomado. Caminó hacia él, se agachó y de un tirón lo desenterró. Un chaleco de lana café soltó el polvo al viento. Era viejo, pero parecía bien cuidado, sin manchas. Algo del asqueroso aroma del pelaje estaba impregnado en él.

El Chano sonrió, sacudió el chaleco, lo hizo una bola, lo metió adentro de su chaqueta y apuró el paso hasta alcanzar a sus amigos.

Correctivo

Aquel lunes, Rivadavia llegó más temprano que de costumbre a su oficina. Se había saltado la formación general a pedido de su capitán, por lo que entró a una oficina vacía. Miró su escritorio y encontró sobre él varias carpetas con los antecedentes de los dos conscriptos que habían desertado durante el fin de semana. Le resultaba imposible ignorarlas, pues lo habían mantenido desvelado las últimas treinta y seis horas. Abrió la puerta ubicada al final de su despacho y enfrentó el pasillo que formaban los cubículos y escritorios de otros camaradas de armas y lo recorrió hasta pararse frente a la oficina del capitán.

El suboficial se ajustó el cinto del uniforme, miró sus botas para asegurarse de que estuvieran relucientes e inspiró profundo. No necesitó golpear, escuchó el llamado de su superior autorizando su ingreso. Posó la mano sobre el pomo de la puerta y lo sintió más helado que de costumbre. Luego de girarlo abrió. Dituro estaba sentado detrás de su escritorio, lo miraba con el pecho inflado y el rostro severo, mantenía ambas manos sobre el escritorio y con un gesto le pidió al subalterno que cerrara la puerta tras de él. Rivadavia aprovechó el movimiento para repasar la oficina. Algo lucía distinto: no era el orden, porque siempre estaba impecable, tanto así que sus camaradas bromeaban diciendo que era porque Dituro no trabajaba —cosa que le hacía sentido, porque su escritorio siempre estaba lleno de papeles, formularios, memos y cosas por hacer, mientras que el del capitán se mantenía despejado—. Volvió a enfrentar a su superior y se cuadró frente a él haciendo sonar los tacos de sus botas y llevando la mano hasta la visera de su quepis. Mantuvo la posición rígida, hasta que una sonrisa se dibujó en el rostro atomatado del capitán.

—Descanse, suboficial.

Rivadavia deshizo la pose, separó las piernas, amarró las manos en su espalda, y se mantuvo en pie con el pecho inflado.

—Tome asiento —insistió Dituro extendiendo la mano para señalar una silla frente al escritorio.

—No es necesario, mi capitán —respondió Rivadavia con más formalidad que cortesía y luego tragó saliva.

Dituro borró la sonrisa del rostro, miró de reojo a un costado, abrió el primer cajón a la derecha en su escritorio, sacó una tabla con las novedades del servicio y las puso sobre una elegante carpeta de cuero. Encendió la luz de la lámpara de mesa a su izquierda.

Rivadavia lo comprendió: no era el orden o algún mueble nuevo lo que le había llamado la atención, era la iluminación. Con disimulo miró hacia la ventana y vio un biombo contra la esquina que escondía dos tercios de la luz que entraba desde afuera. El suboficial se mordió los labios.



Jorge estaba sentado en la banca, amurrado. Tenía los brazos sobre el estómago y la espalda apenas apoyada contra el muro de la multicancha. Mantenía las piernas abiertas copando el espacio y seguía con la mirada la actividad en torno a la plaza del pueblo. A su lado estaba el Jara, quien en una posición similar a la de su amigo ocupaba otro tercio del asiento. En el extremo, el Gárgola llenaba una punta de la banca, la espalda erguida. A pesar de la tensión, los tres escrutaban los movimientos de una patrulla de militares que revisaban cada rincón del pabellón veintidós. Eran cuatro y estaban equipados con tenida de campaña, incluido el casco táctico, y sendos fusiles de guerra al hombro. Los tres jóvenes conocían el armamento, pero no dejaba de extrañarles su uso en medio de la población.

—Andan aburridos. —Jara sacó el habla, dibujando una sonrisa en la cara del Gárgola.

—Los deben estar cagando, que andan buscando al patas negras —replicó el mayor del grupo.

Efectivamente, los militares buscaban algo. Después de escrutar por completo los rincones del pabellón, fueron por pistas bajo los autos y entremedio de los estacionamientos que ocupaban. Una segunda patrulla se le unió. Venía desde el norte, con cuatro integrantes igual de armados. A lo lejos se hicieron una seña que Jorge interpretó como un «despejado».

—Más respeto con estos cabros, su pega es seria.

—Milicos huevones, me los paso por la raja. Andan puro gastando recursos —replicó el Gárgola.

Jorge frunció el ceño y mandó a callar al viejo. Aunque no lo reconocía, siempre había querido entrar a la Fuerza Aérea en servicio activo, pero el año recién pasado había fracasado en todas las pruebas de ingreso.

—¿Qué sabís voh de la pega que tienen estos gallos? Hablai de más porque tu mamá es civil, pero no tenís idea lo que significa pertenecer a la familia aérea.

A Jara se le escapó una carcajada, más por la reacción de Jorge que por sus palabras. El Gárgola bajó la vista, pero aunque apretó los puños, decidió permanecer quieto en la banca. No le gustaba tener metralletas tan cerca.

Ambas patrullas se reunieron en el centro de la plaza, en donde compartieron instrucciones. Desde la banca no pudieron entender lo que decían, pero estaban seguros de que al menos por una radio les estaban avisando de algo importante. Vieron a una de las patrullas acercarse hacia ellos con las armas empuñadas. Jara se quedó estático y perdió los colores del rostro, el Gárgola se aferró con ambas manos a la banca, Jorge sonrió al ver a los soldados.

—Puta los huevones jugosos —murmuró el Gárgola al momento en que vio entrar en la población al Carrancho a toda velocidad y virar en dirección al grupo de amigos, hasta detenerse a pocos metros de la banca.



—Suboficial Rivadavia, lo cité a mi despacho porque lo que ocurrió este fin de semana es un hecho grave.

Dituro abrió la conversación sin esconder la mueca de satisfacción en su rostro.

Rivadavia sintió un peso en el estómago que casi le afloja el intestino, no obstante se mantuvo estoico.

—Afirmativo, mi capitán. En el informe de servicio especifiqué todas

las...

—Dos conscriptos desertaron de su servicio militar, suboficial. Ambos durante su vigilancia. ¿Cómo explica esto?

—No puedo explicarlo todavía, mi capitán, el hecho aún está bajo sumario.

—O sea que no tiene respuestas.

—Negativo, mi capitán.

Rivadavia sintió tensarse su quijada. Quiso acomodarla, pero eligió esperar para no hacer muecas. Dituro, por su parte, se mantuvo en su posición, disfrutando cada silencio.

—Dígame, entonces, suboficial, ya que no tiene respuestas para mí: ¿qué cree que tendría que hacer yo?

—Usted debería saberlo, mi capitán.

La mirada de Dituro disparó un relámpago contra su subalterno, quien hizo esfuerzos para evitar la tentación de devolver el desafío. Rivadavia levantó el mentón y apretó con su mano derecha la muñeca izquierda a su espalda.

—Los conscriptos escaparon durante la madrugada del sábado, mi capitán. La guardia no vio la violación del perímetro y el sargento de ronda se percató de la ausencia en la revista de la mañana. Activé el procedimiento apenas fui informado y hemos ejecutado cada paso del reglamento hasta ahora, mi capitán.

—¿Y yo me entero recién por...?

—Por la última actualización del procedimiento, señor. La misma que usted revisó y autorizó.

Dituro se mordió la lengua y respiró profundo. Verificó el informe del servicio confirmando que todos los pasos del procedimiento estaban correctamente ejecutados y documentados. Sintió una gota de sudor rodar por su sien. Dejó el informe sobre el escritorio y apretó los puños antes de ponerse de pie.

—Suboficial, me gustaría que continuemos la conversación fuera del ámbito formal.

—No comprendo, mi capitán.

—En serio, descanse.

Volvió a extender el brazo para señalar la silla frente a su escritorio. Rivadavia, después de titubear, abandonó su posición y caminó hacia

el escritorio. Se quitó el quepis, se sentó y cruzó las piernas.

—No quiero que piense con esto que todavía guardo resentimiento por la discusión que tuvimos el viernes, Rivadavia.

—No comprendo, mi capitán.

Dituro le hizo un gesto para indicarle que no era necesario que siguiera refiriéndose a él como su superior. Rivadavia asintió mientras su interlocutor apoyaba su cuerpo contra el escritorio frente a él.

—Ya sabes, la pelea que tuvimos afuera, al volver del almuerzo el viernes.

—No recuerdo una pelea con usted, señor.

El capitán intentó hablar de golpe, pero logró apretar sus labios. Suspiró y volvió a sonreír.

—Tenemos trabajos muy tensos y a veces decimos cosas que en realidad no sentimos. Somos hombres, Rivadavia, nos relacionamos desde lo rudo. Un par de chuchadas no va a afectar la comunicación que tenemos, yo no le guardo rencor por eso.

—No sé de qué está hablando, señor. Yo nunca lo he insultado. No podría hacerlo.

El oficial se reincorporó de manera rápida y golpeó sus bolsillos antes de echarse a andar por el despacho. Sus colores pasaron del rosado al colorado y las venas de sus ojos comenzaron a inyectarse.

—Usted estaba alterado por una de mis órdenes y dijo que yo era un pendejo arrogante que apenas entendía dónde estaba parado. No le guardo rencor por eso, al contrario, admiro su pasión.

Rivadavia continuaba sin mostrar en el rostro algún gesto de aprobación o regocijo, solo se mantuvo con los hombros levantados y el pecho hacia adentro.

—¿Cómo se le ocurre que yo podría decir algo así, mi capitán? Jamás me referiría de esa forma a alguien como usted. —El suboficial se mantuvo impávido mientras el rostro de Dituro comenzaba a desfigurarse—. Yo a usted lo respeto porque es un gran líder, ¿cómo pudo pensar que alguna vez diría algo así? Debe estar confundido.

—¡Ya, deje la farsa, Rivadavia! La conversación ocurrió y usted fue un insubordinado —gritó Dituro luego de dar un golpe en el escritorio.

—Con todo respeto, mi capitán, usted debe estar equivocado.

Dituro se llevó ambas manos al rostro y lo refregó hasta que los

colores comenzaron a bajar. Regresó a su lado del escritorio y se sentó. Acto seguido, Rivadavia se puso de pie y volvió a su posición a discreción, esta vez, apretando el quepis a su espalda.

—Respecto al asunto de los desertores, ¿ya avisó a Carabineros? —dijo Dituro con un hilo de voz.

—Afirmativo, mi capitán. Carabineros de Chile ya se encuentra alertado y rondando el terminal de buses o cualquier salida de la ciudad.

—Comprendo. Puede retirarse, suboficial. Su sanción será una semana de guardia en Cerro Batea.

Dituro echó a Rivadavia de la oficina con un gesto y se mantuvo en su lugar.

—Espero la sanción por escrito, mi capitán, para poder hacer mis descargos por la misma vía.

El oficial abrió los ojos inyectados en sangre hasta donde le dieron los párpados y recuperó la fuerza en su voz.

—¿No va a aceptar la sanción?

—Negativo, mi capitán. Me parece injusta y apelaré contra ella.

—¿Me está amenazando?

—Estoy usando el reglamento, mi capitán. El que usted actualizó y firmó.

Dituro inspiró profundo y soltó el aire lentamente. No logró calmar la agitación de su pecho.

—Salga de mi oficina y vaya a prepararse para el servicio. Sube hoy mismo a Batea.

—Por escrito, mi capitán.

—Va a recibir el memo.

Rivadavia desató sus manos de la espalda y llevó una de ellas a su frente mientras golpeaba ruidosamente los tacos de sus botas.

Abandonó la oficina cerrando con cuidado la puerta.



—Ustedes, identifíquense —rugió uno de los militares armados al llegar hasta donde estaban los tres amigos.

El Carrancho apuntó el foco de su torreta contra ellos y desde el

vehículo descendieron tres soldados más.

—Jorge Muñoz, hijo del suboficial Muñoz del GAM.* Vivo en la casa cincuenta y uno.

La respuesta del muchacho fue rápida y en tono seguro, como quien le habla a un amigo de toda la vida. Jara se identificó después, con menos fuerza, pero con la misma seguridad. Los ojos se clavaron contra el Gárgola, el único que no se había puesto de pie ante la patrulla.

—Yo me llamo Cristián González, ustedes saben hijo de quién soy. —Escupió al suelo después de hablar y se mantuvo sentado. Los amigos nunca antes habían escuchado el apellido del viejo, de hecho, ni siquiera habían pensado que tal vez también tuviese uno.

El sargento a bordo del Carrancho cruzó miradas con el muchacho y les hizo un gesto de calma a sus soldados. La radio del vehículo anunció el ingreso de *tres pájaros* con dirección al *nido* y el sonido de los motores de un C-130 H invadió el aire. Tal como quien le sube el volumen al televisor, el zumbido comenzó a crecer hasta que se volvió imposible ignorarlo.

—¡Ustedes, contra la pared! —gritó el líder de la patrulla y sus colegas le siguieron.

Los soldados apuntaron las armas contra los muchachos y al ver que estos no reaccionaban los tomaron a la fuerza hasta lanzarlos contra el muro, obligándolos a voltear.

—Oiga, ¿qué le pasa? Ya le dije que soy hijo del suboficial Muñoz...

—¡Voltéate y baja la cabeza!

Jorge sintió la culata del fusil contra su nuca y le temblaron las piernas. Los demás soldados tenían igual de sometidos a sus amigos, que entendían menos que él lo que estaba pasando. El Gárgola intentó forcejear y logró voltear la vista. Entonces vio entrar desde el norte no uno, sino tres aviones C-130H completamente blancos en formación de aproximación al aeropuerto. Recibió un culatazo en las costillas y fue obligado a gritos a volver la mirada hacia abajo.

Los tres jóvenes inmovilizados se mantuvieron contra la pared de la multicancha hasta que los aviones estuvieron en tierra; solo entonces una comunicación desde el Carrancho les dio una orden a los soldados, quienes dejaron de presionarlos con sus armas para regresar al

vehículo, que se retiró en medio de una polvareda.

El Gárgola agarró un par de piedras del piso y las lanzó contra el carro sin dar en el blanco, mientras que el Jara volvió a sentarse en la banca intentando recuperar los colores y el aire.

—¡Milicos culiaos! —gritó Jorge con toda la fuerza que le dieron los pulmones.



Una vez que la puerta de la oficina se cerró, Dituro escuchó una risotada emerger desde detrás del biombo junto a la ventana de su oficina. Desde ahí salió el comandante Otero, superior directo de Dituro, quien caminó sonriente hasta el escritorio de su subordinado y se sentó frente a él.

—¿Voh creís que el viejo es tonto? —preguntó aún riendo—. Ese viejo es más zorro de lo que tú vas a poder ser en toda tu carrera, Dituro. Huele las trampas a kilómetros.

Dituro mantuvo la vista en el escritorio, masticando la vergüenza. Ya no estaba irritado, aunque la frustración le sabía parecida.

—Jugaste tu ficha y la jugaste mal, Dituro. Yo no puedo hacer nada por ti, solito te pusiste en esta posición.

El capitán tamborileó los dedos contra el escritorio.

—Lo de Cerro Batea, ¿lo va a apoyar? —preguntó Dituro.

—Yo no escuché esta conversación, capitán. Va a tener que ponerlo por escrito.

Al subordinado no le gustó la respuesta; era consciente de que si la apelación de Rivadavia era aceptada y el castigo considerado injusto, este se revertiría. Días de arresto en un oficial resultaban en una baja segura.

El capitán miró la hora en su reloj y borró la sonrisa de su cara. Dio un golpe a los apoyabrazos de la silla y se puso de pie.

—Soluciónelo, capitán.

Otero se sacudió las manos en el uniforme y salió de la oficina.

En mi casa penan

Dos hielos flotaban dentro del vaso con Coca-Cola que Jorge apretaba en su mano. Los vio moverse al mismo ritmo en que su pulso le aflojaba la muñeca. No había bebido, intentaba resolver dos misterios. El primero: ¿cómo había llegado hasta la casa del Chano Toledo? Era evidente, caminando, vivían muy cerca, la casa de este asomaba frente al pasaje donde los Muñoz tenían la suya y no le tomaba más de tres minutos llegar hasta ahí. En realidad, lo extraño radicaba en el hecho de que estuviera muy instalado en su living, recibiendo un vaso con bebida de manos del mismo Chano. El segundo misterio era más intrigante: el aroma a huevo que impregnaba los vidrios. Jorge había sentido un olor extraño en esa casa, pero lo había atribuido a un aerosol ambiental de mala calidad, a exceso de ropa sucia o, incluso, a falta de aseo en algunos rincones. El Chano tenía dos hermanos y una madre que trabajaba, por lo que las tareas del hogar debían recaer en los hijos. Vio asomar al revoltoso desde la cocina mientras secaba un nuevo vaso con un trapo sucio.

Jorge dejó su bebida sobre la mesa de centro y se quedó tranquilo.

No estaba solo en aquel living; en el mismo sofá que lo cobijaba estaba sentado el Zana y en el sillón, más cercano a la puerta, Isaac empinaba el codo hasta beberse la mitad de la Coca-Cola. Lo vio arrugar la nariz, olfatear el interior del vaso y hacer un ademán con los hombros antes de volver a darle un sorbo a la gaseosa.

Mientras miraba el techo, Jorge pensaba en todas las veces en que el Chano les había contado cómo lo penaban en su casa. Al mayor de Los Cinco no le asustaban las historias, es más, no creía en fantasmas, pero siempre le gustó la forma entusiasta en que su amigo las contaba. Se llegó a preguntar de dónde sacaba las ideas, ya que el encendido y apagado de las luces del pasillo le parecía demasiado cliché. Al menos ya había despejado uno de los misterios: en la pared principal, una repisa lucía repleta de VHS de películas de terror de los años ochenta y noventa. Precisamente, el Chano estaba terminando de rebobinar una

cinta para verla junto con sus amigos. Una película vieja siempre era mejor panorama que ir a asolearse a la banca, y Jorge no estaba tan entusiasmado con regresar a aquel lugar después de lo vivido más temprano. Además, *Pesadilla 3* sonaba entretenida.

El Chano puso *play* en su reproductor VHS y se sentó en el sofá entre el Zana y Jorge, subió los pies al cojín y abrazó sus piernas en posición fetal. Al tiempo en que terminaba el anuncio del FBI advirtiendo que la piratería era un crimen, Mario salió del baño al final del pasillo, se secó las manos en la polera del *Garage Inc.* y apagó la luz. Tardó en voltear y se mantuvo unos segundos mirando hacia la habitación de enfrente. El grito de un niño lo sacó del trance y lo animó a caminar de regreso al living para sentarse en el suelo, junto a la mesa de centro, al percatarse de que el Chano le había quitado el puesto.

—No sabía que tenías un hermano menor, Chano.

Al escuchar a Mario, el Chano se encogió más en el sillón.

Jorge miró a Isaac y este le devolvió el gesto, confundido. Era cierto que ninguno había pisado la casa de Toledo antes, pero estaban seguros de que el anfitrión era el menor entre sus hermanos. A ambos les dio vergüenza preguntar, después de tantos años de amistad.

—¿Cagar en casa ajena te pone huevón? —le preguntó el Zana a su hermano.

—No fui a cagar —respondió Mario con los cachetes colorados. Era cierto, le avergonzaba defecar en un baño distinto al de su casa, al extremo de que podía aguantarse todo el día en el colegio. Varias veces, cuando estaba más chico, su madre tuvo que bajar* a Antofagasta a buscarlo para que pudiera ir a su propio baño.

—¿Entonces? Este gil no tiene hermanos menores —explicó el Zana sin dejar de mirar los créditos de la película—. Aunque la hermana mayor está más o menos.

Esperó el golpe del Chano, pero la reacción nunca llegó.

—¿Y quién era el cabro chico que estaba saltando en la cama de tus papás?

Jorge, Isaac y el Zana miraron a Mario intentando descifrar si les trataba de tomar el pelo, pero desistieron al recordar que su amigo siempre había tenido una buena cara de póker. Isaac bajó la mirada primero, el Zana subió los pies al sillón e imitó la posición del dueño

de casa, y Jorge no pudo dejar de mirar el pasillo que se abría frente a él, justo por detrás del televisor. Mario se sentó a disfrutar de la película.

Poco había avanzado la trama, cuando Jorge decidió ponerse de pie e ir a encender la luz del pasillo. La casa del Chano miraba hacia el sur y a esa hora de la tarde le llegaba poco sol, pues este comenzaba a ponerse detrás del Morro Moreno. No se atrevió a llegar hasta el final; presionó sin mirar los interruptores frente a la entrada de la cocina y al dar con el indicado, sin voltear, regresó corriendo al sillón.

—¿De qué me perdí? —preguntó intentando disimular su miedo.

—Del ambiente. Arruinaste el ambiente al prender las luces —replicó Mario.

—Yo digo que así están bien —murmuró el Chano sin dejar de abrazar sus piernas.

Dos escenas más adelante, la televisión se apagó. El Zana dejó escapar un par de garabatos e Isaac le siguió en el reclamo. Mario pensó que era extraño un corte de luz en Cerro Moreno, porque el pueblo tenía su propia y zumbona planta eléctrica. Jorge notó que la luz del pasillo seguía encendida. El Chano se desenrolló y caminó hasta la tele para volver a encenderla, y con la misma velocidad retomó su posición en el sofá. La película se seguía reproduciendo. Pasaron pocos minutos antes de que la televisión volviera a apagarse. Los amigos intercambiaron miradas.

Isaac, que estaba más cerca del televisor, se puso de pie al ver que nadie reaccionaba. Caminó hacia el aparato para volver a encenderlo y detuvo su mano a pocos centímetros del botón. Sobresaltado, miró la pantalla, volteó a ver a sus cuatro amigos y enfrentó de nuevo el vidrio gris, contando seis reflejos: el más nítido él, Mario en la otra esquina, las siluetas de Jorge, Chano y el Zana sobre el sofá y una cuarta figura justo en medio de la ventana detrás de ellos. Era una silueta robusta, apenas asomando hacia adentro. Isaac dio un paso atrás y volteó a ver al grupo otra vez. Los visillos blancos resaltaban la figura de sus tres amigos; al otro lado, la inmensidad del pueblo todavía acariciado por el sol.

—Igual funciona mejor si la enciendes —dijo Jorge estirando el brazo como si sostuviese un control remoto.

El menor del grupo escondió la mano en su bolsillo y caminó hasta el sillón sin quitarle la mirada a la ventana, giró hacia la pantalla advirtiendo que la extraña silueta seguía ahí. Corrió hasta la puerta y abrió en un intento de pillar a cualquiera que estuviese tratando de hacerse el gracioso. Las luces del pasillo titilaron, la puerta golpeó la pared interior, la calle estaba vacía. Al regresar adentro, Isaac solo encontró las miradas descolocadas de sus amigos. Cerró la puerta despacio y al retirar la mano del pomo vio cómo las luces del pasillo volvían a titilar.

—Okey, creo que no deberíamos estar acá —dijo con poca convicción.

—Pero si la película recién empezó —alegó el Zana.

—Las luces siempre hacen eso. —El Chano sacó el habla, ganándose la mirada suspicaz de Jorge.

Isaac miró hacia la pantalla, aún apagada, y notó que el reflejo de la ventana ya lucía normal. Lleno de dudas, caminó hacia el televisor y volvió a encenderlo.

Ninguno quiso retroceder la película y continuaron mirándola en silencio.

Había oscurecido. En la pantalla, Neil encontraba la lápida de Amanda Krueger y descubría que se trataba de la hermana Mary Helena, y en el living se escuchaba solo la respiración agitada de los presentes. Los amigos vieron con angustia cómo el personaje intentaba irse a dormir tranquilo después de derrotar a Freddy, tenía cerca la muñeca malaya que había recibido de regalo de Nancy y la casa de papel maché de Kirsten. Sin aviso, las luces de la casa se encendieron. Al mismo tiempo, la puerta se abrió de golpe dejando pegados en el techo a los chicos, quienes entre gritos y ademanes lograron ver que la silueta que cruzaba el umbral era la madre de su amigo que regresaba recién del trabajo. El Zana soltó un rosario de improperios mientras se agarraba la cara, Isaac había llegado hasta la pared casi escalándola como una araña, Mario estaba muy mal escondido detrás de la mesa de centro y Jorge figuraba con el culo pegado en el piso luego del sobresalto. El Chano no había logrado recuperar los colores cuando la madre, ante el espectáculo, dibujó una sonrisa y procedió a cerrar la puerta. Tres portazos se escucharon al final del pasillo al mismo

tiempo en que se iluminó la sala. La dueña de casa suspiró y miró a su hijo.

—¿Otra vez? —preguntó en voz baja.

El Chano Toledo asintió sin parpadear. La madre recorrió el pasillo hasta su pieza y al pasar junto a la cocina vio las luces encenderse y apagarse tres veces antes de volver a iluminar.

—Este sitio me va a volver loca —farfulló mientras seguía hacia el dormitorio, donde se encerró un momento.

Los amigos retomaron la compostura e intentaron disimular la taquicardia que todavía les desbocaba el pecho. Nadie se miró entre sí.

—Yo les dije que en mi casa...

—Hora de irse, la pasé bacán, adiós —se apuró en decir Isaac y sin voltear salió de la casa de su amigo.

En momentos como ese odiaba ser el único que tenía que cruzar medio pueblo para llegar a casa. Distinto era cuando se juntaban en el Economato, que les quedaba a pocos pasos, pero cruzar Cerro Moreno de noche mientras trataba de entender lo que había pasado no era su actividad favorita. Bajó la vista, metió ambas manos en sus bolsillos y emprendió la marcha mirando sus propios zapatos.

Con las pulsaciones a mil dejó atrás la multicancha y la plaza y logró doblar a la derecha para tomar la callecita que lo llevaba a su hogar. Sintió alivio al percibir un entorno más seguro, más conocido, aunque evitó levantar la mirada. El alumbrado público en el pueblo no era el mejor; solía iluminar poco, dejando espacios en penumbra; y ya había alucinado demasiado con siluetas por ese día. Tomó conciencia del silencio en la calle, como si no hubiese un alma compartiendo la vía con él, como si los niños que hacía poco reían en los juegos de madera se hubiesen desvanecido, las vecinas que conversaban en el pabellón veintidós se quedasen mudas y todas las casas, de pronto, hubiesen decidido esconder cualquier signo de vida. Al entrar al pabellón veinticinco, donde estaba su casa, se sintió inquieto, más que antes, y percibió un aroma familiar. Era repulsivo, ácido, como almizcle. Detuvo la marcha frente a la casa uno y sintió el espinazo helado. Levantó la mirada y volteó hacia el poste de luz, a tres metros de él. A sus pies, vio una silueta robusta, oscura, con un pelaje largo que parecía palpitar. Isaac frunció el ceño y sintió que el cuerpo ya no

le respondía, que sus piernas perdían fuerzas y hasta se olvidó de cómo respirar. Un perro, pensó, tiene que ser un perro, se repitió intentando descifrar lo que sus ojos veían. Se armó de valor, se sacudió la rigidez de su cuerpo y dio un paso hacia el poste, miró de cerca y entendió que lo que ahí se hallaba era demasiado grande para ser un perro, aunque no olía mejor. Dio un segundo paso para estar más seguro, cuando el costal de pelos se irguió, levantó lo que parecía una cabeza y le regaló una mirada de ojos brillantes como los de un gato a contraluz.

Isaac no tuvo tiempo de reflexionar; en un parpadeo había recorrido las cinco casas que le quedaban para llegar a la propia. Volvió en sí cuando su mano sostuvo el pomo de la puerta y volteó a ver el poste unos doce metros atrás. Nada. Estaba despejado: no había costal de pelos, no había perro gigante, no había olor a almizcle.

El muchacho entró a su casa, apoyó la espalda contra la puerta y vio a su familia, que lo esperaba con la mesa puesta, listos para tomar once.

Luces en el cielo

Rivadavia no recordaba la última vez que le había tocado salir en comisión de servicio. En su cabeza solo resonaban los recuerdos de aquel año 1995, cuando después del terremoto que sacudió a la ciudad de Antofagasta durante la madrugada del 30 de julio, las familias que habitaban en la villa Grandón fueron evacuadas por personal de la Fuerza Aérea con destino a mejores lugares para sobrellevar la reparación de casas y matrices de agua. Todos los días, durante una semana, los compañeros de curso del en ese entonces sargento primero se reunían a almorzar o tomar once en su departamento para estudiar y aprobar el curso de supervisión que les daría el anhelado ascenso a la recta final de sus carreras militares. Sonrió al notar que a pesar de que todas las familias habían escogido abordar el avión rumbo a Santiago, su esposa Margarita decidió quedarse a su lado con los niños para apoyarlo. Fueron jornadas arduas de estudio, pero Rivadavia siempre confió en su cabezota para aprobar, y lo hizo. Fue ascendido a suboficial el año siguiente. Con aquella distinción llegaba el fin de sus largas comisiones lejos de casa, dándole la bienvenida a un cómodo servicio en la Guardia, dentro de la población y a pocos minutos de su familia.

Sostuvo entre sus manos el bolso que le había preparado su esposa, quien se había encargado de apoyarlo cada vez que la carrera se le volvía adversa. Adentro del equipaje encontró una frazada, ropa interior limpia, artículos de aseo, un tarro de café instantáneo y su jarro favorito. Miró alrededor del cuartucho en donde se encontraba acomodando sus cosas en la parte baja de una litera y advirtió que nada de lo que lo rodeaba alcanzaba un décimo del cariño depositado en sus pocas pertenencias. Pudo ser un catre de campaña, se dijo, y encogiéndose de hombros se decidió a salir hacia el otro cuarto de la estación de radiovigilancia Cerro Batea.

Un monitor empotrado en un mueble cargado de cables, botones y luces lo recibió. Conocía la tecnología, pero ya no recordaba cómo se

leía la información proyectada con esta. Había operado radares alguna vez, al inicio de su trayectoria, cuando tuvo que irse apostado a la isla Picton durante el conflicto del Beagle en el año 1978. La tecnología había evolucionado más rápido que él. Al menos no sentía frío, se decía mientras apretaba entre las manos su jarra. En un sillón estaba el cabo Marabolí atándose los cordones de la bota y al instante entró el cabo Armijo en dirección a los dispositivos de comunicación. Luego de una revisión rápida, de anotar en una bitácora los datos obtenidos y sintonizar las frecuencias radiales que el informe de la Guardia anterior había dejado especificadas, volteó para sonreírle a su superior. Armijo era un sujeto bajo, de cuerpo grueso y cabeza ligeramente cuadrada, sin duda un espécimen no apto para la Escuela de Especialidades; sin embargo, para Rivadavia el sujeto resultaba inteligente, servicial y lo que siempre había valorado en el voluntarioso hombre, obediente. A ambos cabos los conocía, no por ser uno de los suboficiales más antiguos en la Quinta Brigada Aérea, más bien porque ambos lograron entrar al servicio activo al aprobar un curso aeromilitar dirigido por él, el primero de muchos que le tocó liderar. Fue este curso el que les garantizó a los jóvenes una carrera militar que, si bien no iba a brillar como la de un egresado de la escuela, les aseguraría al menos veinte años de servicio con todas las prestaciones, posibilidades de estabilidad y ascenso. Armijo no había destacado en lo físico, pero sí su perseverancia y astucia, mientras que Marabolí era lo contrario: metro ochenta de morena altura, espalda ancha, estado físico impecable y habilidades en la mecánica; más bruto que Armijo, pero con el material suficiente para ser un buen soldado. Rivadavia sonrió al ver todo lo que habían avanzado ambos en sus carreras.

—¿Adónde vas, cabeza de papa? —preguntó Rivadavia al ver que Marabolí intentaba escabullirse hacia el dormitorio.

—A ordenar mis cosas, mi suboficial.

A Marabolí no le gustaba el apodo, pero se lo había ganado por ser cabeza dura durante el curso aeromilitar, y ya resultaba conocido en toda la base.

—Tome un fusil y vaya a la caseta de guardia. Le toca el primer turno.

El cabeza de papa lamentó su fuerza bruta y echó un vistazo a Armijo, quien sonreía desde el puesto de comunicación. El cabo obedeció protestando, caminó hacia el polvorín del puesto de guardia y echó mano a su arma de servicio. También tomó un cartucho con municiones y calzó su casco. En las películas había visto cómo los soldados golpeaban contra su cabeza los cartuchos de municiones antes de ajustarlos en sus armas; le gustaba el sonido.

Armijo ya había preparado los equipos de comunicaciones. Le entregó uno a su compañero y le explicó la frecuencia en que debía usarlo. Luego le dio un palmetazo en el trasero y lo mandó afuera del puesto de guardia.

—¿Sus órdenes, mi suboficial? —preguntó Armijo al verse a solas en la estación.

—Que dejes de hacerte el pelotudo y saques la botella del escondite —respondió el superior enseñando su jarro.

Armijo sonrió. Podían haber pasado años desde la última vez que le tocó un servicio, pero al suboficial no se le había olvidado la costumbre de Cerro Batea. El cabo caminó a un gabinete junto a una cocinilla sucia en un rincón de la sala y desde atrás de un tarro de azúcar extrajo un botellón de vino tinto.



La casa de los Toledo estaba al fin en paz. Los hijos mayores habían recogido la mesa, hablado de sus días, y ya estaban preparando sus cosas para retomar sus trabajos de verano al día siguiente, cuando debían trasladarse a la ciudad de Antofagasta una vez más. El hijo menor, Chano, estaba junto a su padre bebiendo una cerveza mientras miraban la televisión abierta con un volumen moderado, pero que al menos a ella le permitía ponerse al día escuchando las noticias de la jornada. La madre había logrado equilibrar el agua caliente con el agua fría para poder terminar de lavar la loza sucia del día. Al llegar por la tarde, también había notado el desagradable aroma en los vasos que su hijo les había ofrecido a sus amigos y decidió incluir toda la loza, aunque no hubiese sido usada, en el lavado de aquella noche. Las manos le dolían, el cloro le había provocado cortes en la piel y la

virutilla se le había metido por debajo de las uñas, un precio menor para evitar la vergüenza de lo que pudiesen decir las familias de los amigos por el descuido de la tarde.

Una vez que cerró la llave del lavaplatos miró hacia el dispensador de toalla secante. Lo notó vacío, por lo que decantó por echar mano a uno de los paños de cocina para secar la loza. No acostumbraba a hacerlo, más por tiempo que por desidia, aunque si era la única forma de evitar malos olores, bien valía la pena intentarlo. Tenía los pies hinchados, pero pensó que sentarse a descansar sería más placentero si lograba sacar de su cabeza todas las tareas de la casa que tenía pendientes.

Tomó el paño más cercano y lo sintió húmedo, miró el otro que solía usar y con solo verlo comprendió que era una mala idea. Los demás paños de cocina estaban todos en el canasto de ropa sucia afuera en el patio. Tal vez debía lavar, pero esperar a que se terminara la carga la iba a llevar a la cama pasadas las doce de la noche. Llamó a su hijo para pedirle que revisara el clóset de su pieza a ver si encontraba uno de los paños, pero recibió de vuelta silencio. No alcanzó a terminar de decirlo por segunda vez cuando las carcajadas de su marido e hijo desde el living le confirmaron que ya estaban desconectados, en su mundo. Salió de la cocina con las manos mojadas y los antebrazos desnudos. Los hijos mayores habían dejado en sus puertas dos rumas de ropa sucia. La mujer suspiró. Tal vez sí debía poner a lavar una carga de ropa.



Marabolí miró su reloj después de escuchar el rugido de su estómago. Habían pasado dos horas desde el inicio del primer turno de guardia y, como era costumbre, solo veía luces en el cielo. Por radio consultó si el rancho ya estaba listo; no obtuvo respuesta. Ya había dado cuenta de su colación, un pan con mortadela y una caja individual de jugo de piña. El sabor de la mortadela lo acompañaba desde la infancia; pero pensar en el rancho que traía el vehículo de la Guardia al cerro Batea le parecía una mejor alternativa para abrigar las tripas. Intentó de nuevo contactar a Armijo, pero la estática ya le estaba resultando

irritante. El cabo salió de la caseta y supuso que si daba una ronda podría tener tal vez la excusa para ir a la estación e hincarle el diente a la comida. Doscientos metros lo separaban de la estación radial; y a pesar de que podía ver la punta de las antenas, un peñasco le tapaba la visión directa. Se convenció de que ir a ver por cuenta propia era la mejor idea.

Bajó los tres peldaños que levantaban la caseta y puso las botas sobre la tierra, acomodó la radio en su cinturón de campaña y con ambas manos se aferró al fusil. Comenzó a caminar en la inmensa oscuridad de la cima del cerro. Las estrellas lucían exaltadas, pero no había luna, la luz intermitente de la punta de la antena de radio era lo único que proyectaba un fulgor rojizo sobre la arena, haciendo que la sombra de los peñascos dibujase grietas eternas a un costado de la vía. Vio un par de estrellas fugaces destellar sobre sí y sonrió con cada una de ellas. Estaba esperando una tercera cuando escuchó pasos a su espalda. Marabolí giró para dar un vistazo, la luz rojiza no mostró nada y el silencio se hizo con la noche. Volvió a avanzar con el paso un poco más apurado y al mismo ritmo sintió el eco detrás de sí. Le resultó extraño. Pensó que no debería haber eco al pisar la tierra, pues corría viento y soplaba en su contra, pero lo cierto es que podía oír cada una de sus pisadas replicadas detrás de él. Se detuvo de golpe, dio media vuelta e hizo puntería con su arma. Recorrió el camino con la vista aguzada. Apuntó hacia la caseta de guardia que había abandonado y se culpó por no haber llevado consigo la linterna. Echó un garabato al viento y trató de calmarse; la estación radial se encontraba a la vuelta del peñasco y la posibilidad de que alguien se estuviese dando el tiempo de jugarle una broma era remota. De igual modo, intentó contactar a Armijo por la radio, cruzando los dedos para que el sonido del equipo de su colega lo delatase y desnudara su pitanza. No le gustó el silencio. El cabo pasó bala, lanzó una advertencia al aire y volteó para continuar su camino. La respiración se le aceleró al escuchar detrás de él los pasos alcanzándolo en ritmo. Puso el dedo en el gatillo y dejó de lado la compostura. Marabolí echó a correr al ver el peñasco cerca y lo rodeó jadeando. El eco de sus pasos comenzó a quedar atrás y sintió que las revoluciones en su pecho bajaban cuando el fulgor de una luz anaranjada se apoderó de

sus ojos cortándole el camino.



Me tiene chata esta casa, pensó la matriarca de los Toledo al terminar de meter la ropa sucia en la lavadora. Levantó la vista y vio el cielo estrellado. Nunca había logrado entender por qué las conexiones de agua para las lavadoras estaban en el patio, pero agradeció la vista. El zumbido de la planta eléctrica a lo lejos le ayudó a calmarse. Al interior de su casa seguían las risas frente al televisor y de la pieza de su hija mayor podía escuchar que salía algo de música. Metió la mano en el bolsillo del delantal y extrajo un paquete de cigarrillos y un encendedor. Llevaba años intentando dejar de fumar, al menos había reducido la cuota a dos al día, tres máximo, pero en aquel momento agradeció no haber eliminado el hábito. Se llevó el cigarro a la boca, lo encendió y después de disfrutar la primera bocanada cerró los ojos dejando que el calor del humo le llenara los pulmones, la tráquea y poco a poco se escapara por sus fosas nasales. Sintió paz.

—Este sitio me va a volver loca —repitió y tosió al final de la frase.

Dio media vuelta y contuvo el impulso de regresar adentro de la casa. La noche estaba fresca, las estrellas lucían hermosas y recién había encendido el cigarro. Pensó que merecía la pausa. Caminó hasta la entrada de la cocina y se sentó en el peldaño de la escalera. Dio un par de bocanadas más al cigarrillo antes de sentir un aroma ácido y putrefacto colándose por su nariz. Alejó el pucho creyendo que podía tener algo, pero notó que no provenía de él, porque el olor a almizcle se intensificó. Miró hacia abajo y vio a sus pies un paño de lana apelmazada desde el que al parecer emanaba el hedor.

—¡Este sitio me va a volver loca y este cabro de mierda me va a seguir trayendo porquerías a la casa!

La dueña de casa agarró el paño y lo lanzó hacia el fondo del patio. Cuando le bajó la adrenalina sintió los dedos aceitosos y les dio una mirada. Olían tan mal como el paño. No alcanzó a dibujar una mueca de asco cuando desde la calle una silueta negra saltó por encima de la reja del patio, galopó frente a ella hasta el fondo del terreno y escarbó entre los muebles y herramientas. Tomó el objeto podrido con el

hocico y deshizo sus pasos frente a la dueña de casa, quien con la boca desencajada siguió su trayecto hasta verlo saltar nuevamente la reja y perderse a toda prisa rumbo a la pampa, llevándose el ruido de las carcajadas, la música, el zumbido de la planta eléctrica, y dejándole un grito ahogado en la garganta y un par de ojos brillantes clavados en el alma.



Rivadavia y Armijo salieron corriendo desde la estación de radio. Habían visto a través de los instrumentos actividad atípica en el exterior e intentaron avisar a la base sin éxito. Tampoco pudieron contactar a Marabolí. Al pisar tierra, ambos militares observaron hacia el sur un óvalo anaranjado que flotaba un metro y medio por sobre el suelo. Ninguno fue capaz de sacar el habla. El objeto brillaba con un aspecto similar al del hierro fundido y no emitía ruido alguno. Estaba suspendido en el aire a pesar de lucir sólido y no parecía tener frente, cabina o algo que permitiese identificar si se trataba de algún tipo de vehículo. Ambos testigos coincidieron en que su diámetro debía rondar los quince metros. También estaban conscientes de que la cosa superaba la envergadura de alas de cualquiera de los aviones de guerra apostados en la base. Poco tiempo pasó antes de que los militares se dieran cuenta de que, a pesar del panorama, no sentían miedo.

—Armijo, baja a la base de inmediato —dijo Rivadavia con voz firme.

—Estoy de servicio, mi suboficial...

—¿Funcionan las radios?

—No, señor.

—Entonces baja e informa a la Guardia lo que estamos viendo en Batea. Es una orden.

No volvió a cuestionar a su superior y echó a correr por el camino.

Rivadavia intentó de nuevo establecer comunicación, sin conseguirlo. Se llevó las manos a los ojos tratando de despejar la duda de si lo que veía al frente no era sino algún tipo de alucinación. Armijo y él habían estado bebiendo el vino escondido en la despensa, pero no más que una caña cada uno. No, no era una alucinación. El objeto

estaba ahí, nítido, a menos de cien metros desde su posición, flotando en silencio. La luz que emitía era suficiente para iluminar varios centenares de metros a la redonda, otorgándole al paisaje un tinte infernal que exageraba lo irregular del terreno. A pesar de eso, el hombre podía mirarlo fijo sin sentir la vista cansada. Dio un paso adelante y escuchó el grito de Marabolí llamándolo desde el otro lado de la cosa.

—¡Mantén la posición, Marabolí!

Pero el cabo estaba embobado. Se acercaba al artefacto con el mismo morbo que el suboficial reprimía. Volvió a intentar comunicación con la base con el mismo nulo resultado que antes y, al ver a su guardia avanzando decidido hacia el objeto, echó a correr para interceptarlo.

—¡Baja el arma, Marabolí! ¡No sabemos lo que es!

Los ojos del cabo estaban inflamados. Una sonrisa inerte le cruzaba el rostro y los pies se le movían solos en dirección a la luz. Soltó el arma y recorrió los pocos metros que lo separaban de la fuente lumínica para intentar palparla con la mano estirada.

—¡No seas cabeza de papa!

Marabolí posó la palma de la mano en el objeto, que nunca dejó de brillar. Podía ver sus dedos recortados por el fulgor, pero también sus huesos y cada uno de los vasos sanguíneos que cruzaban su extremidad. Sin separarla, el cabo miró a su suboficial, que ya estaba a diez metros de distancia.

—Está frío.

No pudo agregar nada. El objeto se encendió más que el amanecer, pasando del naranja a un blanco radiante. Con el mismo silencio se elevó tres metros por sobre las cabezas de los soldados y como un bólido pasó por encima de Rivadavia, dejándolo tendido, con un destello como único recuerdo.

Victoria y la guerra

Dio tres vueltas alrededor del pabellón antes de detenerse frente a la puerta de la casa seis. Victoria había salido de su hogar convencida de que solo sería una visita amistosa para pedir alguna recomendación de música, muy casual, ir, preguntar, volver con la sonrisa en el rostro. Antes, había pensado que lo mejor era ir a la banca, pasar de largo si es que no estaba Isaac sentado ahí y disimular con que iba a comprar al negocio del Coco Rojas, dos pabellones más arriba. Perdió la convicción al preguntarse qué haría si junto a Isaac estaban Giovanni, Mario, el Chano o, en el peor de los casos, Jorge. No le caía mal el mayor de Los Cinco, pero sentía que este la miraba con desprecio o, al menos, con desaprobación. Era cierto, había tenido una aventura con el Leiva un año atrás, pero no había pasado de un fin de semana, de un par de besos o de pasear tomados de las manos. A Victoria le molestaba que los demás se sintieran libres de juzgarla; era adolescente, era su vida, ¿por qué tenía que estar dando explicaciones? Entonces, para evitar hacerse más preguntas sin respuesta, optó por seguir por la calle que subía directo hacia el Economato.

Miró la puerta y se frotó las manos dudando de dar el paso que la separaba de la misma. Se rompió las cutículas de las uñas y mordió sus labios. Suspiró. Subió el escalón y acercó la mano hasta tocar la madera. La puerta se abrió de golpe, y con el sobresalto Victoria retrocedió hasta casi caer por el desnivel. Frente a ella estaba Isaac con el rostro pálido, los ojos desorbitados y la boca abierta. El muchacho se quedó sosteniendo la manilla, paralizado.

Cuando ambos decidieron que a quien tenía al frente cada uno no era una mala broma de su imaginación, lograron recuperar la calma y la taquicardia fue reemplazada por mariposas en el estómago.

—Me preguntaba si podrías prestarme la música de la que me hablaste la otra noche.

Victoria sacó el habla al ver que el silencio se estaba prolongando demasiado. Isaac solo podía sobarse la cabeza y balbucear. La

muchacha decidió mantener la vista en el piso mientras Isaac reaccionaba. Era cierto, días atrás en el Economato le había hablado de una canción de Rata Blanca que le recordaba a Victoria. Ella no había mostrado curiosidad en aquel momento, aunque había mencionado que no le gustaba imaginarse sonando como música metal. Cuando ella volvió a hacer contacto visual, Isaac parecía estar revisando el entorno.

—Si es un mal momento, te la pido otro día. ¿Te parece en el bus de estudiantes la próxima semana?

—No. —La voz de Isaac sonó más severa que de costumbre.

Los separó el silencio.

—Disculpa, yo pensé que... —La muchacha borró la sonrisa de su rostro y dio media vuelta—. Olvídalo.

La mano de Isaac se aferró a la de ella.

—Victoria, perdón. Soy un idiota, no es un mal momento. Me quedé sin aire.

Ella volteó a verlo, sin desprenderse de sus dedos. Le parecían delgados pero firmes; un poco fríos pero suaves. Isaac, como un tomate, volvió a balbucear.

—Es que iba saliendo a comprar.

Estaba mintiendo; había quedado de juntarse con sus amigos para ir al aeródromo de la base a ver los aviones estadounidenses que habían aterrizado el día anterior. Los San Martín se habían enterado aquella mañana, cuando escucharon a su padre hablar del tema al desayuno. Eran aviones grandes que venían a un ejercicio militar en la zona.

—¿Te molesta si te acompaño? —preguntó Victoria.

Isaac sonrió, aunque sintió terror al ver que seguía sosteniendo la mano de la chica. La sacudió con torpeza, como si estuviese estrechándola en un saludo. La soltó al notar que su palma comenzaba a sudar y se la llevó al cabello para acomodarlo. Volvió a transpirar frío cuando escuchó las voces de los San Martín conversando y riendo. Se acercaban por el sur, justo junto al muro. Dio un grito y volvió a tomar la mano de Victoria. Al ver a sus amigos aparecer por la esquina, de un tirón metió a la muchacha adentro de su casa y cerró la puerta detrás de él.

—¿Estás listo, Huiro? —preguntó el Zana dándole un palmetazo en

la espalda a su amigo para luego apretarlo en un abrazo.

—Sí, vamos —respondió Isaac con un hilo de voz.

Mario miró de pies a cabeza a su amigo. En silencio lo escrutó, luego el piso, la puerta.

—¿Llevas los parches? —volvió a preguntar Zana.

Isaac miró sus manos vacías. Intentó armar una respuesta coherente, pero había salido de casa sin los parches a pesar de que estaba seguro de que los había organizado en algún lugar.

—Se me quedaron en la pieza. Vayan, ya los alcanzo.

—No, no hay prisa. Te esperamos —respondió el Zana mientras le ofrecía un cigarrillo a su hermano.

—En serio, no quiero retrasarlos. Ustedes avancen, yo busco los parches y los alcanzo de un pique.

—Tranquilo, los gringos no van a irse a ningún lado.

El adolescente perdió los colores del rostro. Aprobó el plan en silencio y enfrentó la puerta de su casa. El Zana y Mario retomaron la conversación que traían antes de llegar donde su amigo, pero a Isaac le resultaba inentendible. Victoria estaba adentro de su casa y él no era bueno dando explicaciones. Puso la mano en la manilla, tembló un poco, giró el pomo y abrió lento la puerta rogando no golpearla en la cabeza.

—Huiro, tu amiga también puede venir —concluyó Mario.

El Zana lo miró con la cara llena de risa y asintió.

Los cuatro caminaron en dirección al aeródromo. El Zana se paseaba por el lugar intentando encontrar a quien consultar por los visitantes. Ir hasta ahí a intercambiar parches era una práctica habitual para el grupo de Los Cinco. Había iniciado en 1998, cuando una serie de operaciones multinacionales aterrizaron en la Quinta Brigada Aérea para ejercicios combinados de las fuerzas aéreas de Chile, Argentina, Brasil y Estados Unidos. Se trataba de entrenamiento para los pilotos de la zona y maniobras político-militares con la intención de formar una red de cooperación en el Cono Sur que estableciese alianzas con la potencia del norte. Todo era muy rimbombante para los hijos de los funcionarios que vivían en la base, quienes podrían disfrutar la visita de aviones del calibre de los F-16 y F-15, junto con otras aeronaves exóticas. Poco pasó hasta que los San Martín se dieron cuenta de que

cada delegación traía pintorescos parches de guerra con bordados brutales de las diferentes misiones que habían cumplido y que, por alguna extraña razón, a los pilotos y soldados estadounidenses les gustaba intercambiar por parches locales más humildes, como las charreteras con los grados de la milicia chilena o algún parche viejo de los F-5 o los Mirage Elkan que operaban en Cerro Moreno. Todo constituía material muy fácil de obtener para los muchachos, quienes amasaron gran cantidad de accesorios muy cotizados por sus pares. Lo consideraban un buen negocio más que un pasatiempo. A su vez, esta actividad les permitía ganar las simpatías de algún incauto internacional que buscara llevarse de recuerdo algún billete local, intercambiando los miserables quinientos pesos, al borde de la obsolescencia, por moneda verde de altas denominaciones. A Isaac, por su parte, le gustaba ir a mirar los aviones, aunque de vez en cuando también intercambiaba algunos parches.

Victoria era la única que no entendía la fascinación de los muchachos por la milicia. Su padre trabajaba en el Grupo 31 de Telecomunicaciones y poco hablaba de este tipo de eventos en la casa. Su madre era profesora y las hijas se enfocaban más en esa faceta civil. El armamento de guerra le resultaba tosco y sus propósitos, bárbaros. De igual forma se entretuvo mirando a los amigos corriendo por todas partes, persiguiendo a quien se viese más exótico y fracasando en todos sus intentos. Se preocupó cuando el oficial encargado del aeródromo los corrió hacia la calle y limitó el acceso a las instalaciones, aunque valoró que los San Martín continuasen insistiendo en sus labores de trueque.

Isaac permanecía sentado junto a Victoria, aunque no la miraba. Estaba con ambas manos aferradas a sus rodillas y ella apoyó la cabeza sobre sus brazos, sin quitar la mirada del rostro de su amigo. No lo había visto sonreír.

—¿Por qué te da vergüenza que te vean conmigo?

El muchacho no contestó. Bajó la cabeza dejando que el cabello castaño cayera desde sus orejas para cubrirle el rostro.

—No es eso —respondió casi murmurando.

—Si fui muy invasiva la otra vez te pido disculpas, el Gato me dijo que quizás podíamos ser amigos. —Victoria intentó encontrarle la

mirada entre las hebras de cabello—. No debí ir a tu casa hoy.

Isaac empuñó sus manos con fuerza. Sintió una punzada en el pecho, algo nuevo.

—Me alegra que hayas ido.

—Pero me escondiste en tu casa. No voy a olvidar tu cara cuando escuchaste a los chiquillos. Me dolió pensar que sentiste vergüenza.

—No me apena que me vean contigo, al contrario. No quiero que te vean conmigo, te voy a dar mala reputación. Sabes lo que dice la gente de nosotros y tú… —Isaac aclaró su garganta antes de que se desgarrara—. Deberían verte con alguien mejor.

Victoria sintió la temperatura subir en su interior. También cosquillas en el vientre y supuso que sus mejillas se veían coloradas.

—Deberías creer más en ti. —La muchacha liberó una de sus manos y con suavidad tomó el cabello de Isaac para acomodarlo detrás de su oreja. Le vio el rostro apagado, la mirada cristalina y la boca seria.

—Cuando me encerraste en tu casa tuve miedo, ¿sabes? Me costó entender cómo había llegado hasta ahí. ¿Y si me encontraba con tu mamá? ¿Si me reclamaban por intrusa y terminaban acusándome? ¿Y si te ibas y me dejabas ahí? —dijo Victoria al retirar su mano del cabello de Isaac—. También sentí calma. Cada vez que pasaba en el bus de estudiantes o en el bus quince por tu pabellón me quedaba mirando tu casa y me preguntaba qué habría del otro lado, si era un lugar oscuro o si brillaba. —Volvió a esconder la mano abrazando sus rodillas—. Sin saberlo me despejaste una duda. El aroma de tu casa me tranquilizó. Se parece al tuyo. No me importó quedarme adentro un tiempo.

Se mantuvieron en silencio por algunos minutos. El bullicio de los aviones se había apagado para ellos. Isaac podía escuchar sus latidos desbordándose en su pecho y Victoria no paraba de prestarle atención a su respiración agitada.

—Era «La leyenda del hada y el mago», ¿no?

Victoria miró a Isaac. Notó que este no le devolvía el gesto.

—¿Qué cosa?

—La música de la que te hablé la otra noche.

—Supongo que sí, no dijiste el nombre.

El adolescente continuaba resistiendo la mirada.

—¿Me la vas a prestar?

—No. —Victoria frunció el ceño. La respuesta había sido igual de seca que la de un rato atrás. Isaac por fin la miró con los ojos inmensos —. La vamos a escuchar juntos —concluyó sonriendo.

Ella le correspondió la sonrisa.

El bramido de los motores de un C-130 H los sacó del trance. Las hélices del avión de carga cortaban el viento y rugían como un ejército de leones alfa. Los San Martín habían parado de correr de un lado al otro intentando averiguar dónde estaban los gringos. Victoria e Isaac se pusieron de pie y caminaron hasta la reja que separaba la base de la losa de despegue. Mario y el Zana habían logrado colarse por un espacio entre el aeródromo y una de las bodegas del grupo de Abastecimiento. Cuando los tórtolos se unieron a sus amigos notaron que una fila de soldados armados les tapaba la visión. Entonces, Isaac echó un vistazo al avión que asomaba la nariz para acercarse al aeródromo.

—No creo que nos vaya bien cambiando parches.

Los San Martín no comprendieron a su amigo.

—Ese avión no es de la USAF * —concluyó Isaac.

En efecto, los cuatro quedaron con la boca desencajada cuando el avión se detuvo a pocos metros de ellos y en su cola blanca vieron las letras rojas que formaban la palabra NASA.

Clasificado

La luz de la linterna encandiló los ojos recién abiertos de Rivadavia. Se sentía adormilado, con los músculos adoloridos y el estómago vacío. Recordó la última vez que despertó de la anestesia, cuando le extrajeron la vesícula. El suboficial intentó enfocar la mirada, pero hacia dondequiera que tratase de observar, el destello le hacía perder el foco. Por la periferia de su ojo solo pudo ver oscuridad. Intentó mover los brazos para cubrirse la cara y no pudo separar las manos de su espalda. Insistió tratando de ponerse de pie, pero tenía los tobillos atados a la pata de una silla de fierro. Sintió frío, aunque mantuvo la calma.

—Nombre y rango.

La voz provenía de la habitación oscura. Rivadavia intentó afinar el oído, sin embargo no logró determinar desde dónde le estaban hablando, parecía venir de diferentes puntos al mismo tiempo. Volvió a girar la cabeza y el foco de luz continuó cegándolo, sin importar qué tan rápido se moviera.

—Pregunté: nombre y rango.

—No sonó como una pregunta —contestó Rivadavia. Acto seguido sintió un golpe de corriente en sus manos.

—¿Cuál es su nombre y rango?

—Juan Pérez, soy vendedor de helados —contestó el suboficial sin pensarlo.

—¿Dónde está su unidad?

—A veces trabajo con el Maikol, pero hoy salí a vender solo.

—¿Dónde está su unidad? —insistió la voz al tiempo que un nuevo golpe de corriente acalambraba los brazos del militar.

—¡Nos *ganamos* en calle Cautín!

—Han caído todos prisioneros, suboficial. No vale la pena que siga mintiendo.

—A veces vendo de mora, pero ahora solo me quedan de piña.

Rivadavia apretó los dientes esperando recibir una nueva descarga

eléctrica. El silencio se prolongó unos segundos, aunque el suboficial lo sintió como toda una vida. Los chispazos en sus muñecas no terminaban de liberar la corriente, pero cada golpe de calor hacía que su cuerpo se apretase tanto que terminaba soportando la espera peor que el castigo. La luz de la habitación se encendió, revelándolo solo en el centro de un cuarto blanco, frente a un espejo que abarcaba la mitad de la pared. Buscó el foco, pero no pudo encontrarlo; solo vio a la altura de sus ojos cómo una línea de luces led cortaba las cuatro paredes del lugar.

Una puerta del mismo color y material que el muro se abrió a su izquierda y escuchó las carcajadas agudas que provenían desde el otro lado. Miró hacia abajo y vio que su cuerpo estaba cubierto apenas por una bata, como si hubiese permanecido en un hospital.

—Lo siento, cuando supe que eras tú no pude evitar jugarte la broma.

Era la misma voz que había escuchado antes, menos artificial, pero con el mismo tono. Se trataba de un hombre alto, apenas por debajo de un metro noventa, corpulento y con sobrepeso. Tenía la cabeza ovalada y la calvicie ya había ganado la mitad de la batalla en su mollera.

—Te conocí tiempos mejores, Rivadavia.

El suboficial reconoció entonces a Lautaro Mendoza, el primer instructor que tuvo en la Escuela de Especialidades.



Los pasajeros del C-130 H desfilaron por el aeródromo en silencio, con la atención perdida en una serie de documentos que se compartían con frenesí. Hablaban en inglés, ninguno parecía prestar atención a los soldados chilenos que se esforzaban por seguirles el paso. Los escoltas estaban armados, en tenida de campaña y con todo el equipamiento que pudiese esperarse de un contingente listo a saltar a la operación Tormenta del Desierto. Mario los siguió con la mirada hasta el hangar del Grupo 8, donde se reunieron todos los extranjeros ataviados con sus batas. Esperaron ahí a que los soldados arrastraran una caja con equipos electrónicos. El mayor de los San Martín ya conocía esas cajas,

las había visto en algunas tocatas a las que asistió en Antofagasta, pero los sujetos a quienes les estaban entregando el material no parecían músicos, sino que calzaban más con el estereotipo del científico. Alejandro e Isaac se mantuvieron junto a la losa, observando el resto de los equipos que bajaban desde el avión. Victoria, por su parte, advirtió a sus nuevos amigos que estaban siendo observados.

—Zana, al fondo —dijo Isaac apuntando hacia el norte.

Alejandro pegó la cara lo más que pudo al enrejado, dejando su propio rostro marcado por los fierros, pero logró ver que junto al hangar norte del grupo de Abastecimiento había otro avión de carga idéntico al que se había acercado al aeródromo. Notó menos actividad a su alrededor, pero sus colores eran similares.

—¿De qué crees que sean? —preguntó el Zana mientras se limpiaba el polvo de la cara.

—¿Que no sabes leer? De la NASA —respondió Isaac haciendo lo propio con la suciedad de sus manos.

—O sea, sí, pero me refiero a qué cresta están haciendo acá.

Mientras los amigos inventaban respuestas, Victoria se esforzaba en que estos vieran sus señales, aunque parecía completamente invisible en medio del paisaje.

Mario vio a los científicos abrir una de las cajas arrastradas por los soldados chilenos y extraer un maletín negro. Notó que en su interior había una pantalla con luces verdes y rojas que dibujaban una suerte de mapa. Un teclado se había desplegado en la parte inferior de la maleta. Los hombres discutieron en torno al monitor, se cruzaron de brazos y volvieron a discutir. El más viejo de ellos, el único que no vestía una bata blanca, cerró el maletín y en vez de devolverlo, les ordenó a los soldados que llevaran el resto de los equipos a un camión que esperaba al final de la losa. Los científicos caminaron hasta el inicio del asfalto, donde abordaron dos vehículos que se perdieron por la calle detrás de la Comandancia en dirección al sur.

Victoria se dio por vencida, corrió hacia Isaac y lo tomó de la barbilla para hacerlo mirar hacia el sur, donde Mario estaba siendo rodeado por soldados que con el brazo extendido lo obligaban a retroceder. Los tres corrieron a ver a su amigo.

—¿Estás bien? —preguntó Alejandro.

—Este cabeza de músculo no entiende que quiero caminar por acá —se descargó Mario.

Los adolescentes intentaron explicar que eran hijos de funcionarios y que estaban buscando a sus padres. No calcularon que los grupos respectivos de estos quedaban más al norte, así es que fueron despachados de inmediato.

—Yo voy al Grupo 21 —dijo Isaac.

Habló sin pensarlo mucho al ver cómo al final del camino la caravana de vehículos seguía de largo por el Grupo 7. La única instalación que se le ocurría como destino era la del lugar de trabajo de su padre. Era eso o los científicos iban hasta el aeropuerto de la ciudad.

—Les dije que se retiraran —insistió el cabo a cargo del perímetro con voz marcial.

Los soldados alzaron sus armas y adoptaron una posición más de alerta. El Zana levantó las manos intentando transmitir un gesto de calma, aunque su postura era tan robótica que parecía más un paso de baile que otra cosa.

—Solo queremos intercambiar parches de guerra con los gringos, siempre lo hacemos —dijo el chiquillo con la voz temblorosa.

—No con estos, San Martín. Retrocedan.

Victoria se aferró al brazo de Isaac como si intuyera que su amigo estaba ansioso por meterse en problemas. Mario la vio compungida y tomó a su hermano de la polera para empujarlo hacia atrás. Los soldados estaban avanzando hasta acercarse demasiado.

—Seguro, buena pega. Están haciendo una buena pega —dijo Mario regalándole una sonrisa al soldado.

Evitaron regresar bordeando las instalaciones militares, los cuatro concluyeron telepáticamente que lo mejor era alejarse hasta el casino de suboficiales y desde ahí escoger una ruta para volver a casa. Alejandro seguía irritado, pateaba las piedras que se le cruzaban en el camino intentando botar la bronca; Mario se mantenía en silencio, más ansioso por un cigarrillo que por reactivar la visión, y Victoria e Isaac los seguían de cerca. La muchacha iba cabizbaja, con las manos en sus bolsillos y el rostro sin expresión. A Isaac lo carcomía la culpa de estar provocándole vergüenza a su amiga.

—¡Mario, Alejandro!

Era el padre de los San Martin, quien los esperaba en su auto en la esquina del casino. El grupo apuró el paso y luego de explicar lo sucedido, recibieron un sermón. El militar tenía razón, ellos estaban en un lugar en el que, a pesar de que no tenían prohibido merodear, no eran bienvenidos. Ofreció llevarlos de regreso a la población y los hermanos fueron los primeros en subir al auto.

—No se preocupe, tío. Yo voy a esperar acá un rato más —contestó Isaac.

—¿Señorita? —El adulto dirigió la mirada a Victoria, quien se negó cordialmente.

El militar asintió. Forzó una sonrisa y golpeó con su quepis la palma de su mano.

—Como gusten, Rivadavia chico. —Abrió la puerta del auto e hizo el ademán de subir—. Ánimo, ya va a aparecer —concluyó el suboficial para luego subirse al auto y emprender la marcha.

Victoria vio alejarse el auto envuelto en una estela de polvo. Volteó a ver a Isaac, quien tenía la vista perdida hacia el sur. Se cuestionó si estuvo bien declinar la oferta, las últimas palabras del funcionario quedaron grabadas en su cabeza.

—Disculpa. —Isaac sacó el habla.

Ella desvió la mirada.

—¿Por qué?

—Te dije que era mala idea andar conmigo.

Volvió a ver su rostro lleno de tristeza.

—Disculpa por hacerte pasar esta vergüenza —insistió Isaac con la voz temblorosa.

—Deberías creer más en ti —respondió Victoria sonriendo—. Fue divertido.

Ambos regresaron caminando hasta la población, sin percatarse de que a sus espaldas la explanada frente a Comandancia se llenaba de camiones desde los cuales descendían decenas de efectivos armados hasta los dientes.

✦✦✦

Rivadavia terminó de atar sus botas y acomodar con elásticos el pantalón de su uniforme. Estaba limpio, como si se lo hubiesen lavado, secado y planchado. Se preguntó cuánto tiempo había pasado en la enfermería. El suficiente para esto, se contestó palmoteando su camisa reglamentaria. Cuando salió del camarín se encontró con Lautaro.

—Qué viejo estás —le lanzó el grandulón antes de echarse a reír.

Los camaradas se pusieron al día con premura mientras caminaban por el pasillo del recinto donde el suboficial estaba recluido. Mendoza tenía razón, Rivadavia se había hecho viejo, al menos para los estándares de las fuerzas armadas, pero la edad también había pasado por él. Poco quedaba de los dos mozos que entrenaban bajo la lluvia en las instalaciones de El Bosque.

—¿Qué hay de mi gente, Lautaro?

—¿Tu gente?

—Marabolí, debió estar conmigo cuando... me encontraron.

Lautaro detuvo el andar justo a un paso de la puerta de salida y se plantó frente a su amigo, al que tomó por los hombros.

—¿En serio no te acuerdas? ¿Qué fue lo que te pasó?

Mendoza miraba a los ojos de su pupilo como si buscase la respuesta a una pregunta milenaria. Rivadavia no estaba muy seguro de tener una, supuso que si él estaba en una suerte de enfermería, Armijo debió arreglárselas para llegar a la base y dar aviso, tal como se lo habían ordenado, pero de Marabolí lo último que recordaba era haberlo visto tocar un objeto que flotaba en el aire.

—No estoy muy seguro, Lautaro. Me di un golpe en la cabeza, el resto es confuso.

Rivadavia evadió la mirada de su antiguo instructor. Le resultaba curioso encontrárselo después de más de veinte años. La última vez había sido en otra vida, en otro oficio militar, incluso antes de iniciar su familia. Le había perdido el rastro a su camarada cuando este se sumergió en el secretismo de la dictadura y por salud mental había hasta olvidado que lo conocía. Quizás él sí se había golpeado la cabeza, quizás Armijo sí había corrido a dar aviso hasta la Guardia, quizás tanto él como Marabolí estaban de regreso en las barracas... Pero la única certeza que tenía era que aquel edificio que estaba recorriendo no se parecía en nada a la enfermería de la base, ni

siquiera a algún pabellón del Hospital Militar de Antofagasta.

—Tranquilo, amigo. Caminar te hará bien, es una buena señal que te mantengas en pie. Puedes hacerlo por donde quieras. —Mendoza abrió la puerta y frente a los ojos de Rivadavia apareció una base militar que no reconoció, una tan grande como en la que servía. Una en la que no se veía el cielo, pues en su lugar, una cúpula rocosa se extendía hasta el horizonte—. Total, nadie te va a creer lo que veas acá.

Los largos tentáculos de la nasa

Isaac había dormido poco, estaba acostumbrado al sonido de los motores de aviones yendo y viniendo durante el día, al nivel de que ya no podía escucharlos, pero la noche era otra cosa. Tres veces a la semana escuchaba al Hércules (avión de transporte de la Fuerza Aérea de Chile) aterrizando en la madrugada, pero era un hecho aislado comparado con la reciente actividad. Un par de veces se levantó a ver por la ventana el motivo de tanta agitación. Contó hasta doce aviones aterrizando antes de aburrirse. No estaba seguro de si eran naves distintas o la misma haciendo muchos vuelos. Era posible, el día anterior había identificado al menos tres aviones extranjeros sospechosos. Se sentó en la cama y se odió por intentar engañarse a sí mismo, el insoportable sonido del rotor de los aviones era irritante, pero lo que en realidad le quitaba el sueño habían sido las palabras de despedida del padre de sus amigos. Ánimo, ya va a aparecer. ¿Qué cresta significaba eso?

Hacía un par de días él mismo le había dicho a su amigo Giovanni que la gente no desaparecía. ¿Habrá sido una referencia? Se preguntó en silencio.

El muchacho concluyó que lo mejor era ir a preguntar directo a la casa de los San Martín. Tenía pocas esperanzas de encontrar ahí al padre, pero supuso que si esperaba hasta el almuerzo tendría mejores oportunidades. Sonrió, conforme con su plan. De un salto salió de la cama, tomó su ropa y bajó apurado hasta el baño.



Gema abrió la puerta de su casa y se encontró de frente con dos soldados armados. Se había levantado temprano aquella mañana, le

gustaba prepararse mentalmente para el regreso al año lectivo y madrugaba, consciente de que aquella temporada de práctica profesional requeriría el máximo esfuerzo. Se había preparado un café cargado, se había duchado y hasta alcanzó a secarse el pelo. Estaba preparando el desayuno para su madre cuando escuchó el llamado a la puerta. No pudo evitar sobresaltarse al ver las metralletas.

—Buenos días —tartamudeó—. Creo.

A pesar de que los soldados fueron parcos, la comunicación era clara. Estaban entregando una serie de documentos casa por casa para luego anotar en una planilla impresa cada dirección. Sin esperar una réplica golpearon la puerta de la casa vecina. Antes de entrarse, Gema pudo ver que había otras parejas de militares recorriendo el pabellón de enfrente haciendo lo mismo. Le llamó la atención tanta agitación en el pueblo, pero eso no le impidió cerrar la puerta y regresar a su tarea.

Gema terminaba de cocinar el huevo, estiró la mano para tomar una pizca de sal y dejó caer unos granos sobre la hoja que había recibido de los militares. Apagó el fuego y se limpió las manos. Había puesto la carta en la bandeja del desayuno con que planeaba sorprender a su madre. Notó que el documento no venía sellado y pensó que echarle una mirada antes de entregarla no era pecado, así es que la abrió y leyó su contenido.



Isaac salió del baño con el cabello todavía estilando luego de la ducha, caminó frente a la cocina rumbo a la pérgola para tender la toalla mojada. Al devolverse vio a su hermana leyendo detrás del mueble.

—Voy a salir —dijo entusiasmado.

El aviso sacó del trance a Gema, quien dio un salto y escondió el papel antes de echarle un par de garabatos a su hermano por haberla sobresaltado. Sabía que se estaba duchando, pero calculaba que se tomaría, como de costumbre, un par de decenas de minutos antes de salir, pues era de duchas largas; cosas de adolescentes, decía Margarita riendo.

—¿Le avisaste a mi mamá? —preguntó la hermana mayor al tiempo que retomaba la lectura de la hoja.

—Seguía durmiendo cuando bajé. Ronca chistoso —le respondió mientras daba un pellizco al huevo que Gema había preparado.

Le sorprendió no ser reprendido.

Gema podía hacer varias cosas a la vez; en el colegio se jactaba de participar de hasta tres conversaciones simultáneas sin perder el hilo, una habilidad valiosa para el chisme. A pesar de eso, no le prestó atención a su hermano, que seguía robando comida.

—Dale, yo le digo cuando le lleve el desayuno. ¿A dónde vas tan hediondo?

A Gema no le gustaba la colonia de Isaac, la encontraba demasiado dulce, aunque tampoco se la criticaba; era lo que podía comprar con su escuálido presupuesto. De cualquier forma era mejor que el olor vinagre de su sudor.

—Por ahí —contestó Isaac. Dio media vuelta y caminó hacia la puerta.

—Vuelve para el almuerzo. Te toca poner la mesa.

—¡Okey!

Cerró la puerta despacio al salir y emprendió el camino.



La carta daba aviso de una evacuación. Gema recordaba el tema, había vivido evacuaciones cuando era chica, pero hacía tiempo que la población civil no era involucrada en los ejercicios militares. Echó atrás la memoria y recordó la semana de oscurecimiento, cuando se simulaba una incursión de comandos enemigos tomando posiciones dentro de la base. La obligación de las familias era mantener las luces apagadas en las casas y encerrarse al escuchar la sirena que alertaba de las operaciones. A ella y a su hermano les gustaba escabullirse hasta la ventana para ver las bengalas en el cielo que marcaban los objetivos que estaban siendo invadidos. Nunca vieron a los comandos, pero los imaginaban ahí, afuera de su casa, al acecho. Todo comenzó a podrirse cuando la gente empezó a considerar que una semana en esa situación era demasiado y dejó de cooperar. Las familias inventaron formas de evadir el oscurecimiento, primero con el uso discreto de velas y linternas, luego cubriendo las ventanas con frazadas para poder

encender las luces al interior y, al final, hasta escuchaban música para desconectarse del estresante ruido de las sirenas y de los aviones sobrevolando sus techos. Entonces ordenaron las evacuaciones; una novedad para las familias, una aventura para los más chicos, quienes debían armar bolsos con víveres y ropa para abordar los buses que los llevaban por el día a Mejillones o, en el mejor de los casos, directo a la ciudad. Tampoco se sostuvo en el tiempo, la familia de Gema prefería las prácticas del oscurecimiento y se quedaban encerrados en su casa hasta que pasara el ejercicio. Salían como si nada cuando los buses retornaban. Margarita aprovechaba el día para dormir, Isaac para molestar a los soldados que buscaban refugio tras los muros de la vivienda. Delató varias veces sus posiciones, por lo que la familia fue amonestada.

Habían pasado años desde la última evacuación y, en pocas horas, esa misma tarde tendrían una grande. Noche completa, informaban. También daban aviso de que el cumplimiento era obligatorio y que el General había autorizado a las patrullas entrar a los hogares para asegurarse de que nadie se eximiera del ejercicio. Gema cerró la carta, la puso sobre la bandeja y la llevó a la habitación de su madre. Tenían muchas cosas que ordenar y preparar si querían evitar malos ratos para su padre.

Margarita terminó de beber su café antes de leer la carta, pero al concluir su lectura, se levantó de un salto y bajó hasta el living para tomar el teléfono. Buscó en la libreta de anexos telefónicos de la base y marcó el de Cerro Batea. No obtuvo respuesta. Insistió sin mejor resultado y luego marcó el de la Guardia. Tampoco obtuvo respuesta. Cuando iba a marcar de nuevo, notó que el teléfono había quedado muerto. Cortó golpeando el auricular.

—¿Dónde está tu hermano?

—Volverá al almuerzo.

Margarita suspiró, se sentó en el brazo del sillón y amarró su bata.

—Cabro de mierda.



Rivadavia logró tragarse la lengua antes de terminar de recorrer con la

mirada el lugar. Parecía un domo que albergaba instalaciones militares que incluían cuatro hangares, dos barracas, una enfermería, polvorines, un casino, cinco bloques de cuatro pisos que le recordaban el edificio en el que vivió en la villa Grandón, cada uno con dieciséis departamentos y, lo más sorprendente, dos pistas de aterrizaje con sus torres de control y radares. Calculó unos sesenta metros entre la losa que le sostenía los pies y el techo del domo. Caminó por el recinto con libertad, viendo cómo los funcionarios desempeñaban sus tareas con normalidad, similar a lo que podía ver a diario en Cerro Moreno. Los militares vestían uniforme de campaña, todos chilenos, con sus mismos parches de guerra, con sus mismos colores y tipo de charreteras. Tenía veintiséis años de carrera, sin embargo, solo vio rostros con nombres que no conocía. No lo lamentó, no tenía tiempo. Avanzó por la calzada que unía dos hangares y en uno de ellos reconoció vehículos tácticos, camiones de apoyo y al Samantha, un camión perteneciente al sistema Mygale, compuesto por el radar móvil con aquel nombre. Rivadavia conocía el equipo, era parte de los sistemas de defensa antiaéreos del Grupo 21, donde él servía y brindaba apoyo táctico a las operaciones de los misileros, de los cuales también formó parte. Intentó acercarse para verlo de cerca, quizás se trataba de un vehículo nuevo y no el que acostumbraba a ver de manera periódica. Le llamó la atención que los militares en aquel sector parecían no notar su presencia, o al menos, no darle importancia. Entró al hangar y reconoció una serie de misiles de defensa antiaérea Mistral, y otros tantos que no conocía, y con solo darles un vistazo entendió que correspondían a vehículos de última generación. Posó la mano en el radar móvil y sintió el frío de su impecable carrocería, como si nunca hubiese tocado el polvo del desierto, muy diferente del aspecto tosco y maltrecho del que se alojaba en el último hangar de su unidad. Merodeó por el sitio y notó la presencia de mucho material bélico que jamás había visto, con una tecnología que ni siquiera imaginó podría estar activa en la Fuerza Aérea chilena. El sonido de una sirena lo sobresaltó. Durante algunos minutos pensó que lo habían sorprendido, pero uno de los militares presentes allí le indicó que debía salir del hangar, que la sirena advertía que iba a ingresar una nave y debían resguardar la zona del

polvo. Sin terminar de comprender las palabras se unió a su camarada y lo ayudó a cerrar el portón. Acto seguido lo imitó volteando hacia una pared de roca al final de la pista. Al sonido de la alarma se unió el resplandor de unas balizas que rebotaban en la convexidad de la infraestructura. El suboficial sintió la vibración subir desde la losa, traspasar la suela de su bota y apoderarse de sus tobillos hasta comprometer las piernas. Luego, ante sus ojos, como si de un portalón se tratase, la roca se partió en dos y comenzó a moverse. La luz del sol atravesó la apertura y lo obligó a cubrirse la vista con las manos como formando una visera. El sonido de engranajes y metal crujiendo llenó el recinto y, al mirar el cielo azul, Rivadavia comprendió que estaba adentro de una montaña. Cerro La Bandera, fue lo único que pudo decirse a sí mismo antes de quedar estupefacto al ver ingresar por la apertura un óvalo anaranjado que parecía flotar en el aire. Lo reconoció de inmediato. Revivió el miedo en su vientre, en sus entrañas revueltas, en su esfínter a punto de aflojar, y mantuvo los ojos fijos en las evoluciones del objeto en el aire. Parecía volar, pero el militar dedujo que en realidad daba saltos en el viento, como si desapareciera y reapareciera más adelante pocos segundos después. Rivadavia no entendía de física, pero supuso que así debía verse el quiebre espacio-temporal.

El cerro La Bandera era un mito urbano que circulaba más entre militares que entre civiles. Uno que otro conspiranoico prestaba oídos a la situación, y su leyenda pasó de ser masiva a una historia ridiculizada. ¿Qué posibilidades había de que una base de esa envergadura existiera en un país como Chile? Una fuerza aérea que apenas tenía los repuestos para mantener volando un puñado de aviones de última generación no contaba con recursos suficientes para esconder algo así de monumental, se dijo varias veces cuando algún camarada tocaba el tema entre piscolas. Rivadavia conocía secretos, muchos de la época más oscura de la institución, y el rumor de aquella base incluso antecedía a esta siniestra época. Nunca escuchó hablar directamente de ella; siempre era el amigo de un amigo, el conocido de un primo, el vecino del sobrino de un colega el que la había visto. Rostros sin nombres, se decía. Incluso escuchó las historias de los camioneros que hablaban de luces emergiendo desde las entrañas de la

cordillera de la Costa para elevarse al cielo y perderse en las estrellas, todas historias de gente con la percepción alterada, ya fuera por la cocaína —que juraban se metían para soportar las horas manejando— o, por las alucinaciones causadas por la privación del sueño. Y, sin embargo, ahí estaba ahora, observando el fulgor naranjo de un objeto ovalado que no emitía ruido cuando cortaba el aire, que se desplazaba demasiado lento para ser un avión y demasiado rápido para ser un helicóptero, uno que avanzó hasta el extremo de la pista y se detuvo en seco para vibrar estático mientras perdía el brillo y el color. El portalón de la base comenzó a cerrarse, tragándose los secretos, echándoles tierra encima, como solía hacer la institución. Las sirenas cesaron, las balizas se apagaron y los funcionarios volvieron a las tareas de rutina como si aquel objeto no hubiese aparecido frente a sus ojos. Nadie te va a creer lo que veas acá, recordó las palabras de Mendoza.

El suboficial aprovechó su aparente invisibilidad para acercarse hasta el objeto recién aterrizado, que ya no lucía luminoso, sino inerte, mustio en medio de la pista, rodeado por soldados armados que custodiaban las labores que en torno a él se realizaban. Un metro separaba el óvalo del suelo. Era un objeto metálico que Rivadavia asoció al color del aluminio, pero su superficie, a pesar de ser lisa, no reflejaba imágenes. Un vehículo de remolque fue autorizado a entrar al perímetro y con destreza el chofer maniobró para posicionarse junto a él y anclarlo con una estructura que le recordó un sostenedor de huevo. Al terminar la maniobra el hombre hizo una seña y se alejó. El ruido intenso lo obligó a taparse los oídos. Como una olla a presión bullando, el vapor escapó de una abertura que se convirtió en un rectángulo con una plataforma que por fin tocó tierra. Desde su interior, de un blanco incandescente, emergieron unas figuras ataviadas en trajes de vuelo, nada distinto a lo que vestían los pilotos de los cazas de guerra apostados en Cerro Moreno. Detrás de ellos descendieron cinco individuos más, ninguno con uniforme, ninguno con aspecto local. Acto seguido una cuadrilla de militares cruzó el perímetro y subió a la nave para empezar a descargarla. Bultos, equipaje, instrumentos y una gran caja de madera fue lo que alcanzó a ver el suboficial. La caja se sacudía con fuerza, como si algo estuviese

golpeándola desde su interior. Reconoció agujeros de ventilación y el símbolo de peligro biológico en uno de sus lados. Por fin el ajetreo se detuvo cuando una grúa horquilla la levantó para llevarla hasta un búnker al final de la pista. Hasta allá la siguieron la cuadrilla con el equipo descargado y los cinco civiles, que ignoraron al personal que les hacía el saludo militar. Rivadavia intentó acercarse, pero fue detenido por la culata de un fusil que le presionó el pecho. Sin mediar palabras, un par de soldados le impidieron el paso. Tras ellos, el suboficial reparó en que los guardias armados custodiaban la entrada del búnker y establecían un segundo perímetro a diez metros a la redonda, donde él estaba parado.

—Cabo, abra el paso —ordenó Rivadavia.

—Lo siento, mi suboficial, usted ya no puede estar acá —contestó uno de los guardias con la voz firme.

—No me obligue a echarle el grado encima —insistió el suboficial.

—Usted ya no puede estar acá.

Al ver la determinación de los soldados, Rivadavia retiró con una de sus manos el fusil que lo apuntaba e intentó avanzar, pero fue bloqueado con un poco más de firmeza.

—¿Qué esconden ahí?

—Retroceda, mi suboficial.

Ambos guardias pasaron bala en sus fusiles y se pusieron en posición alerta. Rivadavia se enfrascó en un desafío de miradas que intentó llevar hasta el final, aunque sospechó que lo iba a perder. Una mano se posó sobre su hombro descomprimiendo el ambiente.

—¿Te gustó el recorrido? —Mendoza habló con dulzura.

—No he podido terminarlo.

—Se acabó, Rivadavia. Hay cosas que ni siquiera yo puedo ver —insistió el grandulón—. Vamos, casi es la hora de almuerzo. Permíteme mostrarte el casino y la que será tu barraca.

—¿No me mandarás de regreso a Cerro Moreno? —se atrevió a preguntar con la voz temblorosa.

—Ya no puedes.

✦ ✦ ✦

Cuando Isaac llegó hasta la plaza sintió el primer retorcijón en el estómago. Fue largo, doloroso y le obligó a detenerse. Permaneció unos segundos ahí, sin entender bien qué le estaba pasando a su cuerpo. Pensó que quizás era una sobrerreacción, que para variar estaba comiendo caldo de cabeza y que en realidad las palabras del papá de los San Martín no habían sido más que un saludo malinterpretado. Era cierto, estaba poco acostumbrado a las largas ausencias del patriarca en la casa. La última vez que había tenido que cumplir servicio él era un niño de no más de diez años, pero todavía tenía bien marcadas en la memoria las historias de terror que le contaba su viejo al hablar de lo inhóspito del desierto por las noches. La gente desaparecía en el desierto, por más que quisiera creer que no era así. Quizás no tanto como antes, pero seguía ocurriendo. Isaac había empezado a descubrir que su padre no era un superhéroe y todavía le dolía verlo tan humano. Levantó la vista y observó frente a él las dos rutas posibles; la primera desviando hacia el norte, lo que lo obligaba a sortear un par de edificios para llegar a la casa de sus amigos y al fin salir de dudas; la otra, por el contrario, dilataba aquella respuesta, pero era más directa y a su vientre le hacía sentir mejor. Al fondo de un camino remarcado por el uso estaba el pabellón treinta y cuatro. Solo debía acercarse, rodearlo y golpear en la puerta de la casa cinco. Así lo hizo, y una sonrisa lo recibió tras la puerta.

—¿Está Victoria? —preguntó Isaac intentando, sin éxito, disimular un gallito.

—¿Y eso es todo? ¿Ni siquiera un hola?

Algo había en la mirada de Patricia que lograba poner nervioso a Isaac. Era la hermana mayor de Victoria, quien a pesar de no compartir la generosa belleza de esta, sí había logrado desarrollar unos ojos felinos que con ayuda del maquillaje regalaban miradas asesinas. Isaac estaba consciente de que había despertado a la pubertad cuando la vio por primera vez; se lo recordaba cada vez que ella lo saludaba en el bus de estudiantes.

Saludó con timidez, desviando la mirada, jugando con sus pies, y la joven estalló en risas. Siempre le había parecido que Isaac era un buen muchacho, y desde que lo conocía gozaba bromeando con su nobleza. Patricia jugó con su cabello y apoyó la cabeza contra la puerta. Se

mordió los labios.

—Eres tan idiota... Me gusta —concluyó Patricia al ver los cachetes colorados del adolescente. Se movió hacia un lado y abrió la puerta en toda su extensión para luego voltear—. ¡Victoria!, te busca tu amigo, este, el delincuente juvenil —gritó escalera arriba.

La guata de Isaac volvió a apretarse y pensó que debía haber ido directo hasta donde los San Martín para ahorrarse el bochorno. Cambió de idea al ver a Victoria bajando la escalera, con el rostro sorprendido y el paso ligero. Patricia se retiró riendo a carcajadas.

Victoria salió de casa y cerró la puerta tras ella para fundirse en un abrazo con su amigo, quien no fue capaz de reaccionar al gesto. Entendía poco lo que pasaba y, por sobre todo, apenas empezaba a descubrir que siempre había añorado el contacto físico con ella.

—¿Tienes noticias de tu papá? —dijo la muchacha bajándolo de las nubes.

—Primero el papá del Zana, ahora tú. ¿Por qué siento que me estoy perdiendo un capítulo?

La muchacha deshizo el abrazo y retrocedió dos pasos. Evitó volver a tocarlo.

—¿Estás bien? —insistió ella.

—¿Debería no estarlo? O sea, dormí como el hoyo, tengo el pecho apretado y siento que la gente me esconde cosas.

Victoria miró al suelo, tomó a Isaac de la mano y se lo llevó lo más lejos que pudo de su casa.

—Mi papá le contó a mi mamá que perdieron comunicación con el radar en Cerro Batea —dijo mientras seguía arrastrando a Isaac—. Cuando fueron a ver qué ocurría no encontraron a nadie. —Al fin se detuvo y volvió a abrazar a su amigo—. Me enteré recién esta mañana. —Se mantuvo aferrada a él.

—Necesito que me sueltes —pidió Isaac con voz firme.

—No puedo.

—Por favor.

—¿Y si también te desvaneces?

—Tengo que ir a buscarlo, Victoria.

El joven se liberó del abrazo de su amiga y dio un paso atrás. Ella temía abrir los ojos. Él tampoco quiso voltear.

—¿Sabes por dónde comenzar?

—Por Cerro Batea.

—Pero mi papá...

—¿Y si no buscaron bien? ¿Y si salieron a hacer una ronda para tratar de arreglar el radar? —dijo Isaac con más desesperación que lógica. Tenía los ojos llenos de lágrimas—. No tengo idea, la verdad, pero el San Martín viejo puede que sí. Ayer él ya sabía algo.

Tomó coraje para emprender la parte del camino que le faltaba. Dudaba de si iba a encontrar al padre de sus amigos en casa, pero ya no quería esperarlo. La mano de Victoria se aferró a la de él, aunque esta vez no le detuvo el andar; al contrario, caminó a su lado.

—¿Qué haces?

—Me demoré mucho tiempo en acercarme de verdad a ti, no volveré a tomar distancia.

—La gente no desaparece.

—No quiero averiguarlo.

Isaac enfrentó a su amiga. Quiso sacudirla y así sacarle la testarudez, pero no pudo con su mirada. Sonrió al sentir por primera vez en el día alivio en su pecho.

—No voy a desaparecer —dijo Isaac sonriendo.

—Voy a quedarme contigo, Isaac Rivadavia. No se hable más del asunto.

Ambos rieron. Él le sostuvo la mano y ella se la presionó con fuerza. Caminaron así, uno al lado del otro, hasta la casa de sus amigos.



Gema vio deambular a su madre de un lado a otro: iba a la cocina, a la pérgola, al living, de regreso al segundo piso, se encerraba en la pieza, salía vestida con ropa más colorida, bajaba de nuevo; luego repetía la secuencia cambiando las prendas con las que se intentaba inyectar un poco de vida. La hija mayor recordaba pocos momentos en los que hubiese visto así de nerviosa a su madre. Margarita era de aquellas mujeres capaces de volver su rostro una piedra si de esconder las urgencias se trataba, y en ese momento estaba fallando estrepitosamente. La muchacha desistió insistir en una explicación;

había entendido al tercer gruñido que esa vez no habría diálogo. Hizo lo mismo con la persecución; había preferido quedarse sentada en el apoyabrazos del *bergère* de su padre y contemplar el desfile. No se había deshecho del memo instruyendo la evacuación.

—Prepara los bolsos. No lleves muchas cosas, un par de mudas de ropa y los útiles de aseo. Nada que los vuelva muy pesados. —Margarita sacó el habla.

Se acercó a su hija hurgueteando el fondo de una cartera vieja, con el cuero roído y de un color que nada tenía que ver con sus prendas.

—¿A dónde vas? —se atrevió a preguntar Gema.

Margarita hizo ademán de ignorarla, pero sus manos temblorosas dejaron caer lo que fuera que hubiese estado buscando. Cerró los ojos, respiró profundo y soltó el aire en un resoplido que sonó más a tedio que a desahogo.

—Veintiséis años, hija, veintiséis. Tu padre varias veces se ha mandado a cambiar con sus amigos sin avisar, pero nunca, jamás, ha dejado de contestar el anexo al que lo he llamado. —Margarita insistió en su búsqueda una vez que sus dedos volvieron a coger fuerza—. Este viejo de mierda está en aprietos, o bien no quiere que me entere en qué anda. En cualquiera de los dos casos voy a ir a buscarlo y sacarle la cresta. Luego, ya le preguntaré si necesita ayuda.

—¿Vas a la ciudad? Pero ¿y la evacuación?

—Primero voy a la Guardia. Si no consigo información partiré a la enfermería, y si no lo encuentro ahí, le dejaré reservada de inmediato una cama, porque ahí mismito lo mando cuando lo pille. —Intentó reír para desestresar a su hija—. Si hay que evacuar y no he regresado, agarra a tu hermano y lo subes a los buses, yo los alcanzaré a la salida de la base.

La sonrisa que le siguió pareció más honesta, pero Gema consideró que no era suficiente. Tampoco quiso preocupar a su madre, aunque por la cabeza le pasó el permiso que le había dado a Isaac para salir. Rogaba que fuese puntual para el almuerzo.

Margarita inició la caminata rumbo a la Guardia. Debía atravesar media población de suboficiales y todo el caserío de los oficiales antes de estar recién a mitad de camino. La ruta se le hizo corta de tantas cosas que pensaba al acercarse: le parecía raro que castigasen a su

marido con una tarea tan básica en la milicia, la falla en los teléfonos y la evacuación tampoco le encajaban; llevaba suficiente tiempo en la familia militar como para no saber que los ejercicios de guerra se preparaban con meses de antelación y hacía rato que era de lo único que se conversaba entre los habitantes de la base. En la cabeza de Margarita, llevarlo a cabo de un día para otro, solo era sinónimo de problemas.

Cuando entró al edificio de la Guardia se percató de que no era bienvenida. Los militares ahí no la reconocieron, o decidieron hacerse los desentendidos. No la recibieron en el mesón, mucho menos la invitaron a sentarse; contestaron sus preguntas con premura y la despacharon apenas tuvieron la oportunidad. Margarita quedó con mal sabor de boca. Permaneció de pie a la entrada, observó el movimiento de los vehículos tácticos, la llegada de una comitiva que descendió de los nuevos Humvee de apoyo. La mujer de Rivadavia frunció el ceño cuando vio a los pasajeros de civil mezclándose entre los uniformados. No hablaban, eran hombres altos con cara de circunstancia, que escondían la mirada tras gafas de sol de estilo aviador, como las que le gustaban a su marido. La ignoraron al pasar junto a ella y se adentraron en la instalación. La duda la golpeó aún más cuando vio al oficial de guardia muy solícito al recibirlos, comunicarse con ellos en un inglés rústico y cuadrarse. Luego, los civiles apuntaron a la entrada, o al menos eso quiso creer ella, pues la otra alternativa era que la estuviesen señalando a ella. Después de encerrarse en una oficina, el oficial caminó con cara de pocos amigos.

—Señora, no puede estar acá —rugió el oficial de guardia, quien venía escoltado por dos soldados.

—Mírame —replicó Margarita.

—Señora...

—¡Mírame a la cara, mierda! —La postura firme de la mujer rompió con cualquier intento de intimidación de la policía militar—. Mírame y dime que no me reconoces, mocoso de mierda, que yo de ti me acuerdo desde que eras un chiporro.

El oficial de guardia se mordió la lengua y con un gesto bajó las revoluciones de su escolta. Dio dos pasos hacia ella y con las manos le pidió una tregua.

—Señora de Rivadavia, no me ponga en aprietos, solo cumplo con mi deber —dijo el oficial en voz baja y acercándose a su interlocutora —. Las cosas en la base están muy agitadas, usted debería volver a su casa y prepararse para ser evacuada.

—Dime dónde está mi marido y feliz regreso a casa.

—Si el suboficial se anda portando mal, no voy a ser yo quien lo delate, ¡que somos militares de honor! Vuelva a casa y deje sus líos familiares entre cuatro paredes.

—¡Qué honor ni que ocho cuartos! Bien callampa eres como militar si estando como oficial de guardia no te enteras de que mi marido estaba apostado en Cerro Batea. Las comunicaciones con ese lugar no andan bien y yo necesito hablar con él ahora.

El oficial se llevó las manos a la cara. Acto seguido, con un gesto puso a sus escoltas frente a la mujer.

—Los civiles no pueden acceder de nuevo a instalaciones militares. Retiren a la señora.

—Mira, mocoso...

—Usted vuelva a casa y deje sus líos de pantalón fuera de la milicia.

Antes de ser empujada, Margarita decidió tragar su orgullo herido y alejarse del edificio. La enfermería de la base estaba cruzando la calle, y para efectos prácticos no era considerada una instalación militar. La mujer pensó que nadie podría correrla de ahí. Además, era un punto que ofrecía sombra y, sin quitarle los ojos de encima a la Guardia, podría pensar. Más atractivo se puso aquel sitio cuando, a poco de iniciar su camino hacia allá, reconoció a Armijo saliendo.



Alejandro rebobinaba un casete con su lapicera Bic cuando abrió la puerta. La cerró de inmediato. Pero volvió a abrirla acompañado de su hermano, y entre los dos escoltaron a Isaac y Victoria a la parte de atrás de la casa, donde las miradas de sus familiares no pudiesen alcanzarlos.

—¿Qué haces acá, Huiro? —preguntó el Zana, mientras metía el casete en su bolsillo derecho.

Isaac no recordaba haber visto a su amigo preocupado, ni siquiera el

año anterior estando a punto de repetir por hacer la cimarra día por medio durante el segundo semestre. Todo era fiesta para Alejandro, todo excepto aquella visita.

—Quería conversar con tu papá.

—¿Con mi papá? ¿Te pegaste en la cabeza?

—Está en el GAM, hoy ni siquiera vendrá a almorzar.

Isaac no dudaba de la versión de sus amigos, pero su inquietud era mayor. Presionó por verlo y luego les pidió que al menos lo dejaran pasar y hablar con su madre, porque intuyó que quizás todas las esposas de los militares eran iguales y que, tal como Margarita, estaría al tanto de todas las novedades concernientes a su marido. Si tenía un poco de suerte, tal vez a ella sí le contaban los secretos de Cerro Moreno. No hubo caso, ambos hermanos estaban decididos a impedir que el muchacho interrogara a su madre, tanto así que prometieron acompañar a su amigo hasta el trabajo del padre para que despejara de una vez sus dudas. No lo hicieron de mala onda, Isaac desconocía que ellos ya habían indagado acerca de las palabras de su padre, quien a regañadientes les había deslizado la posibilidad de que algo grave hubiera pasado. Hasta ahí les había llegado la valentía a los metaleros. Ambos decidieron dejar de escarbar. Mario siempre decía que si uno le temía a la respuesta, mejor era que no hiciera la pregunta, y el Zana estuvo de acuerdo con él por primera vez en su vida.

Los cuatro jóvenes caminaron directo hacia el sur. Evitaron adentrarse en la población, pero antes de acercarse a la pérgola de Base Aérea notaron que su esfuerzo sería en vano. La línea del tren que cortaba el recinto casi como el trópico de Capricornio había sido siempre el límite entre lo militar y lo civil, un límite difuso que solía perderse en la cotidianeidad del lugar y en lo familiar de quienes iban y venían a sus casas o a sus trabajos. Pero en aquella ocasión encontraron una barrera dura, un alambrado de púas que avanzaba de oeste a este, uno que ya había establecido un corte en la ruta y que en ese momento estaba separando en dos la cancha de tierra en la que solían jugar fútbol; era cosa de horas para que la base fuese dividida por un muro más humilde que el de Berlín, pero igual de efectivo. Aquella barrera no era el único escollo que los separaba de sus padres. Controlando a los vehículos militares que salían con dirección a la

pampa, había un puesto custodiado por cuatro guardias armados. Ningún vehículo cruzaba desde el pueblo hacia la base; eran enviados de regreso o, en el mejor de los casos, desviados rumbo al este, hacia el Economato, donde los amigos intuyeron que todavía no instalaban un cerco. Ellos, que iban a pie, ni siquiera tuvieron la oportunidad de acercarse, pues el Carrancho los interceptó y los mandó de regreso al pueblo.

—Cagamos, Huiro, tendremos que quedarnos en casa —dijo el Zana.

—No entiendo qué mierda está pasando —replicó Isaac con los puños apretados y la quijada dura.

—Debe ser parte del ejercicio que van a hacer —agregó Mario.

Victoria bajó la vista y buscó acercarse a su amigo.

—¿Cuál ejercicio?

—El que harán hoy, va a ser grande. ¿Te acuerdas de los aviones que llegaron? Hasta van a evacuar la base —insistió el Zana lleno de entusiasmo—. Con el Mario estábamos armando el bolso. Capaz que nos manden a dormir a Mejillones.

Isaac buscó la mirada de Victoria, la persiguió a pesar de que ella intentó esconderla detrás de su cabello oscuro.

—¿Sabías de esto?

Ella asintió.

—Ustedes vuelvan a casa.

No esperó la respuesta de sus amigos, dio media vuelta, metió las manos en los bolsillos y apuró el paso rumbo al este, junto a la calzada que llevaba hasta el supermercado.

—¡Huiro! ¿Qué cresta? —gritó el Zana.

Victoria corrió a alcanzarlo y lo siguió en silencio. Mario miró a su hermano menor y con las manos en los bolsillos se acercó a la pareja que ya les había sacado metros de ventaja.

—Y ahora me dejan hablando solo, Huiro.

Se unió en la persecución con más entusiasmo, aunque no dejó de aletear para recibir atención.

—Deberías volver a casa y prepararte, tu familia se va a preocupar —dijo Isaac mirando de reojo a Victoria, quien no dudaba en seguirle el paso—. Todos ustedes deberían hacerlo.

—Ya te dije que no te abandonaré —sentenció ella.

Isaac le regaló una sonrisa, parte de él sintió abrigo en esas palabras. Ella le devolvió el gesto, sus mejillas se ruborizaron y el corazón se le quiso salir del pecho.

—No abandonamos a Los Cinco, Huiro —dijo Mario—. Nunca.

El Zana levantó los pulgares para expresar acuerdo con su hermano. Solo entonces Isaac decidió detenerse y pensar en serio.

—Si vamos a hacer esto, lo haremos bien. Rodearemos el colegio y nos escabulliremos por detrás de las canchas de entrenamiento de Base Aérea, hay unas trincheras que nos mantendrán fuera de la vista de los soldados que están levantando la barrera. Vamos, encontramos a su padre, preguntamos y regresamos para que todos podamos evacuar. —Todos asintieron—. Ninguna familia quedará preocupada hoy.

Rompieron el círculo improvisado en medio del camino y el Zana se quedó con el brazo extendido esperando la unión de sus amigos. Ninguno se dio cuenta de que el San Martín chico quería dar un grito de aliento, ni siquiera cuando al trote les dio alcance para empezar a evadir la vigilancia.



Armijo se calzó el quepis antes de abandonar el pórtico de la enfermería. Se sentía mareado, pero asumió que debía ser la resaca del cóctel de fármacos con el que lo habían estabilizado cuando llegó a la base la noche anterior, afectado por un ataque de pánico que casi le arrebata la cordura. Vio a Margarita acercarse a él como una locomotora y le temblaron las piernas. Avanzó con torpeza rumbo al oeste para adentrarse en la base militar, tropezó con un arbusto, y al retomar el paso fue interceptado por la esposa de su suboficial. No pudo esquivar la mirada. El remordimiento comenzó a devorarlo.

—Armijo, ¿está ahí adentro? —preguntó Margarita mientras intentaba recuperar el aliento.

El cabo titubeó. Por sobre el hombro de la mujer se asomaba el edificio de la Guardia atestado de soldados, de vehículos, de armamento y de científicos de la NASA entrando y saliendo. A la esposa de su superior no le importaba nada de eso.

—Usted no debería estar acá.

—Ya me estoy cansando de que la gente me diga, dónde debería estar y dónde no, lo que debería hacer y lo que no, lo que puedo preguntar y lo que no —dijo la mujer hiperventilando—. Son veintiséis años, Armijo, veintiséis de esta mierda, de este secretismo de huevones peludos y hediondos que piensan que porque tienen grados en el hombro uno debe mirar hacia otro lado. Solo quiero saber dónde está, si está bien, si va a volver a casa. —Suspiró—. ¡Cómo odio cuando no llega a casa!

Armijo volvió a acomodar su quepis y bajó la visera para esconder el rostro. No se escabulló.

—Me refiero a ahora, acá. La están mirando, no solo de la Guardia. Nos están mirando. Ahora no es seguro.

Margarita intentó voltear hacia la Guardia para encontrar los ojos intrusos, pero Armijo lo evitó tomándola de los brazos.

—¿Qué hora es?

—¿Vas a cambiar de tema, así de torpe?

—Debería estar por entrar el bus 15. Yo seguiré mi camino rumbo a la población, usted vaya hasta la entrada de la base y suba al bus apenas pueda, la alcanzaré ahí. Se me ocurre que a bordo podremos conversar con tranquilidad.

Margarita dudó. Quería dejar al cabo ahí tirado, entrar corriendo a la enfermería y armar un escándalo hasta que le entregaran a su marido. Después de todo, estaba cumpliendo servicio junto a Armijo y este parecía en perfectas condiciones parado frente a ella.

—No está ahí adentro, señora Margarita. Suba al bus para que conversemos unos minutos a solas. Ahora nos estarán observando a ambos.

Era cierto, Armijo había estado cumpliendo servicio junto a su marido, lo había hecho por los últimos diez años, y era uno de los más leales a Rivadavia, a quien le debía el ingreso a la Fuerza Aérea, como tantos otros que formó en sus años de instrucción aeromilitar.

Lo dejó ir. Apretó los puños y emprendió la caminata hacia la entrada de la Quinta Brigada Aérea. El bus 15 ya estaba siendo controlado en la garita.

Armijo subió al bus, que estaba casi vacío. No le costó divisar a Margarita en el último asiento. Pagó su pasaje y caminó hacia el

fondo. Se sentó en uno de los asientos delante de ella y mantuvo la vista al frente.

—El suboficial Rivadavia no estaba conmigo en la enfermería.

—Eso ya me lo dijiste, ahora dime algo que no sepa.

Pensó por unos segundos mientras el bus avanzaba junto a la cancha de tenis frente a la población de oficiales.

—No tengo claridad de los hechos. Es como si me hubiesen robado los recuerdos. Conservo fotos mentales, pero me duele la cabeza cuando intento conectarlas.

Alguna vez Margarita había escuchado a su hijo Isaac hablar del control mental que ejercían agencias oscuras. Tonterías infantiles, opinaba ella, más por miedo a la realidad que por escepticismo. Conocía las formas de las fuerzas armadas.

Armijo había terminado de beber su vaso de vino cuando miró el monitor del radar y notó actividad extraña. Una presencia que sobrevolaba los alrededores de la base, una demasiado errática como para ser considerada un avión, pero lo bastante sólida como para evitar que Rivadavia se sirviese un segundo vaso. Mientras el suboficial devolvía a su escondite la botella, Armijo intentaba establecer comunicación con la Guardia. Desesperó al tercer intento, cuando descubrió que las radios estaban muertas. Quiso llamar desde el anexo hacia la DGAC,* pero apenas puso el auricular en su oreja se dio cuenta de que estaban aislados. Rivadavia le echó un ojo al radar; era cierto que llevaba dos décadas sin operar uno, pero era lo suficientemente capaz como para entender que había un objeto sólido afuera, deambulando y acercándose a la base, o en el peor de los casos, a sus posiciones. Decidieron salir a mirar por su cuenta, ignoraron incluso la instrucción de armarse, y cuando pusieron un pie en tierra quedaron congelados bajo la luz anaranjada de un objeto volador no identificado. Armijo se obligó a salir de la estupefacción al escuchar la orden de su superior. Echó a correr por el camino de tierra, se deslizó por la pendiente del cerro, tropezó y rodó cerro abajo por lo menos diez metros antes de volver a ponerse de pie y seguir al trote, anestesiado por la adrenalina. Tardó media hora en llegar hasta la carretera, saltó la alambrada perimetral, cruzó la calle, y se desplomó en la garita rogando por ayuda. Al día siguiente despertó en

la enfermería.

Eso era todo lo que guardaba en su cabeza, y ni siquiera estaba seguro de si había alucinado en alguna parte debido a los golpes.

—Un vaso de vino —refunfuñó Margarita—. Típico.

Armijo no dijo nada. Se preguntó si eso era todo lo que había retenido la esposa de su suboficial.

—Eso no contesta a la pregunta de por qué no aparece mi marido. Tú estabas con él.

—Marabolí también. Ninguno de los dos llegó a la enfermería.

—Ese cabeza de papa.

—Se acercaron personas a hablar conmigo, o a intentar hablar conmigo, porque no hablaban español. Estaban muy interesados en lo que vimos. Les conté todo como pude y hasta les hice un dibujo. Ninguno de ellos mencionó a mi suboficial o a Marabolí. Yo creo que no saben, o lo que es peor, no quieren decirlo.

—Milicos, les gusta andar con secretos y pactos de silencio.

Armijo miró por la ventana. Ya estaban doblando en dirección a la Escuela E-88.

—No eran militares, señora Margarita. Eran gringos, gringos de la NASA. Perdieron algo en los alrededores de Antofagasta. —Se le escapó una sonrisa—. Pensar que lo perdieron me resulta mejor que creer que lo dejaron escapar.

Margarita no le siguió la idea. Se le apretó el vientre al reflexionar sobre ese «algo». Le parecía mejor que un alguien, pero no pudo evitar un escalofrío.

—¿Consideras que es algo grave?

—Van a evacuar la base… ¿Usted no pensaría que es grave?

Margarita se puso de pie para solicitar la parada del bus. Estaba cerca de su casa y había quedado en ayudar a su hija para el almuerzo. Armijo la tomó del brazo y la volvió a sentar.

—Si baja del bus no tendrá otra oportunidad. Lo que busca no está en la base, siga de largo hasta Antofagasta —dijo el cabo antes de ponerse de pie y prepararse a bajar—. Vaya al Hospital Militar, quizás allá puedan saber algo de Marabolí o de mi suboficial.

No esperó la respuesta, avanzó por el pasillo y le habló al chofer. El bus se detuvo. Armijo bajó y caminó en dirección a su casa sin mirar

atrás. No alcanzó a llegar, a cinco metros de su puerta lo interceptó el Carrancho y dos hombres armados lo subieron al asiento de atrás de la camioneta cuyo rastro se perdió rumbo al cabezal norte de la pista de aterrizajes.

Margarita permaneció escondida en el asiento del fondo. Al llegar a garita, el bus 15 fue revisado por completo: observación visual de toda su carrocería, detección de bombas bajo el chasis, control de identidad a bordo. La mujer reconoció al soldado que pedía las identificaciones de los pasajeros, era Pertierra, uno de tantos hombres formados por su marido. Recordó que alguna vez le habló de él; pocos recursos intelectuales, bueno con las armas, un perro en entrenamiento y el sujeto más leal que conoció, al único que nunca pudieron quebrar en la simulación del campo de prisioneros. Rivadavia había dicho que Pertierra era un sujeto al que mantendría a su lado en una guerra. El hombre era espigado, de tez morena y pelo regular corto, oscuro. Después de pedir la última identificación miró por sobre su hombro, vio a Margarita mal escondida, la reconoció; se le veían los pies y al otro extremo del asiento le asomaba la cabellera ondulada. Ella evitó cruzar miradas con él. El soldado seguía inmóvil en medio del pasillo del bus. Luego lo vio asentir, dar media vuelta e ignorarla por completo. Al bajar del bus, Pertierra se cuadró mientras uno de sus camaradas levantaba la barrera que autorizaba la salida.

Margarita volvió a respirar cuando la máquina estaba en la carretera, rumbo a Antofagasta.



Rivadavia apenas tocó su comida; le dio un par de cucharadas a la sopa y después jugó a contar las arvejas en su guiso. La sopa estaba grumosa, se sentía un poco áspera en la garganta, pero tenía buen sabor. No era que el suboficial despreciara la comida del casino, solo que no lograba tener apetito.

—¿Todavía estás cansado, Rivadavia? —Mendoza sacó el habla después de evaluar el comportamiento de su expupilo.

—Preocupado, diría —corrigió Rivadavia mirándolo a los ojos.

—Ya te dije que tus hombres están bien. Los dos deben estar terminando de sus testimonios. —El coronel se limpió la boca con una servilleta sucia.

Rivadavia arqueó las cejas, volvió a jugar metiendo la cuchara en la sopa y dejándola caer de regreso al tiesto. Sonrió.

—¿Después de eso podremos regresar a Cerro Moreno?

Mendoza echó para atrás su cuerpo hasta topar con el respaldo de la silla. Alejó la bandeja con las manos y lanzó sobre las sobras de su comida la servilleta.

—Hay una situación en Cerro Moreno, Rivadavia, no vas a regresar ahí. Ya te dije.

El suboficial borró la sonrisa de su rostro y repitió los ademanes de su coronel.

—Una situación...

—Así es, Rivadavia, una situación. —Apoyó los codos sobre la mesa y descansó su cuerpo ahí—. Resulta que tenemos buenos amigos, y a estos se les perdió algo. Nosotros les estamos ayudando a encontrarlo antes de que otros menos amistosos lo hagan. La base está cerrada, luego de la evacuación nadie entra y nadie sale hasta que aparezca lo que tiene que aparecer. Tú y tus hombres se quedarán acá hasta que eso pase.

El suboficial desvió la mirada hacia los estadounidenses que comían al fondo del casino. Estaban con escolta y parecían alterados. Tenían un monitor portátil que vigilaban cada cierto tiempo interrumpiendo sus discusiones. Rivadavia no hablaba inglés; siempre lo había pronunciado mal y agregaba una ese al final de cada palabra, lo que provocaba las burlas de su hijo; pero era bueno leyendo caras y, por sobre todo, reconociendo parches. La NASA estaba involucrada en lo que fuera que estuviera pasando en Cerro Moreno. El militar no conocía mucho de la NASA, salvo que siempre eran malos en las historias de conspiraciones o héroes en las películas de los gringos. A él no le desagradaban, le parecía que eran gente que tenía sus secretos y el suboficial navegaba bien entre estos.

—¿Vamos? —interrumpió Mendoza.

—Sí, no tengo hambre.

Ambos se pusieron de pie y llevaron sus bandejas al final del casino.

Al pasar junto a los de la NASA Rivadavia miró de reojo y reconoció en el monitor el búnker al que no le habían permitido acercarse. Depositaron sus bandejas en los anaqueles de la copería y salieron del casino. El suboficial no se acostumbraba a la vista en el exterior de los edificios, anhelaba el sol nortino y el domo de roca lo desorientaba. No podía evitar mirarlo.

—Te vas a acostumbrar. —Mendoza intentó sonar amable—. Acompáñame a mi oficina, te invito un café.

—Prefiero seguir mirando este lugar. —Rivadavia se acomodó el quepis—. Me cuesta creer que podamos mantener algo así oculto.

—Nadie podría creer que tenemos esto. Vamos, mi secretaria prepara buen café, no te vas a arrepentir. Capaz que hasta te consiga información útil sobre tu gente.

Le hizo un gesto mostrando el camino. Rivadavia no avanzó.

—¿Tienen civiles trabajando acá?

—Y muy bien pagados. Te sorprendería lo que la gente está dispuesta a callar por la suma de dinero correcta.

Rivadavia asintió luego de regalar una sonrisa a su superior.

—Pasaré a tu oficina en media hora. Quiero mirar esos misiles nuevos que vi en el hangar. Ya sabes, cosas de artilleros.

—Te vas a perder, no sabes dónde está mi oficina.

—Preguntaré —dijo Rivadavia sin esconder su sonrisa—. El chileno es poco reservado, tenga o no grados.

El suboficial dio media vuelta y avanzó en dirección a los hangares.

—¿Quieres decirme algo, Rivadavia? —dijo a voz en cuello el coronel.

—Nunca mencioné que eran dos personas las que me acompañaban en la Guardia.

—Pero...

—Descuida, seguro también preguntaste.

Mendoza vio perderse en los hangares a su expupilo. Nada podía hacerlo reír. La quijada dura y los ojos de águila se mantuvieron hasta que llegó de regreso a su oficina, donde lo esperaba una taza de café humeante.

Rivadavia gastó sus primeros diez minutos en mezclarse con la gente. Se mostró simpático, lo suficiente como para inspirar confianza,

pero no tanto como para que lo recordaran. Habló de temas casuales, de sistemas antiguos, de anécdotas de guardia, hizo preguntas superficiales, hasta que se volvió invisible, indistinguible con el entorno. Se acercó al búnker, que seguía custodiado por la misma escolta, aunque ya no había dos anillos perimetrales. La actividad en la entrada era mínima, de rutina. Esperó hasta reconocer por completo el terreno. Identificó una entrada de servicio a la que nadie prestaba atención, era una puerta mal pintada a un costado del búnker, con una teclera para ingresar una contraseña. Si algo había aprendido en su vida era que la seguridad nunca fue buena, menos en los lugares en los que se daba por sentado que eran infranqueables. Se acercó hasta la entrada y notó que la puerta estaba cerrada. Miró el teclado y confirmó lo que había supuesto: cuatro botones se veían más gastados que los demás. Ni siquiera tuvo que intentarlo muchas veces; los números coincidían con la fecha de fundación de la Fuerza Aérea de Chile. Cerró con cuidado y enfrentó un pasillo en penumbras. Eran diez metros en línea recta, iluminados por unas ampolletas verdes que apenas emitían luz. Las paredes lucían húmedas, aunque al tacto solo podía sentirlas frías. Una gotera insistía en precipitarse, provocando un eco que llenaba el edificio. No logró distinguir desde dónde caía el agua, pero al levantar las manos, y después de dar un brinco, supo que en el techo había una serie de tuberías y cableado. Avanzó hasta el final del pasillo y vio que atravesándolo se extendía otro con una iluminación aún más pobre. El piso comenzó a sentirse áspero, como si el edificio se adentrara en la roca de la montaña. Había tres puertas en el nuevo pasadizo, una frente a él, una a cuatro metros y otra al final del corredor, la única con una luz cálida emanando desde su interior. La puerta frente a él estaba trabada, la manilla se sentía húmeda y grasienta. Cuando puso la mano sobre ella escuchó detrás de sí un ruido seco, como si alguien arrastrase un saco. Volteó a ver y no encontró nada, solo las luces verdes titilando. Avanzó algunos pasos y se detuvo al notar que algo interrumpía la luz cálida que emanaba desde una ventana empotrada en la última puerta. No era un patrón, parecía algo variable que de vez en cuando se detenía. Hay alguien adentro, dedujo el suboficial. Avanzó lento hasta la siguiente puerta, evitando que el taco de sus botas resonase contra el suelo húmedo.

Llegó hasta un portalón de fierro macizo, enmarcado en remaches igual de sólidos, acercó la oreja y sintió cómo se le metieron por las fosas nasales el moho y el ácido aroma a almizcle, orina, podredumbre. Hizo una arcada, pero continuó hasta posar la oreja contra la superficie. Estaba en silencio. Se mantuvo así hasta que escuchó pisadas del otro lado. Intuyó que provenían de un cuerpo grande que se adivinaba pesado, incluso torpe. Quiso presionar la cabeza contra el fierro, como si eso le permitiera escuchar mejor, pero el chirrido de unas uñas contra el metal lo hizo retroceder. Golpeó su espalda contra la pared del corredor y el sonido se esparció como quien aprieta una bolsa de aire. Se mantuvo inmóvil hasta que el eco se desvaneció. Controló su respiración observando que en la puerta del fondo el movimiento no se había alterado. Pensó en volver, pero ya estaba demasiado cerca de la tercera puerta. Dio los últimos pasos hasta quedar junto al recuadro de vidrio. Al asomarse vio de espaldas a un médico en bata de pabellón, examinando los tejidos abiertos de un individuo que descansaba conectado a máquinas, tubos y fluidos. Era Marabolí.

Mendoza miraba un monitor empotrado tras un mueble con libros. No era muy grande, pero la imagen se veía nítida. Provenía de una cámara de seguridad de visión nocturna. Rivadavia seguía asomado al pabellón, dudando si hacer algo o desandar el camino recorrido.

—Tenías que mirar.

El coronel tomó el auricular de un teléfono rojo, discó un anexo e hizo una llamada.

Chupacabras

Ganaderos de la localidad de Toconce han sido víctimas de ataques a sus animales y manifiestan estar preocupados por la inusual manera en la que el depredador está matando a sus presas.

Alarma ha causado en el Norte Grande una enigmática criatura que ataca como el mítico Chupacabras y que ya ha matado a más de cincuenta animales. Crías de llamos y alpacas se cuentan entre las numerosas presas, todas ellas atacadas por un animal que no presenta las características de los depredadores de la zona. Los comuneros ya han comenzado a especular que pueden estar en presencia del Chupacabras o, en el peor de los casos, de un Condendado, entidad mitológica tipo zombi que se alimenta de la sangre del ganado.

Los ganaderos del poblado ubicado a noventa y un kilómetros de Calama, y cercanos al volcán y río homónimos, denuncian que desde hace tres días a la fecha han perdido medio centenar de animales, y que en general, han sido atacados de noche por un animal que no corresponde a los depredadores más típicos de la zona y del que tampoco pueden encontrar huellas. Por lo anterior, los comuneros exigen que el Servicio Agrícola Ganadero investigue la situación que ya suma millonarias pérdidas en la que es su principal fuente de ingreso.

Antes de cerrar el reporte, menciono otro antecedente que se ha estado comentando mucho entre los vecinos del sector, y que se refiere al nulo registro de huellas dentro de los corrales distintas de las del ganado, ni siquiera de huellas humanas, que pudieran proporcionar alguna evidencia.

Eso es todo por ahora. Desde Toconce, adelante estudio.



Gema dejó a un lado el cuchillo y asomó la cabeza por sobre el mesón de la cocina. Apenas podía ver el televisor, a pesar de que estaba empotrado en una esquina, ubicación estratégica escogida por su padre para poder ver la televisión desde el living y el comedor evitando el reflejo del ventanal de la casa. La joven odiaba la repisa de madera que su madre había mandado a construir de piso a techo como una falsa separación de ambientes. No soltó el apio que estaba picando; salió de la cocina con este aún entre los dedos y se mantuvo en silencio observando el aparato. Era extraño ver noticias de su

región. Sospechoso le pareció que ya llevasen tres notas seguidas hablando de sucesos extraños ocurridos en Calama y Tocopilla. Quedó en silencio cuando vio las últimas imágenes.

Cambió de canal pensando que quizás se tratase de algún hecho aislado, pero en todos los canales de TV abierta se sucedían imágenes mostrando el ganado muerto, cabras en algunos casos, guanacos y alpacas en los más extremos, todos depredados de la misma forma: incisiones en el cuello o vientre y la sangre drenada por completo, como si de un pellejo relleno de vísceras limpias se tratase.

Entonces alcanzó a escuchar parte de una entrevista que daba un supuesto especialista en temas paranormales y criptozoológicos:

La leyenda del Chupacabras se inició en la década de los noventa, después de que fuera encontrado un número importante de ovejas muertas en una localidad rural de Puerto Rico, las que presentaban una serie de orificios por los que presuntamente se había extraído toda su sangre. En ese entonces, los medios de comunicación divulgaron historias recogidas desde las comunidades aledañas que hablaban acerca de matanzas de diversos animales, tales como caballos, cerdos, cabras y ovejas, provocadas por un depredador para entonces desconocido. Con el paso de los días se le denominó Chupacabras, que es el nombre más popular que tiene en América latina.

Fue cosa de tiempo para que la leyenda del misterioso monstruo chupasangre se propagara por México, el sudoeste de Estados Unidos e incluso China. Desde entonces, se han reportado supuestos casos en lugares tan lejanos como la isla de Maine, en Estados Unidos, e incluso en Chile.

Las descripciones físicas varían según el folclore local, pero suele describirse del tamaño de un oso pequeño y con una hilera de espinas que abarcarían desde el cuello hasta la zona base de la cola. Porque sí, estos animales poseerían una cola. Aunque también se habla de que se trata de una criatura de un metro de largo, parecida a un reptil de piel escamosa color gris verdoso y espinas. También se ha dicho que el Chupacabras puede asemejarse a un perro salvaje.



Gema bajó el volumen de la televisión y miró la mesa puesta. Luego la hora. Isaac ya debía haber llegado a casa, pero con su hermano nunca se sabía. A su juicio era tan pajarón como rebelde, un caso perdido. Siguió viendo la televisión sin escucharla y pensó en que era cierto, que hacía tiempo no escuchaba a los perros ladrar por la noche. No solía prestarles mucha atención, se habían vuelto un ruido de fondo

similar al zumbido de la planta eléctrica que todos sabían que estaba ahí, pero que sus cerebros habituados habían decidido ignorar. Quizás eso mismo había pasado con los perros que vigilaban a los animales, quizás habían huido, quizás estaban mal alimentados y pactaron silencio con él o los atacantes a manera de venganza contra sus dueños abusivos. Entendió que reflexionaba demasiado, que los perros eran perros y que lo mejor que sabían hacer era ladrar en la noche; ladrarles a extraños, aullar de miedo si se sentían amenazados. Quizás el atacante los conocía, una secta de adolescentes ociosos que habían comenzado a ofrecer sacrificios de sangre a Belcebú, adolescentes vestidos de negro como su hermano. Volvió a mirar la mesa, esta vez al puesto de su madre. ¿Qué sería de ella? ¿Iría a volver a tiempo? ¿Sería prudente que viera las noticias y se preocupara de vuelta luego de esclarecer el paradero de su papá?

Entró a la cocina, dejó el apio sobre la mesa y se lavó las manos. Al arroz le faltaban cinco minutos. Frunció los labios y, todavía destilando agua, se fue a sentar al living, desde donde le subió otra vez el volumen a la tele.

«La verdad está en las sagradas escrituras», dijo un abogado que además era experto «religioso». «Me ha costado más de diez años atreverme a revelarlo por temor a las reacciones, pero ahora que vemos desde hace dos días la intensa actividad de la criatura en el norte de nuestro país, me resulta imposible ignorar la vez en la que Dios en el desierto le pide a Moisés que le ofrezca un holocausto de becerros y corderos, uno en la mañana y otro en la tarde. Por más de cuarenta años lo hicieron. Como todos sabemos, Dios es un ser incorpóreo, etéreo, espiritual si ustedes gustan llamarlo, que debe ser ayudado materialmente por ángeles para obrar sus milagros, pero yo sostengo que también los extraterrestres pueden estar ayudando a Dios. Todos los científicos del mundo reconocen la existencia de los extraterrestres desde los años cincuenta, yo no estoy diciendo algo que no hayan dicho antes los científicos —agregó con convicción el abogado—. Los extraterrestres se alimentan con los nutrientes del cuerpo de estos animalitos y al final de la digestión dejan la sangre, lo que explicaría la sequedad en el pellejo de las bestias. Se trata de seres que están acompañados de espíritus, de los ángeles. Dios trabaja con los ángeles, los ángeles trabajan con los extraterrestres y los extraterrestres dejan caer al Chupacabras para que haga la voluntad divina en el Norte Grande».



A la cresta el arroz, pensó Gema. Subió corriendo a su pieza a ponerse las zapatillas; al bajar dejó el delantal sobre el sillón y fue a la cocina a apagar el fuego. La iban a retar por perder dos tazas de arroz, aunque era lo último que le preocupaba. Había evitado hacerlo, pero ya no podía dejar de pensar que lo que había caído del cielo, el ejercicio en la base, la evacuación y lo que salía en las noticias no podían ser hechos desconectados.

Cerró detrás de sí la puerta de la casa y partió corriendo a buscar a Pamela.

Sin retorno

Si había algo que el Gárgola odiaba con todas sus fuerzas era a los uniformados. Los detestaba desde niño, a pesar de haber crecido rodeado de ellos. Su madre llevaba casi veintiocho años trabajando para la institución, una vida entera en la Comandancia cumpliendo funciones de secretaria del comandante en jefe de la Quinta Brigada Aérea, antes incluso de que el eterno joven tuviese recuerdos propios. Muchos habían pasado por aquel escritorio, pero ella, estoica, los había despedido a todos; para el resto, no obstante, ella era invisible. El trabajo de su madre significó la soledad para su hijo, al menos eso pensaba él, pero lo cierto es que el muchacho nunca tuvo muchas habilidades para integrarse con sus coetáneos. Le resultaba más fácil relacionarse con los más chicos, hasta que le salieron pelos en la cara y la patilla se le puso verde. Los más viejos lo olvidaron, los de su edad lo hicieron a un lado y los más chicos ya no veían con buenos ojos que un veinteañero siguiera inmiscuyéndose en sus asuntos. Aun así, el Gárgola estaba en la banca, echado hacia atrás, con las piernas abiertas y los brazos cruzados sobre el pecho, rodeado de militares que solo querían una excusa para subirlo al Carrancho y encerrarlo en la Guardia. Parecía amurrado. A su lado estaba Giovanni, quien había tenido la mala fortuna de ir a su encuentro con el objetivo de intercambiar algunas cartas *Magic*. No lucía de mejor ánimo; sentía culpa por haber salido de casa aquella mañana, pensaba que no había sido una buena idea juntarse con el Gárgola y que Jorge, para su mala suerte, rabia y frustración, una vez más había tenido razón en el vaticinio de su amistad con el veterano.

El sargento a cargo de la inspección miraba de reojo a los muchachos. Los conocía a ambos desde que apenas caminaban, había conversado con sus padres, al menos con el de Giovanni, y sentía apretado el pecho por tener que acatar las órdenes de inteligencia. El militar suspiró y dejó a un lado su radio, retiró su cinturón de seguridad, abrió la puerta y se bajó del Carrancho.

—¿Y voh no te cansai de andar de sapo, Silverio? —disparó el Gárgola sin asco.

Silverio Silva había hecho toda su carrera en Cerro Moreno, desde la época más oscura de la institución, y no tenía ganas de retirarse. Entró el año 86, cuando la dictadura arremetió contra sus opositores y a Silva le tocó infiltrarse en casas de remolienda y en peñas folclóricas de la ciudad. Le dedicó toda su vida a la inteligencia militar y una vez la democracia estuvo de regreso, cuando se les dio de a poco un respiro a los civiles, sus labores de espionaje se enfocaron en el personal activo al interior de su misma brigada. No era un sujeto respetado, tampoco uno respetable, pero a los muchachos de la banca los apreciaba como si fuesen sus propios hijos.

—González, solo hago mi trabajo.

—Molestarnos es un trabajo ahora, buena…

—No eres tan importante, González. Ándate a tu casa —dijo Silverio haciendo un ademán con su mano izquierda mientras acercaba la derecha al revólver que colgaba de su cinturón—. Muñoz, usted tiene que acompañarnos.

—Contigo ni a la esquina, sapo cu… —Giovanni fue interrumpido por la mano firme de Silverio que lo tomó del hombro y lo despegó de la banca como si de un trapo se tratase.

El militar pensó que era mejor que lo hiciera él que alguno de sus soldados. El solo contacto le revolvió el estómago, le recordó que ya no eran los tiempos del Opala negro, de los vidrios polarizados, de los lentes oscuros, de llevarse gente en plena calle. Se refugió en el falso consuelo de que, al menos, el muchacho volvería a su casa una vez dijera lo que ellos querían saber. No contaba con que el Gárgola de un salto se fuese contra él, recibiendo la golpiza de sus escoltas. Silva se apuró a meter en el Carrancho a Giovanni y se interpuso entre la pateadura y el mayor de los amigos, que yacía en el piso, en posición fetal, cubriéndose el rostro. Lo levantó y con los mismos bríos lo subió al vehículo junto a su objetivo.

—Ya te va a tocar dar explicaciones cuando lleguemos a la Guardia, hueón. Mi viejo te va a echar el grado encima —masculló Giovanni.

El color se le fue del rostro cuando el vehículo dobló hacia el norte y se encaminó hacia la pampa.

✦✦✦

—No lo he visto, ni siquiera se ha aparecido por mi casa —respondió el Chano ante el interrogatorio de Jorge—. Nadie quiere ir desde... tú sabes.

Jorge hizo una mueca. Su hermano Giovanni había salido temprano y su madre estaba apurada preparando la evacuación. Se le vino a la cabeza el Chano, los había visto juntos el día anterior y pensó que ahora estaba en mejor etapa su amistad. Descartar al desgarbado lo obligaba a ir hasta donde Isaac, cruzando el pueblo.

—Me quedó claro que en tu casa penan, yo tampoco volvería.

Jorge dio media vuelta y se hizo el ánimo para ir hasta la casa de su otro amigo. Al poco andar se percató de que el Chano venía arrastrando los pies detrás de él.

—¿No tienes que ayudar en la evacuación?

—Mi vieja ya se fue a Antofa. Mis hermanos también, yo solo tengo que agarrar mi mochila y subirme al bus. Ni para mí es muy complicado.

Muñoz no quiso entrar en detalles, de alguna forma sintió pena por lo botado que estaba su amigo. Tampoco le impidió seguirlo. Aligeró el paso para que el Chano, con sus pantalones a medio culo, se las amañara para alcanzarlo. Pensó en que agarrar a Giovanni y llevárselo de regreso a casa le permitiría invitar también a Toledo, para que no tuviera que evacuar solo.

—Un perro se metió a mi casa —dijo el Chano al ubicarse junto a Jorge.

Caminaban por la callecita que separaba las casas bajas y los pabellones esperando encontrar el pasadizo que llevaba hacia la plaza. Podrían haber cruzado en cualquier rincón, pero a Jorge le gustaba la vista que ofrecía el frontis del pabellón tres. Casi podía verse todo el pueblo desde ahí, quizás Giovanni andaría merodeando.

—¿Y cómo era?

—No lo vi. La verdad se le apareció a mi mamá. Saltó la reja del patio, hizo un hoyo al fondo y se llevó el recuerdo que me había traído de la pampa.

Jorge supuso que su amigo le estaba mintiendo otra vez. Lo vivido

en la casa de este le hizo dudar, pero los perros callejeros en Cerro Moreno no eran habituales, cada cierto tiempo había un operativo sanitario que se los llevaba y nadie volvía a verlos.

—¿Estás seguro de que era un perro?

—Mi mamá dice que sí, que era grande, como un rottweiler mutante que olía a diablos —respondió el Chano bajando la vista. No la volvió a subir—. Yo no creo que haya sido un perro, no después de lo que vimos.

—¿Lo que vimos?

—Sí, con el Huiro y el Giovanni. En la pampa encontramos trozos de un pelaje horrible y hediondo. Se parecía más a la melena de un león.

Jorge quiso reír, pero su amigo seguía serio.

—No hay leones en el norte, Chano.

—Tal vez era un orangután.

No pudo evitar la carcajada, su amigo sonrió. La risa se les borró cuando a lo lejos vieron al Carrancho junto a la multicancha y a los soldados rodeando la banca.

—Yo sé lo que vi, y sé que no era de perro. Estaba fresco, como si se le hubiese caído la piel, y aquel olor nunca lo había sentido. Nunca, hasta que encontré el chaleco ese que me llevé a la casa.

—No mencionaste un chaleco —respondió Jorge sin quitar la vista de la multicancha. Logró divisar a dos personas vestidas de negro, Giovanni y el Huiro, supuso. Recordó lo que le había tocado vivir días atrás junto al

Jara y al Gárgola. No quería lo mismo para su hermano menor, así que apuró el paso.

—Lo que me llevé de recuerdo a la casa, lo mismo que en la noche fue a buscar ese perro. El mal olor al fin desapareció cuando se lo llevó de regreso a la pampa.

Vio la escaramuza, la polvareda levantada después de la paliza que recibió uno de los jóvenes. Intentó aguzar la vista y lamentó no ser capaz. Se lamentó de nuevo al recordar que precisamente por ese problema visual habían rechazado dos veces su ingreso a la Escuela de Especialidades. Cuando vio que subieron a ambos muchachos al Carrancho echó a correr. Quedó congelado al darse cuenta de que uno

de ellos era su hermano. Acto seguido, vieron el vehículo perderse rumbo al noroeste.

—Se los llevaron.

—Van hacia la pampa.

—Hueón, se los llevaron.

—Sí, yo sé adónde van.



El Carrancho se detuvo a los pies del terraplén que escondía la explanada blanca de la pampa. Silverio descendió del vehículo, lo rodeó y ordenó a sus escoltas que bajaran a los retenidos. Giovanni cayó de bruces con el tirón. Se puso de pie a duras penas y se sacudió el polvillo de la ropa. El Gárgola lo hizo con un paso más firme, aunque le impidieron socorrer a su amigo. Giovanni escupió al piso antes de regalarles una mirada desafiante a sus captores.

—¿Qué andaban buscando acá? —le preguntó Silverio.

El Gárgola miró a su alrededor y no reconoció el paisaje. Se dio cuenta de inmediato de que no estaban cerca del pueblo. Vio el vehículo alejarse. Se encontraba desorientado.

—A tu esposa. La encontramos con las patas abiertas y un pepino metido en la zanja —contestó el mayor de los amigos.

No pudo decir más. Un culatazo en la boca del estómago le quitó el aire y el reflejo de respiración. Cayó de rodillas intentando sacar el habla, un chillido, un bostezo, lo que fuera que le llevara algo de aire a sus pulmones. Un hilo de saliva cayó desde su boca abierta hasta sus manos empolvadas.

—Tumbas, estaba lleno de tumbas —dijo Giovanni.

Silverio miró a su escolta, el de mayor rango, quien le devolvió la mirada con un gesto de reprobación.

—¿Tumbas? —prosiguió el interrogante.

—Eso creo. Eran montículos, en realidad, y tenían ropa adentro.

Silverio cateó el terreno plano buscando tumbas imaginarias.

—Te hemos visto venir hasta acá al menos dos veces y me dices que es solo para buscar tumbas. ¿Qué, se las llevó el viento?

—Oiga, el que anda de sapo es usted. Debería saber mejor que yo lo

que está buscando.

El sargento hizo un gesto a su escolta, quien se paró detrás del Gárgola, pasó bala y apuntó su arma a la nuca del muchacho. Este hiperventiló, dejó escapar un sollozo y se le llenaron los ojos de lágrimas. No pudo esconder el puchero. Giovanni, por su parte, sintió retorcerse su intestino.

—Vinimos una vez y vimos tumbas, lo hicimos de nuevo y ya no estaban. Eso es todo.

—Mi soldado tiene el dedo en el gatillo, pero el que puede evitar el disparo o provocarlo eres tú, Giovanni.

—Le juro que...

—¿Qué estaban escondiendo Rivadavia y tú?

—Nada.

—Soldado. —Silva asintió.

El Gárgola vio pasar su vida frente a sus ojos; se dio cuenta de que era corta, vacía, irrelevante.

—¡Está bien, está bien! Vimos un animal, pero no fue acá.

«Clic», sonó el percutor sobre la recámara de la munición. Estaba vacía. Silva y sus escoltas estallaron en risas, el Gárgola se echó a llorar y Giovanni sintió como se le doblaron las rodillas. El escolta sacó de su morral un cartucho de balas y lo calzó en su fusil. Pasó bala nuevamente y los presentes vieron volar el casquillo hasta que golpeó el suelo.

—Encontramos el sitio, lo marcaré con señal lumínica —dijo Silverio a través de una radio portátil—. Ahora, Muñoz, vas a decirme todo lo que sabes acerca de esta criatura.



—¿Estás seguro de que es por acá?

Jorge y el Chano habían avanzado hacia la pampa. Primero siguieron las huellas del Carrancho, pero perdieron el rastro por culpa del viento y por otros caminos que se cruzaron. Al mayor de los Muñoz no le quedó más remedio que confiar en su amigo, quien al ver a lo lejos erguirse las ruinas de la casucha blanca apuró el paso.

—Sí, ahí paramos la primera vez. —el Chano cortó la frase para

hacer una arcada—. Ese pelaje de mierda estaba por todas partes.

Jorge no lo pensó dos veces y echó a correr. Fumaba como chimenea, pero aun así tenía mejor condición física que su amigo, quien debió afirmarse el pantalón para intentar alcanzarlo.

—Chano, acá no hay nadie.

—Tenemos que seguir.

—¿Hacia dónde?

Toledo paró a recuperar el aire. Apenas pudo, levantó la vista e intentó adivinar en qué dirección habían caminado la primera vez. Giovanni había hablado de una madriguera, luego recordaba el montículo y la explanada blanquecina. No veía nada de eso hacia adelante. Todo el horizonte se veía igual, incluso el que dibujaba al fondo, bailando sobre un espejismo, las casas del pueblo.

Un punto rojizo se elevó al cielo varios cientos de metros hacia el oeste. Se colgó a doscientos metros de altura, donde la luz se hizo más brillante y quedó suspendida en el aire, mientras la estela de humo que iba marcando su camino se difuminó en el viento hacia el norte.

—Allá. Hay que ir hacia allá —respondió el Chano.

Jorge no quería hacerle caso, sabía que Giovanni no tenía ninguna bengala, pero tampoco podía darse el lujo de ignorar la señal. Miró hacia el pueblo una vez más, preguntándose si su madre habría notado sus ausencias.

El ruido de una sirena llenó el aire, primero con un sonido ahogado, luego con un aullido agudo, sostenido y persistente. Ambos muchachos quedaron congelados a la espera del patrón. Las sirenas les eran tan familiares como cualquier simulacro en el colegio: toque de sirena de diez segundos con intervalos, ataque aéreo; toques largos y continuados, incursión terrestre inminente. Cualquiera de los dos casos podría precipitar la evacuación. Se miraron. Estaba claro el aviso de ataque aéreo. Era cosa de minutos hasta que vieran emerger los aviones desde la cordillera de la Costa para lanzarse en picada contra la base. Aunque fuese un simulacro, no dejaba de ser excitante.

—Creo que ya no vamos a poder regresar —dijo el Chano.

Ambos decidieron ir hacia la luz de la bengala.

Charli papa

A Rivadavia lo sacaron a rastras, con la cabeza encapuchada y el uniforme empapado por el barro en el pasillo del búnker. Estaba desorientado y solo veía pasar intermitentes los haces de luz que se colaban por la tela. Contó siete antes de recibir un golpe que lo hizo ver doble. Escuchó el rechinar de las bisagras de fierro que soportaban el portalón principal del edificio, la luz penetró con mayor intensidad al interior de la capucha. Los brazos que lo sostenían lo alzaron con fuerza para dejarlo caer hacia adelante. Escuchó risas al chocar contra el suelo. No alcanzó a poner las manos y se dio de lleno en la quijada. Sintió un pitido chillar en su oído, que se fue desvaneciendo a medida que su vista se hacía más nítida.

—Esas no son formas de tratar a un suboficial de la República.

Las carcajadas se apagaron. Los mismos brazos incorporaron al militar hasta ponerlo de rodillas, pero esta vez con menos fuerza. Le quitaron la capucha. La base entera se seguía moviendo.

—Trasládenlo a la oficina de la Guardia —agregó una voz que Rivadavia no terminaba de reconocer.

Los mismos hombres lo levantaron unos centímetros del suelo, el suboficial todavía estaba desorientado y sentía el sabor metálico de la sangre en sus encías. Intentó caminar, pero sus pies no tocaban el piso. Cuando terminó de darse cuenta figuraba sentado en la parte posterior de una camioneta de la Fuerza Aérea de Chile que lo trasladaba hasta el centro de la base. Al llegar a la Guardia lo ayudaron a descender del vehículo y fue conducido con suavidad hasta el interior de las dependencias. El oficial de guardia ordenó de inmediato quitarle la capucha, reprendiendo a los escoltas por el duro trato que se le estaba dando a uno de los suyos. El hombre no se identificó, pero en su uniforme lucía el grado de teniente. Rivadavia no pudo reconocerlo a pesar de estar a dos metros de él y haber recuperado la visión. Lo cierto era que nunca antes le había visto el rostro al sujeto. Acto seguido, el oficial le informó que era un prisionero, que debido a la

gravedad de la infracción que había cometido al interior de una base de categoría clasificada, había comprometido seriamente la seguridad interior del Estado; no obstante, se le respetarían los derechos, ya que estaba sometido a las reglas de la Convención de Ginebra. Acto seguido el teniente procedió a solicitarle los cordones de las botas, cinturón y cualquier elemento que pudiese servir para cometer suicidio; eso incluía los elásticos con que mantenía los bordes de su pantalón sujetos a las calcetas. La palabra suicidio no era una con la que Rivadavia estuviese muy familiarizado, pero lo golpeó firme en el pecho, como si la posibilidad fuese deslizada por su contraparte de manera intencional. Entendió que la situación era grave, que lo que había visto de Marabolí era una aberración que permanecería oculta y que era muy probable que Armijo no gozara de mejor suerte. No se le pasaba por la cabeza el suicidio, pero sí llegó a preguntarse si alguna vez volvería a ver a su familia.

Fue conducido hacia un calabozo. Se veía cómodo, a diferencia de los que conocía en Cerro Moreno. Se asemejaba más a un cuarto de descanso que a una celda. Una puerta lo separaba del pasillo y al interior, distribuidos en tres por tres metros, había un catre, un inodoro y un lavamanos. Sobre el catre no encontró ropa de cama, solo un plato con galletas y una taza con café. No quiso tocar nada, se sentó en el suelo a esperar.



—Ese, ese de allá, es el jefe de mi viejo —dijo Isaac apuntando a Dituro.

El capitán venía saliendo del casino de oficiales mientras cruzaba palabras con el comandante Otero y el coronel de la base. Parecía molesto, gesticulando como si el mundo se fuera a acabar. Los otros dos oficiales no se veían menos iracundos, Otero tenía el rostro colorado, exacerbando su calva que parecía una bombilla de emergencia. El coronel, quien también vestía su uniforme de campaña, por su parte intentaba poner la mesura, aunque su voz era la única que se escuchaba firme en el aire.

Alejandro y Victoria no tenían la mejor ubicación para mirar lo que

estaba ocurriendo, así es que confiaban en lo que Isaac les relataba. Mario, por otra parte, había logrado deslizarse hasta donde estaba su amigo y asomar la vista. Se habían adentrado en las instalaciones a través de las canchas de entrenamiento de Base Aérea. Avanzaron sin temor a ser vistos a campo traviesa, pero al llegar a las trincheras detrás del casino de suboficiales tuvieron que buscar refugio. La actividad militar tenía un despliegue enorme, tanto en personal como en equipamiento. La blusa roja que vestía Victoria no ayudaba mucho a pasar desapercibidos; fue a quien más debieron esconder. Antes de llegar al cruce, junto a la carcasa de un DH-115 Vampiro erigida como monumento al primer avión con motor a reacción que tuvo la Fuerza Aérea, había una serie de trincheras en desuso, básicamente dos agujeros excavados en la arena unidos por un tubo de tres metros que conectaba ambos sitios. Ahí habían refugiado a Victoria, Alejandro custodiaba una entrada e Isaac la otra, la más cercana a la explanada de la formación general.

—Esto ya se les escapó de las manos y tendrá consecuencias, comandante. Si su lealtad realmente está comprometida, deben asegurarse de que no vuelva a pisar esta unidad.

—¿Entonces doy la orden, mi coronel? —preguntó Dituro.

La segunda antigüedad de la base miró con desprecio al oficial. Mojó sus labios antes de volver a hablar.

—No en una de nuestras unidades, por Dios santo. No somos salvajes —respondió el coronel dirigiéndose al comandante de grupo —. El desierto es bastante grande y los helicópteros pueden volar muy alto.

Sin despedirse, el coronel se retiró rumbo a su cuartel. Otero masculló la frustración y apretó entre sus manos su gorra. Miró a Dituro y evitó referirse a la sonrisa que se había dibujado en el rostro de su subalterno.

—Anda a buscar a Rivadavia y soluciónalo de una vez por todas. — Otero se calzó la gorra y siguió a su coronel.

Dituro se cuadró y emprendió el regreso a su grupo.

Mario dio una mirada a Isaac. Ambos se entendieron en silencio, para luego regresar hasta donde aguardaban sus amigos.

—Ese tipo sabe dónde está mi padre.

—Deberíamos seguirlo —dijo Victoria intentando salir de la tubería.

—Nos van a ver, quizás debemos esperar un poco —concluyó el Zana.

—Pero lo vamos a perder —insistió la joven.

No terminaban de discutir cuando el sonido de la sirena los interrumpió. Los tres se quedaron congelados intentando adivinar cuál clave era la que estaba sonando.

—Ahora van a estar más alerta —refunfuñó el Zana.

—Mirando el cielo, si vamos a punta y codo, quizás pasemos desapercibidos. No necesitamos seguir al milico ese, sé cómo llegar hasta el Grupo 21 —agregó Isaac.

—Pero ¿Victoria?

—¿Y Victoria qué? ¿Crees que no puedo ir a punta y codo?

—Es que... te vas a ensuciar.

Los adolescentes miraron la ropa de la muchacha, un *jeans* negro, zapatillas blancas y la blusa roja que Isaac encontraba adorable. Ella dejó escapar un suspiro, se quitó un colet de la muñeca y se tomó la cabellera negra en una cola, luego recogió tierra desde el suelo y la esparció por su blusa.

—Listo, ¿ves? Se ha ensuciado. —Dio un paso para salir del tubo y asomó la cabeza desde la trinchera—. Ahora vamos con problemas reales, como encontrar una forma de cruzar este mar de uniformes.

Isaac miró con una sonrisa a Alejandro y este último le hizo un gesto insinuándole su amor. Ambos amigos se unieron a la muchacha observando atentos el entorno.

Mario ya había iniciado el avance destapando un portalón de madera que dejó al descubierto un túnel de unos ochenta centímetros de diámetro. Se agachó y entró en él arrastrándose con más entusiasmo que agilidad. Empujó un portalón similar al otro extremo y descubrió un pasadizo por debajo de la calzada que los comunicaba con el lado sur de la base.

—Si logramos cruzar la calle y nos alejamos del camino hacia el este, podemos llegar a las canchas donde entrenan a los conscriptos. Desde ahí sería fácil llegar a los hangares del grupo —continuaban discutiendo Isaac con el Zana.

Victoria miró al cielo esperando un milagro, volvió a suspirar y pasó

por entremedio de ambos para agacharse y seguir por el túnel a Mario, quien les hacía señas desde debajo del B-26 que, como un segundo monumento, custodiaba el otro cabezal del camino. Ella no iba a punta y codo; la verdad era que ninguno de ellos sabía muy bien cómo moverse así, pero la joven era tan ágil como una gata y dejó atrás a sus compañeros, quienes quedaron embobados mirándola avanzar como una espía de cómics.



Sin mediar aviso, tres militares abrieron la puerta de la celda de una patada. A la cabeza del trío venía un teniente con el rostro sulfurado y la adrenalina a tope. Pero no era el mismo que lo había recibido en una dependencia de la Guardia para informarle acerca de su condición de detenido. Los tres llevaban uniforme de campaña en mimetizado verde, distinto a los tonos azules que vestían los demás funcionarios. Comandos, pensó Rivadavia, lo que explicaba la actitud violenta con la que estaban actuando.

—¡Suboficial Rivadavia, un paso al frente!

Rivadavia se puso de pie y obedeció la orden. No alcanzó a cuadrarse cuando un puñetazo lo desarmó. Sintió crujir la nariz. No pudo evitar las lágrimas, aunque se mantuvo de pie. Una lluvia de patadas le siguió al primer golpe, propinadas por los escoltas armados del teniente. El suboficial las recibió en las piernas, la cadera, los brazos, hasta que una en la entrepierna lo puso de rodillas. Cuando tocó el suelo, el líder del grupo se unió a la golpiza. Los puntapiés fueron directos contra su estómago y costillas. El veterano militar solo pudo cubrirse la cabeza y evitar las botas contra su cara.

—Mira, hueón, nosotros fuimos entrenados en Brasil y Vietnam, así es que sabemos cómo y dónde pegar, y si pasa algo y te matamos, no nos va a ocurrir nada. ¿Quién se va a acordar de ti? ¡Nadie! —dijo el teniente con la voz desgarrándole la garganta.

La golpiza se detuvo. Rivadavia aprovechó los segundos para recuperar el aire y escupir la sangre que comenzaba a llenarle la boca. Los escoltas lo tomaron de las manos y lo acostaron contra el suelo presionando con la punta del cañón de un fusil la nuca del prisionero.

—Debes contestarnos dos preguntas y te dejamos tranquilo —dijo una voz que le pareció conocida. Venía de la puerta de la celda, pero Rivadavia todavía estaba muy aturdido como para identificarlo—. ¿Qué fue lo que viste en el búnker? ¿Quién te mandó a espiar?

—Una autopsia —contestó Rivadavia sollozando—. ¿Por qué le estaban practicando una autopsia al cabo segundo Marabolí?

—Yo hago las preguntas, suboficial...

Los escoltas obligaron a Rivadavia a ponerse de pie. Cuando el prisionero, a duras penas, logró erguirse, le ordenaron levantar las manos y llevarlas a la nuca. Apenas lo hizo sintió un dolor punzante en las costillas del costado derecho, como si le hubiesen desgarrado el tórax. Intentó respirar profundo pero se dobló por el golpe. A punta de culatazos lo volvieron a enderezar y lo obligaron a salir por el pasillo. Al llegar al final del corredor se abrió una puerta que daba a un patio oscuro. Sintió en sus pies descalzos el ripio y lo empujaron hasta topar con una pared. Le ordenaron desnudarse. Acto seguido, uno de los escoltas le revisó el ano con las manos sucias, le apretó los testículos y lo volvió a empujar contra el muro.

—Suboficial Rivadavia, usted ha sido hallado culpable de alta traición a la patria. Se le condena a pena de muerte —dijo el teniente. Rivadavia escuchó a sus espaldas a los escoltas manipulando sus fusiles, pasando bala, preparando el disparo—. Preparen, apunten, ¡fuego!

Apretó los dientes esperando las ráfagas partiéndolo en dos, pero solo escuchó el clic de las armas sin descarga. El mismo teniente lo tomó del hombro, lo volteó y le pateó las rodillas hasta lanzarlo al suelo. Rivadavia sintió el ripio contra su piel desnuda y percibió un polvillo que le quemaba la piel al contacto. Pensó en vidrio molido y evitó inhalar profundo. Los tres soldados lo aplastaron con sus botas contra el suelo, infligiéndole un dolor abrasivo. Cuando no pudo soportar más, movió la cabeza para alejarla del polvillo y tomar aire.

—Quieto, conchetumadre, que se me escapa un tiro.

El casquillo de la munición 5,6 mm del fusil rebotó junto a su rostro. Sintió el frío del cañón recorriéndole la espalda hasta posarse contra su nuca. Solo entonces dejó de forcejear.

—¿Qué mierda es lo que viste? ¿Qué andabas buscando?

Mantuvo silencio mientras intentaba recuperar el aliento. Usó los segundos para reflexionar, para calcular sus palabras, pero en su mente solo había dolor, uno punzante, uno quemante, uno abrasivo, uno emocional.

—Vi como mataron al cabo segundo Marabolí...

Lo volvieron a levantar de golpe y lo arrastraron hasta un extremo del patio, desde donde lo dejaron caer a un desnivel de dos metros. Era un hoyo rodeado de alambre de púas, el piso estaba lodoso y una gotera en el techo filtraba aguas cloacales. El teniente tomó un balde y vació su contenido sobre el cuerpo agotado de Rivadavia, quien quedó en posición fetal sobre el barro, con la boca llena de mierda, el cuerpo mojado y el alma congelada.

Los escoltas cercaron con el resto de la alambrada de púas, cruzaron el patio de ripio y cerraron la puerta para regresar por el pasillo desde donde habían aparecido.

Juegos de inteligencia

—¿Cuántas veces te he dicho que solo uses ese número para emergencias? —dijo Pablo apenas cruzó el umbral, antes de cerrar la puerta.

Se detuvo en seco. Gema y Pamela lo esperaban en el living de la casa de la pelirroja, la invitada bebía un té. Ambas se sobresaltaron cuando Pablo azotó la puerta a sus espaldas. Quedó mudo, intentó recomponer su humor al mismo tiempo que controlaba la rabia. Dio un par de pasos para entrar al living.

—Esto es una emergencia —respondió Pamela, saltando de la silla para ir a saludar a su pololo. Él solo le recibió un beso en la mejilla sin quitar la vista de la amiga de su pareja—. Gema está preocupada por lo que pueda estar pasando con su padre.

Pablo continuó con los ojos fijos en Gema, como si estuviese memorizando sus facciones. Se sentó en un sofá frente a ella y pidió a su novia una taza de té. Gema estaba en silencio, poco convencida de la estrategia de Pamela.

—¿Y tu amiga es...?

Pamela regresó al living con una taza de té para Pablo, la dejó sobre la mesa de centro y se sentó junto a ella.

—Gema Rivadavia, vive en el pabellón veinticinco. Pensé que la conocías.

Pablo dejó escapar una risa que a Gema le pareció fingida. El militar relajó sus facciones y se acomodó el cabello oscuro.

—Nuestro trabajo en inteligencia no es tan glamoroso como lo pintan las películas. No tenemos identificado a todo el mundo, lo mío es más pega de escritorio. —Pablo intentó sonar convincente, pero su sonrisa no lograba transmitir tranquilidad. Los ojos de halcón clavados en la muchacha tampoco ayudaron—. ¿Qué le pasó al suboficial?

—Tal vez nada, tal vez todo —se apuró en responder Pamela. Gema abrió los ojos y se atoró con el té—, pero necesitamos respuestas, ¿verdad amiga?

—Mi papá está de guardia en Cerro Batea. Comenzó el servicio ayer en la noche, antes de que esta base se volviera loca. Lo hemos intentado llamar todo el día y no hay comunicación con el puesto de guardia —agregó Gema mientras dejaba la taza junto a la de Pablo.

—No veo el problema. Cuando hay ejercicios, las comunicaciones suelen comportarse extrañas. Deberías llamar a la Guardia, seguro todo está en orden —respondió Pablo sin ánimo de profundizar.

—Mi madre salió a la Guardia hace rato. No ha regresado a casa.

—¿Qué?, ¿eres adivina?

—Vive al frente, Pablo. Hemos estado mirando por la ventana desde que vino. Yo también creo que es algo raro. Intentamos llamar a la Guardia desde acá y el teléfono parecía muerto, solo pude conectarme con tu anexo —intervino Pamela.

—Ya les dije lo que sé, todo es parte del ejercicio. Estoy seguro de que tu viejo está tranquilo en Batea esperando a que ustedes cooperen —replicó poniéndose de pie. Pamela le apuntó la taza para que se quedara un rato más, pero el cabo la rechazó con un gesto amable—. Lo que puedo ofrecerles es llevarlas para allá.

—Tengo que esperar a que vuelvan mi mamá y mi hermano.

—Vamos, las llevo a ambas. Seguro tu madre también está ahí y se regresan todas juntas. Así salen de la duda y podemos continuar con la evacuación de la base.

Pamela miró a su amiga. No era lo que esperaban, pero era algo. Gema aceptó a regañadientes y se puso de pie. Pamela la siguió hasta la puerta.

Los tres salieron y se detuvieron frente a la camioneta en que Pablo se movilizaba. No tenía escoltas, solo era una Chevrolet LUV color gris más antigua que la carrera del militar. El cabo se detuvo y dio media vuelta.

—Espérenme en el auto, salí sin avisar y debo hacer una llamada antes de que me llamen la atención en la pega —pidió a Pamela sonriendo.

—¿No avisaste que venías?

—Amor, me llamaste al número de emergencia. Agarré las llaves y salí.

Pamela sonrió sonrojada y sintió un nido de avispas agitándose en

su vientre. La pelirroja bajó de las nubes para encaminarse a la camioneta. Gema permaneció estoica con la vista clavada en el militar, que intentaba entrar de vuelta a la casa de su amiga.

—¿Cómo vas a llamar si los teléfonos están muertos?

Pablo se detuvo con la mano posada en la manilla. Sonrió.

—Tenemos líneas de emergencia, Gema.

—¿Cosas de espías de escritorio?

El agente de inteligencia dejó escapar una carcajada, volteó a ver a su interlocutora y le hizo un gesto para que se fuera al auto, donde Pamela ya estaba acomodada en el asiento del copiloto y con el cinturón asegurado.

—Haces muchas preguntas.



Al Chano le faltaba el aire. Aunque delgado, su condición física era deplorable. El cigarro y su temprana incursión en el alcohol hacían mella en el muchacho de diecisiete años, sin embargo había logrado mantener el paso de Jorge. El mayor del grupo de Los Cinco había cumplido hacía poco diecinueve, pero gozaba de mejor estado que su amigo, a pesar de que fumaba al mismo ritmo que él. En su cabeza se decía que había valido la pena el entrenamiento para la postulación a la escuela de especialidades. Pronto se le borró la sonrisa del rostro y nada tuvo que ver la cara descompuesta del Chano o su lengua afuera. No esperaban encontrar como fuente de la bengala un contingente militar tan numeroso. En la explanada, a los pies del montículo en el que los muchachos estaban escondidos, se abría un campamento. Un camión Unimog de logística había acercado a un contingente de veinte conscriptos que estaban ocupados excavando la zona y otra veintena descargaba dos vehículos que transportaban lonas que empezaban a dar forma a una instalación de campaña. Una vez que recuperó el aliento, Chano golpeó el hombro de Jorge, que alucinaba con el despliegue. Con una seña le mostró el extremo norte del cuadrante que habían delineado los militares. Ahí, a diez metros del ajetreo, estaba el Carrancho custodiado por dos centinelas. Ambos descubrieron en la parte de atrás de la camioneta dos siluetas que apenas se movían.

—Ahí está el Giovanni —dijo el Chano.

Jorge no lo cuestionó, no quería admitir que su amigo tenía mejor vista, él solo divisaba manchas moviéndose dentro de lo que, estaba seguro, era una camioneta. Se arrastraron por la cima del montículo hasta rodear al destacamento. El vehículo estaba a cinco metros de su posición. Notaron que la otra silueta era la del Gárgola, ambos parecían estar amordazados.

—Están cerca, si solo pudiésemos robarnos el Carrancho volveríamos rápido al pueblo —pensó Jorge en voz alta.

—Son dos, los milicos son malos para los combos. Bajamos, les sacamos la cresta y nos robamos el auto.

De un manotazo, el mayor de Los Cinco agarró al Chano y lo devolvió a su sitio. Levantaron polvo, pero nadie se percató.

—¿En serio en tu cabeza funcionan esas ideas?

—Pero si son puros pollos...

—Tienen fusiles, hueón. —Jorge reprimió el grito—. Les sacamos la cresta a esos dos, ¿y los demás, qué? ¡Son como cincuenta!

El Chano evaluó en silencio la situación. Contó con la mirada a cada soldado activo y corroboró que sí, que al menos había medio centenar operando en la explanada.

—Yo me la puedo con diez, quizás con doce, ¿y tú?

Jorge se llevó ambas manos al rostro, y dejó escapar el aire de sus pulmones. Se refregó la cara hasta desfigurar sus facciones antes de relajarse.

—Yo también, pero siguen quedando otros treinta —agregó Jorge, convencido—. De esta no vamos a salir a combos, Chano. Tenemos que ser más vivos.

El desgarbado volvió a analizar el entorno mientras hacía los números en su cabeza.

—Si liberamos al Gárgola, de más que puede con ocho. No, cinco. El Giovanni no aportaría mucho, pero puede correr a la base a buscar a los demás y ahí se las damos. El Zana le pega al resto.

—¿El Zana?

—Sí, siempre he pensado que ese loco es bueno para los cornetes.

—Tal vez el Pato Alcalde, pero el Giovanni no corre tan rápido. —Ambos resoplaron frustrados—. Una distracción.

Al Chano le brillaron los ojos. Hurgó en su bolsillo y encontró su encendedor favorito.

Jorge no alcanzó a reaccionar cuando el sonido mudo de las aspas de un UH-1H cortaron el viento. A su izquierda apareció en el horizonte el helicóptero que comenzó la maniobra de aterrizaje a unos cien metros del campamento. Los conscriptos que estaban montando las tiendas cesaron su trabajo y todos observaron llegar la aeronave.

—Pásame una calceta —pidió el Chano.

—¿Una calceta?

—Sí, tú usas botas, no las necesitas.

Jorge accedió. Se quitó la bota derecha y luego la calceta. Era blanca, ordinaria, estaba algo húmeda. Volvió a calzar la bota y la amarró con fuerza.

—Tú somete a esos centinelas, yo me encargo del resto —dijo el Chano antes de deslizarse montículo abajo aprovechando la distracción para correr hacia el Unimog más cercano.

Jorge se quedó paralizado en la cima del montículo, nunca antes había tenido que pelear. Había tirado un par de combos alguna vez, aunque siempre en broma y con gente que conocía. Le aterraba la idea de tener que enfrentar a dos soldados entrenados, pero la seguridad de su hermano menor dependía de ello. Se dio ánimos pensando en las canciones de Rhapsody of Fire que más le gustaban, fingió que entre sus manos sostenía la *Emerald Sword* y se lanzó al ataque. Tropezó con una piedra y rodó montículo abajo. Intentó avanzar punta y codo para no empañar su maniobra de rescate y logró acercarse a la puerta trasera del Carrancho. Los centinelas no se percataron de su presencia, estaban con los ojos clavados en el helicóptero. El mayor de Los Cinco maldijo su vista mediocre al darse cuenta de que la puerta que había abierto era la equivocada. Se encontró al Gárgola maniatado con precintos de plástico y una mordaza en la boca. Tocó sus bolsillos esperando encontrar algo con qué cortar las amarras, pero no encontró nada. Miró al asiento delantero y vio las llaves del auto, a las que echó mano para desgastar el material, que terminó cediendo.

—Hueón, ¿qué estás haciendo? —preguntó el Gárgola quitándose la mordaza de la boca.

—Tenía que rescatar a mi hermano, pero vo'h terminaste siendo un

rajazo.

El Gárgola le quitó las llaves a Jorge para cortar las amarras que tenía puestas en los tobillos. Jorge aprovechó que el viejo estaba agachado para pasar por encima de él y quitarle la mordaza a su hermano. Luego de verificar que estaba bien, le dio un golpe en la cabeza por dejarse atrapar. Giovanni se sobó la mollera.

—¿Viniste solo? ¿Cómo vamos a salir de acá? —preguntó Giovanni.

—El Chano va a crear una distracción, planeamos robarnos este auto.

—¿Sabes manejar? —preguntó el Gárgola.

—Sí —respondió Jorge.

Giovanni no protestó, por lo que el veterano le creyó. Cuando logró liberar sus piernas, comenzó a cortar las amarras de su amigo.

—Oye, ¿qué piensa hacer el Chano?

—No sé, tenía un encendedor y me pidió una calceta. Salió corriendo hacia ese camión que está allá.

—¿Lo va a volar? —preguntó Giovanni—. La raja.

—No puede.

—Yo lo vi muy convencido.

—No, hueón, no puede volarlo. Esos camiones usan diésel, el diésel no explota —concluyó el Gárgola terminando de liberar a Giovanni—. ¿A qué mierda van al colegio?

El veterano se bajó de la camioneta, la rodeó por el *pick-up* y se desplazó hacia el camión que señaló Jorge.

—¿Y ahora qué hacemos? —volvió a preguntar Giovanni.

Jorge vio al Gárgola perderse entre los vehículos. Los centinelas se habían alejado del Carrancho. En el horizonte, el UH-1H tocaba tierra mientras una cadena humana se preparaba para descargarlo.

—¿Puedes golpear a cinco soldados?

Giovanni miró a su hermano.

—¿Puedes tú?

Jorge se mordió la lengua.

—Esperamos la distracción y salimos cagando de acá.



—Adelante —respondió Dituro al llamado a su puerta.

El capitán del Grupo 21 estaba en su despacho firmando los documentos que respaldaban los movimientos de su equipo táctico en el despliegue derivado de la evacuación y ejercicio. Formalidades, lo sabía bien. El fondo del asunto no iba a quedar respaldado en ningún documento, pero al Ministerio de Defensa debían entregarle la documentación justificando los gastos.

El teniente Vargas ingresó al despacho. Vestía su uniforme de campaña mimetizado verde, la boina negra y el parche de comando paracaidista, que lucía orgulloso en el brazo izquierdo.

—¿Me mandó a llamar, capitán?

—Teniente Vargas, ¿qué hacen los comandos?

—¿Es una pregunta capciosa, capitán?

Dituro levantó la vista y la clavó en el militar.

—Incursión ofensiva en territorio enemigo, mi capitán. —Vargas se apuró en contestar.

—¿Y si se topan con un obstáculo?

—Lo sortean, o en el peor de los casos, lo eliminan.

El capitán sonrió. Dejó caer el lápiz sobre la última hoja firmada y cerró una carpeta.

—¿Quién se entera de su actividad?

—Solo quien la ordena, capitán. No nos ven venir, y cuando se dan cuenta de que estuvimos ahí, nadie sabe quién lo hizo. Al enemigo solo le queda lamentarse.

El capitán asintió, cruzó las manos sobre su escritorio y cerró los ojos.

—Hay un obstáculo que es necesario remover, o eliminar, de preferencia. Es uno que compromete a la institución completa.

Vargas tragó saliva y sintió el disparo de adrenalina naciendo en su interior.

—El convoy que usted va a acompañar no hará una entrega en Cerro Batea, eso es una tapadera. Usted se dirigirá a una posición clasificada. Ahí deberán entregar los pertrechos de este manifiesto. —Dituro estiró la mano para acercar la carpeta al comando—. De vuelta recibirá un bulto que debe sacar de aquella instalación. —El capitán abrió los ojos apenas sintió que Vargas retiraba la carpeta de entre sus dedos—.

Teniente, es de extrema importancia que ese bulto se pierda en el desierto.

—¿Señor?

—Es el obstáculo. Lo que reciba allá no puede llegar de regreso a Cerro Moreno, ¿queda claro?

El comando leyó el manifiesto. De todo lo que repasó, un detalle capturó su imaginación. Nada tenía que ver con provisiones, municiones o equipo.

—¿El cabezal norte?

—Hay personal de inteligencia esperándolo ahí, ellos abrirán la instalación para que prosiga su camino hasta el objetivo.

Vargas asintió.

—¿Puedo preguntar qué contiene el bulto?

—No puede. Y si se entera, por el bien de la seguridad nacional, debe olvidarlo.

—Afirmativo, señor.

Vargas se cuadró frente a su superior aceptando la misión.

—Vaya armado, el convoy sale en cinco minutos.



Cuando el Gárgola encontró al Chano Toledo, este sostenía la calceta de Jorge e intentaba encenderla. Había fracasado en tres ocasiones, pero persistía en su intento. En su cabeza la explosión sería épica y él se alejaría del lugar dándole la espalda. Iba a ser glorioso, pero el desgarbado comenzaba a frustrarse por lo complejo que le estaba resultando encender la tela húmeda de sudor de su amigo. Ya había removido la tapa del estanque del Unimog; pensó que si introducía un extremo de la media esta tocaría el combustible para facilitar la ignición, pero no contó con que el nivel del diésel estuviese tan bajo como para no estar ni cerca de empapar una hebra.

—¡Chano! —gritó el Gárgola después de asegurarse de que estaban solos junto al camión.

La dotación militar que no estaba excavando ayudaba a descargar el helicóptero que, junto con equipos de alta tecnología, transportaba a científicos de la NASA que comenzaron a equipar un laboratorio. Los

extranjeros daban instrucciones a Silverio, quien se encargaba de repartirlas al resto de los hombres.

—¡Chano! —insistió.

—Espera. —El desgarbado hizo el gesto para retomar su labor con la calceta que ya lucía negra de tantos intentos fallidos—. Estoy intentando crear una distracción para que el Jorge pueda liberarte.

—Te vas a quemar las pestañas, hueón. El diésel no explota, solo se incendia, y adentro de ese estanque no va a verlo ni Dios.

El fallido pirómano frunció el ceño, miró la calceta, que al fin había encendido.

—Pero sirvió, ¿no? Digo, estás libre.

—El Jorge me sacó del auto, pero seguimos necesitando la distracción si queremos irnos sin que nos sigan. Apaga eso.

El Chano sacó la calceta y la pisoteó hasta extinguir el fuego. El Gárgola, por su parte, registró la cabina del camión y luego la caja de carga, donde pudo hurguetear con más discreción. Se bajó con un bidón de cloro en las manos y alejó al Chano del estanque.

—Afírmate el pantalón.

—¿Qué?

—Chano, voy a voltear esto adentro del estanque y tienes que correr rápido. Afírmate el pantalón.

El muchacho obedeció. Se subió el pantalón hasta la cadera y se ajustó el cinturón. De inmediato le hizo un gesto a su amigo, quien destapó el cloro y lo volteó en la tubería de ingreso del estanque. Ambos corrieron a todo lo que les dieron las piernas.



—Entonces, Gema, ¿en serio no han sabido nada de tu padre? —preguntó Pablo intentando romper el silencio al interior de la camioneta.

—¿Crees que vendría a pedir tu ayuda si no fuera así?

Pablo sonrió. Observó por el espejo retrovisor a Gema, quien no le devolvió a mirada.

—Vamos, que algo debe estar escondiendo si no quiere hablar con su familia. A veces los militares más viejos simplemente se aburren y

buscan algo de acción.

—No todos los militares son tan cabeza de músculo como tú. —Gema extendió la mano hasta tocar a Pamela, obligándola a voltear—. ¿En serio este es el tipo con el que quieres compartir tu vida? Suena a que la vas a pasar pésimo.

Pamela desvió la mirada hacia Pablo y tensó sus facciones. Sintió el golpe en la boca del estómago y la sangre hirviendo le subió de a poco a la cabeza.

—Pablo no es tu padre, Gema. Solo estamos tratando de ayudar a tu mamá —dijo apartando el hombro de la mano de su amiga.

Gema pensó que estaba tensa, que en realidad sus amigos sí tenían buenas intenciones y que se estaba pasando de la raya. La culpa era un sentimiento conocido en la joven.

—Disculpa, Pablo, no quise ser grosera —masculló, renunciando a su orgullo—. Mi viejo a veces se desaparece, pero siempre sabemos dónde está. Hace tiempo no hace guardia y estas cosas tan repentinas que pasan en este pueblo —la muchacha vio cómo la camioneta dejaba atrás la Guardia— hacen que uno pierda la cabeza.

Pablo no titubeó, tampoco pisó el freno, solo siguió manejando, ignorándola. Pamela lo miró fijo. Gema volteó a ver el edificio al que se suponía se dirigían hacerse cada vez más pequeño.

—Te pasaste —dijo Pamela.

Pablo la ignoró. La pelirroja volteó a ver a su amiga, quien le devolvió el gesto sin entender el comportamiento del militar.

La radio de la camioneta chirrió antes de informar de una explosión y pedir al agente de inteligencia indicar su posición. Pamela exigió a su novio detener el vehículo e intentó tomar el volante. Una bofetada la devolvió a su lugar.

—Camino a entregar el paquete —contestó Pablo a través de la radio.

El hombre sacó de su cinto un revolver y martilló apuntando a Pamela.

—Tienes razón, Gema, no todos los militares somos como tu padre. —Con el codo, el conductor bajó los seguros de las cuatro puertas del vehículo—. Algunos todavía tenemos sentido del deber.

Pisó el acelerador y tomó la ruta en dirección al Grupo 21.



El Gárgola y el Chano llegaron jadeando a la posición donde habían dejado a sus amigos. Se sorprendieron al ver vacío lugar donde debía estar el Carrancho. Los centinelas tampoco estaban ahí. Ambos muchachos observaron las huellas frescas del vehículo derrapando en U para alejarse hasta rodear los montículos que escondían la explanada.

—Se fueron —dijo el Gárgola.

—No, el Jorge dijo que iba a ir a buscar al Pato y a los cabros para equiparar fuerzas con los milicos. Entre todos vamos a sacarles la cresta para liberar al Giovanni.

—El Giovanni estaba en la camioneta, jetón. Nos dejaron botados.

El Chano estaba en negación mientras el Gárgola se limpiaba el sudor de la frente intentando ganar tiempo para pensar en un nuevo plan. Un soldado dio la alerta. Dos tiros al aire llamaron la atención del resto y al grito de «tenemos compañía» se agitó el avispero. Silverio, alertado por los disparos, vio a los muchachos de pie intentando huir. Ordenó a sus hombres atraparlos sin hacerles daño, pero la balacera se desató. De pronto, al Gárgola dejó de parecerle descabellado subir el montículo y perderse en la pampa. El Chano, por el contrario, quedó paralizado al ver los tiros salpicando la arena cerca de sus pies.

—¡Quietos! —gritó un sargento.

—No hagas caso, ¡corre! —desobedeció el Gárgola.

Ambos muchachos dieron media vuelta para escalar el montículo cuando de reojo vieron el destello. Una columna de humo y fuego se elevó desde el camión que habían saboteado y vieron la caja de carga elevarse al cielo. Junto con el sonido llegó la onda expansiva que arrasó con soldados y vehículos hasta alcanzarlos. No sintieron el impacto contra el piso. Todo se había vuelto negro.



Isaac y Victoria alcanzaron el hangar este del Grupo 21, un edificio simple, de forma rectangular y con paredes de latón. Lo usaban de

cobertizo para vehículos tácticos, pero ofrecía refugio de la vista de los soldados que preparaban cargamentos en el patio al interior del recinto. Los hangares formaban una U, cuyos vértices apuntaban hacia el aeropuerto de la ciudad, por lo que lo primero que llamó la atención del muchacho fueron las estructuras que se habían levantado para impedir la visión desde la carretera utilizada por los civiles. Era una pared de cinco metros de alto y casi cuarenta de largo, constituida principalmente por redes de camuflaje sostenidas por cinco postes unidos arriba por un cable de acero. No era una estructura sofisticada, como ninguna que se veía en el grupo, pero sí nueva. Resultaba obvio, incluso para los adolescentes, que lo que se estaba fraguando en aquel lugar era algo que no debía ser descubierto.

Mario y Alejandro se unieron a sus amigos y asomaron por debajo de ellos. Las cuatro cabezas rompían la recta de la pared, pero no podían dejar de observar, maravillados, los equipos ahí montados. Concordaron en que se trataba de algo que iba a ser empleado en el ejercicio, y Alejandro lo relacionó con las cosas que habían visto descargar desde los aviones de la NASA. La presencia de científicos de batas blancas y civiles entre los uniformes reafirmaba la teoría del Zana, lo que lo tenía con el pecho más inflado. El movimiento era agitado, tanto que los muchachos pasaron a ser parte del paisaje, lograron escabullirse adentro del hangar para utilizar los vehículos estacionados como parapetos y acercarse a la pérgola. Isaac sabía que la oficina de su padre estaba ahí, lo había ido a ver al trabajo demasiadas veces como para confundirse. Detuvieron el avance al ver un camión Unimog que terminaba de ser cargado y que les cortaba el paso.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Alejandro.

Isaac se encogió de hombros mientras recorría con la mirada la explanada intentando definir su próximo paso.

—Si esta fuera una de esas historias que escribes, ¿cómo se resolvería? —Victoria habló con dulzura haciendo sonrojar a Isaac. Este titubeó, no sabía que ella conocía esa faceta de él—. Te he estado mirando últimamente. Mucho, en el bus de estudiantes, sobre todo.

Mario y Alejandro se golpearon los brazos con la mandíbula desencajada. Isaac reemplazó la vergüenza por terror. ¿Sabría ella

cuántas de esas historias protagonizaba?

—En cualquier momento caería un meteorito que de alguna manera solucionaría todo —respondió Isaac con un hilo de voz.

Los hermanos San Martín cerraron la boca, frustrados. Victoria le dio unas palmadas en el hombro.

—Sí, no soy muy bueno —insistió Isaac para luego voltear hacia la explanada y apuntar hacia la pérgola del grupo—. En realidad, echaría una mirada a la oficina ahí adentro, mi viejo trabaja ahí.

Los tres oyentes asintieron concordando en que sonaba a un mejor plan.

—Hasta hace poco jurabas que tu viejo estaba de guardia en Cerro Batea —le recordó el Zana.

—Y yo qué sé, quizás era tapadera para el ejercicio y nunca subió. Los milicos hacen cosas raras cuando se ponen a jugar a la guerra.

—Tal vez lo que dijo mi papá también es tapadera —agregó Victoria.

Los tres amigos estuvieron de acuerdo. Conocían bien las actividades en la base y muchas veces habían visto a los soldados comportarse como niños jugando a los pistoleros, sobre todo Victoria, que vivía en el pabellón treinta y cuatro, justo al frente del Grupo Base Aérea, donde solían realizarse incursiones terrestres para tomar las pistas de aterrizaje. Siempre le causó gracia la seriedad con que se movían los pelotones y lo metidos en sus papeles que estaban los comandos.

—Pero eso no es normal —afirmó.

—Claro que no es normal, míralos, son todos unos viejos hediondos que andan jugando a los soldaditos —insistió Isaac—. Búsquense un trabajo honesto.

—No, me refiero a eso.

Victoria apuntó a un hangar al extremo sur. Isaac lo conocía, ahí guardaban los camiones del sistema Mygale. Su papá se lo había mostrado durante una Pascua del Aviador y hasta lo había dejado subirse al Samantha. Lucía diferente, estaba lleno de equipos que parecían computadores operados por personal civil y había un compartimento de cristal, similar a una pecera que resultaba lo más parecido a lo que ellos habían visto de un laboratorio. Desde ahí salían y entraban personas en trajes para prevenir el riesgo biológico. Al

fondo pudieron ver tres jaulas de tres por tres metros que estaban vacías. Un grupo de soldados intentaba destrabar la cortina de cierre del sitio.

—¿Terminó la carga, sargento? —preguntó Vargas mientras se acercaba al Unimog.

—Afirmativo, mi teniente.

Vargas inspeccionó el vehículo y al chequear el panel notó que el tanque de combustible estaba a un cuarto de capacidad. Bajó molesto y enfrentó al conductor.

—¿Combustible?

—Suficiente...

—¡No me diga que es suficiente! Tome un par de bidones y llene el estanque hasta su capacidad máxima.

—Usted no entiende, teniente —cuestionó el conductor antes de sonreír—. Solo vamos a Cerro Batea.

Vargas apretó los puños y gritoneó al sargento. Le ordenó acatar la orden e ir por los bidones de petróleo al depósito del hangar y subirlos al camión. El sargento no volvió a cuestionar, tragó su orgullo y obedeció la orden.

—Ese camión va a Cerro Batea —murmuró Isaac.

—Tenemos que subir —replicó Victoria.

—¿No dijiste que a lo mejor tu viejo estaba en la oficina? —preguntó Alejandro.

—Si supiera dónde está mi viejo, no andaríamos husmeando.

Mario vio al sargento acercarse hacia ellos, miró a su derecha y vio el depósito de diésel.

—Corran al camión —dijo Mario.

Los amigos quedaron paralizados al ver al Hammer ponerse de pie y emprender carrera al depósito, agarrar un bidón y a duras penas alejarse con él.

—¡Hey! ¡Civil! —el sargento dio la alerta.

El muchacho soltó el bidón y esprintó en dirección a la pérgola, hacia allá lo siguió el sargento, que resbaló con los restos de diésel que se derramó cuando el recipiente golpeó el piso. Los tres adolescentes se miraron y sin pensar salieron de su escondite para acercarse al Unimog. De un salto subió el Zana y tomó por el brazo a Victoria.

Entre los dos ayudaron a Isaac y se escondieron entre los pertrechos asegurados en la caja de carga.

Ante la alerta, Vargas hizo gala de su condición física y tacleó a Mario, dejándolo desarmado en el suelo. El muchacho culpó al cigarro por su pobre carrera e intentó recuperar el aliento. No tuvo tiempo; el comando lo levantó del piso y con una llave le inmovilizó el brazo. Llamó a tres conscriptos que se acercaban al trote.

—Lleven a este muchacho a la oficina del capitán e informen que hay riesgo de infiltración. —Vargas entregó a Mario a los soldados. No opuso resistencia, solo volteó para cerciorarse de que sus amigos ya no estuvieran en sus escondites y sonrió—. Sargento, termine de cargar los bidones y suba al camión. Nos vamos.

—¿No deberíamos organizar una cuadrilla para asegurar el área? —consultó el sargento sobándose la zona del hígado.

—Otros lo harán, nosotros tenemos una misión.

El sargento obedeció y lanzó los bidones a la caja de carga del camión. Isaac tuvo que morderse la lengua para no gritar por el dolor que le causó el recipiente que cayó justo sobre su pie. El Zana hizo lo mismo, pero aguantando la risa. Victoria se llevó las manos al rostro intentando pasar la pena.



Pablo detuvo la camioneta en la entrada del Grupo 21, junto al casino. Bajó del vehículo y mientras enfundaba su revólver llamó a dos centinelas que custodiaban la mampara de la instalación. Acto seguido, destrabó el seguro de la camioneta e hizo bajar a Pamela. La entregó a uno de los centinelas y luego hizo lo mismo con Gema. Caminaron por el pasillo de la comandancia del grupo y llegaron a la oficina del capitán. Luego de golpear la puerta ingresaron los prisioneros y Pablo. Los centinelas regresaron a sus posiciones.

Sentado en la oficina, amarrado de manos, estaba Mario con la cabeza agachada y una magulladura en el pómulo izquierdo. Levantó la vista y cruzó miradas con Gema. No se dirigieron la palabra, pero ambos se asombraron de ver al otro en aquel lugar. Las mujeres venían atadas igual que él.

Sin delicadeza, Pablo obligó a ambas muchachas a sentarse frente al escritorio. Gema seguía mirando a Mario, quien hubiese deseado tener el don de la telepatía para transmitirle que su hermano estaba arriba de un camión rumbo al cerro Batea. Pablo finalmente apoyó su cuerpo contra la puerta del despacho y posó su mano sobre la funda de su revólver.

Dituro miró a los jóvenes y dejó escapar una carcajada antes de inclinarse en la silla.

—¿Qué cresta tengo que hacer con ustedes ahora?



Victoria se acomodó junto a Isaac y lo ayudó a revisar su pie. Solo tenía un dedo morado, no parecía una herida grave. El muchacho se sintió avergonzado. El amor de su vida verificaba el estado de sus pies sudorosos y él solo podía pensar en que olían mal. Por un momento la situación lo ayudó a evadir lo que estaban viviendo.

—¿Y ahora qué? —preguntó el Zana susurrando.

Ambos muchachos se encogieron de hombros. El Zana cayó en cuenta de que se había separado de su hermano, reflexionó sobre si alcanzaría a su familia antes de la evacuación, se rio recordando que sus compañeros de curso decían que vivir en Cerro Moreno era aburrido.

—Un problema a la vez —dijo Victoria—. Algo se nos va a ocurrir.

Los tres reposaron entre la carga, Victoria sin separarse de Isaac y Zana sonriendo por la actitud de sus amigos. Coincidieron en que el ronroneo del motor del vehículo, de alguna forma, resultaba relajante.

El sargento disminuyó la velocidad, el teniente intuyó que lo hacía para tomar la curva hacia el Camino del Inca, una de las pocas calles con nombre en la base, precisamente la que llevaba hasta el cruce de salida en dirección a Batea.

—Siga de largo, sargento. —El conductor asintió sin cuestionar la orden—. Diríjase al cabezal norte de la pista de aterrizaje, sargento. —Vargas dejó sobre el tablero del camión la carpeta que recibió de Dituro y mostró un documento en su interior que llevaba un timbre rojo indicando que se trataba de algo clasificado.

El sargento obedeció y siguió la marcha.

Atravesaron el perímetro que separaba la base de la población militar y continuaron por el camino que rodeaba la planta eléctrica rumbo a las casas bajas. Luego se desviaron hasta el cabezal norte de la pista de aterrizaje. El sargento recién ahí se percató de que no había visto operar en horas a los aviones comerciales. Miró hacia la pampa la columna de humo elevándose, aunque no logró distinguir desde dónde provenía. Vargas le ordenó que no se detuviera. Al llegar al cabezal, el camión atravesó la losa de aterrizaje y se dirigió a un portalón custodiado por una patrulla. Los mismos hombres abrieron la instalación y el camión se perdió en un túnel.

—¿Adónde vamos? —preguntó Alejandro al ver que estaban a oscuras.

Isaac levantó la vista como si la carpa del Unimog tuviese alguna respuesta. Victoria se incorporó y gateó hasta el límite de la caja de cargas. Ahí pudo ver un camino de luces verdes en el suelo delineando una pista que se perdía al fondo como en la boca de un lobo y que iban dejando atrás.

—No sé si todavía estamos en Cerro Moreno.

Desaparecido

Margarita bajó del bus 15 en calle Bolívar, a la altura de Matta. No fue la última en hacerlo, siempre había gente que iba hacia el terminal pesquero. Pensaba llegar hasta ahí para mezclarse entre la muchedumbre, pero le dio pereza tener que caminar tanto hasta avenida Argentina para poder subirse a otra micro. Avanzó a paso apurado, con ambas manos escondidas en los bolsillos de su chaqueta. Antes de llegar a la esquina recordó que había sacado sus documentos de casa, pero no su monedero. Era normal en Cerro Moreno que, una vez dentro de la base, el conductor del bus dejara a la gente subirse sin pagar para acercarlos a sus hogares, por lo que no tuvo problemas en pasar ese escollo. Pero las micros en la ciudad eran otro asunto, algunas todavía cortaban boleto y el conductor no permitía la pasada sin antes estirar la mano. Entró en pánico, respiró, volvió a acelerarse y recuperó otra vez la calma, todo en un minuto. Se paró a mitad de cuadra, notó que había poca gente transitando en la calle y los que lo hacían llevaban la cabeza baja, inmersos en sus propios problemas. Tomó coraje y caminó rumbo al centro, donde en poco más de veinte minutos mendigando logró recaudar lo suficiente para el pasaje. Corrió hacia la avenida y de un salto subió a una micro, incluso antes de que esta se detuviera por completo, lanzó las monedas al conductor y se sentó en el segundo asiento con la vista clavada en la ventana. A Margarita la ciudad la ponía nerviosa, a pesar de haber crecido en ella. Había tenido problemas económicos y se imaginaba que en las calles de Antofagasta cobradores de casas comerciales la identificaban y seguían sus pasos exigiendo el pago de las mil cuotas adeudadas en los diversos comercios tanto de colores como estilos. En parte, por ese mismo asunto la familia Rivadavia había decidido regresar a Cerro Moreno. La base era un recinto militar, ningún camión de embargo podría entrar ahí sin la autorización expresa del comandante de guardia y ningún alto mando permitiría el embargo y humillación pública de alguno de sus camaradas. Mientras vivieran ahí eran

inmunes, al menos, a ese riesgo, pero el miedo de Margarita poco tenía que ver ahora con aquellos asuntos. Ella le temía al destino de su marido, a un accidente, a un error en su trabajo, a la baja, o en el peor de los casos, a que Rivadavia hubiese encontrado en la soledad del servicio el valor para poner fin a sus problemas.

La micro se detuvo en Galleguillos Lorca con Borgoño. Margarita bajó y comenzó a caminar hacia el Hospital Militar del Norte. Conocía bien las instalaciones; Isaac y Gema habían tenido pésima salud hasta los diez años, con cuadros bronquiales agudos que la hicieron correr un centenar de veces hasta la urgencia del recinto. Ella tampoco había estado ajena a una internación entre sus paredes. A pesar de que se enfermaba poco, cada vez que era diagnosticada con alguna dolencia la solución era una cirugía. Ya había pasado por varias y le resultaba inevitable sentir el olor a pabellón quirúrgico apenas veía el edificio.

Su determinación se vio mermada en cuanto cruzó la mampara principal. Comenzó a cuestionarse en verdad qué era lo que estaba buscando, cómo comenzar, a quién preguntar y cómo hacer todas las cosas que había planificado con tiempo en los casi cincuenta minutos de duración del viaje desde Cerro Moreno hasta el centro de la ciudad. No era lo mismo que entrar a un bar a recoger a su marido en estado de bulto o a una cancha de fútbol antes de que empezara el tercer tiempo. ¿Qué pasaría si lo encontraba en malas condiciones? ¿Si estaba demasiado magullado para salir con él caminando? ¿Mutilado? ¿Golpeado? O peor aún, ¿si no estaba?

Vio a la Juanita saliendo desde detrás del escritorio de admisión. La señora no era doctora ni enfermera, ni siquiera era personal de salud, pero resultó ser la única cara que reconoció. Se acercó a ella antes de que se perdiera al final de un pasillo.

—¡Señora de Rivadavia! ¿No me diga que se le enfermaron los chiquillos? Ese Isaac le salió tan repollo, oiga —dijo Juanita con una sonrisa sincera en el rostro.

Margarita la abrazó simulando saludarla y al oído le pidió que bajara la voz, le dijo que estaba buscando a su esposo y que no era la única, que por favor la ayudara. Juanita la miró a los ojos y no encontró malas intenciones en ellos, la tomó de la mano y juntas salieron del recinto hasta un patio interior donde se sentaron en una

banca bajo la poca sombra que ofrecía un árbol.



Uno de los comandos entró al campo de prisioneros y obligó a Rivadavia a ponerse de pie y cantar el himno nacional. Cada vez que el frío vencía al militar, su victimario arrojaba un balde con agua y desechos humanos. Cuando los fluidos se acabaron prosiguió lanzándole piedras al tórax y la cabeza. Rivadavia estaba desnudo, encorvado y tenía la piel a carne viva en las rodillas, los codos y las manos. Dos laceraciones habían pasado del rosado al morado siguiendo la forma de sus costillas derechas y desde la frente le brotaba un hilo de sangre que, con el sudor, se había esparcido por toda la cara. Esa era su herida más reciente, provocada por un impacto de piedra que también sacó risas entre sus torturadores. Luego, el suboficial fue obligado a salir del agujero en donde se le mantenía retenido y fue encapuchado. Sus captores lo arrastraron por el ripio con vidrio molido y lo ubicaron contra la pared de roca para luego clavar la punta del fusil en su barbilla.

—¿Qué fue lo que viste?

La voz ya no le parecía conocida, había pasado a ser parte del paisaje, pero la pregunta seguía molestándole.

—Vi a Marabolí...

Un culatazo en la boca del estómago le sacó el aire y lo mandó de rodillas al piso. Sin dejarle recuperar el aliento lo volvieron a levantar para darle otra ronda de golpes de puños y culatazos en el resto del cuerpo. En su piel no quedaba ningún espacio que no hubiese sido golpeado, lacerado, pellizcado o quemado con cigarrillos.

Sus torturadores obligaron a Rivadavia a caminar por un pasillo. Bajo sus pies sentía el suelo viscoso, húmedo, y por las fosas nasales se le colaba el hedor de podredumbre, aunque no pudo determinar era del recinto o provenía de su propio aliento. De un empujón lo hicieron entrar a una sala que a través de la tela de la capucha se percibía iluminada por una luz halógena. Ambos escoltas lo sentaron en un asiento de fierro y le amarraron las manos a la espalda. Sintió la cuerda quemándole las muñecas. No le quitaron la capucha, pero lo

obligaron a levantar la cabeza, como mirando al horizonte. En ese momento escuchó la voz del militar superior ordenar un pelotón de fusilamiento. Tuvo conciencia de cómo prepararon el arma, cómo pasaron bala y cómo apoyaron el fusil contra el hombro. Enseguida escuchó la orden de apuntar, escuchó la orden de disparar, apretó los dientes y tensó los músculos de su cuerpo como si de un calambre generalizado se tratase. El fogonazo no llegó.

—Eso es lo que te va a pasar si no hablas. No ahora, pero en algún momento uno de esos fusiles va a disparar, y cruza los dedos para que te vuele los sesos o te reviente el corazón, de lo contrario, seguiremos repitiendo este proceso hasta que el cuerpo entero se te destroce.

—¿Qué es lo que viste? —insistió la misma voz de siempre.

—¡Mataron a Marabolí! —gritó Rivadavia entre quejidos.

Un golpe en la sien lo mandó directo al suelo. Azotó la cabeza contra la baldosa y ahí se quedó, aturdido. El suboficial sintió dos manos que lo tomaron por debajo de las axilas y lo levantaron hasta colgarlo de un gancho en el techo. Experimentó un dolor intenso en los hombros, como si estos fueran a ceder y salir disparados de su cuerpo. Después, sintió la piel de la espalda separarse y la carne viva, quemada por los azotes que recibió hasta quedar inconsciente.



Juanita había sido enfática: su esposo nunca pisó el hospital, tampoco alguno de los recintos de enfermería de la institución, así es que le sugirió que buscara en el Hospital Regional o, en el peor de los casos, en la morgue. Margarita llevaba caminando varios minutos, intentando digerir la información. Comenzó a preguntarse por qué se le había ocurrido buscar a su marido en un centro médico si no le constaba que estuviese enfermo o accidentado o incluso recluido. Únicamente lo hizo porque vio a Armijo salir de la enfermería y extrapoló la situación a su cónyuge. Le aterraba la idea de ir al hospital, no conocía el sistema, pero siempre le habían dicho que la salud pública del país era un desastre comparada a la que ellos tenían disponible. Pensó en regresar a Cerro Moreno para recoger a sus hijos y evacuar, pero el mal presentimiento se había apoderado de su pecho

como un parásito. Siguió de largo por avenida Argentina sin detenerse en el hospital y al alcanzar calle 21 de Mayo dobló a su derecha para subir hasta el Servicio Médico Legal.

Dudó si entrar. Nunca había pisado aquel sitio. Tras el fallecimiento de su madre, en el año 94, ella no hizo los trámites; era la menor de once hermanos y siempre había quien se ocupara de esos asuntos. Vio a la gente en el pórtico dándose abrazos de ánimo, familias destrozadas, gente esperando para reconocer a sus deudos y luego darles entierro. Margarita se debatió entre dos ideas: si acaso era menos malo recibir un cuerpo y calmar la angustia o seguir en la incertidumbre esperando en casa a que algún día su marido cruzara de nuevo la puerta.

Dos perros se pelearon una bolsa que lograron arrancar desde un contenedor de basura y que contenía los restos de un pollo asado en una bandeja mal cerrada, trenzándose en una especie de baile de brutos. A Margarita no le gustaban los perros, les tenía fobia y, luego de la imagen, asco. Se armó de valor y cruzó el umbral de acceso del edificio. Adentro la recibieron colores grises, pisos fríos y paredes que alguna vez habían sido blancas. Se acercó a un mesón atendido por una joven de cara apática y peinado riguroso, que le dijo que el nombre de su marido no había sido informado desde ningún centro médico y que ellos no tenían en su morgue a nadie con esa identidad. Luego se excusó, indicó que tenían mucho trabajo y que debía seguir atendiendo a otras familias, que no podía ayudarla más y que lo mejor sería ir a una comisaría a hacer la denuncia por presunta desgracia; que tal vez los verdes la podrían ayudar porque tenían más tiempo disponible que ella.

Margarita salió del recinto con un poco de calma abrigándole el vientre. Afuera todavía quedaba un perro, que la miró fijo, con las patas delanteras abiertas y el lomo levantado. Tenía los pelos erizados y la cola abajo, asomó los colmillos y frunció el hocico. La mujer pudo ver a los pies del animal los huesos de pollo relucientes, blancos, fríos. Como una ofrenda miserable, como una respuesta a una pregunta perdida en el tiempo, los huesos parecían señalarla.

La mujer decidió nunca dejar de buscar.

✦

La humedad hizo que Rivadavia recobrara el conocimiento. Sus hombros todavía le dolían, pero sus rodillas estaban en el suelo. Intentó respirar y tragó tanta agua como pensaba había en el océano. Sintió una mano empujándolo desde la nuca, impidiéndole emerger. Cuando estuvo a punto de desmayarse de nuevo, la misma mano lo tomó desde la capucha y lo sacó del líquido. No pudo respirar de inmediato; la tela mojada todavía le llenaba de agua la nariz y los pulmones. Vomitó un poco y quedó con la boca amarga. De un empujón su cabeza volvió a estar sumergida. Cada segundo parecía una vida que se iba. Estaba tragando mierda de nuevo, por la boca, por la nariz, por los oídos. Ya no distinguía qué fluido salía o entraba a su cuerpo.

—¿Qué es lo que viste?

Volvió a emerger, escuchó la pregunta, pero no pudo responder de inmediato. Resopló para limpiar sus pulmones.

—Lo que le hicieron a Marabolí.

La punta de un bastón electrificado hizo una descarga justo entre sus costillas. Sintió la corriente recorrer sus huesos, sus músculos, sus venas y luego el aroma de la piel quemada.

—¿Qué es lo que viste?

—A Marabolí…

Otro golpe de corriente le cortó la voz, lo sintió más fuerte y pensó que le iba a estallar el corazón. No alcanzó a reponerse del dolor cuando la misma mano lo metió una vez más al estanque.

—¿Qué es lo que viste?

Apretó los labios, recuperó el aire, insistió con el nombre de su camarada y apretó los dientes esperando otra descarga. Escuchó el suspiro de uno de sus torturadores detrás de él y una patada lo derribó, permitiéndole descansar un momento sobre el piso.

—¿Al catre? —preguntó el teniente.

Rivadavia no escuchó la respuesta, pero asumió que era positiva, pues lo volvieron a elevar desde las axilas y lo arrastraron varios metros hasta tenderlo sobre una plancha metálica donde fue atado por las muñecas y los tobillos. Le mantuvieron la capucha puesta, y ahí

quedó tendido por minutos.

—¿Qué es lo que viste?

—Vi a Marabolí. Ustedes lo mataron.

Le levantaron la capucha dejando solo sus ojos tapados, una correa de cuero le separó las mandíbulas y expuso sus encías. Ahí le clavaron un cable cuya descarga eléctrica le hizo sentir que perdía todos los dientes.

—¿Qué es lo que viste?

—¡A los malditos marcianos asesinando a Marabolí! —balbuceó el suboficial como pudo.

El cable fue presionado contra su lengua y la descarga esta vez se sintió directo en sus vísceras. El militar se preguntó, con la poca lucidez que le quedaba, si alguno de sus órganos interiores se había cocinado después del ardor que lo hizo tomar conciencia de cada uno de cada uno de ellos.

—¿Qué es lo que viste?

—A Marabolí y tu esposa…

El último golpe eléctrico le aflojó el esfínter. En la camilla, Rivadavia defecó la poca comida que había procesado y comenzó a orinar sin control. Sintió que la electricidad le tomaba los testículos y le rajaba el escroto. El cable había sido ubicado en el espacio que separaba el ano de los genitales, y todavía podía sentirlo punzante.

—¿Qué es lo que viste?

—¡Nada! —El suboficial estalló en llanto mientras todavía meaba—. No vi nada.

Vino la calma. Sintió el cable al ser retirado y los pasos a su alrededor se ubicaron más cerca de su cabeza. Le quitaron la capucha y Rivadavia solo pudo ver en tonos rojizos. Todos los dolores del cuerpo aparecieron al unísono, sin dejarle tiempo de procesar ninguno. Un médico entró a la sala y lo sometió a una revisión de signos vitales, de la vista, de los oídos, de las heridas y de su respiración.

—No hay huesos rotos, tampoco heridas graves, aunque las que tiene están comenzando a infectarse. Recomiendo retomar la sesión mañana si aún lo necesita. Enviaré a un equipo a limpiarlo, pero debe pasar la noche en la enfermería.

De reojo, Rivadavia reconoció a Mendoza como la persona que estaba siendo informada. El médico se retiró del lugar luego de lavarse las manos salpicadas de mierda. Mendoza se acercó al catre metálico con los brazos cruzados en el pecho y desde arriba observó a su pupilo.

—Efectivamente, eso es lo que viste, Rivadavia: nada. —El coronel dibujó una sonrisa en su rostro—. Nunca te olvides de esa respuesta, por tu bien y por el de tu familia. No quiero tener que hacerle la misma pregunta a tu hija Gema, a quien ya tenemos bajo custodia en Cerro Moreno.

El coronel desamarró sus brazos y le dio una palmada en la mejilla a Rivadavia.

—Acá tú no viste nada.



Cuando llegó su turno en la comisaría, Margarita fue dirigida a un sargento que estaba detrás de un escritorio. El policía hizo una serie de preguntas como si estuviera leyendo un guion. Nunca despegó la mirada de la pantalla ni se detuvo un segundo en las facciones apagadas de la mujer que ya no lucía cabizbaja. Ella notó cuando el carabinero arqueó las cejas, vio cómo le tembló la mano en el teclado al digitar el Rut de su marido, el presunto desaparecido. Luego dejó de tipear; todo se convirtió en hacer clic en una ventana, luego dos y así sucesivamente con cada cosa que se desplegó frente a él en el monitor, hasta que por fin el uniformado miró a la mujer.

—¿Hace cuánto que no ve a su marido?

—Hoy se cumple un día.

—Ya veo —dijo volviendo a poner las manos sobre su teclado, pero no tomó nota del asunto.

—¿Es muy pronto para notificar la desaparición?

El carabinero anotó unos números en un papel y lo escondió en su mano.

—Deme unos minutos, debo hablar con mi superior.

—¿No me van a ayudar?

—Yo no he dicho eso —respondió, resoplando. Se puso de pie

revelando su prominente panza apenas contenida por los botones de la camisa de su uniforme—. Solo espéreme acá.

Margarita lo vio dirigirse al final del pasillo. El policía le dijo unas palabras al oído a una colega, la que volteó a ver a la mujer. Luego se perdió detrás de una puerta. Sintió todas las miradas clavadas en su rostro.

Al entrar al despacho del comisario, el sargento le entregó el papel al mayor, quien revisó en su propio computador para verificar la información que le estaba entregando el subalterno.

—¿Es el militar que notificó la deserción de los conscriptos?

—Afirmativo, mayor.

—Perdimos mucho tiempo con ese procedimiento y no encontramos nada, y ahora nos avisan que él mismo está considerado como desertor. —El mayor se limpió el bigote sin despegar los ojos de la pantalla—. Estos fachos de mierda creen que no tenemos mejores cosas que hacer que resolverles los problemas.

—¿Retenemos a la esposa?

—Quiero hablar con ella primero.

Cuando ambos carabineros salieron del despacho se encontraron con la silla vacía. La funcionaria les señaló que Margarita había salido apurada de la comisaría indicando que se sentía mal. Los tres uniformados corrieron hacia el vestíbulo, cruzaron la puerta y alcanzaron la vereda intentando ver hacia dónde había caminado la mujer. Ninguno la divisó. Margarita había desaparecido entre la gente.

Los dos caminos

Giovanni no paró de reclamar hasta que Jorge detuvo el motor del vehículo. Encaró a su hermano mayor al verle las manos liberando el volante, pero su interlocutor no estaba prestándole atención; tenía la vista fija en los retrovisores, en la nube de polvo que se diluía en el viento atrás de ellos y en las huellas que había dejado el Carrancho en su huida. Un golpe en el hombro sacó a Jorge del trance. Miró a Giovanni y le devolvió el puñetazo, no en el brazo, sino directo contra su cabeza y en seguida le asestó un segundo manotazo, un tercero y hasta un cuarto.

—¿Hasta cuándo cresta te metes en problemas, pendejo hueón?

Giovanni se protegió la cara al ver que un puñetazo iba directo a aterrizar en su nariz, pero su hermano se contuvo. Volvió a echar un vistazo a los espejos y notó que la tierra ya se había asentado, devolviendo el grosor a la pampa. Vio el horizonte despejado y se desmoronó sobre el volante, escondiendo la cabeza entre sus brazos temblorosos.

—Mi mamá me va a matar si no regreso contigo a casa.

—Siempre se trata de ti —rugió Giovanni—, de lo que a ti te pasa o de lo que puedes ganar, egoísta de mierda.

Jorge salió de su ensimismamiento y le clavó una mirada a su hermano.

—¿Egoísta? —Volvió a golpearlo—. Pendejo malagradecido, corrí a rescatarte apenas pude.

—¡Y en el camino dejaste botado al Gárgola y al Chano! —Esta vez fue Giovanni el que asestó un golpe a su hermano.

Jorge no se lo devolvió, más bien se quedó pensando en lo que había dicho Giovanni. Recordó haber liberado al Gárgola, que el Chano iba a crear una distracción y que no lo pensó dos veces de aprovechar la oportunidad de hacerse del vehículo cuando los centinelas se distrajeron con el operativo de aterrizaje del personal de la NASA. Dejó de reflexionar, actuó por instinto, pisó el acelerador y

solo se detuvo cuando intuyó que nadie los estaba siguiendo. Escuchó la explosión a lo lejos, vio la columna de humo a través del espejo, pero lo único que podía pensar era en que nadie debía seguirlos a casa.

—La familia está primero.

—¿Tus amigos no son familia?

—Los Cinco son familia, el Chano sabe cuidarse solo y el Gárgola... —Jorge empuñó la mano y golpeó el manubrio pasando a llevar la bocina—. ¿A quién le importa ese hueón? No sé para qué te sigues juntando con él.

—A mí me importa el gil.

—Bájate del auto, que desde acá seguimos a pata.

Jorge abrió la puerta de la camioneta y puso su bota sobre el polvo. Giovanni lo imitó creyendo que su hermano otra vez huía de la conversación. Una cosa que el menor de los Muñoz odiaba con todas sus fuerzas era que este evitara conversar las cosas cuando estaba equivocado. Solía dar órdenes, las que quizás su padre hubiese debido dar de haber pasado más tiempo en su casa. Pero a diferencia de él, a quien le correspondía la tarea, Jorge solo lo hacía de soberbio.

—O sea que sí vas a dejar botados a los demás.

—Tengo que llevarte a casa o mi mamá no va a evacuar la base. —Jorge al fin encaró a Giovanni—. ¿No viste lo que está pasando? ¿Que andan haciendo esos experimentos? ¿Que los soldados están evitando que nos enteremos de algo?

—¡Claro que lo vi! Y aun así decidiste dejar a tus amigos a merced de esos milicos cabeza de agua.

—¡Tengo que llevarte a casa!

—¡Tengo que cuidar a mis amigos!

—¿Tanto te importa el jetón del Gárgola como para dejar cagada de susto a mi mamá?

—¡Sí, Jorge, sí!

Una bofetada hizo callar a Giovanni, a quien le saltaron unas lágrimas. Devolvió a su hermano una mirada llena de resentimiento.

—Pendejo malagradecido.

—No, por lo mismo es que me importan esos cabros, porque el Gárgola, ese mismo gil al que odias, recibió una pateadura de los milicos a los que les tienes la lengua pegada en la bota. Una pateadura

que se ganó por intentar evitar que me llevaran detenido.

Jorge se tragó las palabras y las sintió deslizarse por su garganta hasta aterrizar en su panza, como el impacto de un meteorito.

—Entra ahí —ordenó apuntando a las ruinas de la casucha de la pampa.

—¡Dejaste botado al único hueón que quiso evitar que me hicieran algo!

—¿No entiendes?

—¡Tú no entiendes! Porque tienes la cabeza lavada por esos milicos de mierda, porque quieres tanto ser parte de sus filas que no te das cuenta de que a los giles no les importa nada más que su bandera, que para jugar a la guerra son capaces de detener y secuestrar a los hijos de sus propios colegas, que son capaces de desaparecer...

—¡Entra!

Giovanni nunca había visto el rostro de su hermano tan desencajado. No sabía que una vena en el cuello se podía hinchar tanto y que una voz ronca podía rasgarse al punto de sonar a otra cosa. Agachó la cabeza, empuñó las manos y obedeció.

No terminó de entrar a las ruinas cuando escuchó el motor del Carrancho arrancar. Volteó y vio a su hermano instalado tras el volante.

—¿Qué cresta...?

—Voy a ir a buscar a los cabros, los traeré acá y seguiremos juntos rumbo al pueblo.

—Te van a pillar.

—¿Y qué van a hacer? ¿Torturarme?

Giovanni apartó la mirada.

—Esa gente es igual a nuestro viejo, están haciendo su pega y trabajan con cosas que no entendemos, pero que son para beneficio del país. Si tú quieres pensar que son mala gente y que esconden cosas, asume que nuestro papá también lo hace y es parte de toda esa mierda. —Jorge ajustó el retrovisor, metió reversa y comenzó a retroceder—. No sé tú, pero yo sí le tengo estima a mi familia.

✦ ✦ ✦

Dos soldados vieron a lo lejos la estela de polvo detrás del Carrancho. A través de una radio dieron aviso del regreso del vehículo. Terminada la comunicación, decidieron ir a explorar la vieja casucha.



Giovanni miró hacia el pueblo. Se veía tranquilo, sumergido en la habitual modorra que encerraba la base como un domo. Extrañó los días en los que lo más extraordinario que le pasaba era que Victoria le dirigiera la palabra. Suspiró y entró a la casa; el aroma rancio le pateó la nariz y casi lo hizo vomitar, era más intenso que en días anteriores. El suelo estaba cubierto de una materia viscosa que se extendía como un charco por gran parte del radier. Casi resbala al pisarlo y notó que hilos pegajosos se levantaban desde su suela uniéndolo al piso. El olor ya no era ácido, era más parecido al que recordaba de la carnicería, olor a muerte, como decía su madre. Observó que la sustancia era roja y tenía coágulos, como si algo hubiese sido licuado. El muchacho intentó avanzar hacia un sector donde ponerse a cubierto. Evitó pisar la viscosidad del suelo, evitó los pellejos peludos que colgaban de las paredes, pero no pudo evitar descubrir desde la otra habitación dos ojos amarillos que brillaban en la penumbra dejándolo completamente inmóvil.

Horror oculto

Gema logró enfocar la mirada en un punto fijo frente a ella. Se sentía adormilada, veía pasar las imágenes frente a sus ojos en cámara lenta, sentía su cuerpo flotar, pese a estar atada a una silla incómoda, similar a la de los dentistas. Sintió mareo, un leve vértigo que le recordó la resaca posterior a la celebración de su cumpleaños. Reconoció una cortina de fierro y entendió que estaba al interior de un galpón. Pensó en los hangares detrás del grupo donde trabajaba su padre, el lugar al que solo pudo acceder durante la Pascua del Aviador, ya que siempre le habían dicho que ese no era lugar para una dama. Se quedó con esa idea, a pesar de que lucía distinto, limpio, más iluminado y con luces frías que conseguían transmitirle una sensación de calma inexplicable para la situación que estaba viviendo. Aguzó la mirada y vio que barrotes de fierro se interponían entre ella y la cortina. Giró la cabeza para descubrir que estaba adentro de una jaula y que no estaba sola.

Mario lloraba sentado en una silla. Tenía el rostro magullado y le habían quitado sus ropas. Un camisón de hospital lo cubría y el elástico de la ropa interior le daba algo más de calma, no obstante, le seguía molestando el piso frío que palpaban sus pies desnudos. Gema lo oyó sollozar. Pudo darse cuenta de que pese a la proximidad, estaban en distintas jaulas, Mario tenía clavadas en las venas agujas que le inyectaban un suero transparente y que en sus sienes tenía instalados un par de electrodos. Volteó a su izquierda y vio a Pamela todavía dormida. Dos hombres le quitaban la ropa. Ambos llevaban trajes blancos y máscaras de oxígeno que cubrían su rostro. Parecía no importarles la presencia de los otros dos jóvenes. En cuanto Pamela estuvo semidesnuda, un tercer sujeto se acercó para ponerle la bata hospitalaria. Acto seguido, un equipo médico procedió a conectarle los mismos elementos que Mario ya tenía en su cuerpo.

Gema se miró para cerciorarse de que aún traía puesta su ropa, pero al ver a los sujetos acercarse a su jaula, entendió que no sería por mucho tiempo. Mario permaneció con los ojos cerrados, tan apretados

como sus puños, maldiciendo en silencio a sus captores. La joven intentó sacudirse, pero las ataduras eran más fuertes. Le inmovilizaron las muñecas luego de liberarla de las amarras, y el tercer individuo intentó desabotonarle la blusa provocando un grito que sacudió el hangar completo. Forcejeó y logró liberar uno de sus brazos, con el que se cubrió el pecho. Mario los insultó a voz en cuello mientras estos volvían a someter a la chiquilla para terminar de quitarle la ropa. Gema estalló en llanto.

Uno de los hombres se separó del grupo que preparaba a Pamela y tomó desde un arsenal quirúrgico una jeringa, la abrió, puso en su interior el contenido de una ampolla y se dirigió a Gema, clavándosela en un muslo. Pasaron segundos hasta que la muchacha perdió la fuerza, pero no la consciencia, y sollozando, inmóvil, vio, impotente, cómo terminaron de desnudarla. Con Mario el procedimiento fue menos invasivo esta vez. El médico caminó hasta uno de los aparatos y solo ajustó una perilla en el dispensador del suero; no pasó mucho hasta que el muchacho perdió también energía.

Ambos jóvenes solo pudieron observar la puerta del galpón abrirse y entrar un nuevo equipo ataviado con batas blancas y escoltado por caras conocidas que vestían el mismo uniforme que sus padres a diario habían lucido con orgullo.



—Buenos días, mi general. —Dituro saludó cuadrándose y con la mano rígida sobre su visera—. ¿Me mandó a llamar?

El capitán observó que en el despacho al que acababa de ingresar estaban los comandantes de todos los grupos de la Quinta Brigada Aérea. Si ya le había parecido extraño que lo citasen a reunión un sábado en la mañana, ver a la plana mayor en pleno lo intrigó.

—Descanse, Dituro —dijo el general con voz severa. Hizo un gesto a Otero para que continuase.

—Seré breve, capitán: la seguridad de la base está comprometida y necesitamos de usted y su unidad para brindar un servicio al país.

A Dituro se le dibujó en el rostro una sonrisa. El que pensaran en él le resultó más importante que el supuesto compromiso de la seguridad

de la base. Sin embargo, la sonrisa le desapareció rápido del rostro cuando una voz desconocida se impuso en la junta. Tenía un tono grave y un acento extranjero.

—Durante esta madrugada, pocos minutos pasada la una, dejamos caer desde su órbita una cápsula con material valioso para los intereses americanos. La caída debía ser controlada, pero un imprevisto en los sistemas de reingreso la desvió hasta precipitarse en espacio aéreo chileno. Es imperioso que recuperemos aquel material, soldado.

—Capitán, señor, mi grado es el de capitán. Querrá decir estadounidense —interrumpió Dituro con la voz firme.

—*Excuse me*?

El civil no ocultó su desconcierto.

—Usted dijo americanos, y hasta donde sé, Chile también es un país americano.

—Y sin duda nos incumbe la ayuda que nos ha pedido nuestro aliado más importante de la región —manifestó el general de la brigada golpeando la mesa.

El estadounidense agitó las manos intentando calmar al militar y sacó del bolsillo de su chaqueta una identificación que dejó sobre la mesa. No era de la CIA o el FBI, sino de otra entidad, una sigla que para Dituro resultaba desconocida, aunque reconoció el logo del Departamento de Defensa de Estados Unidos.

—Sin duda su país es americano, capitán, y por ello es que también nos concierne su seguridad. El material al interior de aquella cápsula no puede llegar a un sitio poblado. Debemos actuar pronto.

—Y yo reitero que sería de mucha ayuda saber el contenido de lo que estamos buscando, oficial —mencionó el general, más calmado.

—Bob, puede llamarme Bob. —Regaló una sonrisa a su interlocutor —. Sin duda, general, apenas reciba de mis superiores la autorización para revelar dicha información, usted será el primero en conocerla. Por el momento, es asunto clasificado.

—¿Cómo puedo servir a mi país, mi general? — retomó Dituro.

—Necesitamos de su unidad y sus conscriptos para armar grupos de búsqueda. El comandante Otero le dará más detalles. Cada uno de ustedes pondrá a su disposición los recursos necesarios para recuperar

aquella cápsula y poder enviar a nuestro amigo, acá presente, directo a una fiesta de ascenso.

—Aprecio el gesto, general, pero el éxito en este caso radica en que nadie se entere de este incidente.

Los oficiales en el despacho asintieron y a un gesto del general se retiraron a sus correspondientes puestos de operación. Otero y Dituro fueron por un café y luego caminaron rumbo al Grupo 21 discutiendo los detalles de la misión que se les había encomendado.



Giovanni no podía mover un músculo, quería gritar, pero la voz no brotaba de su garganta, el aire apenas se deslizaba por su tráquea y sus pensamientos corrían más rápido que sus parpadeos. Frente a él, los ojos amarillentos brillaban, inmersos en una oscuridad inexplicable para una casa sin techo, a plena luz del sol y en medio del desierto más árido del mundo. El fluido a sus pies sonaba como si de pasos arrastrados se tratara, pero aquellos ojos no cambiaban de tamaño; pertenecían a una dimensión desconocida. Primero vio unas garras. Provenían de tres dedos alargados que se clavaban al suelo para buscar impulso. La piel que cubría aquellos dedos era gris, con una textura similar a la que Giovanni recordaba de las patas de los pollos. Un segundo par de garras emergió de la penumbra moviéndose hacia adelante. La luz al fin alcanzó aquellos ojos que no perdieron el brillo. Las facciones que se recortaron parecían familiares, o al menos la mente de Giovanni creía reconocerlas. Una vez, su amigo Isaac le había dicho que era un mecanismo de defensa llamado pareidolia, que había permitido a los humanos primitivos reconocer depredadores camuflados en la hierba, y que ahora solo se usaba como juego para distinguir formas en las nubes u otros patrones irregulares. El menor de Los Cinco temió que lo que se dibujaba ante él fuera un depredador, uno del que, aunque quisiera, no podría escapar. Sorpresa le causó al muchacho ver que el bicho, cuando avanzaba, dejaba ver un pelaje anaranjado, de hebras largas que cubrían esa piel reptiloide que terminaba en las garras, en el rostro baboso de la criatura y en una serie de crestas que le recorrían la espalda. Lucía como un simio

de hocico alargado, sin labios y con un par de colmillos que se alzaban pronunciados desde la mandíbula inferior. De la criatura emanaba un olor ácido que al chiquillo le hubiese obligado a arrugar la nariz y a devolver el desayuno, pero seguía inmovilizado por los ojos amarillos sin pupilas, brillando a pleno día. Escuchó el gorgoteo, vio cómo el cuello de la criatura se abultaba y agitaba. Sonaba húmedo, salido de una cloaca infernal, y lo hacía cerca de Giovanni.

La criatura clavó las garras en el suelo, arqueó la espalda y bajó la cabeza. Luego asomó los colmillos, levantó una cola larga terminada en látigo, sin pelos pero cubierta de crestas, y la agitó como lo haría una serpiente cascabel.

—Muchacho, ya deja de esconderte —interrumpió la voz de un soldado desde afuera del muro de la casucha—, no te vamos a hacer daño.

—Solo te llevaremos adonde tus papás —agregó una segunda voz.

Giovanni volteó la cabeza en dirección donde nacían las voces y sintió como si una mano gigante hubiese soltado la presión. Cayó de rodillas y después de sentir un cosquilleo en sus extremidades recuperó su fuerza, levantó la vista y comprobó que la oscuridad había desaparecido junto con la criatura, junto con el gorgoteo, junto con el hedor.



El Carrancho atravesó la pampa y deshizo el camino que había alejado a los Muñoz de sus captores; a Jorge ya no le importaba el sigilo. Pudo ver los Unimog volcados junto a un agujero donde todavía humeaban fierros negros en su centro, vio los equipos con las esquirlas incrustadas y el helicóptero con el parabrisas hecho trizas. Los soldados deambulaban sin dirección, aturdidos por el ruido, por la onda de choque, por las órdenes confusas de quienes todavía intentaban reorganizar el desastre. Paró el auto cerca del punto donde había estado estacionado antes, o eso pensó, le resultaba difícil reconocerlo. Cuando la polvareda se posó, pudo ver los cuerpos en el suelo. Parecía un campo de flores aplastado por una huella gigante. Se le entumeció la nuca y sintió revolverse su estómago. Abrió la puerta

del vehículo y un aroma pesado en el aire le quemó ojos y garganta al respirar. Se cubrió con la polera del *Kill 'Em All* y aguzó la mirada. Vio un bulto a pocos metros y se acercó con cautela. Reconoció la ropa oscura, la polera de Marilyn Manson que Isaac alguna vez le contó que le habían robado y el bermuda gris. No vio sangre, pero tampoco reflejos de vida en el cuerpo del Gárgola. Jorge estaba mareado, no identificó si era por las pulsaciones apresuradas de su corazón a medida que se acercaba o por el aire rancio que persistía a pesar de la brisa pampina. Dio un puntapié en la zapatilla del Gárgola; no hubo movimiento. Seguía sin ver sangre, pero el rostro lucía pálido, con los ojos entreabiertos y la lengua asomada. Pateó la canilla del muchacho y de un salto este se reincorporó. Se quejó del dolor, se sentó en la arena para sobarse y a continuación vomitó profusamente sobre las botas de Jorge. Metros más al sur, el Chano hacía lo mismo en silencio. Intentó ponerse de pie, se tambaleó y volvió a caer al suelo, donde quedó sentado, aferrado al piso y con su chaqueta vomitada.

—Me asustaron el par de hueones —dijo Jorge evitando la arcada.

—¿Qué mierda pasó? —preguntó el Chano limpiándose la boca.

Los tres amigos contemplaron en silencio la escena, lo más parecido a lo visto en una película. Una decena de hombres tendidos en el suelo, repartidos como escombros entre los vehículos militares volcados, igual de inertes que ellos hacía unos minutos. Algunos tenían un pie torcido, una herida abierta en la cabeza, una esquirla clavada en el hombro.

—No quería esto —murmuró el Gárgola.

Las sirenas de los equipos de emergencia del aeropuerto ahogaron el descargo del moreno. El Chano se puso de pie y Jorge extendió la mano al Gárgola para ayudarlo a incorporarse. Con la cabeza gacha los tres caminaron hacia el Carrancho.

Un grito les impidió continuar, luego vinieron los disparos.

Jorge volteó a mirar un manchón de color naranjo que crecía desde el espejismo del horizonte. Saltó al galope. Lo acompañaba un gorgoteo ronco. Una cola monumental se mantenía erguida. De pronto la bestia se hizo enorme, alzándose por sobre los dos metros y cuyo cuerpo tan robusto de un empellón movió los restos de los equipos que los científicos habían descargado del helicóptero. Los soldados

abrieron fuego, pero las balas rebotaban en el cuerpo del animal. Los más bravos mantuvieron la posición hasta ser embestidos igual que las máquinas. El extraño ser, como una locomotora sin freno, se abría paso directo hacia los muchachos, quienes permanecieron inmóviles y con la mandíbula desencajada. Los disparos cesaron al tiempo que los amarillentos ojos de la criatura comenzaron a brillar con suma intensidad. No parecía parpadear; eran dos faros fijos sobre el improvisado campo de batalla.

El helicóptero alzó el vuelo ante el caos y en maniobra rasante logró desviar la carrera del animal, que casi fue alcanzado por las aspas. La aeronave elevó la nariz y evitó el montículo, rodeó el paño de pampa y volvió a embestir contra la bestia, que emprendió la huida hacia el sur mimetizándose con el terreno.

El Gárgola recuperó la movilidad y de un tirón metió al Chano y a Jorge adentro del Carrancho, aseguró las puertas y rodeó el vehículo para sentarse en el asiento del chofer.

—¿Qué mierda era esa cosa? —preguntó Jorge.

—No tengo idea —contestó el Gárgola—. ¿Qué hiciste con las llaves?

Buscó en cada rincón, dentro de la guantera, en el hueco junto a la palanca de cambios, debajo del parasol, pero no había señales de las llaves.

—Están puestas, idiota —dijo Jorge—. Ahora dime, ¿qué hicieron para invocar esa cosa?

—No salió del cloro, te lo aseguro.

—¿Cloro? ¿Qué tiene que ver el cloro?

—Hicimos explotar un camión con estanque de diésel, no un puto ritual satánico.

—Mi vieja, eso es lo que vio mi vieja —agregó el Chano tartamudeando.

—¿Tu vieja invocó a esa cosa?

—El perro negro, Jorge. Lo que te conté temprano.

El helicóptero seguía buscando en el horizonte, metiéndose cada vez más hacia la pampa. El Gárgola logró arrancar el vehículo intentando localizar un camino para retornar al pueblo.

—¡Eso no es un perro! —gritó Jorge.

—Tampoco era negro —agregó el Gárgola.

—Bueno, mi vieja es distraída…

No alcanzaron a escuchar más. Como un tren desbocado, la bestia embistió el auto y los lanzó hacia el montículo de tierra.



Dituro cruzó el pasillo de la comandancia a paso firme, aunque le temblaban las manos. Masticaba la rabia, no por el hecho que debía informar, sino por no haberlo previsto. Golpeó la puerta del comandante Otero y al entrar se encontró al militar discutiendo con el gringo Bob, sentado tranquilamente sobre un librero a un costado del despacho.

—¿Está confirmado?

—Afirmativo, mi comandante. Perdimos un elemento durante un patrullaje en las cercanías de Sierra Gorda.

—¿Hay bajas?

—Tres heridos, un desorientado y dos fallecidos, mi comandante.

Otero miró a Bob y meneó la cabeza. El gringo, por su parte, hizo un gesto con sus cejas antes de beber desde un vaso con agua.

—Para usted quizás es un juego, Bob, pero nosotros estamos perdiendo conscriptos.

—Las bajas serán compensadas por la administración de mi gobierno, comandante —respondió con voz calmada.

Dituro no le dirigió la mirada al extranjero. Tragó la rabia y mantuvo la posición firme a la espera de alguna reprimenda. En su mente inventaba mil frases que le permitiesen conseguir la benevolencia de su superior y no perder el mando de la operación.

—Por este incidente tendremos que preparar algún comunicado para la opinión pública. —Otero cruzó sus manos sobre el escritorio y miró a Dituro—. Nuestro general odia tener que dar explicaciones al ministro.

—Deserción —dijo Dituro sin vacilaciones.

Otero le clavó la mirada. Bob asintió sin sonreír.

—El elemento estaba compuesto en su mayoría por conscriptos recién ingresados, comandante. Podemos informar que se trató de una

deserción desde nuestras instalaciones; ganaríamos tiempo para elaborar un plan comunicacional más acabado.

Otero se llevó las manos a la barbilla y fijó la mirada en un rincón de su oficina. Se mantuvo en silencio casi por un minuto entero.

—Desertores... Nos hará ver como incompetentes.

—¿Prefiere aclarar muertes de soldados activos en tiempos de paz? —cuestionó Dituro.

Otero sacudió la cabeza y cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir los clavó en Bob, a quien apuntó con firmeza.

—Los reportes informan de un ataque en las cercanías de donde aquella cosa que ustedes perdieron cayó. —El comandante se puso de pie—. Usted nos va a contar en detalles a qué nos estamos enfrentando.

Bob evadió la mirada, hizo una mueca con su boca y después de arquear las cejas suspiró. Volteó hasta alcanzar su maletín desde donde extrajo una carpeta con el timbre *Top Secret* y *Classified*.

—Es de conocimiento de la opinión pública las bajas presupuestarias que está sufriendo la NASA. El financiamiento se viene debilitando gobierno tras gobierno y no hemos logrado hacer entender a nuestras autoridades que el espacio es un lugar muy grande como para dejárselo en bandeja a la Unión Europea, a Japón, a China o, en el peor de los casos, a los rusos. —Extendió el informe hasta depositarlo en las manos del comandante Otero—. Hay muchos recursos valiosos allá afuera.

Otero recibió la carpeta, la revisó. No emitió palabra, pero con cada hoja que volteaba sus colores se iban desvaneciendo.

—¿Estamos buscando a un alien? —preguntó Dituro.

—Puedo asegurarle, capitán, que lo que buscamos pertenece a este planeta.

—Experimento de supervivencia —señaló Otero.

El comandante miró a Bob. El extranjero sostuvo la mirada y Dituro quiso intervenir.

—Ni en el mejor de los casos esperábamos que llegasen a una zona poblada —dijo Bob pidiendo la carpeta de regreso—, o que sobreviviesen el impacto, a decir verdad.

—Entonces no fue un accidente —concluyó Dituro. Su frase no

obtuvo réplica, hizo algunos cálculos con su mente—. ¿Por qué esta zona?

—Es el lugar de la Tierra que más se parece a Marte. Ya le dije, la NASA necesita un proyecto con el que reactivar su financiamiento.

—Tendremos que mantener ocupada a la opinión pública. Señor Bob, vamos a necesitar de su gobierno más ayuda que la que usted puede ofrecer.

—Tres aviones traerán la ayuda necesaria, comandante. Respecto a la opinión pública, lo de la deserción me parece un buen inicio, pero tal como usted lo ha dicho, necesitamos algo más grande. ¿Ha oído hablar acerca del Chupacabras?

Dituro dejó escapar una carcajada y Otero se sumó a las risas, pero Bob se mantuvo serio frente a los dos militares.

—¿El mito urbano ese?

—El mismo, el que siempre aparece cuando un gobierno sudamericano tiene algún problema grave con el que lidiar —explicó Bob sonriendo mientras devolvía la carpeta a su maletín.

—No la guarde, tiene que mostrarle eso a mi general si desea que continúe la cooperación. —Otero se puso de pie y tomó su chaqueta desde un perchero—. Sobre los desertores, capitán, active los protocolos.

Dituro se cuadró al ver a su comandante caminar hacia la puerta invitando a Bob a salir junto a él.

—Vamos a necesitar un chivo expiatorio.

El capitán sonrió con amplitud, relajó su postura e hizo un gesto para dejar pasar a su jefe y su invitado.

—Yo me encargo, mi comandante.



Mario escupió a los pies de Pablo, quien se paseaba entre las jaulas como un pavo real. El cabo se rio antes de limpiar la punta de sus botas con la parte trasera de su pantalón.

—Es bueno ver que estás animado; estos científicos me matarían si de pronto, no sé, dejas de respirar.

Mario miró alrededor y notó que los científicos seguían

concentrados en los datos que sus instrumentos les entregaban.

—¿No te da vergüenza ser tan mierda de persona? —vociferó Gema desde su silla.

Pablo volteó a verla y rodeó la jaula hasta ubicarse frente a ella. Se puso en cuclillas y ladeó la cabeza analizando a la cautiva.

—¿Eso es lo que piensas de alguien que cumple su deber?

—Y qué, ¿tu deber es cazar adolescentes y entregarlos?

Pablo se acercó a la jaula de Mario.

—Explicarte las cosas en este contexto no tiene sentido. —Se apoyó en los barrotes y los apretó mientras acercaba la cara al metal—. No vas a recordar nada de lo que te diga.

—¿Y explicarme a mí cómo vas a mirar a la cara a mis viejos en adelante? —preguntó Pamela, sacando la voz por vez primera desde que habían llegado al Grupo 21.

Pablo caminó hacia el otro extremo del hangar hasta pararse frente a Pamela, quien lo miraba con los ojos a punto de desbordarse.

—Los miraré e iré a comer esos porotos granados que le quedan tan rebuenos a tu mamá. Y beberé una cerveza con tu padre y hablaremos acerca de lo buena muchacha que eras. Pero tú no podrás verlo.

—¿Qué mierda van a hacer con nosotros?

Los instrumentos de los científicos comenzaron a titilar, las ondas registradas en algunas de las pantallas estaban cerca de salirse de sus bordes.

—Capturaremos a unas criaturas, las traeremos acá, las encerraremos en estas jaulas y las cargaremos en los aviones. —Pablo hizo un gesto con su mano como si de un avión despegando se tratase —. Y acá no ha pasado nada.

—Y qué, ¿nosotros estamos calentándoles la cama? —preguntó Mario.

—El viaje es largo. —Pablo sonrió y dio un paso atrás para hablar frente a las tres jaulas al mismo tiempo—. Y esas cosas tienen que alimentarse.

Pamela estalló en llanto. Gema apretó los puños e intentó dar patadas para soltar sus amarras. Mario comenzó a agitar su silla.

Los científicos corrieron al arsenal a buscar jeringas y se aprestaron a entrar a las jaulas para calmar a los prisioneros, que otra vez estaban

disparando todas las alarmas de los instrumentos a los que estaban conectados.

—Señor, aléjese de las jaulas. Los sujetos no pueden someterse a este estrés. Ellos no pueden alimentarse si hay estrés.

El personal médico ordenó aflojar las amarras para evitar que las muñecas enrojecidas de los muchachos se transformaran en heridas cortantes que derramasen sangre innecesariamente. Mario sintió alivio en manos y tobillos y miró a Gema, quien asintió con la cabeza.

—Vales callampa, Pablo, ¡vales callampa! Te vas a arrepentir por lo que estás haciendo —gritó Gema al momento en que su jaula empezaba a abrirse.

—Sí, me voy a arrepentir. Considero que esto es un desperdicio. —Pablo miró a Pamela, que no paraba de llorar—. El sexo era bien bueno.

El equipo de comunicación se encendió. Hemos localizado a la segunda criatura, rezaba el mensaje exaltado. Las puertas del hangar se abrieron y al lugar entraron Pizarro y un pelotón de conscriptos que vieron a Pablo custodiando las jaulas.

—¿Qué hace la hija de Rivadavia acá? —preguntó Pizarro apuntando a la muchacha.

Pabló refunfuñó mirando al cielo, pidiéndole al suboficial que no interviniera, que era asunto de inteligencia y que las órdenes de Dituro habían sido claras. La actividad adentro del hangar aumentó. El personal médico quedó estático observando el ánimo de los soldados caldearse. La radio no paraba de comunicar acerca de la persecución, y el llanto de Pamela subía de volumen con cada grito de la discusión.

—Libere a los civiles, cabo —ordenó Pizarro.

—Me temo que usted no entiende, suboficial.

—Ella es la hija de Rivadavia, no vas a tocarla.

Los conscriptos conocían el apellido; era el de su instructor, el único que en el tiempo que llevaban acuartelados no los había tratado como escoria, como sirvientes o como niños malcriados. Comenzaron a cruzar miradas. Vieron a Pablo llevar la mano a su revólver, ellos portaban fusiles que todavía no habían aprendido a utilizar. Pizarro no titubeaba, el cabo tampoco y los gritos se tornaban insoportables.

Bastó el movimiento en falso de un conscripto para que Pablo

efectuara el primer disparo que, lejos de impactar al soldado, hizo blanco en los instrumentos médicos que medían a Mario, desatando un festival de chispas y explosiones eléctricas. Pizarro se trenzó en una pelea a golpes con el agente de inteligencia y el personal médico corrió a desconectar a Mario para alejarlo de las descargas que amenazaban con energizar las jaulas. Desde un control remoto las amarras de los cautivos fueron liberadas. Gema no lo pensó dos veces: aprovechando la distracción, liberó sus extremidades, embistió al médico que bloqueaba la salida de su celda y le arrebató de las manos una jeringa con el sedante para correr hacia Pablo, quien estaba a punto de someter a Pizarro. Tomó la inyección y la clavó directo en el brazo del cabo. Insultando al aire, este comenzó a desvanecerse en medio del mar humano movilizado.



—¿Qué vamos a hacer cuando lo atrapemos? —preguntó uno de los conscriptos.

—Es un niño; lo sometemos y lo llevamos de regreso al sargento Silva —contestó otro asomando por una de las ventanas hacia el interior de las ruinas.

—¿Y si se resiste?

El soldado miró a su camarada, luego bajó la vista hacia su fusil. El conscripto asintió apretando el arma entre ambas manos.

—No lo veo —dijo el primero bajando la guardia—, ya hemos revisado todo el perímetro y no veo a ese mocoso.

—¿Estás seguro de que está acá?

El soldado miró a su alrededor, las casas de la población a lo lejos eran lo único que rompía la pampa.

—Dos entraron, uno salió. Tú también los viste.

—¿Y si está muerto?

—Bueno, eso explicaría el olor. —Se limpió el sudor de la frente.

En el aire se mantenía el olor putrefacto, como si una legión de cadáveres descompuestos se hubiese dado cita bajo sus pies, pero las botas estaban sostenidas solo por la arena de la pampa.

—Tenemos que entrar, prepárate.

Giovanni los escuchaba a lo lejos, aunque de manera clara. Estaba con la espalda apoyada en un rincón de las ruinas, dos paredes estrechas de lo que debió ser alguna vez un clóset. Se había cubierto con algunas planchas de madera que encontró destrozadas en el centro de la habitación contigua. Su plan era permanecer callado, quieto y atento, para huir apenas los soldados le dieran la espalda. Cuando escuchó el crujido del ripio a la entrada de la casa comenzaron las dudas. ¿Y si esos soldados eran la excepción y resultaban ser meticulosos? ¿Y si su escondite era malo? Él podía ver hacia el exterior, ¿qué impedía que desde afuera lo vieran a él? ¿Estarían ahí para matarlo? Giovanni no sabía pelear. Sus brazos tenían alcance porque era un joven larguirucho, pero no confiaba en la fuerza de sus puños. Los militares estaban entrenados, venían equipados con uniformes de campaña, con armas, con casco, con lentes para evitar el polvillo del desierto. Él apenas tenía puestas sus botas, el resto era *jeans* y una polera de Pantera que le había regalado el Zana, una banda que ni siquiera le gustaba. Se sintió un farsante, un león sin dientes, lo peor. ¿Y si esa cosa que había visto seguía ahí, al acecho?

Los soldados revisaron la sala, movieron muebles, corrieron maderos, se subieron a la estructura que alguna vez había sostenido un techo para verificar que el sitio estuviera despejado. Era su pesadilla, el grupo sí era minucioso. Se le escapó un sollozo que logró atrapar con sus dos manos apretando su boca. Perdió el aire cuando vio una pila de escombros moverse en la habitación del otro lado del pasillo que los hombres recorría. Bajo las botas se pulverizaban la piedrecilla y los trozos de tiza de los tabiques destrozados. Los captores se acercaban. Giovanni vio la sombra aparecer de entre los escombros, una bestia de poco más de metro cincuenta: era real. La criatura se agazapó y desde su escondite vio emerger un aura oscura, no estuvo seguro de si alucinó, si justo pasó una nube cubriendo el sol o si los soldados taparon la entrada de luz de alguna ventana, pero percibió cómo las penumbras invadieron la habitación. Sintió un miedo diferente al que antes había experimentado, más cercano a cuando se paralizó la vez que fue atacado por el perro de su vecina y habían tenido que darle cinco puntos en la enfermería. Pero esto se sentía diferente, más frío, más hediondo. La bestia trepó por la pared hasta

detenerse en el vértice del techo y desde ahí acechó. Los soldados siguieron avanzando por el pasillo, iban a enfrentarse al Horror Oculto, la carta favorita del mazo de *Magic* con el que intentaba derrotar al Gárgola en tardes ciertamente más tranquilas. Una criatura de grandes colmillos, de aspecto viscoso, con cuatro niveles de fuerza y cuatro de resistencia que guardaba de su edición *Vientoligero*. Estaba frente a él un verdadero horror oculto extendiendo sus dientes como puñales, clavando las garras en el concreto, escondiendo sus ojos, sumido en las sombras.

—Acá está.

La voz del conscripto sacó del trance a Giovanni, quien por estar ensimismado en su miedo no vio a los hombres entrar por un agujero en la pared, tampoco se percató de que sus piernas estaban asomadas por debajo de uno de los tabiques que había usado para cubrirse y menos que su abultada cabellera rizada en nada se parecía a los colores jaspeados de los pelajes que colgaban de las vigas.

—Sal de ahí con las manos en alto, niño —dijo el escolta apuntando a Giovanni con su fusil. El conscripto al que acompañaba siguió el ejemplo.

Giovanni estaba paralizado, no a la vista de los cañones que lo apuntaban, sino por la sombra de la criatura alzándose por sobre el hombro del soldado, al que luego de clavarle las garras en el hombro levantó del suelo como a un trapo y lanzó hasta el final del pasillo. Acto seguido se abalanzó sobre el conscripto, quien chillando dejó escapar una ráfaga de disparos que rebotó en el cuerpo peludo del horror oculto. A los pies de Giovanni rodaron las bolas de goma. Perdigones, pensó, y aprovechó el caos de la lucha para dejar su escondite y buscar la salida más cercana.

El muchacho resbaló a la entrada del pasillo con la materia viscosa que bañaba el lugar, cayó de costado y se dañó el codo, pasó por encima de él la criatura que estaba enfrascada en una lucha con el conscripto, quien gritaba esforzándose por alejar las garras de su cuerpo. Ambos contendientes cayeron sobre las piernas de Giovanni, que intentó arrastrarse por el suelo para escabullirse hacia la salida de la casa. Una pared completa faltaba en la sala, y aun así el muchacho solo podía ver oscuridad. De un salto la criatura se perdió hacia la

parte alta de un muro y, cual una araña, se alejó de los disparos.

—Contacto, hicimos contacto —habló el escolta a través de una radio.

Giovanni volteó y vio al soldado reincorporándose, tenía un brazo inmovilizado y el uniforme manchado con su propia sangre. En la otra mano sostenía una radio.

—Soldado, su ubicación —respondió una voz chillona desde el otro lado de la línea.

—La vieja casucha de guardia, al norte de la pista de aterrizajes.

El conscripto se puso de pie. Tenía el rostro rasguñado en diagonal y apenas podía mantener abierto uno de sus ojos. Echó mano a su fusil luego de examinar el resto de su cuerpo.

—Mantenga la posición, soldado, y mantenga a esa cosa con vida. Cambio y fuera.

Giovanni intentó huir gateando. Sintió la bota del escolta contra su espalda y al cruzar miradas entendió que ya no debía moverse.

—Ahí viene, ¡ahí viene!

Los tres escucharon los pasos acercándose. Sonaban ahogados, no lograron determinar si venían por abajo o por alguno de los muros.

—Cambia de munición —ordenó el escolta.

—Nos ordenaron no hacerle daño.

—Un balazo en la pierna no la va a matar. —El soldado apuntó su rifle contra Giovanni—. Nada personal, mocoso, pero no podemos dejar cabos sueltos.

La criatura atravesó la sala e impactó con fuerza al escolta, arrancándole el brazo con el que sostenía su fusil. De paso se llevó a Giovanni, quien atravesó un tabique cayendo afuera de la casucha. Las ráfagas de balas al interior perforaron las paredes, obligando al adolescente a permanecer contra el piso. Escuchó el gorgoteo, sintió la peste, vio la luz amarilla de los ojos de la criatura paralizando al conscripto. Luego sintió las pisadas fuertes del animal avanzando lento hacia su presa, vio la cola en alto sacudirse como un cascabel y también al escolta, entre chillidos, usar su brazo herido para sacar de su morral una granada.

—Me salvó la vida, esa cosa me salvó la vida —murmuró Giovanni sin razonar sus palabras—. Tal vez sí puedo controlarla como a mis

cartas.

Se puso de pie y corrió a toda velocidad, tacleando al soldado que se llevaba la granada a la boca para arrancar el seguro. El muchacho quedó bañado en la sangre que salpicaba como una fuente y vio la granada rodar intacta hacia un rincón de la casa. El fulgor amarillento se desvaneció, la criatura miró a Giovanni y el conscripto aprovechó el momento para esparcir una ráfaga de balas que mandaron al adolescente directo al piso, con un dolor punzante en las piernas y un calor húmedo que comenzó a empapar su *jeans*.

Luego hubo silencio.

Giovanni levantó la cabeza y quedó inmovilizado por el dolor en sus piernas. Intentó aliviarlo con sus manos y solo pudo ver cómo estas quedaron empapadas en sangre tibia y brillante que escurría desde la altura del fémur. Dolía espantosamente. Intentó gritar, pero sintió el sabor metálico inundando su boca, tenía reventado el bazo, perforado por una bala que había encontrado su salida en la espalda y que le impedía sentarse. Miró a su alrededor y descubrió a la bestia devorando las entrañas del conscripto. Recordó al Horror Oculto, recordó sus tardes de *Magic*, recordó que el costo de jugar a esa criatura era sacrificar una carta, su propia carta.

Giovanni cayó de espaldas sintiendo sus fuerzas abandonarlo, como la sangre que manaba desde su boca y que apenas lo dejaba respirar. Vio a la bestia acercarse a él, sintió sus garras apoyarse en sus piernas, su rostro olfateando su pantalón, su aliento caliente contrastando con lo frío que comenzaba a ponerse su cuerpo. Vio a su madre pidiéndole que no saliera a la calle. Vio a su hermano retándolo por atolondrado, rogándole que no fuera tan porfiado, que pensara, que ya estaba grande para andar haciendo estupideces. Vio a Victoria riendo con sus payasadas, al Zana haciéndole cosquillas, a Isaac diciéndole que tal vez debían volver, que no debían seguir adentrándose en la pampa. Sintió las lágrimas cayendo por sus mejillas y lo último que vio fueron esos ojos amarillos y al horror oculto saboreando sus intestinos.

La montaña abrió sus fauces en medio de la cordillera, tragó un óvalo incandescente y volvió a cerrarse para desaparecer en la inmensidad del desierto. La nave se acercó hacia la zona señalada por el personal en tierra y, disminuyendo la velocidad, quedó congelada en el aire, descendió vertical y reposó sobre un campo magnético a un metro del suelo. Su brilló comenzó a menguar. Mecánicos y mantenedores salieron desde los hangares contiguos para apoyar la maniobra de descarga del objeto, que una vez apagado, liberó vapor abriendo una compuerta que de a poco descendió hasta tocar el suelo.

—¿Qué ha pasado?

—¿Primera vez en La Bandera, teniente?

Dos mantenedores conectaron el objeto a una fuente de energía que parecía transmitirla sin contacto. Los sistemas del camión se recargaron y el sargento arrancó el motor con su llave. Vargas miró a su conductor; no recordaba el momento en que la máquina se había apagado. En su cabeza, esta nunca había dejado de maniobrar adentro del túnel.

—Lo sé, también me sorprendí cuando vine por primera vez. —El sargento apuntó dos fuentes de luz que brillaban intermitentes en un pálido tono azul bajo el vehículo—. Es por el electromagnetismo, el motor a veces se estropea como si recibiera un pulso. Esa máquina que han acercado permite revertirlo.

Vargas miró por el espejo retrovisor y vio la luz detrás del camión como la salida de un túnel, algo más pequeña que la abertura por donde habían entrado. El sargento metió reversa y se aprestó a sacar el Unimog para llevarlo hasta el hangar de recepción y despacho, donde debían intercambiar su carga.

—No me pida entender cómo lo hacen, yo solo manejo camiones. —El resplandor de la luz artificial adentro de la montaña cegó por segundos al comando, quien ya se había adaptado a la penumbra—. Cuando baje procure hidratarse, lo va a necesitar. Y no se esfuerce por

entender. Mientras menos preguntas haga, mejor va a sobrellevar esto.

Los mecánicos hicieron la señal al conductor para que detuviera el vehículo en medio de una plataforma. Acto seguido comenzaron a revisar el chasis del Unimog y la nave que los había llevado hasta la base. Cuando dieron el vamos, el sargento asintió para que su teniente bajase de la cabina. Vargas lo hizo en silencio, comprendiendo que su carrera como comando paracaidista en aquel instante había cambiado de rumbo para siempre. Lo habían entrenado para operaciones especiales, de alta complejidad o, en el peor de los casos, secretas, pero siempre pensó que se trataba, sobre todo, de meras formalidades y mitos en torno al rol del comando. El pacto de silencio se materializó apenas puso las botas sobre el suelo y levantó la cabeza para ver la inmensidad de la caverna que albergaba las instalaciones, los edificios que, a diferencia de un centro de alta tecnología, respondían más a la arquitectura de los años cincuenta y al búnker que vigilaba el lugar empotrado en la roca al otro extremo del portalón por donde ellos habían ingresado. Un edificio en las profundidades. Ni en sus alucinaciones más locas imaginó algo así.

Vargas vio al sargento bajar y preguntar de inmediato si estaba abierto el casino. Recibió una respuesta afirmativa y dibujando una sonrisa en el rostro le hizo una seña de despedida al comando.

—¿Abandonarás el camión?

—Mi rol es traer y llevar. La manipulación de lo que traigamos o llevemos no me compete —respondió apuntando a las espaldas de Vargas—. Ya llegarán a quienes sí.

El oficial asintió en silencio, pero no despegó la mirada de su conductor.

—Me sorprende que usted sepa… —Vargas apuntó el camión y luego la nave—. Ya sabe.

—¿Pilotear? —El sargento soltó una carcajada—. Eso se lo enseñan a ustedes, los oficiales, yo solo manejo camiones. Esa cosa —apuntó a la nave— prácticamente se maneja sola. Yo solo debo meter mi máquina ahí y ella sabe a dónde llevarnos.

—¿Ella?

—Sí, por lo intuitiva. —El chofer se sobó la panza—. Ahora, si me lo permite —concluyó antes de dar media vuelta y alejarse rumbo al

casino.

El comando volteó y se enfrentó a dos soldados de la policía militar, quienes, fusil en mano, lo llamaron por su nombre y rango para pedirle amablemente que los siguiera hasta la oficina del coronel. Vargas recordó el encargo del capitán de su grupo y sintió frío en el estómago. Sin más palabras siguió a los militares mientras el sargento se perdía en las instalaciones del casino de la base secreta.



Silverio rodeó el Carrancho una vez la polvareda se asentó. No vio fugas de combustible ni de aceite y al acercarse a la cabina echó una mirada a los adolescentes magullados que, junto con la conciencia, comenzaban a recuperar la sensibilidad en sus cuerpos. Se puso en cuclillas y sonrió al ver a Jorge sacudir la cabeza. Entendió que no había daños severos y le hizo un gesto a los pocos soldados que quedaron en pie luego del caos armado por el Gárgola primero y luego por la criatura que terminó de llevarse a sus hombres.

—Vaya problema en el que nos han metido —murmuró el agente de inteligencia.

Jorge se sentó en la base del montículo, todavía mareado. Se revisaba la nariz constantemente verificando si tenía sangrado. Le dolía como si hubiese recibido un puñetazo, pero sus manos estaban limpias y él continuaba sorbeteando una hemorragia invisible. Se quitó los lentes oscuros, que a esas alturas parecían ser parte de su propia carne, y dejó ver sus ojos pardos. Miró su rostro en el reflejo de los cristales y vio que solo tenía un hematoma sobre el pómulo derecho, en todo caso en mucho mejor estado que sus propios anteojos de sol, que estaban rotos por completo. Escupió espeso a un costado y entrelazó sus manos sobre las rodillas magulladas. Vio a los soldados sacar del auto al Gárgola, que tenía la frente partida y el rostro empapado en sangre. Pensó que su amigo solo se veía algo brilloso. Le costaba distinguir la sangre de la tierra de la piel morena del veterano, pero aun así dejó escapar una sonrisa al verlo tan molido como él. Los Cinco no sangran, Los Cinco son de metal, dijo una vez que sentaron al herido a su lado. El Gárgola escupió un líquido rojizo y amarillento a

los pies de Jorge, luego verificó sus dientes y suspiró aliviado al ver que los tenía todos. Jorge, disimulando, imitó el gesto y contó todas las piezas en su lugar. Al Chano lo sacaron por el parabrisas. Lucía fresco como lechuga, sin magulladuras y con la ropa relativamente limpia. Caminó hacia sus amigos sacudiéndose la chaqueta y sonrió con amplitud.

—Fue divertido —dijo mientras se sentaba junto a ellos.

Silverio ordenó a uno de los soldados custodiar a los muchachos, quienes no tenían ánimos de seguir huyendo, y al resto de su cuadrilla le instruyó voltear el Carrancho. Los soldados empujaron el armatoste hasta que lograron dejarlo caer sobre lo que alguna vez fueron sus neumáticos. El costado del conductor estaba abollado por el impacto de la bestia, que dejó parte de su pelaje incrustado en los vidrios, latones y fierros del viejo vehículo de la Guardia. El capot se había desencajado y dejó escapar el vapor hirviendo del radiador. Una poza de agua se dibujó debajo y Silverio entendió que ya sería imposible volver a usarlo.

—Contacto, hicimos contacto —se escuchó a través de su radio.

El sargento tomó su equipo desde el cinturón y se lo llevó a la boca. No le había gustado el tono d alarma con que sonaba la voz desde el otro lado.

—Soldado, su ubicación —respondió Silva alterado.

Esperó con paciencia la respuesta. La estática en la radio le aceleró el corazón a Jorge y estiró el cuello como una suricata.

—La vieja casucha de guardia, al norte de la pista de aterrizajes —informó la voz.

Jorge quiso escuchar más, deseó que Giovanni por esta vez no le hubiese obedecido y estuviera de regreso en casa.

—Mantenga la posición, soldado, y mantenga a esa cosa con vida. Cambio y fuera.

Silverio cerró la comunicación y devolvió la radio a su cinto sin quitarle los ojos de encima a Jorge. Se sacudió las manos y ordenó a sus hombres que investigaran si alguno de los vehículos a su rededor estaba en mejores condiciones que el Carrancho. Luego avanzó hacia los amigos.

Jorge actuó rápido. Le pidió al Chano y al Gárgola que le siguieran

el juego y ambos asintieron.

—Ahora me van a decir qué mierda está pasando acá —los encaró el sargento mientras volvía a ponerse en cuclillas frente a ellos.

—Sabemos hacia dónde va esa cosa —dijo Jorge cruzando los dedos para que la radio no sonara indicando que habían encontrado a su hermano—. Debemos regresar al pueblo.

Silverio no les creyó. Apenas un soldado le avisó que uno de los camiones todavía funcionaba, ordenó que subieran a los civiles a la cabina y a cinco soldados que se ubicaran en el compartimento de carga, preparados para cualquier tipo de acción. En el camino los muchachos protestaron, pero tenían poca fuerza para resistirse.

—Te estás equivocando, Silverio, no vas a encontrar a esa cosa sin nuestra ayuda —dijo Jorge una vez que Silva se subió al vehículo con la intención de manejarlo—. A ti mismo te pidieron ir por mi hermano, y aún no entiendes por qué. Esa cosa está conectada a mi hermano y va a ir por él.

—Es una buena actuación, mocoso, lo admito. Me conmueves —respondió el sargento apuntando hacia la radio en su cinto—, pero la posición informada por mis hombres no está en la población.

—Pasamos por ahí cuando huimos en el Carrancho. ¿A dónde crees que fuimos? —insistió Jorge. El Chano y el Gárgola se miraban intentando seguirle el paso a su amigo—. ¡Llevé a mi hermano chico a casa para que evacuara antes de volver por este par de giles!

Silverio hizo contacto en el motor. Al quinto intento logró hacerlo andar y puso ambas manos sobre el volante antes de voltear a ver a Jorge. Sacó la radio y preguntó por novedades de la situación; solo recibió silencio de vuelta. Insistió una vez más con el mismo resultado.

—Esa cosa está buscando echarle mano a mi hermano, que no sé qué cresta hizo para enojarla, pero ahora está en peligro.

—Y con él en el pueblo, todo el mundo en Cerro Moreno está en peligro también —agregó el Gárgola.

Silverio metió el cambio para mover el Unimog.

—Acá Halcón, UH-1H en persecución. El objetivo cambió de rumbo, repito, el objetivo cambió de rumbo. Se dirige al poblado. Cambio.

El Chano y el Gárgola se miraron. Jorge respiró aliviado. Silverio mantuvo su escepticismo.

—Mantenga la persecución, cambio y fuera. —El sargento lanzó el radio sobre el tablero y agarró con ambas manos el volante para modificar el rumbo hacia el pueblo—. Ahora van a contarme todo lo que saben de este animal de mierda.



Isaac asomó desde la caja de carga del camión. Estaba mudo, paneando el horizonte, intentando razonar, digerir y comprender lo que veía. La base se apreciaba tranquila, sin moros en la costa y en un silencio que le provocaba angustia. Pero no era eso lo que lo mantenía perplejo, tampoco el hecho de ver aquellos objetos voladores extraños apostados en una suerte de hangares o las luces de la pista de aterrizaje dibujando un trazo directo al gran muro de roca que se alzaba frente a él, o más bien, envolviendo todo; al muchacho lo que lo mantenía mudo era el reflejo de contener el vómito que luchaba por salir incluso por su nariz. Victoria se incorporó, y al ver la oportunidad salió del vehículo. El Zana la siguió, aunque al tocar suelo tuvo que afirmarse en un equipo metálico que parecía el soporte de una grúa. Ahí respiró hasta recuperar el equilibrio. Isaac quiso seguirlos, dio un salto, tocó suelo y cayó de rodillas. Vomitó lo poco que tenía en el estómago. Su amigo se unió a él al verlo formar el charco en el suelo y Victoria no tuvo más remedio que acercarse a su enamorado para recogerle el pelo y ayudarlo a que no se ensuciara más de la cuenta.

—¿Estás bien? —preguntó Isaac mientras se limpiaba la boca con la muñequera negra que lo distinguía entre Los Cinco.

Victoria asintió señalándole que solo le dolía un poco la cabeza y luego ayudó al muchacho a ponerse de pie. El piso dejó de moverse debajo de Isaac y contempló con asombro la magnitud de la base en la que se encontraban.

—Creo que no estamos en Batea —dijo apenas recuperó el aliento.

—No me estés hueveando —replicó el Zana mirando hacia el camión desde el que descendieron con los brazos en jarra—. ¿Qué te hace pensar eso?

—Bueno, desde la base la caseta se ve más chica. Aunque no soy muy bueno calculando las dimensiones... Una vez creí que podía subir

corriendo el cerro El Ancla.

Victoria echó a reír. Se alejó de los muchachos para tener mejor vista de lo que estaban contemplando. Notó la caverna, vio los edificios de cuatro pisos que le recordaron mucho los bloques de departamentos en los que vivió en Las Rocas* cuando niña.

—Y qué, ¿supones que estamos adentro de la caseta?

—¿Se te ocurre algo mejor?

—Atrás del cerro, genio. Debemos estar atrás —concluyó el Zana mientras se rascaba la cabeza—. ¿Alguna vez has visto lo que hay detrás del cerro?

—Isaac… —interrumpió Victoria.

—Todo el tiempo, cuando regreso de vacaciones desde Santiago. Desde el avión puedes ver todo lo que hay detrás de los cerros.

—En la superficie.

—Zana, Isaac… —insistió Victoria.

—¿Te parece que estamos en la superficie?

Isaac levantó la vista y sintió que se le venía encima la caverna. Comprendió que la pista de aterrizajes no conducía a un callejón sin salida y que los edificios que los rodeaban, a pesar de ser similares, no correspondían a Cerro Moreno.

—¡Cabros!

Victoria captó la atención de los amigos acompañando su grito de un silbido que rebotó en todos los rincones de la base. Apuntó hacia el frente del camión y el grupo vio una cuadrilla de soldados acercarse a su lugar, escoltados por un carro de arrastre y una grúa horquilla.

No tuvieron tiempo de seguir razonando sobre si aún permanecían en la base, tuvieron que echar a correr para buscar refugio. De pronto, lo que parecía ser una instalación fantasma se llenó de vida con personal militar cumpliendo labores en todos los rincones.



Pizarro entregó dos tazas con té hirviendo a Gema y Pamela. Acto seguido, el suboficial se sentó frente a Gema para interrogarla. La muchacha todavía vestía la bata médica, pero pudo cubrir su torso con una chaqueta militar que él mismo le ofreció. Ella no estaba segura de

hablar, de reojo miraba al personal médico que hacía unos minutos la tenía sometida; eran ellos los que lucían preocupados, custodiados por soldados armados que los obligaron a mantenerse en un rincón con las manos sobre sus cabezas. Respiró aliviada al ver como aseguraban a Pablo en una de las camillas que poco antes ellos mismos ocupaban. No encontró palabras tramposas en la voz de Pizarro; este llevaba mucho tiempo trabajando con su padre y los vínculos afectivos eran más fuertes que los de una institución que comenzaba a botar a sus efectivos una vez se acercaban a la edad de jubilación. El segundo al mando de la instrucción estaba en sus últimos cinco años y el desgaste le venía persiguiendo. Sin embargo, a pesar de desearlo, no tenía mayores noticias de su jefe, fuera de que estaba cumpliendo servicio en Cerro Batea.

Pizarro había borrado la sonrisa de su rostro hacía largos minutos, incluso antes de reprender a los muchachos por exponerse a los peligros de los ejercicios militares, cuando comprendió que ya no podía seguir sosteniendo el secretismo.

—Gema, no puedo ayudarte. La ubicación del suboficial Rivadavia en este momento es la menor de nuestras preocupaciones. —Se inclinó hacia los tres muchachos que permanecían sentados frente a él. Bajó la voz antes de seguir—. Algo extraño está pasando en la base y debo asegurarme de que salgan de acá lo antes posible.

—¿Algo extraño? —preguntó Pamela.

El suboficial asintió y le hizo un gesto a la pelirroja para que bajase también su voz.

—Un elefante rosado en tanga es algo extraño, ¿es eso lo que pasa en la base?

—Puedes reemplazar la palabra extraño por clasificado si te deja más tranquila.

—Pero...

Pizarro interrumpió a Mario, dejando entrever que no podía dar más detalles sobre ese asunto. El muchacho arrugó entre sus puños la bata que lo cubría.

—Si quiere que salgamos de acá, solo abra la puerta de ese hangar y dejaremos de ser su problema. —Mario completó la oración.

—Primero necesito que entiendan que esto es grave. El hecho de que

los hayan visto acá y que esa gente que está allá... —El militar señaló al personal médico—. El hecho de que no haya podido cumplir con su trabajo y que yo haya intercedido para ayudarlos tendrá consecuencias para todos, y serán complejas.

—No nos está tranquilizando —insistió Pamela.

—Pero... —El hombre le hizo un gesto con el dedo índice—. Si ustedes me prometen que se irán directo a sus casas, se encerrarán ahí y no se asomarán por la ventana hasta que todo esto pase, puedo conseguirles un vehículo.

—¿Encerrarnos? —preguntó Gema después de tomar un sorbo de su té—. ¿No era que teníamos que evacuar?

Pizarro suspiró posando sus manos peludas en las rodillas.

—Ya es tarde para eso. Los buses ya deben ir saliendo de la base con todos los civiles del pueblo. Ustedes se han quedado atrás —remató.

Mario pensó que era poco probable que su madre hubiese dejado a sus hijos botados. La conocía demasiado bien y estaba seguro de que ella era capaz de montar un escándalo si no la dejaban verlos. Pamela, por su parte, se resignó a que sí. Tenía problemas con la familia desde hacía tiempo, por ello se aferraba a Pablo. Mascó su rabia. Gema, a su vez, pensó en su mamá, en si ella había regresado a casa y encontrado el arroz a medio cocinar y se había indignado. Le costó creer que ella se subiera de modo voluntario al bus sin sus hijos, pero recordó también que su padre alguna vez le dijo que los milicos podían llegar a ser muy persuasivos si lo necesitaban. Luego se acordó de Isaac, del mocoso ese que se había mandado a cambiar y que prometió llegar a la hora del almuerzo. De pronto, la idea de refugiarse en casa no le pareció tan terrible.

—Oscurecimiento. —Gema dejó escapar la palabra mirando al suelo.

Mario y Pamela la observaron esperando mayores detalles, pero estos no llegaron. Se unieron a ella en el silencio.

—¿Tengo su palabra?

Los tres asintieron coordinados. Pizarro les pidió unos minutos y abandonó el hangar, dejando instrucciones a sus soldados de que sometieran cualquier intento de moverse de los prisioneros.

—Entonces, ¿el plan? —preguntó Gema.

—¿Plan? ¿De qué hablas? —contrapreguntó Mario.

—Es bastante claro, ¿no? Nos subimos al cacharro que el sufi* nos pase y nos encerramos en casa —insistió Pamela.

—No puedo, tengo que encontrar a mi vieja y a mi hermano —dijo Gema.

—¿Qué? ¿Qué mierda le pasa a tu familia que se pierde? ¿No vinimos acá a buscar a tu papá?

—Yo estaba con tu hermano —dijo Mario.

Gema lo quedó mirando en silencio, con los ojos desorbitados y las ganas de golpearle la cabeza entre las manos.

—¿Dónde?

—Acá mismo, estábamos en el hangar del frente. —Mario apuntó en dirección al norte—. Él también andaba buscando a tu viejo. Fue a mi casa a preguntar qué había pasado y luego con mi hermano y Victoria lo acompañamos hasta acá para ver si alguien sabía algo.

—¿A tu casa? ¿Por qué a tu casa?

—No sé, mi papá ayer mencionó que ojalá apareciera tu viejo, y a él le quedó dando vueltas. —Mario recibió el golpe en la cabeza sin tiempo de esquivarlo.

—¿Y ahora me lo dices?

—¿Y cuándo debía hacerlo? ¿Cuando el milico loco jefe de tu viejo nos tenía bajo arresto, cuando el psicópata del pololo de tu amiga nos quiso drogar o cuando me tenían sedado ahí en esa máquina de mierda? Elige.

Gema se mordió los labios, mientras Mario se sobaba la cabeza.

—¿Y dónde están ahora? —preguntó Pamela mirando alrededor.

Era cierto, Gema también cayó en cuenta. Todo el rato en que estuvieron retenidos, tanto en la oficina de Dituro como en el hangar de las jaulas, fueron solo ellos tres, no había señales del Zana, de Victoria y menos de Isaac.

—Se colaron en un camión que iba hacia Cerro Batea.

—Pendejo de mierda, lo voy a matar. ¿Cómo lo dejaste ir?

—No conoces lo obstinado que puede ser tu hermano cuando se le mete una idea en la cabeza. Tuve que hacer una distracción para que nos descubrieran y por eso terminé acá, con ustedes y esa tropa de imitadores de Mengele.

Pizarro regresó para indicarles que el vehículo estaba listo. Le lanzó

las llaves a Mario, ordenó a los civiles abandonar el hangar y a dos soldados que los escoltasen hasta la máquina. Los médicos protestaron en inglés y los conscriptos tuvieron que contenerlos mientras los tres muchachos al fin pudieron ver la luz del día de nuevo.

—¿Usted no viene? —preguntó Gema.

—Tenemos problemas más grandes ahora.

Una vez que los muchachos dejaron el hangar, Pizarro enfrentó a los médicos que seguían luchando por liberarse para evitar la huida de sus pacientes. El suboficial se plantó firme ante ellos, desenfundó su revolver y lo apuntó al grupo, logrando de inmediato la calma.

Gema, Pamela y Mario llegaron al vehículo, un bus viejo de carrocería Marcopolo con un diseño cuadrado que alguna vez, a principios de los noventa, lució vanguardista. Los tres jóvenes subieron y se enfrentaron al asiento del conductor.

—¿Qué esperas?

Mario miró a Gema, quien lo apuraba para que se sentase frente al volante. El Hammer quedó estático, sin colores en el rostro y con los ojos petrificados.

—¿Yo?

—Tú tienes las llaves.

—¿Crees que estudio contabilidad por gusto? ¡Me gusta la paz, la calma! No me interesan las tuercas ni todo el estrés que las acompaña. —Mario estiró la mano entregándole las llaves—. Ni siquiera sé manejar el auto de mi viejo, es a mi hermano al que le gustan las cosas con ruedas.

—Yo tampoco sé manejar —dijo Gema, devolviendo las llaves a Mario—. Mi viejo ni tiene auto.

Pamela suspiró y le arrebató las llaves a su amiga. Se amarró el pelo en una cola y se sentó frente al volante. La bata médica se le subió a la mitad de los muslos y arqueó la espalda intentando alcanzar los pedales. Mario sintió el peso de la sangre escapar por su nariz. Gema le dio otro cachetazo al percatarse de cómo se le escapaban los ojos hacia los muslos blandos y gruesos de su amiga y obligó al muchacho a pasarse detrás del asiento del conductor.

—Okey, solo es un auto más grande, ¿no?

Mario no estaba tan convencido, pero prefirió guardar silencio.

Gema insistió en que lo mejor era cerrar las puertas, por si acaso. Luego de manosear un montón de botones en el panel, Mario desde atrás estiró la mano activando una válvula a la izquierda de Pamela. Le rozó una pierna. Nada pasó, ni siquiera con la insistencia del muchacho.

—Saca la mano o te juro que te voy a volar los dientes —dijo Pamela intentando contener la neura.

—Es ahí, créeme, he visto al sujeto que maneja el bus de estudiantes.

—Tal vez si echas a andar el motor… —intervino Gema.

Pamela giró la llave y el bus se sacudió intentando avanzar, para apagarse de inmediato. El segundo intento no fue mejor, hasta que recordó que la máquina debía estar en neutro. El motor ronroneó y la válvula que estaba tocando Mario se activó para cerrar la puerta. Acto seguido, Pamela invirtió unos segundos para reconocer la palanca de cambios. Gema no paraba de dar instrucciones, la mayoría contradictorias con lo que Mario decía.

—Mi papá siempre me dijo que si el auto hace caballito, es porque vas por buen camino.

—¿Caballito? —preguntó Gema.

Pamela soltó el embrague y comenzó a acelerar para que el bus, a trompicones, comenzase a avanzar unos cuantos metros.

—¡Caballito, caballito! —gritó Pamela con una sonrisa en la cara al notar que el bus ya comenzaba a moverse parejo, mientras Mario y Gema se unían en su celebración.



La puerta de la casa cincuenta y uno se golpeó contra la pared cuando Jorge entró, apresurado, hasta el fondo del pasillo sin mirar atrás. Detrás ingresaban el Chano y Silverio Silva, quienes con mayor calma miraron el living y la cocina que seguía con su aroma a ajo frito. El Gárgola se quedó en la entrada, custodiado por los dos soldados que se bajaron junto a ellos. Luego el camión se llevó al resto de los hombres al final de la calle para intentar construir una barricada que impidiera a la bestia desbocada entrar hacia las casas bajas. El mayor de los

Muñoz encontró la pieza que compartían sus hermanos menores vacía, con las camas aún por hacer, olor a culo y las calcetas tiradas en el rincón junto a la ventana. La cortina también estaba cerrada, como si al despertarse aquella mañana la residencia hubiese quedado atrapada en el tiempo. Salió de la habitación y entró en la suya, que lucía tal como él la había dejado, un poco más ordenada, pero con los mismos problemas de ventilación; la pieza de sus padres no se veía distinta. Asomó hacia el pasillo para hacerle un gesto al Chano. Sabía que no era carta para ayudarle a pensar rápido en una excusa que no los pusiera de regreso a la pampa desde donde quizás ninguno fuese a regresar. El Chano, a su vez, comenzó a preguntarse cuánto rato una persona puede fingir buscar algo que sabe que no está en el lugar, o a alguien, en este caso.

—Me estoy cansando de tus juegos, Muñoz. —Silva se llevó la mano a la radio que seguía en su cinturón—. Tienes dos minutos para decirme dónde está tu hermano.

—Quizás evacuó con mi mamá, deberíamos ir a buscar en los buses.

—Claro, tú trajiste a tu hermano a casa y tu madre te permitió regresar a la pampa a buscar a tus amigos en el auto de la Guardia que tú mismo venías manejando. —Silverio se miró la entrepierna y se revisó la cremallera del pantalón—. ¿Ando con el cierre abajo que me estás queriendo ver las hueas?

El Chano sintió el flujo de su estómago subirle por la garganta con la profunda arcada que le provocó pensar en los testículos de Silva, aunque luego se puso a reír imaginando qué tan chicos los podía tener.

—Esa cosa viene persiguiendo a mi hermano, ¿por qué otra razón cree que viene hacia acá? —Jorge simuló seguir buscando a Giovanni abriendo la puerta del clóset del pasillo, lanzando la ropa al piso—. Mi hermano debe estar en alguna parte.

—Se te está acabando el tiempo.

El Chano ladeó la cabeza al ver la polera que Jorge sostenía en sus manos, era la de *And Justice for All* de Metallica. Apenas mantenía el amarillo en sus letras, pero era lo suficientemente distintiva para que al desgarbado se le viniese a la mente.

—Esa polera, ¿es del Giovanni?

Jorge la miró y negó con la cabeza.

—¿Seguro?

—Sí, seguro. Esa polera es mía, la primera que me compré en el Black Shop cuando pude ir.

—¿El Giovanni no tiene una igual?

—No. —Silverio interrumpió a Jorge, avanzó por el pasillo y lo agarró de un brazo hasta sacarlo de la casa—. Pero a veces me la saca sin permiso.

El Chano corrió a la puerta y le bloqueó el paso al sargento de inteligencia, quien agotó la poca paciencia que le quedaba y amenazó con darle un puñetazo al mocoso.

—Esa cosa no está persiguiendo a Giovanni. —El Chano arrugó la nariz preparado a recibir el golpe del militar como un campeón. El impacto nunca llegó.

—¡Habla!

Abrió los ojos y vio la mano detenida frente a su rostro y a Jorge liberado del agarre del agente.

—Esa es la polera que Giovanni estaba usando el día que fuimos a la pampa. Recuerdo el olor asqueroso que impregnaba todo el lugar, me costó sacármelo de la piel después de que agarré ese chaleco que se me ocurrió llevar como limpiapiés al patio.

Jorge miró a Silverio y trató de expresar que tampoco entendía lo que su amigo estaba diciendo. Se demoró en asociar el argumento con alguna tentativa de entretener al militar y tampoco se le ocurrió cómo seguirle el juego.

—El perro negro, hueón.

Jorge abrió los ojos hasta que casi se le salieron disparados.

—¿Esa mierda era real?

—Fue a mi casa, mi vieja lo vio y se lanzó de cabeza directo a buscar ese chaleco de mierda. Esa ropa, la ropa que vestimos, la que se impregnó de ese olor asqueroso.

—¿Me quieren decir que esa cosa huele y viene por una polera? —intentó concluir Silva.

Jorge olfateó la tela y se llenó de asco al sentir entrando por su nariz el aroma a almizcle.

—Mi hermano no está y aun así esa cosa viene hacia acá. —Jorge se puso la polera sucia encima de la ropa—. Entonces, ya tenemos una

carnada.

Entretener a los militares le resultó más importante que pensar bien lo que estaba haciendo. El Chano asintió y el grupo salió de la casa para pedir instrucciones. Silva comprendió que si los jóvenes tenían razón, la ventaja táctica podía estar de su lado para terminar rápido con el operativo.



Vargas escuchó en silencio las instrucciones del coronel, que se pavoneaba frente a él. No lo conocía de la escuela, tampoco del estado mayor ni de ninguna brigada en que prestaba funciones, pero imaginó que era normal si estaba al mando de una instalación tan secreta que ni siquiera todos los funcionarios sabían de su existencia. Mantuvo la boca cerrada, no tan impactado por las órdenes que se le estaban dando como por el hecho de dimensionar cuántos asuntos más estarían escondidos bajo sus propias narices.

—¿Le queda clara su misión?

Vargas salió del estado catatónico y asintió. Luego sacudió la cabeza y pidió que le repitieran la instrucción: había perdido el hilo de las órdenes cuando se le indicó que el paquete del que debía deshacerse en el camino se trataba de una persona. El coronel no estaba de humor, suficiente tenía con el papeleo clasificado que debía revisar y firmar dando cuenta de la actividad anormal en la zona. Y la incertidumbre de lo que estaba ocurriendo en Cerro Moreno le tenía los pelos de punta con los estadounidenses pidiendo actualización de la situación a cada momento. Lo único que consolaba a Mendoza era que en un lapso de veinte minutos los agentes y científicos de la NASA iban a subir al camión de Vargas a la criatura que guardaban en el búnker, a Rivadavia, y una vez que se largaran, su instalación iba a volver a la habitual calma que les brindaba el no existir en ningún mapa.

—Sí, pero aún no entiendo por qué no debe llegar de regreso a Cerro Moreno, coronel.

Mendoza sacudió la cabeza y levantó la mano en señal de alto. Una cosa había aprendido en sus años iniciáticos, cuando era el jefe de los

escoltas de la junta militar en dictadura, y era que nunca se aconsejaba tener más información de la necesaria.

—Mis órdenes respecto al paquete son sacarlo de mi base. Lo que le hayan ordenado a usted sus superiores en Cerro Moreno no es asunto mío ni tengo por qué darme por enterado, teniente.

El comando guardó silencio, nunca había sentido una mala espina más grande que la que le habían clavado recién. De igual forma se puso de pie, era un comando paracaidista del Grupo 21 y tenía que saber cumplir con su deber. El teléfono en la oficina de Mendoza sonó. Repicó una sola vez antes de que el oficial lo tomase para escuchar lo que se comunicaba desde la otra línea.

—¿En qué canal? —Mendoza suspiró profundo y cerró los ojos—. Desista, yo me hago cargo —concluyó con voz suave.

El coronel miró un monitor al costado izquierdo de su escritorio y con una orden detuvo el andar de Vargas, quien volteó a enfrentar a su superior. Mendoza giró el monitor y le enseñó una imagen de las cámaras de seguridad en donde vio a tres adolescentes escondidos entre los pertrechos, intentando abrirse paso dentro de los hangares de la base. Uno de ellos le pareció un rostro familiar.

—Hágase cargo también de ellos, teniente.

El comando titubeó.

—Esas no son mis órdenes, señor.

—Lo son ahora.

—Pero...

—Mi base, mi jurisdicción. Usted va a obedecer.

—¿No sería mejor que la policía militar los tome bajo custodia?

—¿Usted vio lo que estamos operando allá afuera? —Mendoza se puso de pie y apoyó los puños sobre el escritorio—. Nuestro recurso humano es limitado y tenemos que mantener andando todo esto. Esos mocosos seguro llegaron en su camión, ahí mismo se los tiene que llevar. Comando, hágase cargo.

Vargas se cuadró y dio media vuelta para salir de la oficina del mandamás de la base.

—Lo que pase con ellos una vez que salgan de mi base, no es asunto mío. No olvide las órdenes que tiene desde Cerro Moreno.

El militar salió del despacho. Afuera se encontró con los soldados

que lo habían conducido hasta la oficina. Llevaban a un tercer uniformado atado de manos y con una capucha sobre la cabeza. Reconocía el uniforme, era de la Quinta Brigada Aérea y en los brazos lucía el grado de suboficial, pero no traía el parche con la identificación a la vista, aunque sí el distintivo del Grupo 21 mal escondido bajo la capucha, en la base del cuello. Vargas no hizo preguntas, ordenó a los soldados conducir el paquete hacia el camión en que había llegado y los siguió de cerca, mientras que en su cabeza insistía en que el consejo del sargento acerca de no hacer preguntas era, tal vez, el mejor que le habían dado el último año. También comprendió por qué el conductor escogió ir directo a comer y no supervisar la carga de su vehículo. El comando deseó tener aunque fuese un mínimo de esa negación creíble.

Subió al camión y acomodó al prisionero al fondo, lo aseguró contra el fierro de la caja de carga y revisó que todas las amarras estuviesen firmes. Hizo una señal a los hombres de la grúa horquilla para que instalaran una caja de pertrechos a su lado y escondieran a la vista al soldado. Cuando esta estuvo asegurada, levantó el pulgar a los mecánicos.

—¿Es la última? —preguntó Vargas, observando el resto de las cosas que había a su alrededor.

—Negativo, teniente, falta una que están asegurando los gringos —respondió un cabo segundo apuntando hacia el búnker.

Cuando el personal de tierra se alejó del vehículo, Vargas siguió su instinto y arrancó la capucha, descubriendo a su prisionero. Se le desencajó la mandíbula y cayó sentado sobre sus posaderas, se agarró la cabeza a dos manos y volvió a mirar a quien tenía al frente para asegurarse de no estar equivocado. Era Rivadavia, su camarada de brigada, con quien había asistido a las últimas cinco campañas aeromilitares, con quien compartía cervezas en la cantina, el mismo sujeto que un mes antes lo había recibido en su casa para compartir un asado.

—Debo encontrar a esos mocosos cuanto antes.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Isaac.

—Tal vez deberíamos regresar al camión —contestó el Zana.

—Es un poco tarde, corrimos toda la base hacia el otro lado —señaló Victoria.

La adolescente tenía razón, se habían alejado al menos unos cien metros desde el hangar de recepción y despacho y ahora un enjambre de funcionarios los separaban del único lugar seguro que habían conocido desde que se embarcaron en la aventura.

—Tal vez deberíamos pedir ayuda —propuso.

—¿Ayuda? ¿A quién? ¿Ves alguna cara confiable?

—Estamos en una base, Zana, somos hijos de funcionarios, ¿qué tenemos que temer?

Victoria le dio una vuelta a la idea. No estaba del todo segura de que fuera la misma base en donde habían crecido sus amigos, pero los uniformes eran como los que vestían sus padres. La conversación, de pronto, dejó de sonar disparatada.

—¿Y cuál es tu plan? Salir y decir: hola, tío, me perdí por andar buscando a mi papá —ironizó Zana.

—Es una opción —intervino Isaac.

El Zana lo miró con incredulidad y contuvo una carcajada.

—¿Lo es? ¿Desde cuándo?

—Desde que se me acabaron las ideas racionales y toda esta mierda comenzó a parecerse a un capítulo de *Los expedientes secretos X*.

Victoria centró su atención en el muro contra el que apoyaba su espalda al tomar conciencia de que era bastante incómodo e irregular. Volteó y palpó con su mano la roca en bruto, comprendió que sí, que estaban adentro de una caverna y que no se trataba de una buena imitación con papel maché que buscara camuflar una sección de su pueblo. Se acordó de *Los expedientes secretos X*, el programa mencionado por Isaac. Cuando estaba en la básica le gustaba mucho, aunque la televisión abierta transmitiera los episodios tarde en la

noche y su mamá la retara por no irse a dormir. Al igual que al protagonista, a Victoria le entraron ganas de creer.

—No era un buen *show* —sentenció Zana.

—No para los protagonistas, pero uno se lo gozaba. —Isaac no se la dejó pasar.

—¿Y qué piensas que somos ahora? No nos estamos viendo por una pantalla, Huiro, baja de la nube. En cualquier momento sale un *alien* de ese edificio y nos llevan los hombres de negro.

La muchacha se puso de pie y siguió con la mirada las irregularidades del muro. Calmó la curiosidad que le provocó tratar de adivinar con qué maquinaria se habría podido excavar una cosa así y se centró en lo práctico; si estaban en una caverna necesitarían aire para respirar, lo que implicaba algún túnel de ventilación que alimentase la base. Vio tuberías, vio el cableado expuesto que le recordó el último viaje que hizo en el Hércules* aquel verano en que su padre no consiguió pasajes en el Boeing 777 para las familias de los funcionarios y tuvieron que conformarse con unos asientos incómodos adentro de la bestia de metal que no ofrecía las comodidades mínimas y mantenía todos sus sistemas eléctricos e hidráulicos expuestos, como si se tratase del plan de entretenimiento básico para los pasajeros. Alguna vez visitó a su padre en el Grupo 31, donde desempeñaba funciones de técnico en telecomunicaciones. Si algún día te pierdes, sigue los cables, le dijo cuando la acompañó al baño del edificio. Si no hay cables, busca los tubos, insistió, y si no hay tubos, mira la ventilación. De pequeña, Victoria siempre supo cómo encontrar el camino de regreso a la estación de trabajo de su papá.

—Ahí —dijo Victoria señalando una rejilla empotrada a tres metros de altura.

—¿Hombres de negro? Zana, son milicos igual que nuestros viejos. Preguntamos si conocen a mi papá y listo. A lo más nos van a llevar a la Guardia.

—Odio que me lleven a la Guardia —protestó el Zana empuñando las manos y escupiendo al suelo—. Bueno, mi viejo a veces puede ser un imbécil, ¿sabes? Sobre todo cuando le pregunto cosas de la base. Ojalá que estos giles se parezcan más al tuyo.

—Ojalá que no, él a veces puede ser una tumba.

—Cabros, ahí —insistió Victoria.

Isaac y Alejandro levantaron la mirada hasta ver la rejilla.

—Tal vez podamos colarnos por ahí y llegar de regreso al camión sin que nos vean —complementó la muchacha.

Siguieron con la mirada el ducto de ventilación que se camuflaba en la pared de roca, extendiéndose como una enredadera hacia todos los rincones de la base. Isaac no lo pensó dos veces y le pidió a su amigo Zana que lo levantara para alcanzar la rejilla. Removerla no fue un problema.

—¿Quién va primero? —dijo Isaac con las manos en la entrada del ducto.

Victoria miró al Zana, que sostenía a su amigo sin esfuerzos, y ambos devolvieron la mirada a Isaac, que tenía los ojos clavados en el fondo del túnel.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Victoria—. Porque hasta ahora solo hemos estado improvisando.

Otra vez tenía razón, hasta ese momento los adolescentes eran una veleta y el viento había dejado de soplar hacía rato.

—Tenemos que encontrar a mi viejo.

—Odio decirlo, compadre, pero ya hemos llegado bastante lejos. Nos metimos al camión creyendo que iría a Batea, el último lugar donde supimos que estuvo tu taita. Ahora no sabemos dónde estamos. —El Zana comenzó a bajar a su amigo—. Lo prudente sería pedir ayuda para regresar a Cerro Moreno confiando en que tu padre haya aparecido.

Isaac no quería que su amigo tuviese razón. De un salto se encaramó en el ducto, para meterse de cabeza y no volver a asomar.

—Súbeme, súbeme.

Victoria se trepó por los brazos del Zana y luego pisó sobre sus hombros para intentar alcanzar la orilla de la ventila.

—¿Qué haces, Victoria? —le preguntó.

—Dime que nunca has visto una película de terror, ¿no sabes lo que pasa cuando el grupo se separa?

—Opino que deberíamos parar con las referencias televisivas.

El Zana tomó de los tobillos a Victoria y la levantó hasta que esta,

aprovechando el impulso, se escabulló por el túnel. Acto seguido, el atlético joven movió unas cajas para pararse encima. Maldijo su estatura promedio. Cuando se aprestaba a bajar en busca de nuevos bultos para apilar, sintió una mano firme inmovilizándole el brazo en una llave que lo puso de boca contra el muro de la caverna.

—¿Adónde mierda está yendo? —preguntó Vargas una vez que logró inmovilizar al muchacho.



La criatura entró a la población por el norte, atravesó el pasaje que separaba las casas bajas de las grandes, el mismo que días atrás había recorrido para escarbar en el patio de la casa del Chano, cuando este cruzó los dedos para que la bestia siguiera de largo. La estrategia era sencilla, Silverio llevaría a Jorge hasta el contenedor de basura, un armatoste apestoso que alguna vez fue una buena idea para esconder los desechos de la intemperie. El recipiente se encontraba en un callejón semicerrado entre los pabellones siete, cinco, ocho, nueve y once, donde el animal podría ser fácilmente cercado. La labor del Chano, el Gárgola y otra división de los hombres de Silva sería dirigir hacia allá al animal, evitando que tomase la ruta frente al pabellón cuatro que lo llevaría a campo abierto y directo al corazón del pueblo. Los soldados no reaccionaron al verlo, perplejos ante las dimensiones de la criatura, cuya masa corporal era similar a la de un caballo adulto, pero con el pelaje más largo, dibujando una estela de fuego a sus espaldas. Sus brazos poderosos no levantaban polvo al tocar el suelo y sus facciones hostiles eran difíciles de procesar a plena luz del día. Fue el Gárgola quien reaccionó primero, lanzándose contra la bestia, alzando los brazos y gritando como si se tratase de Obi-Wan Kenobi espantando a los moradores de las arenas. Los soldados se le unieron al ver que el animal bajó la intensidad del galope y cambió de dirección para retornar por donde había venido. Ahí entró en escena la división del Chano, quien repitió la maniobra aprendida de su amigo y se lanzó en persecución del animal, que tomó la ruta esperada para la emboscada final. Jorge estaba encaramado sobre el techo del basurero cumpliendo a cabalidad su rol de carnada, vio a la criatura pasar entre

los pabellones, escuchó el grito de guerra de sus amigos, que justo entraban por el flanco poniente del terreno mientras los hombres de Silva emergían como energúmenos desde el oriente. Las balas de goma comenzaron a rebotar contra el cuerpo robusto de la bestia, que no dejó de correr, se fue directo contra la estructura y de un empellón derribó a Chano, que trataba de asirse de alguna de sus greñas.

—¡Alto al fuego! —ordenó Silva al ver al muchacho comprometido en la línea de disparo.

—Lo va a matar —señaló un soldado.

—Y si seguimos disparando lo haremos nosotros.

Jorge cayó de espaldas en la tierra y perdió el aire. Escuchó el eco de los disparos como si la batalla se hubiese desarrollado al otro extremo de la pampa. Los gritos de sus amigos parecían submarinos y el brillo del sol del desierto quemaba su vista haciéndole extrañar sus lentes. La tierra se paralizó por un momento, hasta que vio emerger la cabeza puntiaguda de la criatura, con su piel escamosa escondiendo los ojos negros que parecían cuencas vacías. Los mismos que, acompañados de un zumbido, comenzaron a prenderse en un amarillo intenso que quemó profundo el alma de Jorge, quien alcanzó a sentir las garras de la bestia rasgando su polera. El gorgoteo grave le hizo aflojar el esfínter.

El Chano y el Gárgola armados con piedras se lanzaron contra la criatura, que apagó sus ojos para enfrentar a los chiquillos. La distracción fue aprovechada por los soldados, que echaron mano a sus fusiles para intentar acercarse y atraparla de una vez. La bestia dio dos pasos atrás y se agazapó, lo que el Gárgola aprovechó para arrastrar de los pies a Jorge y alejarlo de la lluvia de balas de goma que los soldados dispararon contra su objetivo.

Con habilidad felina, el animal evadió los disparos y escaló la pared del pabellón seis. Apenas alcanzó el techo, quedó congelado ante la aparición del UH-1H que se posó a escasos cinco metros para abrir la puerta lateral. Desde adentro, un artillero asestó al fin en el blanco con una red que lo envolvió y mandó de regreso al suelo.

Los muchachos respiraron aliviados, los militares celebraron su triunfo y Silverio sonrió después de muchas horas de tensión. Un vehículo ingresó al improvisado campo de batalla y desde él

descendieron unos individuos vistiendo trajes de contención de riesgos biológicos, quienes sin hacer preguntas ni comentarios sedaron mediante un dardo a la bestia, que todavía se retorcía en el suelo. Solo entonces el agente de inteligencia posó la mirada en los civiles. El Chano lo vio encimándolos cuando la radio del militar se activó.

—Contacto, contacto hacia el sur.

La alerta llegó desde el helicóptero, el personal en tierra alzó la vista y vio cómo la nave giró para perderse en persecución de una nueva criatura.

—El objetivo se mueve rápido en dirección al gimnasio.

Los amigos se miraron entre ellos buscando una explicación que ninguno tenía. Silva no tuvo tiempo de unirse a la duda, echó mano a su arma y ordenó a sus hombres partir en ruta de intercepción del nuevo objetivo. Jorge se sacudió la ropa y se unió a la campaña seguido por sus amigos, quienes dejaron al personal científico estabilizando a la presa y preparándola para cargarla en un camión y llevarla directo hasta su jaula.



El Zana trató de mirar por sobre su hombro a su atacante. Solo vio la piel morena del antebrazo firme que lo sujetaba de la muñeca, la misma que tenía amarrada al omóplato. También vio el uniforme verde mimetizado y tembló al reconocer el parche de comando paracaidista en su brazo. Quiso moverse, pero un dolor eléctrico le paralizó el espinazo y, a pesar de tener su otra mano libre, la fuerza con la que estaba siendo retenido era tan intensa que entendió que un movimiento brusco le podía fracturar algún hueso, incluso uno que ni siquiera supiera que existía.

—Quieto, solo quiero saber a dónde se fue tu amigo.

—Me vas a romper el brazo.

—No lo haré. —Vargas obligó a Alejandro a girar hasta enfrentarlo a una cámara en el vértice de la entrada del hangar en donde se estaban refugiando—. Pero necesito que ellos vean que no los he desobedecido.

Alejandro levantó la cabeza para encontrar la cámara, pero la

presión en su muñeca creció y el dolor le enrojeció la vista.

—¡No la mires directo, idiota! —Aflojó la presión al ver que el muchacho después de un grito diluido volvió a mirar al piso—. Te voy a liberar, pero necesito que finjas que sigues sometido, ¿vas a cooperar?

El adolescente asintió en silencio y percibió como aflojaba la presión en su muñeca, en su brazo, en su hombro, en su espina dorsal e incluso en sus pulmones. El comando retrocedió unos pasos hasta encontrar una de las cajas que el Zana había ocupado como escalera para ganar altura hasta la ventila y ahí apoyó el torso del adolescente.

—¿Qué es esto? —preguntó Vargas mientras cacheaba los bolsillos de su prisionero.

—Un casete.

—¿Un casete? ¿No es muy incómodo para traerlo en el bolsillo?

—Ya estoy acostumbrado.

El comando terminó de revisar al joven, calmó su ímpetu cuando se aseguró de que no representaba un peligro mayor reemplazándolo por la curiosidad al aterrizar la idea de que ambos estaban en medio de una base perdida en medio de una montaña.

—Soy el teniente Vargas, comando paracaidista del Grupo 21, ¿quién eres tú y qué carajos haces con el Rivadavia chico en este lugar?

Los pies de Victoria asomaron por el ducto y se arrastraron en silencio hasta quedar colgando a pocos centímetros de la cabeza del soldado. Alejandro parecía confundido, había visto comandos antes, aunque no sabía que también podía haber oficiales con ese rango. Su padre les tenía cierto respeto a los que completaban el curso, no obstante solía señalar que de tanto aporreo y golpe en la cabeza quedaban trastornados, con los cables cruzados. Pero el sujeto conocía a su amigo. Decidió presentarse.

—No tenemos idea dónde estamos, ¿qué te hace pensar que sabemos hacia dónde ir?

El comando asintió. O lo que decía el mocoso tenía mucho sentido o estaba haciendo las preguntas equivocadas.

—¿Por qué vinieron?

—Estamos tratando de encontrar al papá de Isaac. Creímos que el

camión iba a Batea, donde se supone que el viejo está haciendo guardia.

—¿Buscando?

—Sí, buscando. Mi viejo insinuó que había desaparecido, queríamos saber si era cierto, pero de pronto todo se puso surreal.

El rompecabezas comenzaba a armarse en la cabeza del comando. Estaba al tanto de las maniobras irregulares que se estaban llevando a cabo en Cerro Moreno. La misión ordenada por Dituro ya le había hecho ruido, pero ver al suboficial maniatado y golpeado en una instalación clasificada era un hecho más que extraño. Al comando solo le faltaba entender por qué el capitán de su grupo tenía tanta prisa por deshacerse de un elemento que, según su trayectoria, era a todas luces un héroe para los militares fieles a su institución. Era cierto, el vejete podía ser rebelde, tozudo y cascarrabias, pero se había ganado ese derecho por sus hazañas, las que incluían un servicio y lealtad sin parangón durante la crisis Leigh-Pinochet en la época de la dictadura y un desafío directo al general que dijo que sí traicionando a sus camaradas. Un héroe, a los ojos del comando.

—¿Y la muchacha?

—¿Cuál muchacha? —el Zana sonó menos convencido de lo que pretendió.

—¿La muchacha está con él?

—No sé de qué estás hablando, vine solo con mi amigo.

—Alejandro, puedo ayudarlos...

Vargas se mordió la lengua, podía apreciar la lealtad, aunque esta fuese tan ingenua como la del adolescente. Ya había visto las imágenes de los jóvenes husmeando, y de cierto modo le pareció tierno el intento de encubrimiento. No tuvo tiempo para hacérselo saber. Victoria tanteó el terreno con sus pies y apenas dio con la ubicación del comando al patearle el hombro, se dejó caer con todo el peso de su cuerpo golpeando con su trasero la nuca de este y mandándolo de bruces sobre el Zana, quien agradeció no estar prisionero de la llave infernal con la que lo habían reducido. Acto seguido, la chiquilla rebotó y fue a dar al pavimento un par de metros adelante, usando solo sus brazos para amortiguar el golpe. Alejandro se movió rápido y aprovechó que el soldado seguía aturdido para voltearlo y ponerse

encima de él, inmovilizándolo con su rodilla bien encajada en las costillas.

—Victoria, ya lo tenía.

La muchacha se puso de pie y se miró el brazo rasguñado por la caída. Comenzaba a sangrar, no le gustaba ver sangre. Lamentó no tener más ropa encima que poder rasgar y crearse un vendaje, pero se puso de pie sin quejarse y se acercó a su amigo.

—Escuché tu grito, deberías ser más agradecido, ¿sabes?

Alejandro no replicó, concentró su atención en Vargas, que se quejó largo e intentó sobarse la nuca. Detuvo su maniobra al sentir que aumentaba la presión de Alejandro sobre su tórax.

—¿Isaac?

—Se mueve como un hámster, no pude seguirle el ritmo. —Victoria apuntó al comando—. ¿Quién es tu amigo?

—Tengo a Rivadavia —murmuró Vargas.

Imposible, pensó Victoria, ella lo vio perderse al fondo del túnel. Los adolescentes revisaron si el sujeto traía alguna radio por la cual estuviese enviando algún tipo de alerta.

—Al viejo, tengo al suboficial Rivadavia a salvo en el camión que nos trajo hasta acá.

Victoria meneó la cabeza, Alejandro insistió en que tal vez debían escucharlo. La discusión fue interrumpida por el titileo intermitente de una luz roja que inundó toda la caverna. Acto seguido, una alarma se activó en el lugar.

—Carajo, las cámaras —dijo Vargas suspirando.

Con poco esfuerzo el comando se quitó a Alejandro de encima y se puso de pie. Asomó hacia la entrada del hangar y calculó que tenían unos pocos minutos antes de que alguna patrulla llegase hasta ellos.

—Esto es lo que van a hacer: la chiquilla regresa a ese túnel y va a intentar alcanzar al Rivadavia chico, lo va a convencer de salir por la primera toma de aire que crucen y volverán hacia el camión en que llegamos.

—Me llamo Victoria.

Al comando no le importó.

—¿Sabes manejar?

Victoria meneó la cabeza y Alejandro levantó la mano

entusiasmado.

—Okey, Alejandro. Cuando te lo ordene, vas a correr directo hacia recepción y despacho, vas a echar a andar el camión, y cuando estemos todos arriba lo vas a meter adentro de esa cosa que parece un huevo.

El comando le hizo una señal a Victoria para que se impulsara en sus manos hasta alcanzar la ventila. La chiquilla no lo dudó y de un salto estuvo de nuevo adentro del túnel, donde esperó a escuchar el final del plan.

—¿Y tú qué vas a hacer? —preguntó Alejandro.

—No estoy muy seguro de las intenciones de esta gente para con ustedes, pero las cosas se han puesto muy locas allá en Cerro Moreno. —El comando aseguró los cordones de sus botas, el cinturón de su uniforme y se deshizo de su boina negra—. Soy el único con el entrenamiento necesario para montar una distracción que nos permita salir de acá con vida.

Ambos adolescentes tragaron saliva, la realidad cobró otra dimensión para ellos. Victoria recibió la señal y se puso a gatear con toda la velocidad que le dieron sus extremidades, aguantando la quemazón del metal en la piel y el dolor de las rodillas. Alejandro se puso en posición a la espera de la señal del comando para correr con todas sus fuerzas hacia el hangar de recepción y despacho. Pensó que al fin tanto Test de Cooper había servido para algo y sonrió al recordar su mejor tiempo en el colegio.

—San Martín. —Vargas le alcanzó una palanca al muchacho—. Eres pésimo sometiendo a la gente. Esto no es una película, si se te cruza algún soldado con intenciones de frenarte, dale con esto en una pierna y sigue adelante.

El Zana no sintió el golpe en el ego, pero sí los nervios previos a la descarga de adrenalina. Recibió la palanca y echó a correr con todo lo que tenía cuando recibió la señal, entregándose al caos sonoro desatado en la base que ahora lucía teñida de rojo.



Silverio condujo a su equipo por entre los juegos junto a la

multicancha. Jorge lo seguía como uno más de la patrulla. Su entusiasmo creció al dejar atrás la banca en la que había pasado los días de gloria de su adolescencia. El Chano y el Gárgola tomaban distancia del grupo, el segundo no lograba meterse en la cabeza el motivo por el cual debía seguir las instrucciones de los uniformados que tanto repudiaba. Poco tiempo hubo para debatir por que al frente, en el camino pavimentado, dos camiones cortaban la ruta. Parapetados frente a ellos, tres líneas de soldados mejor armadas que la patrulla a la que ellos estaban siguiendo.

—Sargento, mantenga la posición y espere instrucciones.

Silva echó mano a su radio y con el puño en alto ordenó a sus hombres detener la carrera.

—Acá Silva, ¿quién ordena? Cambio.

—Capitán Dituro al habla. Detenga el avance y tome posición de alerta, vamos a interceptar al objetivo. Cambio y fuera.

El sargento organizó una línea que abarcó toda la extensión que separaba los pabellones treinta y dos y treinta y tres. Jorge se agazapó junto a ellos, pero de pronto vio sus manos desnudas. El Chano y el Gárgola se refugiaron junto al pabellón treinta y se unieron a la tensa calma. El ruido de las aspas del UH-1H sonaba lejano, no lo podían ver, tampoco el del único motor de tierra que provenía del bus que aceleraba por la ruta junto a Base Aérea. El resto era tensión, silencio y corazones acelerados.

—Deberías bajar la velocidad si pretendes dar la vuelta —dijo Mario.

—Eso intento, pero el freno no funciona —contestó Pamela.

—Prueba con el otro pedal —sugirió Gema.

Pamela miró los pedales y suspiró al ver que había tres. Insultó el automático que su padre había comprado en Iquique.

—Contacto —se escuchó a través de la radio—. Fuego a discreción.

La balacera cayó como una lluvia de invierno. Pasaron pocos segundos antes de que Jorge viera emerger desde el poniente a una criatura similar a la que antes había estado persiguiéndolos. Era una bestia más pequeña, más hábil, más veloz, y daba saltos en zigzag que obligaban a los proyectiles a besar el pavimento. La intensidad del ataque fue tal que la bestia optó por cambiar de rumbo hacia el sur. La

cancha de Base Aérea parecía un campo minado, pero tampoco prosperó la huida por esa ruta. Como un halcón surgió desde el cielo el helicóptero a cortarle el paso. El pelaje llameante de la criatura pareció suspenderse en el viento cuando se escuchó el disparo del dardo. El animal tambaleó, golpeó la tierra con sus brazos y dio media vuelta para correr hacia el pueblo.

—¡Avancen, soldados, avancen! —ordenó Dituro a través de la radio.

El equipo de Silva avanzó hacia ella y abrió fuego para intimidarla. La bestia perdió velocidad, pero siguió feroz aproximándose hacia ellos, sacudiendo su cabeza, mostrando sus alargados colmillos y encendiendo los ojos que paralizaron a los soldados que intentaron interceptarla. El chirrido de los neumáticos del bus rompió la escena, luego vino el sonido de los frenos de tambor intentando detener la inercia de una máquina que embistió con todo su peso al animal, saliéndose del camino y levantando una ola de polvo antes de frenar a pocos metros de la barricada establecida por los hombres de Dituro. El amasijo de huesos rotos, pelos rasgados y sangre en que se había convertido el objetivo fue la señal que Silva y los muchachos necesitaban para saber que al fin la pesadilla había terminado.

—Pensé que era el freno, pensé que era el freno, pensé… —La voz de Pamela se fue apagando al mismo tiempo que el motor del bus dejó de funcionar y la polvareda se disipó.

El UH-1H ya había tocado tierra en medio de la cancha de fútbol cuando Pamela abrió la puerta. Gema tenía un golpe en la cabeza, pero bajó sin problemas la pisadera, y Mario se le unió pronto tocando el pavimento. El parabrisas estaba pulverizado, con algunos rastros de lo que alguna vez había sido un cristal mezclado con trozos de carne y pelo, además de un salpicón de sangre en donde alguna vez hubo un faro. Pamela aleteaba intentando superar la histeria. Lo logró con la ayuda de los soldados de Silva, quienes le hicieron ver que lo que había golpeado no era humano.

—¿Viste eso? Mario, ¿viste eso?

—¿Que si lo vi? Hueón, si lo hubiésemos visto no le pegábamos, ¿qué cresta pasó?

Los amigos se reencontraron en medio de la calzada.

—¿Es la hermana del Huiro? ¿Qué hacías con la hermana del Huiro?

Gema recibía los primeros auxilios de parte de los soldados, quienes ya tenían vendada parte de su cabeza. Pamela había logrado calmar sus nervios y bebía agua sentada sobre el pavimento. El Chano y el Gárgola se unieron a Mario y Jorge para saludarse y contar la aventura del día cuando una camioneta se abrió paso entre el bloqueo de la calzada que comenzaba a ser despejado. De ella bajaron Dituro y el gringo Bob.

—Silva, no deje ir a los civiles —ordenó el oficial.

—¿Señor?

—Retenga a los civiles, deben ser escoltados al gimnasio.

—Pensé que los civiles tenían que evacuar, señor.

Otero bajó también de la camioneta, provocando la cuadratura y el saludo del sargento.

—¿Ocurre algo, capitán?

—Negativo, mi comandante. El sargento está recibiendo mis órdenes y se apresta a cumplirlas, ¿verdad, Silva?

—Señor, pero son niños. Lo que han visto...

—Precisamente, sargento, no debieron haber visto lo que vieron. Encárguese —ordenó Otero acomodándose la gorra mientras miraba a Bob dirigirse hacia el cadáver de la criatura junto al camino.

—Sí, señor.

Silva masculló las contradicciones morales que le brotaron de la guata y se acercó a dar instrucciones a sus hombres para organizar el traslado de sus prisioneros al gimnasio.

—Qué desperdicio de recursos —dijo Bob, en cuclillas junto al cuerpo del activo de su agencia mientras tocaba con el índice la sangre todavía tibia que bañaba la arena.

Las risas de los adolescentes se cortaron de golpe cuando los soldados, empuñando sus fusiles, los tomaron detenidos.



Victoria no era consciente del tiempo que llevaba recorriendo el túnel. Siempre tuvo buen sentido de la orientación, pero adentro de la montaña, sin haber visto cómo llegó y privada de la luz y posición del

sol, había dejado de pensar en direcciones, solo estaba segura de haber girado varias veces a la izquierda, siempre a la izquierda. Supuso que estaba rodeando la caverna. Bajo sus rodillas habían pasado al menos siete rejillas similares a las que usó como punto de ingreso al ducto de ventilación, algunas de ellas mostrando oficinas y hangares debajo, pero siguió su curso confiando en que Isaac aparecería en cualquier momento en su horizonte, de lo contrario, un agujero le hubiese avisado que dejara de buscar. Tras una esquina se extendió el túnel apenas iluminado por una nueva rejilla. Recortando el brillo estaba la sombra de Isaac a recostado, con la punta de las botas apuntando el techo y las manos sobre su vientre.

—¿Cansado?

—Uno no es consciente de lo agotador que resulta avanzar gateando por un lugar que ni siquiera te deja sentarte cómodo.

La muchacha se acercó con sigilo y se acostó a un metro de él. Apoyándose sobre su costado, relajó las piernas, que traía entumecidas.

—Tenemos que regresar.

—Ya intenté dar la vuelta, pero no puedo. Mi flexibilidad no anda muy bien que digamos.

—Cuando te metiste al túnel, apareció un sujeto que dijo que tenía a tu padre seguro a bordo de un camión.

Isaac permaneció en silencio por algunos segundos. Victoria se acomodó recostando su cuerpo sobre su hombro.

—Me cuesta confiar en los militares.

La muchacha no cuestionó a su amigo. Había visto al sujeto reteniendo a Alejandro, e incluso después de explicar sus motivos lucía algo trastornado.

—Nuestros padres lo son.

—Por eso lo digo. —Isaac suspiró y tamborileó con sus dedos sobre el metal del ducto—. Nunca he podido hablar con mi papá, no de cosas profundas, al menos. Hay muchas cosas de él que me gustaría saber, pero me da miedo preguntar.

—¿Miedo?

—He escuchado a sus amigos cuando van a la casa, pero esos viejos curados no me aterran tanto como los que lo visitan desde Santiago,

los que lo conocen de antes de Cerro Moreno, gente que cuando te habla no te mira a los ojos, que te da un apretón de mano sin fuerza, gente que solo se acuerda de su pasado cuando se le pasan las copas y se les apaga el brillo en el rostro. Gente que habla de la noche, cuando estaba prohibida para la mayoría.

Victoria volvió a acomodarse, esta vez sobre su vientre. Apoyó los brazos en el metal y levantó la mirada tratando de encontrar el rostro que aprendió a mirar con cariño.

—Si lo encuentras, ¿hablarás con él?

—Soy malo para decir ciertas cosas. Tal vez se lo escriba.

Ella sonrió, sintió su sangre caliente subiendo a sus mejillas.

—¿Escribirlo?

—Cuando me cuesta decir algo, lo escribo.

—¿A mí me has escrito algo?

Isaac sintió el cosquilleo en su cuerpo, el corazón zapatear y el calor en su cuello buscando una vía de escape. Sonrió.

—Hace tiempo que no lo hago. —Se incorporó hasta ver el rostro sonriente de Victoria. Estaba encogida a sus pies, con el cabello alborotado y la mirada coqueta—. Gracias por venir a buscarme.

Gateó hacia él, vio a Isaac morderse los labios, apretar los puños y respirar de forma entrecortada.

—Vamos, tenemos que volver —balbuceó el muchacho.

—Primero voy a abrazarte —contestó Victoria rodeando las piernas del joven, pegando su espalda al techo del ducto y rozando su cuerpo con la punta de los pies de Isaac.

—Hay poco espacio —insistió el adolescente deglutiendo.

Victoria detuvo su avance a medio muslo de Isaac. Sentía su calor, pero comenzó a retroceder hasta estar cerca de sus botas. Ahí las miró.

—¿Qué es ese olor?

—¿Tú también lo sientes? Pensé que lo tenía impregnado en la nariz desde aquel día.

—No, no en tu nariz, está en tus botas. —Comprobó el hedor y volvió a avanzar sobre el cuerpo de su amigo—. En un principio temí que fueras tú, pero... ayúdame a pasar.

Isaac tomó las caderas de Victoria y la guio sobre sí para que ninguna parte de sus carnes lo aplastara. Ella evitó golpearlo con las

rodillas o con sus pies y olfateó de nuevo el aire.

—Está en el túnel. Viene de ahí.

Pasó por encima de la rejilla y sintió el aroma intenso subiendo desde un pasillo húmedo. Miró tanto como pudo y vio el lugar vacío.

—Tenemos que bajar.

—¿Qué?

—No podemos dar vuelta para regresar. Si bajamos va a ser más fácil movernos para reunirnos con el Zana, y si el milico está diciendo la verdad, con tu padre. Podremos volver a casa.

—¿Ya viste dónde estamos? ¿Cómo vamos a volver a casa?

—Tus patas huelen a lo mismo que hay allá abajo —dijo Victoria mirando a Isaac, quien no lograba establecer las conexiones—. ¡Que ya pasaste por ahí! Debemos estar cerca del camión en el que llegamos.

La joven golpeó con la planta de sus zapatillas la red de metal, que comenzó a deformarse. Un par de golpes más terminaron soltando los remaches que la mantenían en su sitio hasta que por fin terminó estrellada en el piso. Los amigos se mantuvieron callados, atentos a si alguien respondía al escándalo que provocaron los rebotes del marco; respiraron tranquilos cuando nadie apareció. Isaac ayudó a Victoria a bajar y luego la siguió hasta poner la suela de las botas en la superficie viscosa. Un pasillo se extendía hasta una puerta de metal; por un lado, se levantaba la pared de roca, por el otro, tres puestas abiertas, apenas iluminadas, que daban hacia tres cuartos vacíos, un quirófano, una celda y un almacén.

—Bueno, salimos de un túnel para meternos a otro.

—Al menos ahora estamos parados —concluyó Isaac antes de ponerse a caminar para intentar abrir la puerta al fondo.

Alejandro llegó sin contratiempos al hangar de recepción y despacho, el caos de la alarma le ayudó a mezclarse con la movilización de los soldados. En el camino solo fue sorprendido una vez, por un militar, que hizo poco esfuerzo en identificarlo, restringiéndose simplemente a recordarle que no debía estar ahí. El Zana bajó las pulsaciones de su corazón acelerado y ganó confianza después de aquel encuentro. Las películas de espías que había visto le transmitieron un temor mortal al verse él en el rol del perseguido, pero el lugar en que deambulaba, por muy misterioso que fuese, no

dejaba de ser una base de la Fuerza Aérea, una parecida a la que lo había visto crecer, una con gente similar a la que había visto siempre metiendo las manos en máquinas, motores y aviones a medio mantener, que hablaban su mismo idioma y que, tal como le pasaba cuando se arrancaba de casa e iba a meterse al GAM a buscar a su papá, sus colegas le recordaban que no debía estar ahí, para luego continuar con sus funciones. Recordó que alguna vez su hermano mayor le había dicho que el mundo era menos interesante de lo que uno quería que fuera, que las conspiraciones solo estaban en la tele y que los buenos contra los malos no eran más que la propaganda con la que los gringos nos habían hecho apoyarlos durante la Guerra Fría. El Zana sabía poco de la Guerra Fría, pero ya tenía la edad suficiente como para entender que los estadounidenses no eran los salvadores de la tierra y si alguna vez necesitaba un superhéroe, más le valía serlo él mismo.

El galpón estaba vacío, los últimos hombres que lo ocuparon se dirigían a paso lento a revisar la bodega equipados con unas linternas que les permitiesen escarbar en los rincones. Alejandro los había escuchado discutir y reclamar por tener que dejar sus tareas a medias para descartar lo que ya sabían era descartable: que un puñado de intrusos estaba ocupando algún espacio en su inventario. Caminó hacia el camión, todavía estacionado en el andén de carga, pensando en cómo iba a manejarlo, en si las llaves estarían puestas o si tendría que buscarlas en el parasol. Deseó haber prestado más atención a las películas para haber aprendido a arrancar motores juntando dos cables pelados. Meneó la cabeza diciéndose a sí mismo que no era un espía, que esas cosas no existían, pero le entró la duda al cuestionarse si las bases secretas adentro de montañas eran cosas que de verdad existían. Él estaba en una y eso, tal vez, era señal de que los espías también eran una posibilidad. Un mecánico salió desde el punto ciego del camión sosteniendo un compresor con el que se encontraba inflando los neumáticos del vehículo antes de darle el visto bueno para retornar a Cerro Moreno. Miró a Alejandro, incrédulo, y se dejó observar por el muchacho, al que le empezó a temblar el mentón.

—¿Dónde está tu uniforme? —preguntó el mecánico.

Sin duda, nada era reglamentario, ni la polera de Pantera, ni el

colgante, ni los jeans, ni las zapatillas negras. El Zana recordó las palabras que en la breve instrucción el comando le había logrado transmitir, empuñó el fierro y se abalanzó contra el soldado para asestarle el mejor de los golpes en medio de la rótula, pero su arma dijo lo contrario. Enredó su punta en las huinchas de carga de un pallet mal montado a su costado y se desprendió de sus manos golpeando a su objetivo con nada más que el viento. Junto a la caja de carga del Unimog se quedaron ambos sujetos mirando, congelados, intentando entender lo que acababa de pasar, mientras el fierro terminaba de rebotar en la losa del galpón.

—¿Intentaste golpearme?

Alejandro no se quedó para contestar a la pregunta, se echó a correr hacia la cabina del vehículo y de un salto logró abrir la puerta y subirse para encerrarse ahí dentro. El mecánico no se lanzó a perseguirlo, dio media vuelta e intentó interceptarlo por el otro lado de la máquina. Pero no vio venir la puerta del copiloto abriéndose, tampoco el pavimento en directo contacto con su mejilla después de haberse estrellado a toda velocidad con el metal. Alejandro se asomó para ver al soldado desvanecido en el piso, aprovechó que estaba fuera de combate para bajar y arrastrarlo a la oficina más cercana y con la misma palanca que se le había arrancado de las manos, le trabó la puerta. Regresó al camión para tenerlo listo cuando sus amigos dieran el salto a bordo.

Isaac caminó detrás de Victoria hasta que ambos frenaron frente a la puerta. Estaba bien camuflada con la pared de concreto. A su derecha se extendía un pasillo mal iluminado, con luces titilantes de un color verdoso que al adolescente le provocaba náuseas. Ambos descartaron ir por ahí, el aroma ácido en el aire no se expandía más allá de la barrera frente a ellos. El joven entró al almacén buscando algo que le permitiese hacer palanca en la grieta y forzar la puerta, pero Victoria, con más paciencia, comenzó a palpar los alrededores hasta dar con una caja que parecía hueca. Aguzó la vista y presionó al centro, como si hubiese liberado una válvula. Se abrió una pequeña tapa que dejó al descubierto un teclado similar al de las calculadoras, que brillaba en su propio tono verde flúor. Ambos adolescentes se miraron.

—¿Un teléfono? —preguntó Isaac.

—Es una cerradura de código, tontito —respondió Victoria girando los ojos y soltando una risita burlona.

Ambos se asomaron a ver las teclas. Isaac murmuró sumando con sus dedos.

—Yo diría que tenemos unas doscientas diez combinaciones por probar.

—¿Qué?

—N! sobre R! (N – R)! —replicó Isaac sin titubear—. Código de cuatro números en un teclado de diez dígitos son doscientas diez combinaciones.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy bueno en matemáticas. —El muchacho se encogió de hombros.

—No, cómo sabes que es un código de cuatro números.

—Mira. —Isaac apuntó el teclado señalando los números dos, tres, siete y cero—. Son los únicos que están desgastados. Es un código de cuatro números o es un código que repite muchas veces esos números.

Victoria miró incrédula a su amor.

—No me hagas calcular eso último, que sin saber la cantidad de veces que se repiten va a ser una pesadilla.

Ella no le insistió, volvió a mirar el teclado y oprimió el dos, el siete, el cero y el tres. La teclera sonó y emitió una lucecita verde. Acto seguido comenzaron a sonar una serie de fierros destrabando una cerradura.

—No sabía que tenías tanta suerte.

—No la tengo —dijo Victoria sonriendo—, pero ese es el aniversario de la Fuerza Aérea.

Mendoza cruzaba la losa central de la base custodiado por dos elementos de la policía militar. Junto a él venía un científico de metro noventa con un peinado que en los años ochenta ya había quedado pasado de moda. El conjunto avanzaba delante de una caja de dos por tres metros montada en las horquillas de una grúa que les seguía el paso en medio de la pirotecnia de las alarmas. El resto del personal de la base se apartó de la losa, regresó a sus hangares y tomó posiciones de alerta. Conocían la alarma mejor que Vargas, la habían escuchado a menudo, era parte de un procedimiento de seguridad que tenía como

objetivo ocultar el arribo o salida de algún elemento que no debía ser visto. Ya nadie cuestionaba el método, la asignación de zona era demasiado buena para hacerlo. Entonces, el comando apareció frente a la comitiva apenas a cinco metros de la salida del búnker y corrió a interceptarlos.

—Coronel, venga pronto —dijo Vargas intentando abrirse paso hasta Mendoza—. Tengo a los prisioneros bajo custodia.

Mendoza evitó el contacto con el comando y los policías militares se interpusieron entre él y el teniente.

—Bien, si los tiene bajo custodia ya no suponen un problema —dijo el coronel sonriendo—. ¿Para qué querría verlos, entonces?

No supo qué contestar. Vargas era un hombre de acción que creaba buenas estrategias cuando podía procesar toda la información del campo de batalla, pero los vacíos lo volvían errático.

—Síganos, teniente, vamos rumbo a su camión a completar la carga. Ahí puede sumar a sus prisioneros —agregó el coronel reiniciando su marcha—, así le podemos ayudar a que no lo vuelvan a tomar por sorpresa.

Los escoltas de la policía militar echaron a reír. Vargas vio cómo el galpón de Abastecimiento se hacía más grande para recibir a su comitiva. Intentó pensar rápido.

—Señor…

No pudo decir más: la compuerta del búnker crujió removiendo sus engranajes hasta abrirse por completo, revelando a Victoria e Isaac paralizados ante el escándalo en la base.

—Artilleros, un aviador no debería confiar en quien es entrenado para derribarlos.

El coronel ordenó a la policía militar detener a Vargas antes de ir por los adolescentes, pero el comando no tuvo problemas para sacarse de encima al primer efectivo, esquivarle un culatazo, inmovilizarle la mano y noquearlo de un golpe de codo para luego hacerse con su arma y persuadir a punta de disparos a los que insistieron en acercarse.

—¡Rivadavia chico, al camión! —soltó antes de correr en la dirección contraria disparando para intentar alejar a los objetivos de los persecutores.

Victoria se descongeló al escuchar los tiros y cogió la mano de Isaac

para arrastrarlo en su carrera. Atravesaron la losa hasta alcanzar la grúa horquilla, que había sido abandonada por su operador al desatarse la balacera. La escaramuza se trasladó hasta un costado de la pista de aterrizajes, donde el comando se parapetó, derribando uno a uno a los militares que intentaban cazarlo. Cuando los adolescentes se decidieron a salir de su refugio, sintieron la sacudida en la carga de la maquinaria pesada. El equipo científico, lejos del combate, concentró sus esfuerzos en evitar el tambaleo cada vez más violento de su cargamento y la base se paralizó con el grito del mandamás extranjero pidiendo la ayuda de Mendoza, quien se dio vuelta para ver cómo las cerraduras del contenedor comenzaban a ceder.

—¡Que tenga que encargarme de todo!

Mendoza desenfundó su Glock de nueve milímetros, hizo puntería y percutó sobre la pierna de Vargas, que cayó retorciéndose de dolor. Ordenó a una parte de sus efectivos someterlo y a la otra retroceder para estabilizar la carga, pero llegaron tarde.

La caja cayó de las horquillas de la grúa y se abrió, dejando salir a su prisionero.

—Corre, Victoria. ¡Al camión!

Isaac y Victoria echaron a correr cuando vieron erguirse los casi dos metros de pelaje anaranjado. La peste a almizcle se esparció como la onda de una explosión y las garras del animal partieron los grilletes que intentaban mantenerlo cautivo. La locura se desató sobre la losa cuando los soldados se enteraron de que las balas no detenían a su objetivo y que, uno a uno, este iba reventándoles las entrañas para succionar su sangre, reduciéndolos a pellejos viscosos sobre el concreto.

Alejandro vio a sus amigos entrando al galpón, les tocó la bocina del camión y comenzó a aletear hasta que lo divisaron. Isaac saltó hacia la caja de carga del camión y Victoria lo iba a seguir.

—Acompaña al Zana en la cabina, yo necesito asegurarme de que ese tipo les dijo la verdad.

Victoria asintió, rodeó el vehículo y alcanzó la puerta del copiloto.

Isaac exorcizó el aire de sus pulmones y cerró la carpa del camión, dio media vuelta y enfrentó la penumbra. Sintió el retumbar del piso de metal bajo sus botas y esquivó las cajas apiladas en el

compartimento; solo encontró eso, pertrechos. Notó sus ojos humedecer pensando en que sus amigos habían sido engañados, no quiso culpar a Victoria por las falsas esperanzas y dejó escapar un sollozo que se alargó hasta un desahogo que hacía mucho durante ese día venía enquistándose en su pecho.

—Yo no vi nada —murmuró Rivadavia.

Isaac cortó el llanto y se secó los ojos, movió sin esfuerzo una pila de cajas que parecían vacías y detrás vio la silueta apenas iluminada por la carpa más cerrada que cubría la ventanilla de la cabina, donde Victoria terminaba de acomodarse. El adolescente se abrió paso, se instaló frente al hombre de uniforme empapado, se apoyó en las piernas y sintió un aroma familiar, uno que lo transportó a mediados de los noventa, cuando en las mañanas de verano entraba corriendo a la pieza de sus padres para despertarlos y se apoyaba sobre el pecho de su viejo, imitando la escena del triceratops en *Jurassic Park*. Era un aroma avinagrado que mezclaba sudor, grasa y los restos de un desodorante barato. Removió la capucha del sujeto frente a él y reconoció los ojos, el agujero en la barbilla, los cachetes pronunciados y la frente que ya no podía disimular los signos de una incipiente calvicie.

—Yo no vi nada.

Había encontrado a su padre, quien a pesar de las pupilas dilatadas, logró enfocar para distinguir los largos cabellos castaños de su hijo.

—Yo no vi... —Rivadavia sonrió—. Hijo...

Ambos se fundieron en un abrazo que apagó el ruido del mundo.

Victoria saltó desde el escalón del Unimog al interior de la cabina y cerró la puerta con todas las fuerzas que venía reprimiendo. Puso las manos sobre la guantera e intentó contener los temblores de su cuerpo descargando adrenalina.

—¿Están bien?

—Nos disparaban, esa gente estaba disparando balas de verdad.

Alejandro asintió en silencio. Miró hacia la entrada del galpón y se percató de que nadie los estaba siguiendo.

—¿Isaac?

—Está allá atrás. —Victoria intensificó la mirada y enfrentó a Alejandro—. ¿Nos estaba mintiendo? —El Zana meneó la cabeza—.

¿Está bien? —San Martín asintió, omitiendo el hecho de que Rivadavia solo repetía una frase desde que lo revisó.

—¿El comando? —Victoria fue quien movió esta vez la cabeza ante la pregunta de su amigo—. ¿Está vivo?

No hubo respuesta. La joven nunca lo vio morir, tampoco podía asegurar que hubiese sobrevivido a la balacera, y si lo hizo, a la criatura.

—Tenemos que irnos.

—Pero...

—Zana, tenemos que irnos ahora. —Victoria se dio vuelta y golpeó la ventana posterior de la cabina—. ¿Están bien?

Isaac abrió la carpa y con el rostro conmovido levantó el pulgar. Ella sintió las mariposas en su estómago y no pudo evitar unirse a él en su emoción.

Alejandro echó a andar el camión y se entusiasmó al sentir el motor ronroneando. La cabina se sacudía, pero el vehículo avanzó como si se deslizara por un campo de hielo. El Unimog se detuvo en el umbral del galpón.

—Zana, tienes que concentrarte —dijo Victoria tomando el brazo de su amigo—. Veas lo que veas, no pares hasta que estemos arriba del objeto que nos trajo.

Alejandro asintió. Metió la mano en su bolsillo y sacó el casete.

—Tengo justo lo necesario para concentrarme.

Metió el casete en el reproductor del camión, subió el volumen y apretó play para que los parlantes saturados en las puertas comenzaran a escupir «Walk», de Pantera.

—¿Qué mierda es eso? —preguntó Victoria.

—Una vulgar demostración de poder*, amiga —respondió Alejandro antes de meter un cambio, desembragar y pisar el acelerador a fondo.

El Unimog atravesó la losa en medio de tiroteos y gente huyendo. Esquivó maquinaria abandonada, patrullas sumidas en el caos y científicos que intentaban detener la arremetida del carro agitando sus brazos y profiriendo insultos en inglés. Era un escenario extremo, pero nada que Alejandro no pudiese haber anticipado cuando su amiga mencionó el caos militar. Pocos metros los separaban de su objetivo, que reposaba en el mismo lugar donde lo habían dejado, con la

compuerta abierta y ningún custodio cerca. Entonces lo vio como un búfalo en estampida, sacándose de encima a los pobres ilusos que intentaron cortarle el camino, embistiendo los objetos que el Zana había estado esquivando. Comenzaba a hacerse grande en el retrovisor.

Isaac volvió a golpear la ventana de la cabina pidiendo a gritos a su amigo que acelerara. Victoria, por su lado, le recordaba que debía concentrarse, pero Alejandro no era tonto; no podía acelerar si quería introducirse en la nave. Era cierto, esta tenía unos quince metros de diámetro, pero no eran suficientes para frenar si no iban a menos de cuarenta kilómetros por hora, quizás treinta, corrigió el muchacho, entendiendo que debía subir una rampa y no sabía la consistencia del piso del aparato, tampoco tenía garantías de perder a la criatura que iba detrás de ellos, así es que decidió jugarse la oportunidad.

Mendoza observó a lo lejos al camión entrando a la nave, que apenas reconoció su carga, encendió las luces y mandó una señal que inició la apertura del portalón de la montaña. La bestia saltó al interior antes de que la rampa se cerrara, el objeto se levantó en el aire y comenzó a dar los saltos que lo desplazaron hasta el borde de la base antes de salir disparado hacia el cielo atravesando la compuerta recién abierta. El coronel puso las manos en jarra y dejó escapar la frustración con un suspiro, caminó hacia Vargas, quien estaba reducido en medio de la patrulla que sobrevivió el ataque, y se agachó para colocarse a su altura.

—Ellos ya no están en mi jurisdicción, ya no son mi problema, pero tú... —Mendoza metió el dedo en la herida recién cauterizada del comando—. Tú vas a tener una larga vida en mi habitación más cómoda —ironizó.

Luego hizo una seña a sus hombres, quienes arrastraron a Vargas hacia el campo de prisioneros. Al fin se puso de pie y se preparó para avisar a Cerro Moreno.



El Gárgola arrastraba los pies por el ripio camino al gimnasio, tenía las manos atadas y la moral herida. Delante de él iban el Chano y Jorge

con un ánimo no muy distinto. A sus espaldas Pamela, Gema y Mario completaban el desfile de los desconcertados. Las puertas del lugar se abrieron para recibirlos en medio de un profundo silencio. Pocas veces había entrado ahí, quizás un par a animar un juego de voleibol de los que alguna vez habían sido sus amigos, antes de proseguir con sus vidas a la adultez. A sus ojos la cancha lucía distinta, con una seguidilla de biombos formando un perímetro. Rodearon la instalación escoltados por los conscriptos y al llegar al centro de las graderías, fueron controlados por un equipo médico que les examinó pupilas, dientes, presión y pulso. Uno a uno, pasaron a un improvisado box médico donde les esperaba una silla, un arsenal de jeringas, algodones y alcohol, además de unas ampollas que resultaban imposibles de leer. Jorge fue el primero, bien asegurado por los escoltas, en ser sentado a la fuerza. Una enfermera llegó para prepararle una inyección, el muchacho alegó, aleteó pidiendo ayuda, pero los conscriptos tenían bien sometidos al resto de los cautivos.

—Es solo un ligero sedante, vivieron cosas traumáticas, pero ya están a salvo —dijo la enfermera con la voz relajada. Jorge no se sintió cómodo al verla ataviada de uniforme de campaña, nada distinto a los que venían escoltándolo.

Sintió el pinchazo en el brazo y el líquido entrando por sus tejidos; fue breve, luego un poco de presión sobre la herida y un algodón mal pegado para cubrirla. Los escoltas le ayudaron a ponerse de pie y el mayor de Los Cinco sintió que flotaba en el aire. El procedimiento se repitió con todos los que venían detrás de él. Cruzó con ayuda un laberinto que llevaba a diferentes estaciones. En una le quitaron los zapatos, el cinturón de su bermuda y los accesorios que decoraban su estilo *thrasher*; en otra le auscultaron el pecho, lo midieron y lo pesaron; en la última abrieron una cortina que le dio la bienvenida al centro de la cancha, donde le permitieron entrar, donde lo esperaban más personas, donde sus padres y hermano menor corrieron a darle un abrazo. Quiso llorar, pero su cuerpo no respondió, solo sonrió aliviado y sintió un cosquilleo recorriéndole los músculos. Preguntó por Giovanni, pero no obtuvo respuesta. Pasó lo mismo con el padre del Chano, quien también estaba presente, aunque este no se preocupó por el resto de su familia, quienes, como todos los días, desarrollaban sus

vidas en Antofagasta. A Mario lo recibieron su padre y madre. No supo contestar cuando le preguntaron por Alejandro. Pamela fue abrazada por su madre y ambas se echaron a llorar mientras su padre miraba con reprobación la escena. El Gárgola estaba solo, sin nadie que le diera la bienvenida, sin nadie que lo contuviera, salvo Gema, quien tampoco encontró a su familia entre los presentes.

—Tal vez el Giovanni está con el Huiro —señaló Jorge después del reencuentro.

Mario lo miró y mantuvo silencio, puso la mano sobre el hombro de su amigo y se sentó a su lado.

—Va a aparecer, cuando todo esto termine, va a aparecer —concluyó sonriendo, mientras los efectos de los sedantes los iban dejando mansos, dóciles y ajenos a la realidad, en un círculo en medio de la multicancha del gimnasio.

Dituro supervisó la operación desde lejos. Su jefe, el comandante Otero, ya le había comunicado las novedades desde La Bandera. Quedaba solo el último paso de la misión y podría al fin respirar aliviado.

—Sonría, Dituro. Si todo sale según lo esperado, al final del día podrá colgarse una medalla en el uniforme de gala —señaló Bob, encendiendo un cigarrillo.

—Lo haré cuando vea su avión empinándose al cielo para no volverle a ver la cara jamás.

—Bueno, prepare a sus hombres, entonces —ordenó Bob caminando hacia su camioneta—. Los míos están esperando.

Dituro se unió al estadounidense para emprender camino al cabezal norte, mientras el murmullo de los motores de los C-130H comenzaba a llenar el aire.

Una inmensa cortina de humo

A los ojos de Isaac, estaban dejando atrás un túnel. Veía pasar las luces en el pavimento, similares al camino iluminado de la pista de aterrizajes que algunas noches le gustaba ir a mirar. Escuchaba el motor del Unimog acelerando, sentía la vibración del metal en la caja de carga del camión, bajo sus pies y en la estructura que sostenía la carpa, pero no podía moverse. Su padre estaba a su lado, igual de quieto, aunque el muchacho dudaba si sería de mucha ayuda después de haberle visto hacer grandes esfuerzos para no escupir sus propias costillas. No podía dejar de sentir la impotencia de no hacer nada, de ver cómo aquella criatura había dado un salto a bordo de la nave junto a ellos y que ahora parecía estar avanzando detrás del bus, acercándose, exhibiendo las garras, extendiendo sus colmillos, encendiendo sus ojos con la parsimonia de un glaciar en pleno deshielo. No recordaba el viaje en el objeto volador. Pasó de la persecución hasta el túnel en un pestañeo, se habían apagado las voces de sus amigos, se había congelado su padre y solo podía enfocar la vista en la criatura rompiendo la inercia, avanzando milímetro a milímetro, ansiosa por echarse encima de su presa motorizada. Fueron segundos, no supo cuántos, pero la garra derecha del animal cayó lento sobre la carpa trasera, vio aparecer la punta de las uñas retráctiles, luego la curvatura, luego nada. La carpa comenzó a ceder sobre su cabeza, rajándose de a poco y deslizándose hacia el final del vehículo, exponiéndolos a él y a su padre como un nervio a merced de un animal que lograba moverse a pesar de que todo alrededor del muchacho parecía congelado. Movió los ojos, lo único que estaba libre de su prisión, e intentó encontrar los límites de la nave, pero todo era túnel, todo eran luces alejándose, excepto los dos faros que asomaron frente a él.

El camión se estremeció, patinó un poco y dejó escapar un chirrido de sus neumáticos que bañaron el aire con caucho quemado. Isaac salió disparado al moverse al fin todo lo que no había podido antes

para estrellarse contra una caja que se arrastró hasta el tope del camión. Tendido en el piso, vio pasar sobre su cabeza a la criatura dando manotazos al viento, estrellándose contra el techo del túnel, catapultada por fuerzas físicas que todavía no había estudiado en el colegio, llevándose las luces en una tormenta de chispas que le encendieron el pelaje hasta hacerla caer frente a la máquina que poco a poco comenzaba a acelerar. Levantó la cabeza y vio a Alejandro mover el manubrio para esquivar el bulto inflamado que no terminaba de rebotar en el pavimento y a Victoria gritar un par de insultos al aire. Su padre estaba quieto en medio del caos, dormitando como si no hubiese descansado en décadas, y detrás de él pasó el amasijo humeante en que había terminado el animal. El adolescente volteó y siguió con la mirada el bulto inerte en medio de la carretera, y al fondo, el óvalo incandescente cerrando su rampa de carga antes de volver a brillar para desaparecer por completo.

Isaac se puso de pie y se acercó a su padre. Vio a través de la cabina cómo asomaba la luz al final del túnel, se sentó junto a su viejo y le pasó un brazo por sobre los hombros para brindarle apoyo. Disimuló el dolor que sentía en cada músculo que había recuperado la movilidad y respiró aliviado, sabiendo que estaba cada vez más cerca de casa.

Alejandro sacó el camión del cabezal norte y se topó con los hombres que Dituro había dispuesto para recibirlos. Intentó esquivarlos y acelerar rumbo al pueblo cuando vio un piquete lanzar en la loza una cadena con púas que reventó los neumáticos haciéndole perder el control del vehículo, que terminó estrellado contra un terraplén junto a la pista de aterrizaje.

Victoria escuchó los gritos, los pasos rebotando en el concreto y las sirenas de la ambulancia acercándose a ellos. Levantó la vista y vio a Alejandro con la cabeza estampada en la ventana lateral, la sangre de su frente había manchado el cristal y apenas respiraba. Ella escuchó destrabar desde afuera la puerta de su lado y un brazo cruzando hasta soltar el cinturón de seguridad que la había mantenido en su sitio. Una enfermera le revisó la cara, las costillas y el cuello, luego la tomó de un brazo para bajarla del vehículo. No sintió dolor, solo angustia al ver que a su amigo le ponían un cuello ortopédico para inmovilizarlo. Sentía la cabeza abombada, pero sacudió la modorra al ver a Isaac

tendido sobre la arena a varios metros del vehículo. Se le paralizó el corazón al ver que su amor era una mezcla de sangre y tierra y que su padre, arrodillado a su lado, luchaba con los militares que intentaban abordarles. Poca resistencia pudo ofrecer con un brazo inmovilizado, el hombro caído y el resto del cuerpo golpeado. Victoria explotó en un grito al notar que los paramédicos la llevaban lejos de Isaac, que a este lo rodeaba otro equipo médico y que comenzaban a hacerle maniobras RCP. Ni siquiera la puerta de la ambulancia cerrándose frente a ella pudo ahogarle el llanto.

—Llegó a la base —mencionó Otero observando la escena.

—No será un problema —respondió Dituro.

—Ellos ya lo vieron —insistió el comandante apuntando a los conscriptos que daban contención al suboficial que los había formado.

—Encontraremos un modo de que funcione —replicó Dituro con los brazos bien amarrados a su espalda—. Siempre la encontramos.

Bob ordenó a sus hombres que ingresaran al túnel para recoger los escombros que delataban su presencia en la base chilena. La instrucción era fácil, cargar los restos en un camión y dirigirse al avión que esperaba en la losa listo para unirse a los otros dos que ya habían despegado. El estadounidense se acercó a los líderes del Grupo 21. Con la sonrisa impostada en la cara y las manos sin una mota de polvo, vio llegar al comandante en jefe de la Quinta Brigada Aérea, quien se bajó del vehículo táctico a las espaldas de los oficiales a cargo del operativo y caminó hacia ellos con el rostro compungido.

—Recogemos nuestro activo y a su autorización, despegamos, señor —se apuró en decir Bob, con una sonrisa cínica en el rostro.

El general observó la escena, vio el Unimog incrustado en el terraplén, con el parabrisas destrozado, el vidrio lateral ensangrentado, la carga diseminada a la redonda y la ambulancia en donde terminaban de asegurar a Alejandro para llevárselo a la enfermería. A pocos metros, la escena de los rescatistas luchando por salvar a Isaac.

—Lo quiero en el aire, Bob, cuanto antes. —El general meneó la cabeza al ver a uno de los suboficiales más antiguos de su unidad destruido física y emocionalmente—. A usted, sus hombres y esas maldiciones que nos trajeron.

—Lo haré, señor. La Administración Nacional de Aeronáutica y el Espacio le agradece la cooperación —insistió el extranjero extendiendo la mano hacia el general.

El comandante le miró la mano y con el ceño fruncido le clavó la vista al fondo de la cuenca de los ojos.

—Vamos, general, no salió tan mal. Si lo maneja bien, este podría ser su propio Roswell. —Bob mostró sus dientes de blancura reluciente —. Muy bueno para la economía local.

—No quiero volver a verle la cara, Bob —concluyó la autoridad de la base, quien con un gesto de la cabeza invitó a caminar a sus subalternos.

El norteamericano se quedó con la mano estirada y aprovechó de sacar un pañuelo desde su bolsillo para limpiarla, pasarlo también por su cuello y cruzarse de brazos sin borrar la risa de su rostro al momento en que recibía la noticia de que los restos habían sido recuperados.



Margarita sintió la brisa besándole el rostro. Era una brisa tibia, impregnada con el hedor ácido de la mierda de los jotes y el olor del mar formando un cóctel típico de la media tarde nortina en la plaza Colón. El reloj había terminado recién de dar las campanadas de las cinco de la tarde. Todavía persistía en el ambiente la resonancia de los metales que alguna vez buscaron imitar al Big Ben, por allá por principios del siglo XX, cuando se erigió como monumento donado por la colonia británica a la República de Chile para honrar su centenario. Ella nunca se había detenido a escucharlo, tampoco a mirar los finos detalles de su diseño, pero en ese momento nada la apuraba. Se sentía como en sus años mozos, cuando se instalaba frente al caracol comercial de la calle Arturo Prat a mirar pasar a los lolos. Era un rito habitual para los adolescentes nortinos, el lugar donde te tenías que dejar ver si querías ser alguien interesante en una ciudad dormida en la modorra de un verano eterno. Margarita aprendió a disfrutar el paso calmo de los transeúntes en la plaza, ajenos a su entorno, a lo que pueden descubrir entre las rutinas de la gente y, peor aún, ajenos a lo

que no pueden percibir. Vio a una abuela que apenas caminaba acompañada por su enfermera, se preguntó si al alcanzar esa edad también necesitaría ese tipo de ayuda. Pensó que tal vez Gema podría hacerlo si no tenía suficiente dinero para pagar una cuidadora, pero luego dudó, las cosas no andaban bien con su hija y no sabía cómo hacer para que mejoraran. De Isaac no esperaba nada. El mejor panorama para ella era que al chascón se le pasara pronto la etapa metalera y se enfocara en sus estudios para poder convertirse en un profesional, o en el peor de los casos, que siguiera los pasos de su padre en la milicia y asegurase la tranquilidad de su futuro. Suspiró. Las risas de un grupo de jóvenes que atravesaba rumbo a la catedral le distrajeron el pensamiento. Lo agradeció, porque estaba al fin entendiendo que poco había tenido de tranquilo ese último día en la base. Cayó en cuenta de toda la gente que hacía su vida en la ciudad, a poco menos de una hora de Cerro Moreno, sin saber de nada, sin siquiera imaginar lo que se ocultaba entre sus edificios y, peor aún, sin siquiera hacer el intento por imaginarlo. Gente que nunca había cuestionado la existencia de ese caserío junto al aeropuerto.

Miró al extremo de la banca y vio a un hombre maduro leyendo el diario. Tenía un rostro severo, una postura encorvada y el semblante oscuro. Apretaba entre sus manos las hojas grisáceas que titulaban con grandes letras

negras: ATRAPADO EL CHUPACABRAS EN MEJILLONES.

No pudo leer más. El sujeto dejó su lectura, cerró el diario y con dificultad se puso de pie.

—No esperan que uno se crea esas historias, ¿no? —dijo al enterarse de que Margarita no le quitaba la vista de encima.

El hombre caminó en dirección a ella y le entregó el diario.

—Son puras mentiras para que nos olvidemos de las cagadas que se manda este gobierno —concluyó antes de seguir su camino hacia el edificio del correo, dejando a Margarita con el diario y un nudo en la garganta.

Epílogo

Isaac abrió los ojos sobresaltado, miró sus manos vacías y recogió su mochila que había ido a dar al suelo, la puso sobre sus piernas y se acomodó en el asiento, sintiendo el dolor punzante en sus costillas. Le habían dicho que todo iba a estar bien, que solo debía guardar reposo unos días y que su cabeza de a poco iba a dejar de dar vueltas. Le recetaron un medicamento para él y para toda su familia. Les dijeron que debían tomarlo sin falta cada ocho horas, y que, con disciplina, terminarían el tratamiento para la desintoxicación en un par de semanas, que luego su humor iba a dejar de estar tan cambiante, que su ánimo iba a recobrar vitalidad y que las migrañas desaparecerían. Él lo estaba cumpliendo, a pesar de que por las noches seguía despertando a sobresaltos, transpirado y con algo de fiebre, convencido de que ninguna alucinación podría haberle dejado esas costillas rotas, el hombro dislocado y, menos, los hematomas que cubrían sus ojos como ojeras. En su casa reinaba el silencio. La familia apenas se miraba cuando compartía la mesa, y si cruzaban palabras solo era para comentar la telenovela de la tarde o alguna anécdota del día. Con pesar descubrió que cuando se trataba de familia, silencio e institución, para su padre, los dos últimos siempre ganaban. El adolescente se acomodó el cabello y observó a su alrededor. Los días en que el bus de estudiantes estaba así de silencioso no eran comunes, y pensó que quizás se debía a la hora. Era el primer año que le tocaba tomar el bus en la jornada de la mañana, muchos aprovechaban de dormir una hora más. Dos asientos más adelante, distinguió la nuca del Zana, quien había aprendido a evitar las ventanas, cediéndole el espacio a Mario, que iba absorto en el desierto que dejaban atrás rumbo a Antofagasta. Los hermanos no cruzaban palabras, miradas, emociones. Estaban tan quebrados como él.

—¿Te duele mucho?

Victoria, sentada a su lado, sostenía en su mano uno de los auriculares de su personal estéreo. La voz de Adrian Barilari era lo

único que le disputaba el predominio al motor ronroneando del bus.

—Solo cuando respiro —dijo el muchacho acomodándose en el asiento—. O cada vez que me muevo.

Ella le acarició el rostro y le escondió un mechón de pelo detrás de la oreja, él le tomó la mano y la acercó a su pecho.

—¿Quieres que te preste un audífono?

—No puedo concentrarme en la música —contestó con la vista perdida en el respaldo del asiento frente a él—. No puedo concentrarme en nada después de toda esta mentira. —Apretó la mano de Victoria—. ¿Cómo lo creyeron tan fácil?

—La gente, cuando tiene miedo, elige creer —contestó Victoria apoyando su cabeza en el hombro de Isaac.

Una emanación masiva de gas tóxico derivada de una maniobra errada durante el ejercicio militar fue la versión de la base aérea de Cerro Moreno. Nadie lo cuestionó, nadie pidió más antecedentes, nadie negó que los involucrados estuvieron expuestos a la contaminación, resultando víctimas de alucinaciones, impulsos de autolesión, agresividad y problemas neurológicos, pero que ya estaban siendo oportunamente tratados por el personal médico de la enfermería y del Hospital Militar del Norte, todo costeado por la Fuerza Aérea de Chile, que se comprometió a no dejar solos a los suyos. Incluso la institución organizó un funeral lleno de honores para Giovanni, una de las víctimas que se quitó la vida debido a las intensas visiones provocadas por las toxinas. La familia enterró un ataúd sellado, en una ceremonia íntima durante la cual recibieron la bandera de manos del ministro de Defensa.

El pueblo lloró dos días, luego regresó a la rutina, a la apatía, al olvido.

—Lo extraño.

Victoria miró a su pololo. Sintió sobre su mano cómo le latía el corazón, cómo se aceleraba, cómo todavía tenía un ritmo irregular.

—Él no era un suicida.

La adolescente se acomodó en el asiento y le golpeó la pierna a Isaac, luego miró de reojo hacia el final del bus, donde Jorge iba sentado solo, con la vista clavada al frente, la quijada apretada, las manos aferradas a sus rodillas, completamente rígido. Lucía su

uniforme percudido, con la camisa sin planchar, los zapatos sin brillo y una venda negra en su brazo izquierdo.

—Todos lo sabemos, Isaac.

—Ellos no. —Apuntó al resto de los pasajeros en el bus.

—Entonces, busca la forma de decírselos.

—Me cuesta hablar de esto.

Isaac miró a Victoria a los ojos y ella asintió. La muchacha le liberó la mano. El adolescente buscó en su mochila y sacó un cuaderno, lo acomodó sobre su regazo y echó mano a un lápiz pasta azul que guardaba suelto en su bolsillo. Volvió a apretar la mano de Victoria y esta se acomodó otra vez en su hombro. Isaac miró por la ventana y suspiró profundo.

Terror en Cerro Moreno, escribió como título. Saltó un par de líneas y anotó: *Giovanni…*, pero el lápiz no quiso seguir escribiendo. Rivadavia entendió lo complejo que era romper el silencio, que a veces incluso el azar conspiraba en tu contra. Miró el lápiz sin tinta y lo lanzó al piso del bus para acomodarse otra vez en el asiento. Apoyó su cabeza sobre la de Victoria y le besó el cabello. Pensó que quizás había cosas que no podían contarse.

Jorge se puso de pie y avanzó por el pasillo del bus hacia Isaac, miró por sobre su hombro y vio el nombre de su hermano garabateado al principio de la hoja en blanco. Sintió un caudal de emociones desbordándose en su interior, extendió la mano a su amigo y le tocó el hombro.

Isaac se encontró con un lápiz de tinta negra. Al frente estaba Jorge mirándolo con los ojos húmedos. Ambos asintieron. El mayor de Los Cinco regresó a su lugar y volvió a esconderse entre las sombras.

Giovanni yacía tirado en la pampa de Cerro Moreno…

Solo así podría romper el pacto de silencio.

Nota del autor

Viví en la Base Aérea de Cerro Moreno, que alberga a la Quinta Brigada Aérea de la Fuerza Aérea de Chile, en dos períodos. Durante el primero, entre 1987 y 1990, estaba muy pequeño para comprender el entorno en el que desarrollaba mis juegos de niño, pero esta época me sirvió para forjar las amistades que más adelante serían las más significativas de mi vida. El segundo período, entre 1999 y 2001 (y agrego el año 1998, cuando estudié todo el año lectivo en la escuela de la base), fue aquel que marcó mi identidad. Ahí conocí a Los Cinco (los hermanos Muñoz y los hermanos San Martín), con quienes formé una hermandad que sobrevivió a peleas, corazones rotos y muchas buenas horas de conversación en una época en la que el tiempo de ocio lo gastábamos en la pampa, en una banca a las afueras de una multicancha o bajo la permanente vigilancia de las estrellas del desierto de Atacama.

Durante el año 2000, los reiterados ataques del Chupacabras en los poblados de la Segunda Región dieron por terminado el verano, acaparando las portadas de diarios locales, noticias en las radios regionales e incluso, algunas notas que alcanzaron difusión a través de la televisión nacional. Estos ataques costaron la vida de centenares de animales de corral, sembraron el miedo entre los habitantes de lugares tan disímiles como Mejillones, Taltal, Antofagasta, Calama o Toconce, y luego desaparecieron del ojo público tan rápido como irrumpieron. Maniobras desesperadas de un gobierno en crisis, acusaron algunos, folclore de campesinos agregaron otros. Yo vi otra cosa.

Este es el testimonio de todo lo que vi y todo lo que sé de la época en que fui un habitante más de la base de Cerro Moreno. La historia que has leído (o vas a leer) está inspirada en hechos reales, y otros que no lo son tanto. Es tu trabajo, lector, decidir cuáles ocurrieron y cuáles están ahí para engalanar la historia. Te sorprenderías si supieras cuáles son los que ocurrieron tal y como están narrados en estas páginas.

Cuando la noche esté estrellada, te invito a que mires hacia arriba y

busques las luces en el cielo, porque nunca sabes cuándo te están mirando de vuelta.

Hugo Riquelme Becerra
Santiago, Octubre de 2023

Agradecimientos

A NN, cuyo testimonio, material fotográfico y vivencias forman gran parte de lo expuesto en estas páginas. Sé que estás ahí, sé que estás leyendo y sonríes mientras reconoces tus aportes para remover parte de la montaña de secretos que reposan sobre la institución en la que prestas servicio, a pesar de estar arriesgando tu carrera.

A mis amigos, el grupo de Los Cinco, por nunca haber abandonado la búsqueda, por no haber renunciado a la hermandad que forjamos en la pampa ante la mirada de las estrellas.

A mis padres, cuyas decisiones de vida me regalaron una infancia atípica entre aviones de combate y baterías antiaéreas, y de manera involuntaria, me llevaron a presenciar las cosas que ante ustedes he expuesto.

* Fiesta navideña que celebra la Fuerza Aérea de Chile para las familias de sus funcionarios.
* Grupo de Abastecimiento y Mantenimiento.
* La base aérea de Cerro Moreno está ciento cincuenta metros sobre el nivel del mar.
* Fuerza Aérea de Estados Unidos, por sus siglas en inglés.
* Dirección General de Aeronáutica Civil.
* Población fiscal de la Fuerza Aérea que se encuentra cerca del balneario El Trocadero, sector norte de Antofagasta.
* Diminutivo cariñoso de suboficial.
* Avión militar C-130 de la Fuerza Aérea de Chile que realiza sobre todo labores de transporte de carga.
* «Walk» es el *track* 4 del disco *Vulgar display of Power* de Pantera.

Título original: *TERROR EN CERRO MORENO*

Edición en formato digital: diciembre de 2023

Av. Andrés Bello 2299, Oficina 801, Providencia, Santiago, Chile.

Diseño de la cubierta: Penguin Random House /Portada Julio Valdes/
Diagramación Alexei Alekin/

ISBN: 9789566190271

Conversión a formato digital: www.acatia.es

www.penguinlibros.com